
CHUCK PALAHNIUK
Rant
La vida de un asesino
ePUB

La terrorífica biografía oral de un personaje igualmente terrorífico.

Buster Casey, un chico rebelde adicto a los videojuegos —¿y un adolescente asesino?—, escapa de casa de sus padres a la gran ciudad, para convertirse en el líder de una banda de gamberros motorizados que se reúnen para perseguirse y chocar unos contra otros. En medio de toda esa violencia, Casey conoce a tres chicos y, después de una muerte espectacular, ellos recopilan la información necesaria para formar una historia oral de su corta vida. Esta antología de anécdotas habla de unos actos violentos que se propagan como una infección urbana y silenciosa de rabia…



Chuck Palahniuk

Rant

La vida de un asesino

ePUB v1.0

GONZALEZ28.04.12

Título original: *Rant*
Edición en formato digital: marzo de 2012

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Luz de la Mora
Ilustración de la cubierta: © Jonathan Weiner
ISBN: 978-84-397-2621-0

¿No hay veces en que
desearías no haber nacido?

Para mi padre, Fred Leander Palahniuk.
Ten cuidado antes de bajar de la acera. Por favor.

NOTA DEL AUTOR: Este libro está escrito al estilo de las crónicas orales, un formato que requiere entrevistar a una amplia variedad de testigos y recopilar sus testimonios. Cada vez que se interroga a múltiples fuentes acerca de una experiencia común, es inevitable que se contradigan entre ellas en alguna ocasión. Si quieren ver más biografías escritas en este estilo, pueden acudir a *Capote*, de George Plimpton; *Edie*, de Jean Stein, y *Lexicon Devil*, de Brendan Mullen.

1
UNA INTRODUCCIÓN

Wallace Boyer (☼*Vendedor de coches*): Igual que la mayoría de la gente, no conocí a Rant Casey ni hablé con él hasta después de su muerte. Es lo que pasa con la mayor parte de los famosos: cuando la palman, su círculo de amigos íntimos simplemente se dispara. Un famoso muerto no puede caminar por la calle sin encontrarse con millones de amigos del alma a los que no conoció nunca en la vida real.
Morirse fue la mejor maniobra profesional que llevaron a cabo Jeff Dahmer y John Wayne Gacy. Después de que Gaetan Dugas se murió, el número de amantes que decían que habían follado con él se disparó hasta las nubes.
Tal como solía decir Rant Casey: La gente se labra una reputación atacándote mientras estás vivo… o alabándote cuando ya no lo estás.
En mi caso, yo estaba sentado en un avión, y a mi lado había sentado un palurdo. Tenía la piel como en esos accidentes de coche que dan demasiado asco mirar: llena de mordeduras y marcas y toda arrugada, y la piel del dorso de sus manos estaba hecha un asco.
La azafata le preguntó al palurdo qué quería beber. Luego le pidió que por favor me alcanzara mi bebida: whisky con hielo. Pero cuando vi aquellos dedos monstruosos rodeando el vaso de plástico, y aquellos nudillos mordidos, ya no pude poner los labios en el borde del vaso.
Con la epidemia había que tener todo el cuidado del mundo. En el aeropuerto, justo detrás del detector de metales que teníamos que atravesar, había un monitor de fiebre como los que usaban antes para controlar la propagación del SRAS. La mayoría de la gente, dice el gobierno, no tiene ni idea de que está infectada. Uno puede encontrarse bien, pero si ese monitor pita para indicar que tienes la temperatura demasiado alta te ponen en cuarentena y desapareces. Tal vez para el resto de tu vida. Sin juicio ni nada.
Para evitar riesgos, me limité a plegar la bandeja de mi asiento y a coger el vaso. Observé cómo el whisky se iba volviendo más claro y aguado. Cómo el hielo se derretía y desaparecía.
Cualquiera que se gane la vida vendiendo coches se lo podrá decir: la repetición es la madre de todos los talentos. Para aumentar los ingresos de tu concesionario hay que trabajar la comunicación.
Cualquier sitio es bueno para practicar tus habilidades. Un buen truco para recordar el nombre de alguien es mirarle a los ojos durante el tiempo suficiente como para quedarte con su color: verde, marrón o azul. Eso se llama Interrumpir la Tendencia: te impide olvidarte de las cosas tal como pasaría normalmente.
Aquel vaquero desconocido tenía los ojos de color verde brillante. Verde anticongelante.
Durante todo el vuelo de conexión entre Peco Junction y la ciudad compartimos apoyabrazos; yo en el lado de la ventanilla y él en el del pasillo. Siento tener que decirlo, pero no paraban de despegársele pedacitos de mierda seca de las botas de vaquero. Aquellas patillas largas que tenía tal vez habían atraído a las tías en el instituto, pero ahora ya estaban canosas desde la sien hasta la mandíbula. Por no mencionar aquellas manos.
A fin de ejercitar la comunicación, le pregunté cuánto le había costado el billete. Si no eres capaz de determinar las necesidades comerciales —de identificar las claves— de un desconocido al que tienes sentado codo con codo en un avión, nunca podrás convencer a nadie para que «se apropie mentalmente» de un Nissan, y ya no digamos de un Cadillac.
Para conseguir meter a alguien en un coche, hay otro truco: en todos los coches que tengas en exposición, programas el botón de emisora número uno de la radio para que suene música gospel. En el número dos pones rock and roll. En el tres, jazz. Si tu cliente potencial parece del tipo exigente-autoritario, nada más abrirle el coche haces que la radio se encienda y sintonice una emisora de noticias o de tertulias políticas. Con la gente que lleva sandalias, pulsas el botón de la radio pública. Cuando hacen girar la llave, la radio les dice lo que quieren oír. En todos los coches en exposición, tengo el botón número cinco de la radio programado con esa basura tecno-rave por si aparece algún chaval aficionado a las choquejuergas.

A las cosas como el color verde de los ojos del palurdo y la mierda de sus botas los vendedores las llamamos «apoyos mentales». A las preguntas que tienen una sola respuesta posible las llamamos «preguntas cerradas». Las preguntas que hacen hablar a los clientes son «preguntas abiertas».
Por ejemplo:
—¿Por cuánto le ha salido su billete de avión?
Esa es una pregunta cerrada.
El hombre dio un sorbo a su vaso de whisky y tragó. Sin dejar de mirar al frente, dijo:
—Cincuenta dólares.
Un buen ejemplo de pregunta abierta sería: «¿Cómo vive usted con esas manos todas mordidas y llenas de cicatrices?».
Yo le pregunté: ¿Solamente ida?
—Ida y vuelta —dijo, y su mano arrugada y llena de marcas vertió whisky dentro de sus labios—. Lo llaman «tarifa de duelo» —dijo el palurdo.
Mientras yo lo observaba, medio torcido en mi asiento para mirarlo de frente, mi respiración se ralentizó para acompasarse con el subir y bajar de su camisa de vaquero, una técnica que se llama Escucha Activa. El desconocido carraspeó, y yo esperé un poco y también carraspeé, imitándolo. Es lo que un buen vendedor denomina «marcar el ritmo» a un cliente.
Con las piernas cruzadas a la altura del tobillo, con el pie derecho por encima del izquierdo, igual que él, yo le dije:
—Imposible. Ni siquiera los billetes *standby* salen tan baratos. —Y le pregunté cómo había conseguido tan buen precio.
Él dio un trago a su whisky, sin hielo, y dijo:
—Lo primero que hay que hacer es escaparse de un manicomio de alta seguridad.
Luego, dijo, hay que hacer autoestop por medio país, sin más ropa que unos botines de plástico y una bata de papel que no se cierra por detrás. Hay que llegar medio segundo demasiado tarde para evitar que un pederasta reincidente viole a tu mujer. Y a tu madre. De esa violación nace un hijo a quien tienes que criar y que colecciona una tonelada de dientes viejos de los que tira la gente. Al terminar el instituto, el chiflado de tu hijo se tiene que escapar. Hacerse de una secta que vive solamente de noche. Cargarse el coche cincuenta veces y liarse con una especie de prostituta que medio lo es y medio no lo es.
Por el camino, tu hijo tiene que desatar una epidemia que mate a miles de personas, a un número suficiente de gente como para desencadenar la ley marcial y amenazar con derrocar a varios líderes mundiales. Y finalmente, tu chaval tiene que morirse en un gigantesco infierno de llamas, presenciado por toda la población mundial que tenga televisor.
Y dijo:
—Así de fácil.
El tipo dijo:
—Entonces, cuando vas a recoger su cadáver para el funeral —vertió el whisky entre los labios—, la línea aérea te hace una oferta especial en el precio del billete.
Cincuenta pavos, ida y vuelta. Se quedó mirando el whisky que yo tenía muerto de asco en la mesilla plegable del asiento. Caliente. Ya sin hielo. Y me dijo:
—¿Se va a beber eso?
Y yo le dije: Adelante.
Así de rápido puede dar un vuelco tu vida.
Y el futuro que tendrás mañana ya no es el mismo futuro que tenías ayer.
Mi dilema era si debía pedirle un autógrafo. Ralenticé la respiración, acompasé mi pecho con el suyo y le pregunté si estaba emparentado con el tipo ese… Rant Casey. «Hombre Lobo» Casey: el peor Paciente Cero de la historia de las enfermedades. El «superpropagador» que había infectado a medio país. El «Asesino de los Besos» de América. Rant «Perro Loco» Casey.
—Buster —dijo el tipo, y extendió aquella mano de monstruo para coger mi whisky. Y dijo—: El nombre de pila de mi chaval era Buster Landru Casey. No Rant. Ni tampoco Buddy. Buster.

Mi mirada ya se estaba empapando hasta de la última cicatriz arrugada de sus dedos. De la última arruga y la última cana. Mi nariz registraba su olor a whisky y mierda de vaca. Mi codo registraba el tacto de la manga de su camisa de franela. Yo ya planeaba pasarme el resto de la vida jactándome de haber conocido a aquel tipo. Ya me estaba aferrando a cada momento de él, atesorando como una ardilla cada una de sus palabras y gestos. Y le dije: Usted es…

—Chester —dijo—. Me llamo Chester Casey.

Sentado a mi lado. Chester Casey, el padre de Rant Casey: el Arma de Destrucción Masiva andante y parlante de América.

Andy Warhol se equivocaba. En el futuro, la gente no será famosa durante quince minutos. No, en el futuro todo el mundo se sentará al lado de un famoso por lo menos durante quince minutos. De Typhoid Mary o de Ted Bundy o de Sharon Tate. La historia no es más que una sucesión de monstruos o de víctimas. O de testigos.

¿Y qué le dije yo? Le dije que lo sentía. Le dije:

—Qué putada que se muriera su hijo.

Negué con la cabeza, en gesto de compasión.

Y unas cuantas inhalaciones después, Chet Casey negó también con la cabeza, y en ese gesto ya no estoy seguro de quién le estaba marcando el ritmo a quién. De si tal vez era aquel cateto quien me estaba estudiando a mí. Quien me estaba imitando. Encontrando mis claves y dirigiendo la comunicación. Y tal vez vendiéndome algo, aquella leyenda viviente, Chet Casey, me guiñó el ojo. Sin respirar nunca más de quince inhalaciones por minuto. Se echó el whisky al coleto.

—Lo mire como lo mire —dijo, y me dio un codazo en las costillas—, sigue siendo un precio de narices por un billete de avión.

2
ÁNGELES DE LA GUARDA

De las notas de campo de Green Taylor Simms (©*Historiador*): El sabueso es a Middleton lo que la vaca a las calles de Calcuta o de Nueva Delhi. No hay camino de tierra donde no haya algún perro de caza mestizo durmiendo, jadeando bajo el sol, con la lengua fuera y goteando. Como si fuera un badén peludo, sin collar ni placas. Cubierto de una fina capa de polvo de arcilla que el viento trae de los campos arados.

Para llegar a Middleton hay que conducir durante cuatro días enteros, que es el período de tiempo más largo que yo he experimentado dentro de un automóvil sin colisionar con otro vehículo. Ese me pareció el aspecto más deprimente de mis peregrinaciones.

Neddy Nelson (©*Choquejuerguista*): ¿Puede explicar usted cómo es posible que en 1968 el paleontólogo aficionado William Meister de Antelope Spring, Utah, partiera un bloque de pizarra mientras estaba buscando fósiles de trilobites y lo que descubriese, en cambio, fuera la huella fosilizada de un zapato de quinientos millones de años de antigüedad? ¿Y cómo es que en 1922 se encontró en Nevada otra huella de zapato fosilizada dentro de una roca del triásico?

Echo Lawrence (©*Choquejuerguista*): Mientras íbamos camino de Middleton, conduciendo en plena noche por toda aquella puta campiña, Shot Dunyun se dedicó a pulsar botones y a buscar informes de tráfico en la radio. Para oír cualquier cosa que nos estuviéramos perdiendo. Boletines de las horas en las que la gente iba o volvía del trabajo procedente de lugares que estaban a océanos enteros de distancia. Retenciones de tráfico y atascos en los que todavía era el día anterior. Accidentes múltiples fatales y camiones atravesados en autopistas donde ya era el día siguiente.

Es raro de cojones enterarse de que alguien ha muerto al día siguiente. Es como si todavía pudieras llamar a ese tío que está saliendo de su casa para ir a trabajar, ahora mismo, en Moscú, y decirle: «¡Quédate en casa!».

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Esperen un retraso provocado por los mirones si van ustedes hacia el este por la carretera de circunvalación Meadows al cruzar la zona de Richmond. Pisen el freno y estiren el cuello para echar un buen vistazo a un accidente fatal de dos coches en el carril de la izquierda. El vehículo de delante es un Plymouth Road Runner de 1974 de color verde marino con un motor V8 de una sola pieza de hierro forjado, cuatro cilindros, siete mil doscientos centímetros cúbicos y equipado con carburante. Con el interior original de color blanco hielo. La conductora del cupé era una mujer tórrida de veinticuatro años, rubia-barra-verde con una fractura-barra-dislocación clásica de la columna en la articulación atlanto-occipital y una transección completa de la médula espinal. Palabras pijas para referirse a un trallazo tan bestia que te parte el cuello.

El coche de atrás es un New Yorker Brougham Saint Regis de puta madre con dos puertas y techo duro, de color crema, con el cromado de lujo opcional y ventanillas fijas de cuarto trasero. Una preciosidad de coche. Mientras pasan ustedes al lado fisgoneando, fíjense por favor en que el conductor era un hombre de veintiséis años con una fractura transversal de esternón de lo más corriente, fracturas bilaterales de costillas y los pulmones empalados por las costillas fracturadas, todo ello debido al impacto con el volante. Además, me dicen los chavales del furgón de la carne, sufre un grave desangramiento interno.

Así pues, prepárense y pisen el freno. Informa, para Radio Tráfico Gráfico, Tina Nosecuántos…

Echo Lawrence: Violamos el toque de queda y la cuarentena del gobierno y cruzamos con el coche aquellas extensiones de nada. Yo, en el asiento del pasajero. Shot Dunyun, al volante. Neddy Nelson iba en el asiento de atrás, leyendo un libro y contándonos que Jack el Destripador no murió, sino que viajó hacia atrás en el tiempo para poder matar salvajemente a su madre y así hacerse inmortal, y que ahora es el presidente de Estados Unidos o el Papa. O tal vez alguna teoría descabellada que demostraba que los ovnis en realidad eran turistas humanos que nos visitaban desde el futuro lejano.

Shot Dunyun (ℂ*Choquejuerguista*): Supongo que fuimos en coche a Middleton para ver todos los sitios de los que Rant nos había hablado y conocer a la que él llamaba «su gente». A sus padres, Irene y Chester. A su mejor amigo, Bodie Carlyle, con quien fue a la escuela. A todas las familias de granjeros memos, los Perry y los Tommy y los Elliot, de los que nos solía hablar. La mayor parte de nuestras choquejuergas consistían simplemente en ir en coche, charlando.

Menuda pandilla de cazurros. Nuestra meta era ponerles caras a las historias que Rant nos había contado. A ver si no es raro. Echo Lawrence y yo, con Neddy en el asiento trasero de aquel Cadillac Eldorado que tenía. El coche que Rant le había comprado a Neddy.

Sí, e íbamos a poner flores y cosas en la tumba de Rant.

Echo Lawrence: Shot pulsó los botones de la radio y dijo:

—¿Sabéis que nos estamos perdiendo una buena Noche de la Mamá de Clase Media…?

—Esta noche no —dijo Neddy—. Mira tu agenda. Esta noche ha habido Noche de Autoescuela.

Shot Dunyun: Por delante de nosotros, una esquirla de luz perfiló el horizonte. La esquirla se hinchó hasta convertirse en un bulto de luz blanca, después en un semicírculo y por fin en un círculo entero. Una luna llena. Aquella noche nos estábamos perdiendo una gran Noche de Luna de Miel.

Echo Lawrence: En lugar de poner música nos contábamos historias entre nosotros. Las historias que nos había contado Rant sobre su infancia. Las historias sobre Rant las teníamos que reconstruir a partir de detalles que cada uno de nosotros tenía que sacar escarbando del sótano del sótano del sótano de nuestros cerebros. Todo el mundo contribuía con algún recuerdo de Rant, y así seguíamos nuestro viaje, haciendo un fondo común de historias.

Shot Dunyun: El sheriff local de Middleton nos hizo parar y nosotros le contamos la verdad: que estábamos haciendo un peregrinaje para ver dónde había nacido Rant Casey.

En una noche como aquella, con toda la población dormida, el pequeño Rant Casey habría estado haciendo de radioaficionado. Con sus auriculares puestos. De niño, en una noche como aquella, Rant solía hacer girar el dial en busca de informes de tráfico de Los Ángeles y Nueva York. Escuchaba acerca de atascos de tráfico y embotellamientos que tenían lugar en Londres. Tráfico lento en Atlanta. Accidentes de tres coches en París, retransmitidos en francés. Aprendía español con términos como «neumático desinflado» y «punto muerto». Que estaban teniendo lugar en Madrid. «Imbottigliamento», que es un punto muerto en Roma. «Het Roosterslot», punto muerto en Amsterdam. «Saturation», punto muerto en París. Todo el mundo invisible de la esfera del tráfico.

Echo Lawrence: Venga ya. Si uno va en coche por cualquier villorrio de palurdos entre medianoche y el amanecer, está corriendo un riesgo. La policía no tiene mucho más que hacer que dejarte sordo con su sirena. El sheriff de Middleton sostuvo en alto nuestros carnets de conducir enfocándolos con su linterna mientras nos daba un sermón sobre la ciudad. Que si a Rant Casey lo habían matado porque se había mudado a la ciudad. Que si la gente de ciudad eran todos unos asesinos. Refiriéndose a nosotros.

Aquel sheriff estaba alucinando alguna clase de efecto de ranger de Texas, enchufado a un bucle de química cerebral de John Wayne. Alucine usted a un sargento de instrucción a través de un juez que manda gente a la horca, luego alucine el resultado a través de un doberman pinscher, y se hará una idea de cómo era aquel sheriff. Tenía los hombros bien echados hacia atrás, muy rectos. Los pulgares enganchados detrás de la hebilla del cinturón. Y se mecía hacia delante y hacia atrás sobre los tacones de sus botas de vaquero.

Shot preguntó:

—¿Ya ha venido alguien a asesinar a la madre de Rant?

Aquel sheriff llevaba una camisa marrón con una estrella de hojalata sujeta con alfiler a un bolsillo de la pechera, un bolígrafo y unas gafas de sol plegadas y metidas en el bolsillo, y la camisa metida por dentro de unos vaqueros. En la estrella había grabado el nombre «Agente Bacon Carlyle».

Vamos. Vaya si no era la peor pregunta que podía hacer Shot.

Neddy Nelson: Dígame, ¿cómo es que en 1844 el físico sir David Brewster descubrió un clavo

de metal completamente incrustado en un bloque de arenisca del período devoniano que databa de hace más de trescientos millones de años?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Uno puede ver Middleton desde el aire, si vuela entre Nueva York y Los Ángeles, y siempre se preguntará cómo puede existir gente en un lugar así. Imagínese sofás raídos abandonados en los porches. Coches aparcados en los jardines. Casas medio desprendidas de sus cimientos, apoyadas en bloques de hormigón, con pollos y perros durmiendo debajo. Si da la impresión de que ha ocurrido un desastre natural es solamente porque no vieron ustedes cómo era antes.

Neddy Nelson: ¿Cómo se explica el hecho de que un ama de casa de Illinois, la señora S. W. Culp, partiera un pedazo de carbón y se encontrara un collar de oro incrustado dentro?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Pese a lo lúgubre del escenario, se trata de unas ciudades muy sexuales. Son únicamente los individuos que alcanzan una belleza y una sexualidad tempranas los que se quedan atrapados aquí. Los hombres y mujeres jóvenes que adquieren pechos y músculos perfectos antes de averiguar la mejor forma de usar ese poder son los que terminan en estado y empantanados al lado de donde crecieron. Este ciclo concentra los mejores genes en sitios que ustedes nunca se imaginarían. Como Middleton. Pequeños nidos de idiotas salvajemente atractivos que dan a luz y después se embarcan en vidas adultas largas y feas. Venus y Apolos. Dioses y diosas pueblerinos. Si Middleton ha producido un solo producto notable en la tediosa, aburrida y polvorienta historia de su comunidad, ese producto extraordinario fue Rant Casey.

Echo Lawrence: «La razón principal de que la gente se marche de una ciudad de provincias —solía decir Rant— es que así pueden soñar con la idea de regresar. Y la razón de que se queden en el mismo sitio es que así pueden soñar con largarse».

Rant quería decir que nadie es feliz en ninguna parte.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: La metáfora central del poder en Middleton, y sobre todo en el seno de la familia Casey, era la escenificación que rodeaba a sus comidas en las fiestas cristianas señaladas. Para aquellas ocasiones especiales —desayunos de Pascua y cenas de Acción de Gracias y de Navidad—, los miembros de la familia se dividían en dos clases distintas. Los adultos cenaban con porcelana antigua que llevaba muchas generaciones en la familia, platos con bordes pintados a mano, guirnaldas de flores y oro. Los niños se sentaban a una mesa en la cocina, pero no era una mesa, sino más bien un grupo de mesas plegables para jugar a cartas puestas todas juntas.

Echo Lawrence: En la cocina, todo era de papel, las servilletas y el mantel, y los platos eran de plástico, de forma que todo se pudiera estrujar y tirar a la basura. Cuando los adultos de la familia Casey se sentaban para partir el pan, siempre decían la misma bendición: «Gracias, Dios, por estas bendiciones que son la familia, la comida y la buena suerte que tenemos ante nosotros».

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Los miembros mayores de la familia que seguían sin moverse de la mesa de los niños invocaban en sus oraciones a la salmonela. A las espinas de pescado clavadas en tráqueas. Las generaciones más jóvenes se cogían de las manos y agachaban las cabezas para rezar por derrames cerebrales masivos y ataques al corazón.

Echo Lawrence: Rant solía decir: «El consuelo más grande que hay en la vida es poder mirar por encima del hombro y ver a gente que está peor que tú, esperando en la cola detrás de ti».

Shot Dunyun: Antes de una noche de choquejuerga, cuando nuestro equipo salía a cenar, Green Taylor Simms se quedaba mirando, con una risita burlona, cómo Rant se lo comía todo con el mismo tenedor. No es que Rant fuera un tonto del culo, es que nunca superó lo de usar una cuchara de plástico.

A espaldas de Rant, Green lo llamaba «Maricaberry Finn».

De las notas de campo de Green Taylor Simms: El señor Dunyun se refería a Rant como «el Hada de los Dientes».

Echo Lawrence: Oiga esto. Debía de ser medianoche en Middleton cuando Shot Dunyun y yo aparcamos en la salida de la carretera que llevaba a su granja, al lado de un buzón que tenía pintada la palabra «Casey». En medio de las parcelas sembradas, la casa era blanca y tenía un

porche largo en la parte de delante, un tejado muy inclinado y una buhardilla que daba al porche: el dormitorio de Rant en el desván que tenía el papel de la pared con vaqueros.

Los cimientos de la casa estaban rodeados de arbustos y flores, y el césped cortado se extendía hasta una alambrada. Vimos un granero pintado de marrón y casi escondido detrás de la casa. Todo lo demás era trigo, hasta llegar al círculo plano del horizonte que se extendía a todos los lados del Cadillac de Neddy. Shot toqueteó los botones de la radio, en busca de informes sobre el tráfico.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Solamente para su información. Échenle un vistazo al topetazo entre dos coches que se ha producido en el recodo de la derecha, yendo hacia el este a la altura de la señal de la milla 67 en la autopista City Center. Al parecer, los dos vehículos volvían de una boda, y hasta llevan ristras de latas atadas a los parachoques traseros. El tráfico es lento debido a que los conductores que pasan se dedican a fisgonear cómo las novias y novios se gritan y se tiran tarta de boda los unos a los otros. No se pierdan a las damas de honor y el arroz desparramado por la calzada…

Echo Lawrence: Shot se quedó dormido, roncando y apoyado en el interior de la portezuela del conductor. Yo seguía esperando alguna señal de que Irene Casey seguía viva y de que ningún misterioso desconocido había venido todavía a estrangularla ni apuñalarla.

Neddy Nelson: Dígame cómo es que en 1913 el antropólogo H. Reck descubrió un cráneo humano moderno enterrado en un suelo del pleistoceno inferior en la garganta de Olduvai. Explíqueme cómo es que también se han desenterrado cráneos humanos modernos del pleistoceno inferior y medio en Buenos Aires, Argentina, y en Ragazzoni, Italia, respectivamente.

Shot Dunyun: Caminamos por su asqueroso cementerio, un caos de malas hierbas segadas con cortacésped, pero no pudimos encontrar la tumba de Rant. A ver si no es raro. Dimos con el nombre de su mejor amigo en un listín telefónico, Bodie Carlyle, y luego encontramos su caravana al final de un camino de tierra. Las plantas rodadoras se amontonaban hasta las ventanas de la misma, y había un pitbull atado con una cadena y ladrando en el patio de tierra. Aún faltaban algunas horas para que amaneciera. Ni siquiera llamamos a la puerta de la caravana.

Echo Lawrence: Qué va. Nunca vi a Irene Casey. Ni siquiera llamamos a su puerta. Por lo que a nosotros respectaba, ya estaba muerta dentro de su granja.

Wallace Boyer (*Vendedor de coches*): Pásese usted un buen tiempo vendiendo coches y lo verá: nadie es demasiado original. Cualquier tío raro solitario viene de un nido enorme de tíos raros. Lo que es raro de verdad es que uno va a cualquier aldea de mierda de Eslovaquia y de pronto hasta Andy Warhol se entiende perfectamente.

Echo Lawrence: Hay que joderse. Al amanecer, aquel palurdo de sheriff paró al lado de nuestro coche y nos dijo con su megáfono que estábamos violando la Ley de Poderes de Emergencias Sanitarias y el toque de queda de la ley I-SEE-U. No queríamos dejar sin protección a la señora Casey, pero el sheriff Gran Jefe nos apuntó con su pistola y nos dijo:

—¿Qué os parece si venís todos al pueblo para que os interroguemos…?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: En Middleton, los perros dormidos tienen paso preferente en todo momento.

3
PERROS

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): En invierno, los perros de Middleton corren en manadas. Los perros de granja normales de por aquí echan a correr y desaparecen, aunque por las noches se los puede oír aullar y ladrar. Otros son perros que la gente deja tirados en la cuneta de una carretera. Abandonados. La gente de ciudad se imagina que todos los perros pueden buscarse la vida, asilvestrarse, pero la mayoría de los chuchos pasan hambre hasta que están lo bastante desesperados como para comerse la mierda que deja alguna otra alimaña. Una mierda que está infestada de huevos de moscas. Así que la mayoría de esos perros abandonados mueren por las lombrices.
Otros perros se juntan en manadas para darse calor. Los perros que sobreviven. La manada persigue conejos y ciervos mulos. Cuando llega el invierno, los perros de las granjas oyen a las manadas aullar por la noche alrededor de la presa que acaban de matar en los árboles que flanquean el río y se largan con ellos.
Los perros domésticos oyen ese aullido y, por mucho que los llames, hasta los perros más cariñosos se olvidan de sus nombres. Salvo por sus aullidos, se pasan el invierno entero desaparecidos del todo. Empieza a nevar y tu mascota, tu mejor amigo, queda reducido al ruido de los aullidos que suenan lejanos en mitad de la noche, como los aullidos de un hombre lobo. Un ruido que no deja de oírse nunca cuando el aire se enfría.
En invierno, la peor pesadilla de un niño era volver a casa caminando cuando ya era oscuro y oír a una manada de perros, todos aquellos aullidos y chasquidos de mandíbulas, acercándose y sonando con más fuerza en la oscuridad. Algo con montones de dientes y garras. Si te encontrabas con un ciervo mulo que había sido cazado por una manada, puede que el cráneo fuera el trozo más grande que quedara. El resto del pellejo y del esqueleto lo encontrabas a cachos, desgarrado por las dentelladas y desperdigado. En el caso de los conejos, puede que encontraras una patita en medio de los pelos desparramados por todos lados. Y todo lleno de sangre. Una pata de conejo, con ese pellejo húmedo y suave, como las que la gente lleva para que le den suerte.
El perro de los Casey se dedicaba a huir todos los inviernos con las manadas hasta que no volvió nunca más. Solía saltar encima del sofá y asomarse a las ventanas de noche, con las orejas enhiestas para escuchar, cuando las manadas deambulaban cerca. De caza. Unas manadas que eran más un rumor que algo que la gente viera realmente. Una leyenda a medias. El único monstruo que tenemos por aquí. Más que a medias. La idea era que aquellos perros, que hasta puede que fueran tuyos, se volvían locos e iban a por ti. Que tus propios perros podían seguirte a casa después de la escuela. Seguir tu rastro por la maleza del arcén de la carretera. Acecharte. Que tu propio perro iba a perseguirte y a hacerte pedazos a dentelladas. Por mucho que tú lo llamaras «Fido», o le dijeras «Quieto», o «¡Siéntate!», el perro al que tú habías educado desde que era un cachorro, al que habías pegado con un periódico cuando se portaba mal, aquel perro iba a cerrar sus mandíbulas sobre tu tráquea e iba a arrancarte la garganta. Luego Fido aullaría por tu muerte y se bebería la sangre que todavía manaba caliente de tu corazón lleno de amor.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): No me pida que lo sienta por él. Ya en la escuela primaria, Rant Casey se estaba buscando que lo mataran de alguna forma terrible. Mordido por serpientes, o de la rabia. A su perro, los Casey lo llamaban Cógela. Era una especie de mestizo medio sabueso, medio beagle, medio rottweiler, medio bullterrier y medio todo. Ese es el nombre que Chester Casey le puso al perro: Cógela.

Edna Perry (*Vecina de la infancia*): Por si quiere usted saberlo, los tres miembros de la familia Casey se llamaban entre ellos con nombres distintos. Irene Casey llamaba a su marido «Chet». Él a ella la llamaba «Reen», que es diminutivo de «Irene», y solamente cara a cara. Nadie más llamaba así a Irene Casey. Rant llamaba a Chester «Papá». Irene llamaba a su hijo «Buddy», pero su padre lo llamaba «Buster». Nunca «Rant». Bodie Carlyle era el único que lo

llamaba Rant.
La cosa es que Rant llamaba a Bodie «Sapo». No miento.
Todo el mundo llamaba a los demás con nombres distintos. Buster era Rant y Buddy. Chester era Chet y Papá. Irene era Mamá y Reen. La forma que tiene la gente de reclamar para sí a un ser querido es ponerle un nombre que solo hacen servir ellas. Ponerle una etiqueta para apropiárselo.
Sheriff Bacon Carlyle: Es igual que abandonar a un perro, lo peor que puede hacer un hombre es asilvestrarse.
Echo Lawrence (*Choquejuerguista*): Escuche. Rant solía decirle a la gente: «Eres un ser humano distinto a todo el mundo que conoces».
A veces Rant decía: «En realidad solamente existes a los ojos de los demás».
Si tuvieras que grabar una cita en su tumba, su dicho favorito era: «El futuro que tendrás mañana no será el mismo futuro que tenías ayer».
Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): Chorradas. El dicho favorito de Rant era: «Hay gente que nace humana. Al resto nos cuesta toda la vida conseguirlo».
Bodie Carlyle: Me acuerdo de que Rant decía siempre: «Nunca más vamos a ser tan jóvenes como esta noche».
Irene Casey (*Madre de Rant*): Antes, los domingos Buddy solía ir caminando con su abuela Esther a la iglesia. Si hacía buen tiempo, Chet y yo llevábamos en coche a Buddy hasta la casa de Esther y lo dejábamos allí. El pequeño Buddy lo había convertido en costumbre, al ver que ella no tenía nadie con quien hacer el camino. La abuela solamente vivía a un tiro de piedra de la iglesia de la Hermandad Cristiana de Middleton, en la misma calle. Una ancianita con su pequeño sombrero de ir a la iglesia, y un niño con una pajarita sujeta con un clip, los dos cogidos de la mano y andando por un camino de tierra, era una imagen que te llegaba al alma.
Un domingo ya se había terminado el himno de entrada, la primera lectura del Evangelio y estábamos en mitad del sermón, pero Buddy y Esther todavía no habían llegado a la iglesia. Estábamos pasando la cesta de la colecta cuando la puerta se abrió de golpe. Se oyó a alguien que subía pisando fuerte las escaleras de fuera, unos pasos enérgicos sobre los tablones del porche de la iglesia y la puerta enorme se abrió con tanta fuerza que el pomo de dentro hizo una muesca en la pared del vestíbulo. Todos volvimos la cabeza y estiramos el cuello para mirar, y vimos que el pequeño Buddy entraba dando tumbos y jadeando. Inclinado hacia delante y con las manos apoyadas en las rodillas, con la puerta todavía abierta a su espalda y la luz del sol resplandeciendo a su alrededor, Buddy jadeaba, con el pelo cayéndole sobre los ojos, intentando recuperar el resuello. Sin pajarita. Con los faldones de la camisa blanca colgando por fuera.
El reverendo Curtis Dean Fields dijo:
—¿Serías tan amable de cerrar la puerta?
Y Buddy tragó saliva y dijo:
—Está herida.
Recobró el aliento suficiente para decir:
—La abuela Esther. Está muy mal.
Como era invierno, pensé que habría sido una manada de perros, que tal vez la hubiera mordido un perro. Perros salvajes.
Sheriff Bacon Carlyle: No me odie por decir esto, pero ninguno de los Casey pagó nada para que arreglaran aquella muesca que Rant había dejado con el pomo de la puerta en la pared de la iglesia. Aun aceptando que lo hubiera hecho *por accidente*.
Irene Casey: Buddy contó que a Esther le había picado una araña. Por la pinta que tenía, una viuda negra. Buddy y su abuela iban andando, a medio camino ya, cuando ella se paró, se quedó muy quieta y dejó caer la mano. Esther gritó: «¡Dios mío!», y usó las dos manos para arrancarse de la cabeza el sombrero, cuyos alfileres le arrancaron varios mechones de pelo canoso. Un ruido, dijo Buddy, como cuando uno rasga papel de periódico por la mitad. Su sombrero negro de ir a la iglesia, redondo y negro, más o menos del tamaño de una caja de sales de baño. De un manotazo tiró el sombrero al suelo de tierra. Luego se puso a pisotearlo con los dos pies. Los

zapatos negros le quedaron grises del polvo que levantó. Este se elevó formando una nube alrededor de su abrigo negro. En su otra mano se mecía su bolso, y le hizo un gesto a Buddy para que se apartara y le dijo:
—No lo toques.
Todavía sujetos con alfileres al sombrero, arrancados de raíz, había varios mechones bien tupidos del pelo canoso de Esther.
Con un zapato de ir a la iglesia, Esther le dio la vuelta al sombrero de un puntapié y los dos se pusieron en cuclillas para mirar.
Mezclada con el polvo y la grava, con el velo aplastado y con el satén arrugado, doblando apenas una pata, flexionando una de sus patas, había una araña. Una araña negra y polvorienta con un reloj de arena rojo en el vientre.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): Prima de la araña capulina de Sudáfrica, del género *Latrodectus* de la familia de las arañas de pies serrados, la viuda negra anida en sitios aislados como por ejemplo la ropa que no se usa o las letrinas exteriores. Hasta que se instalaron tuberías en las casas, las picaduras de la viuda negra se infligían habitualmente en las nalgas o los genitales de la víctima. En tiempos más recientes, lo más común es que la araña pique al verse atrapada entre la tela y la piel de la víctima: por ejemplo, cuando una araña anida en un zapato o en un guante que nos ponemos poco.
Irene Casey: La abuela Esther se tocó la coronilla, se palpó con dos dedos entre los mechones de pelo, apartó los rizos primero a un lado y luego al otro, y por fin tocó un punto que le hizo abrir la boca y cerrar con fuerza los ojos. Cuando los abrió, contó Buddy, su abuela tenía los ojos llenos de lágrimas.
Abrió el pasador de su bolso y sacó un pañuelo de papel. Cuando Esther se puso el pañuelo en la coronilla y apretó, dijo Buddy, y después miraron el pañuelo, vieron una mancha de sangre fresca. Fue entonces cuando Esther le dijo:
—Corre a buscar a tu padre, todo lo rápido que puedas.
Esther Shelby apoyó una rodilla en el suelo, luego se sentó y por fin se tumbó sobre la tierra del recodo del camino, diciendo:
—¡Chico, date prisa!
Echo Lawrence: Rant contaba que su abuela le dijo:
—Tú corre deprisa, pero si no llegas a tiempo acuérdate de que te sigo queriendo…

Cammy Elliot (*Amiga de la infancia*): Máteme si miento, porque no le miento, pero los perros de Middleton se volvían más salvajes cuando el viento soplaba con más fuerza. Venía una ráfaga fuerte y todos los cubos de basura se volcaban. A los perros eso les encanta.
La primera lección que aprende una chica en sexto curso es qué es lo que no puede digerir una fosa séptica. Cualquier desperdicio femenino hay que envolverlo en papel de periódico y enterrarlo muy hondo en la basura. Luego viene el camión de la porquería a vaciarte el tanque y se encuentra con algo más que simples desechos naturales; es un precio extra.
Claro está, cuando el viento vuelca un cubo de basura, dependiendo de la casa que sea, acaba habiendo compresas sucias volando por todos lados. Y en esos días de viento, resulta que a todo el mundo le ha venido la regla. Las compresas y los salvaslips se alejan desfilando, un auténtico ejército arrastrado por el viento. Cuando pierden el envoltorio de papel de periódico, aparecen las manchas de sangre oscuras rebozadas de tierra y de agarramoños. Con espigas de parches del pasto clavadas. Con cada cubo que el viento vuelca, ese ejército de sangre tirada a la basura se hace más grande, desfilando en la dirección única del viento. Hasta que llega a una verja. O a un cactus.
Shot Dunyun: Rant oía a las manadas de perros muy cerca, ladrando y chasqueando las mandíbulas. No quería dejar sola a su abuela, pero ella le pidió que se marchara.
Cammy Elliot: No le miento. Una alambrada normal de triple filamento acaba tan llena de esos bullones blancos que parece que tenga adornos de Navidad. Acérquese demasiado y verá todos los condones que hay enganchados, como si fueran globos de fiesta muertos. Formas de color

verde o gris o azul claro meciéndose, cada globo con su carga blanca colgando pesada en la punta.
Aleteando al viento en dirección a usted, colgadas en esas espinas de alambre afilado, verá salvaslips y también compresas enormes con alas para los días de más regla. Condones lisos y con estrías. Marcas de condones y de compresas que uno nunca ha visto en las estanterías del supermercado Trackside.
Sangre vieja y grumos tan negros que podrían ser de alquitrán. Sangre marrón como el café. Sangre de color rosa aguado. Esperma diluido hasta tener una textura casi transparente.
Para la mayoría de la gente la sangre no es más que sangre, sobre todo para los hombres, pero una se vería en apuros para emparejar dos tampones cualesquiera que encuentre clavados en una milla de alambrada.
Aquí y allá se encuentran pelos púbicos. Pelos rubios y de color gris parduzco. Llega una buena ventada y toda la gente de Middleton queda colgada igual que si fueran pájaros posados en un cable telefónico. Como en esos carteles de 4-H que hay en la feria del condado.
Sheriff Bacon Carlyle: Si quiere saber lo que pienso, la peor parte era mantener a los perros dentro de casa. A la gente ni siquiera le hacía falta ver las corridas y la sangre que había enganchados en las alambradas para saber que el viento le había volcado a alguien la basura. Los perros se volvían locos, gimoteaban y arañaban la parte baja de las puertas, rascaban la pintura y deshilachaban las alfombras, todo para llegar a aquel olor tan débil que solamente lo notaba el olfato de un perro.
No es lo mismo que cuando necesitan salir a hacer sus necesidades. Los perros olían aquellos condones y aquellos tampones que se balanceaban bajo el viento cálido y empezaban a babear.
Y Dios no quisiera que les abrieras la puerta. La mayoría de la gente iba directa al teléfono, a culparse entre ellos de aquella guarrada y a llamar a alguien para que viniera a recogerla.
Cammy Elliot: Por aquí el paisaje es tan llano que todo el mundo puede verlo todo solo con asomarse. La gente normal tiene demasiado pundonor para salir a pasear cuando hay peligro de Tornado Sexual. Nadie quiere que la comunidad los vea cosechar sus vergüenzas como quien cosecha tomates maduros.
O bien cada cual recoge lo suyo o nadie recoge nada.
Siempre es una gran confrontación. El punto muerto del decoro.

Mary Cane Harvey (*Maestra*): Si yo no estuviera dando clases todavía, Dios, qué historias podría contarle sobre Buster Casey. Un joven excepcional.
Sheriff Bacon Carlyle: No se olviden de que hay gente, incluyendo al FBI, que dice que su abuela Esther fue la Víctima Número Uno de Rant.
Mary Cane Harvey: Buster nunca sacó más que aprobado justo en todos los cursos de letras que hizo, pero daba la impresión de que era capaz de construirte el mundo entero con nada más que palos y piedras y las pocas palabras que había aprendido. Yo lo comparaba con ese arte amateur que realizan los presidiarios, o que practicaban los marineros durante los viajes que les llevaban muchos meses. Por ejemplo, maquetas del Vaticano hechas con cerillas de madera, o la Acrópolis construida a base de terrones de azúcar ensamblados. Se trata de obras de arte realizadas con materiales y herramientas muy limitados, pero que requieren una cantidad enorme de tiempo y de concentración. Monumentos a la paciencia.
Bodie Carlyle: Para mostrarle lo popular que se había vuelto Rant en el último año, una noche nuestros perros se pusieron a aullar y a escarbar frente a la puerta. Soplaba el viento, y no hacía falta la luz del sol para ver que era el Tornado Sexual de costumbre.
Rant vino a llamar a la puerta de nuestra cocina. Mientras mi madre estaba echando las culpas a alguien por teléfono, Rant me hizo una señal con la mano para que saliera. Llevaba echada al hombro una bolsa vacía de tela de saco.
Al ver el saco de yute, mi madre me dijo que no con la cabeza. Pero yo aparté a los perros de la puerta a patadas y seguí a Rant afuera a oscuras, mientras el viento nos alborotaba el pelo y nos levantaba los cuellos de la camisa por un lado.
Al llegar a la verja, nos encontramos un montón de desechos blancos ondeando al viento, vivos y

moviéndose frenéticos como conejos en una trampa. Condones que aleteaban como lenguas grises con saliva en la punta. Rant soltó un condón de la bolsa y se lo puso debajo de la nariz, con la corrida espumosa demasiado cerca de su labio superior. Lo olisqueó y dijo:

—Reverendo Curtis Dean Fields.

Sonrió y dijo:

—Reconocería esa peste en cualquier parte.

Rant fue metiendo la basura en su saco. Arrancó un tampón, que no tenía nada más que un puntito diminuto de color rojo en el centro de la parte blanca y esponjosa. El rojo se veía negro bajo la luz de la luna. Rant lo olió y frunció el ceño.

Volvió a olerlo, esta vez con los ojos cerrados, y dijo:

—Es LouAnn Perry, está claro, pero debe de estar tomando esas píldoras de flúor…

Rant me ofreció el punto rojo, pero yo negué con la cabeza.

Antes de que apareciera nadie decente para ayudar, Rant ya había limpiado toda nuestra verja de atrás, adivinando todas las pollas y coños.

Mary Cane Harvey: En Middleton hay muy pocas cosas que estimulen a los jóvenes. La vida social se centra en torno a la iglesia y a los eventos escolares. El centro agrícola celebra una reunión todos los fines de semana, a veces un baile con premio cuando llega la primavera, y una feria de artes y oficios durante la época de vacaciones. O bien los Cub Scouts organizan una casa encantada para recaudar fondos por Halloween.

Bodie Carlyle: Rant Casey tenía un olfato que ni los perros. Era un sabueso humano, podía rastrear cualquier cosa. Y de tanto salir por las noches hasta muy tarde, todavía olía mejor. Como era el chico más popular de la escuela, sabía a quién correspondían todos los olores. Y llegado el último año, todos aquellos talentos por fin empezaron a trabajar juntos en su beneficio.

—Mira esto —dijo Rant, y me mostró una almohadilla blanca con una flor roja y prieta en el centro. Pequeñita como una violeta. Sin necesidad de olerla, me dijo—: La señorita Harvey de la clase de inglés.

El aullido de los perros invisibles que traía el viento nos iba envolviendo.

Era la señorita Harvey, él lo sabía por la forma roja.

—Deja una «huella de coño» —dijo Rant, rodeando con un dedo el contorno de la mancha roja—. Cien veces más personal que tu huella dactilar.

La mancha, dijo, tenía exactamente el aspecto de un beso dado con sus partes bajas.

No hacía falta preguntar cómo conocía Rant la forma de las partes íntimas de la señorita Harvey. Igual que si fuera el rastro de un animal en la nieve o la arena, él podía dibujarte a mano el beso de una amplia variedad de coños locales. Nacidos en el lugar o simplemente de paso. Con solo ver hasta dónde estaba desenrollado un condón, Rant era capaz de adivinar de qué polla había salido.

A lo lejos, en la ventana de la cocina de mi casa, se veía la silueta de mi madre de pie frente al fregadero, con un codo levantado y sobresaliendo hacia un lado, cogiendo con la mano el contorno del teléfono que mantenía apretado contra un lado de su pelo. Tal vez mirándonos. Probablemente mirándonos.

Rant arrancó otro pedazo de color blanco, salpicado con una mancha oscura. Lo olisqueó y echó un vistazo en dirección a mi casa.

Yo le pregunté:

—¿De quién es?

Y señalé con la cabeza la sangre rancia.

Aquella nueva huella de coño era una flor más grande que la de la señorita Harvey, un girasol comparado con la violeta diminuta de esta.

Rant abrió su saco y dijo:

—Olvídalo.

No, en serio, dije, y alargué la mano para cogerlo.

—Déjame oler —dije.

Rant dejó caer la mancha del tamaño de un girasol dentro de su saco. Se alejó un paso de mí,

caminando junto a la alambrada, y dijo:
—Estoy bastante seguro de que es de tu madre.
Mi madre nos miraba. Su oído seguía buscando culpables en la línea telefónica.
Cuando uno iba por ahí con Rant Casey, el tiempo tenía la costumbre de detenerse. Y aquel fue uno de esos momentos en que el tiempo se detuvo. Aquel momento condenado a seguir repitiéndose para siempre dentro de mi cabeza. Aquellas estrellas, las mismas estrellas de segunda mano en las que la gente sigue depositando sus deseos. La luna de esta noche, exactamente igual que la de aquel día.
Sheriff Bacon Carlyle: Entre lo que tardó Rant Casey en ir corriendo a la iglesia y lo que tardamos los demás en acudir a donde estaba la vieja Esther, las manadas de perros ya la habían encontrado. A la madre de Irene. Y lo que dejaron era algo espantoso de recoger.
Bodie Carlyle: Nunca tuve pelotas para preguntarle a Rant Casey si alguna vez se había tirado a mi madre.

4
ESTRELLAS FALSAS

Echo Lawrence (*Choquejuerguista*): Antes de que Rant empezara a ir a la guardería, pero cuando ya había comenzado a dormir en una cama normal, su madre lo acostaba cuando la manecilla pequeña del reloj de cocina estaba en las dos y lo dejaba dormir hasta que la manecilla estaba en las tres. Bostezando o no, Rant tenía que quedarse en aquella cama, en su cuarto del desván, con la almohada apoyada en la pared. En la cama, se dedicaba a abrazar un conejo de peluche al que llamaba «Oso».

Imagine el momento en que su padre o su madre lo dejaron de ver a usted como una versión bonita y diminuta de sí mismos. Como una versión de ellos, pero mejorada. Mejor educada. Inocente. Luego imagine el momento en que dejó usted de ser el sueño de ellos.

Si hacía sol y Rant oía perros ladrando fuera, decía:

—Oso quiere salir a jugar.

Cuando no estaba cansado, Rant decía:

—Pero si Oso no tiene sueño…

Ruby Elliot (*Vecina de la infancia*): Las chicas que fuimos a la escuela con Irene Shelby sabemos lo cerca que estuvo Buster Casey de no nacer. Irene no tenía más que trece años cuando Chester se lió con ella y catorce cuando el niño vino al mundo. Si hemos de ser sinceras, a Irene no le hizo demasiada gracia ser la única chica de noveno curso que tenía estrías y daba de mamar.

Edna Perry (*Vecina de la infancia*): Tiene que jurarme usted que no le he dicho esto, pero antes de que llegara Buster, Irene iba diciendo que lo que quería era pintar cuadros y esculpir estatuas. Nunca pensó de qué clase serían. Llegó hasta el doctor Schmidt, en su intento de no tener aquel bebé. Acudió al reverendo Fields de la Hermandad Cristiana de Middleton para pedirle permiso para librarse de la criatura. No sirvió de nada: su propia madre, Esther Shelby, le dijo que aquel bebé iba a ser una maldición del Diablo en carne y hueso.

Echo Lawrence: Irene llevaba los labios hasta la pequeña frente de Rant para besarlo. Sentada al borde de su cama, blandía el dedo en dirección al conejo de peluche y decía:

—Aun así, necesitamos dormir.

Le decía:

—Contemos estrellas hasta que nos venga el sueño.

La madre de Rant le hacía contar uno… dos… todos los adhesivos que había pegados a la pintura del techo. Cuatro, cinco, seis, y entonces salía del cuarto andando hacia atrás y cerraba la puerta.

Ruby Elliot: No le miento, Esther también tuvo a su niña, Irene, más o menos a la misma edad. Chet Casey fue la única voz que ayudó al pequeño Rant a venir al mundo. Chet e Irene se casaron, pero ella tuvo que dejar los estudios. Hoy día la gente ve el camino que tomó Buster Casey, la plaga que desencadenó, y cuesta no ver que Irene se equivocó de plano.

Echo Lawrence: Durante esa hora que pasaba solo, mientras miraba fijamente el techo, con la mirada desenfocada, el dedo de Rant se dedicaba a explorar el mundo cálido y profundo que tenía dentro de la cabeza. Cada día a las dos en punto Rant se quedaba acostado hurgándose la nariz. Pescaba hilos pegajosos de moco y los amasaba entre dos dedos hasta que el moco quedaba negro. La bolita de moco negro se le quedaba pegada al dedo, y luego al pulgar, y no se le caía, por muy fuerte que él agitara la mano. Luego estiraba el brazo y pegaba todas aquellas bolitas negras y pegajosas en la pared de encima de su almohada, cuya pintura blanca ya estaba llena de bultitos negros. Un estucado de bolitas de moco negro aplastadas, con bucles y remolinos impresos, un millar de copias de la pequeña huella dactilar de Rant. Souvenirs de los viajes por el interior de su cabeza. Siempre el mismo retrato del índice de la mano derecha de Rant. Aquel arco iris con manchas, aquel mural arqueado de puntos negros que se iba extendiendo cada vez más a medida que el brazo del niño se hacía más largo. Los mocos secos

que había más cerca de su almohada eran manchitas negras, recuerdos polvorientos de cuando era muy pequeño. Un centenar de siestas más tarde, los puntos eran tan grandes como pasas, y estaban extendidos a todo lo alto y ancho de hasta a donde a Rant le llegaba el brazo, tumbado de espaldas y con la cabeza apoyada en la almohada.

El techo de su dormitorio infantil estaba lleno de siluetas de estrellas brillantes que Irene Casey había pegado allí y que emitían un brillo verde cuando apagabas la luz.

El cabezal de la cama de Rant era un cielo nocturno en negativo. Allí, los puntos negros y pegajosos perfilaban otras constelaciones. Hasta aquel día, a Rant todo le parecía lo mismo.

Edna Perry: Si es usted capaz de guardar un secreto, la primera vida que el maníaco de Rant Casey destrozó fue la de Irene. El primer futuro luminoso que segó fue el de su madre.

Echo Lawrence: A las dos de la tarde de aquel día en que Rant dejó de ser un ángel, su madre lo estaba arropando para que durmiera la siesta. Ella se inclinó por encima de su almohada y le dio a su pequeño Buddy un beso de dulces sueños. La cara redonda de él hundida en la almohada. Las largas pestañas de Rant batían como abanicos contra sus mejillas rosadas.

Si miras fotos antiguas, Irene Casey es guapísima. No solamente joven, sino guapa de esa manera en que lo eres cuando la cara se te suaviza, cuando la piel de alrededor de los ojos y los labios se te relaja, esa forma de ser guapa que solo se consigue cuando quieres a la persona que está sacando la foto.

La madre de Rant es la madre joven y guapa, la presión de unos labios suaves en la cara de él, junto a su oreja. Es el aliento, el susurro de «Felices sueños» con olor a cigarrillo. El olor a caramelo de su champú. El olor a flores de su crema facial.

El aliento que le dice: «Eres el pequeño tesoro de tu madre».

Que le dice: «Eres nuestro angelito».

La mayoría de las madres hablan igual, en ese momento en que todavía son una sola persona con su hijo.

«Eres el hombrecito perfecto de tu madre.»

Ese momento, antes de los ojos de vaca y las mordeduras de serpiente de cascabel y las erecciones de la escuela secundaria, es el último momento en que Rant y su madre van a estar así de unidos. Así de enamorados.

Ese momento: el final de eso que desearíamos que durara para siempre.

Doctor David Schmidt (*Médico de Middleton*): En mi opinión, los dos miembros del matrimonio Casey eran unos padres insólitos. La experiencia me ha demostrado que muchos jóvenes ven a sus recién nacidos como si fueran una broma que les ha gastado alguien. Tal vez como un castigo. Un bebé es lo que es; no tiene carrocería para que tú lo manipules con tus herramientas. Un bebé no va a conseguirte un trabajo en un despacho con aire acondicionado.

Chet Casey veía aquel bebé como una combinación de su peor enemigo y su mejor amigo.

Echo Lawrence: Aquel día a la hora de la siesta, la madre de Rant se inclinó sobre la cama. Con los dedos de una mano, le apartó suavemente el pelo de su frente infantil, mientras los ojos de color verde brillante de él la miraban, unos ojos demasiado grandes para su cara. Unos ojos que contaban las estrellas.

Ella se incorporó para ir a la cocina o al jardín o a la televisión, la guapa y joven madre de Rant, y de pronto se detuvo. Todavía inclinada a medias sobre su cama, se quedó mirando la pared que había encima de su almohada, entrecerrando y guiñando los ojos para ver algo que había sobre el yeso. Despegó un poco los labios. Parpadeó una y otra vez con sus ojos grises, mirando fijamente la pared, y hundió un poco la barbilla puntiaguda en el cuello. Luego extendió una mano hacia delante, señalando a medias con un dedo, la uña lista para rascar algo que había sobre la pintura. La piel lisa se arrugó formando una zanja entre sus cejas.

Rant se retorció en su cama y arqueó la espalda para mirar.

Su madre dijo:

—¿Qué es esto…?

Y su uña dio un golpecito a algo, un bulto negro, una masa, un bulto de algo casi blando, una pasa aplastada que se descascarilló y cayó al lado de la cabeza de Rant, sobre la almohada.

La mirada de la madre de Rant se desplazó para seguir la extensión de puntos negros que había por toda la pared, el enjambre de manchas como de goma que trazaban una espiral hasta la cabeza de su ángel apoyada en la almohada.
Tal como decía Rant: «Hay gente que nace humana. Al resto…».
En cierto sentido, todos somos iguales. Al cabo de un momento de mirar, todos reconocemos los mocos secos. Conocemos su tacto pegajoso por debajo de las sillas y las mesas.

Reverendo Curtis Dean Fields (*Pastor de la Hermandad Cristiana de Middleton*): No había pecado que el pequeño Rant no cometiera. No, el pequeño Buddy ya creció pecando por toda su familia.
Echo Lawrence: He ahí uno de esos momentos que se prolongan durante el resto de tu vida. Una escena que Rant vio como un destello antes de morir. El tiempo se ralentizó, perdió gas, y por fin se detuvo, congelado. La única isla que encontrarás en el océano gigantesco y difuso de tu infancia.
En los años que duró ese momento, la cara de la madre de Rant se retorció y se agarrotó hasta formar una mueca arrugada. Su cara se convirtió en músculos en lugar de piel. Sus labios se retrajeron, finos, mostrando todos los dientes cuan largos eran y después sus encías rosadas. Sus párpados temblaron y se estremecieron, sus manos se encogieron y se marchitaron hasta convertirse en garras. En la eternidad que duró ese momento, la guapa joven que estaba inclinada sobre la cama de Rant lo miró desde arriba con su nueva cara de bruja y dijo:
—Eres…
Tragó saliva y la garganta le dio un vuelco dentro del cuello correoso. Blandiendo sus garras vetustas en dirección a las manchas de la pared, dijo:
—Eres…
Tumbado de espaldas, Rant se giró para contemplar su orgullo, su colección.
Todos tenemos ese momento, la primera vez que tus padres dejan de verte como alguien que está creciendo para convertirse en ellos.
Las estrellas falsas y pegadas al techo de Irene contra el mural de mocos de verdad de Rant.
El orgullo de él, la vergüenza de ella.

Logan Elliot (*Amigo de la infancia*): No le miento. Ese chaval de los Casey nunca hizo nada extraordinario más que arrancar raíces y quemar puentes.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): En momentos como ese, se te queda pinta de experimento fallido que tus padres van a tener que afrontar durante el resto de sus vidas. De premio de consolación para el último en llegar. Y a tus padres se les queda pinta de Dios demasiado retrasado para crear nada mejor que tú.
Creces para convertirte en la prueba viviente de las limitaciones de tus padres. De su obra nada maestra.
Echo Lawrence: Su madre contempló a Rant desde todo lo alto de su cuerpo incorporado y dijo, con una voz grave que Rant no había oído nunca, una voz que resonaría como un eco dentro de él para el resto de su vida:
—Eres un pequeño monstruo asqueroso.
Aquella misma tarde, Rant dejó de ser para su madre lo que su «Oso» era para él. Aquel fue el verdadero momento de su nacimiento. El inicio de Rant como persona de verdad.
Y en la que sería la primera siesta de su nueva vida, esa tarde, Rant se quedó dormido.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): En la siguiente cena de Acción de Gracias, después de que las viudas negras mataron a la abuela Esther con sus picaduras, Irene Casey abandonó su asiento en la cocina. Sin embargo, la bisabuela de Rant, Hattie, era la siguiente en la línea sucesoria para ocupar un sitio en la mesa de los adultos. La línea sucesoria estaba tan clara como los nombres y fechas que había escritos dentro de la Biblia familiar.
Shot Dunyun: A ver si esto no es inquietante. Para el final de aquella cena de Acción de Gracias, la vieja abuela Hattie no paraba de retorcerse y de rascarse. La estola de piel de zorro

que llevaba en todas las grandes ocasiones, dos o tres pellejos de zorro rojo con las putas cabezas y las patas disecadas, cosidas de forma que se pudiera rodear el cuello con ellas, aquella cosa repugnante estaba infestada de pulgas.

No veas el mal rollo que daba. Con la gente tan vieja, solamente hace falta una ráfaga de viento para matarlos. Una fractura de cadera. Una picadura de abeja. Un simple guiso de atún en mal estado. Como en el caso de las viudas negras, con las picaduras de pulgas estamos hablando de otra parte natural de la vida de los palurdos. Puede que fueran ardillas listadas o marmotas o ratones de campo, conejos, ovejas o ardillas de las rocas, pero algún habitante de su mundo natural se había dejado las pulgas detrás. Primero, la abuela Hattie se quejó de que le dolían la garganta y la cabeza. De que le dolía el estómago. Hattie respiraba con dificultad. Al cabo de una hora en el hospital, murió de neumonía.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: La última epidemia transmitida por ratas de la bacteria *Yersinia pestis* tuvo lugar en Los Ángeles durante los años 1924 y 1925. Su origen se encontró en la práctica muy extendida de destruir las colonias de perros de las praderas introduciendo animales infectados con la enfermedad. Para la década de 1930, el noventa y ocho por ciento de la población nativa de marmotas había sido aniquilada, mientras que el dos por ciento restante eran portadoras asintomáticas de la peste bubónica.

Echo Lawrence: Solía despertarse ahogando un grito. Rant contaba que en sus pesadillas la tela de encaje negro del pequeño velo del sombrero de su abuela empezaba a moverse. Que el sombrero parecía cobrar vida y se deshacía en jirones, que los hilos negros le trepaban a su abuela Esther por las mejillas, picándola, y era entonces cuando ella se ponía a gritar. En aquellos sueños, Rant oía perros ladrar pero no los veía.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): Los sueños de Rant eran la culpa que sentía, así de sencillo. Por haber matado a aquellas ancianas. Por propagar su infección.

Shot Dunyun: Esos bichitos peludos que parecen tan monos en los documentales sobre naturaleza, pues mire, todos los años una media de veinte personas se cruzan en su camino con una marmota o una ardilla listada que tiene la peste. Se les hinchan los nodos linfáticos, se les ponen negros los dedos de las manos y los pies y se mueren. Las personas, quiero decir, no los bichitos peludos.

Echo Lawrence: Adelante, pregúntele a Irene Casey por la pared del dormitorio de Rant. Terminó empapelando la pared. Para ella, los mocos secos eran peor que el amianto.

Hasta cuando ya era adulto y tenía apartamento propio, era mejor no tocar la pared de encima de la cama de Rant.

Irene Casey (*Madre de Rant*): Por lo que yo recuerdo, sí que empapelamos las paredes del dormitorio de Buddy; debió de ser cuando tenía tres o cuatro años. Con dibujos de vaqueros que tiraban el lazo a caballos, y también algunos cactus, sobre un fondo de color marrón chocolate, para que no se viera la suciedad. Terriblemente oscuro, pero muy práctico para la habitación de un chico.

El resto, eso de la pared cubierta de mocos secos… eso no pasó nunca. Buddy era un niño encantador. Un angelito de lo más normal. Sí que le pegamos estrellas en el techo, esos adhesivos que brillan en la oscuridad, y bajo las estrellas se veían los pequeños vaqueros. Esa parte es verdad, pero el resto… Yo nunca llamaría monstruo a mi niño, ni diría que es una maldición del Diablo.

Y Buddy nunca le contaría una historia así a nadie.

5
ARTE INVISIBLE

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): Todavía faltaban semanas para el Domingo de Pascua y a la señora Casey ya le olían las manos a vinagre, peor que en plena temporada de encurtidos. La señora Casey dejaba al fuego una olla de agua hirviendo. Primero para hacer huevos duros. Luego otra olla de agua para hervir con vinagre, añadir ingredientes picados para dar color y teñir los huevos.

La casa de los Casey estaba en el campo, pero los pollos los compraban ya muertos. Lo peor que se puede decir de alguien de por aquí es que compra los huevos, y la señora Casey los compraba. Solamente blancos. Huevos de gallinas Leghorn. Sobre todo para Pascua.

Entrabas por la puerta mosquitera de la cocina de los Casey —ñiii… plaf— y te encontrabas a la señora Casey con los dos codos apoyados en la mesa. Las gafas de leer se le habían resbalado hasta la punta de la nariz. La cabeza inclinada hacia atrás. En el medio de la mesa, una vela blanca, tan gorda como los cirios de iglesia, que al arder olía a vainilla. Alrededor de la llama de la vela, un charco transparente de cera derretida. La señora Casey mojaba la punta de una aguja de bordar en aquella cera y sostenía un huevo blanco en la otra mano. Sostenía el huevo por el extremo de arriba y el extremo de abajo, con un dedo y el pulgar, para poder ir girándolo, y escribía en la cáscara con la cera derretida.

Era imposible no pararse a mirar aquello.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): La gente joven en sus casas cuelga espejos. La gente mayor cuelga cuadros. Y, si se me permite hacer una observación poco generosa, los residentes de las comunidades rurales cuelgan objetos artesanales: esos productos dudosos del tiempo libre, las habilidades motoras limitadas y el hilo barato.

Bodie Carlyle: Invisible como la escritura secreta, solamente la señora Casey sabía dónde desaparecía la cera blanca en el huevo blanco.

Los fogones de la cocina estaban abarrotados, en cada uno hervía una olla con un olor distinto. Cebolla. Remolacha. Espinacas. La peste del repollo. Café. Y el olor a vinagre. En cada olla, un color distinto: amarillo, rojo, verde, azul o marrón. Todo se reducía al color del agua que hervía. Y el almuerzo sin preparar.

Con los ojos un poco bizcos, mirando al final de la punta de su nariz, tan concentrada en la cera que se quedaba un poco boquiabierta, con aquellos labios que se pintaba de rojo todos los días del año, y sin levantar para nada la vista, decía:

—Si estáis masticando alquitrán, escupidlo. —Decía—: Hay galletas de trigo en la cocina.

Nos lo decía a Rant y a mí.

Si te quedabas con ella el tiempo suficiente, tal vez te diría que la cera servía para repeler el tinte de los huevos. A un lado tenía huevos duros que todavía parecían blancos, pero que en realidad estaban decorados con las partes donde el tinte no se iba a quedar. Por el mero hecho de mirarla, podías olvidarte por completo de que fuera tenías un hormiguero entero esperando. O un mapache muerto. O hasta una caja de cerillas.

Hasta si tenías ganas de almorzar, te ponías a husmear en lo que estaba haciendo la señora Casey con los huevos.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Resulta cautivador que haya tantas culturas que practiquen una forma de arte meticulosa pero transitoria a modo de ritual, oración o meditación espiritual.

Bodie Carlyle: Con los codos sobre la mesa, mojando su aguja de hacer punto en la cera y sosteniendo el huevo con la otra mano, sin mirarnos ni Rant ni a mí, un día la señora Casey nos dijo:

—Coged un huevo o largaos de aquí. —Y dijo—: Me estáis poniendo nerviosa.

La señora Casey nos dio un huevo a cada uno de nosotros y nos dijo que no moviéramos la mesa para nada.

—Inventaos una idea —dijo. Y nos enseñó a mojar la punta de una aguja en la vela y a llevar una

gota transparente de cera hasta la cáscara de un huevo de gallina Leghorn comprado en la tienda—. Dibujad vuestra idea con la aguja —dijo.
Gota a gota. Blanco sobre blanco. Invisible. Un secreto.
Rant dijo:
—Dímelo tú. A mí no se me ocurre nada que dibujar.
Y su madre le dijo:
—Ya te vendrá algo.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Tanto en el caso de los huevos Piranski como en el de los mandalas de arena de los budistas tibetanos, el motivo común es alcanzar una concentración intensa y una absorción completa de la atención del artista. A pesar de la naturaleza frágil de la obra de arte, el proceso se convierte en un medio para salir momentáneamente de la temporalidad.
Bodie Carlyle: Rant, la señora Casey y yo sentados a aquella mesa de la cocina, todos inclinados alrededor de aquella vela cuya llamita quedaba ahogada por la luz del sol que entraba por la ventana de encima del fregadero, dibujando cosas que solamente nosotros conocíamos, y a todos se nos pasó el hambre. Ninguno pensaba en nada que no fuera la cera y el huevo que teníamos en las manos. Hasta con las ollas de verduras y cebollas al fuego, y un aire en la cocina que no era más que vapor y olor a comida, ninguno de nosotros dio un respingo cuando la puerta mosquitera hizo ñiii-paf y el señor Casey apareció en el umbral.
—¿Qué hay para comer? —dijo.
—Creía que hoy comías en la cafetería —dijo la señora Casey, sin dejar de mirar su huevo con los ojos un poco bizcos.
Rant se detuvo, con su huevo en la mano, sin mojar gotas de cera de la vela. Se le congelaron las manos y la respiración.
Yo estaba dibujando un día de cera en mi huevo, un sol con sus rayos, un árbol, mi casa, una nube de cera en el cielo, pero yo era el único que lo sabía.
El señor Casey dijo:
—Irene —dijo—, no le hagas esto al chico.
Y la señora Casey dijo:
—Me dijiste que hoy comías en la cafetería.
Inclinado sobre los fogones, metiendo la nariz en el vapor que salía de cada olla, oliendo, el señor Casey dijo:
—No lo eches a perder.
Sin dejar de mirar con ojos bizcos su huevo, el secreto invisible de su idea, la señora Casey dijo:
—¿Que no haga qué?
Rant ya no dibujaba nada.
Y el señor Casey dijo:
—No hagas que el chaval ya no sirva para casarlo.
Y alargó el brazo hacia el cuenco de huevos que había al lado de ella sobre la mesa. Los huevos, blancos del todo pero en realidad decorados a medias con toda una mañana de trabajo secreto. Arte invisible.
—Esos no —dijo la señora Casey, y levantó la mirada de golpe, por encima de la parte superior de sus gafas.
Pero ya faltaban dos huevos, que habían desaparecido dentro de la mano del señor Casey.
Y gritando muy fuerte, tanto que se la oyó desde fuera, la señora Casey dijo:
—¡Esos no!
El señor Casey se giró hacia la ventana y se puso a golpear los huevos contra el borde del fregadero para cascarlos.
Yo dibujé un pájaro de cera en el cielo, volando por encima de mi casa, invisible. Puse gotitas minúsculas de cera en el árbol para representar manzanas.
La hora del almuerzo de aquel día fue la primera vez que noté que el tiempo se detenía. Con Rant y su madre petrificados, con aquel olor a azufre de huevo y a tinte de vinagre y a verduras

hervidas hasta desintegrarse, pasó una semana entera, un verano, un centenar de cumpleaños. Permanecimos sentados durante un siglo bajo el sol, que estaba detenido justo en la ventana de encima del fregadero de la cocina.

Hasta los relojes contuvieron la respiración.

El señor Casey se comió los huevos, mirando por la ventana de la cocina, y su sombra hizo que la llama de la vela fuera lo bastante luminosa como para ver lo que había en la mesa. El olor a azufre de las cáscaras de huevo duro que había tirado por el fregadero. Se zampó los dos huevos y la puerta mosquitera hizo ñiii-paf detrás de él.

Después, el sol se movió para tocar el borde del marco de la ventana. El tiempo se reanudó. Todas las manecillas de los relojes volvieron a hacer tictac.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): No conviertan a Chet Casey en villano por los crímenes que cometió su chaval. Lo que yo creo es que uno no nace queriendo a nadie. Querer es un talento que se aprende. Es como enseñar a un perro a hacer sus necesidades. Tal vez un talento que uno aprende o no a perfeccionar. Como un músculo. Y si no puedes aprender tú solo a querer a tus parientes de sangre, es que nunca vas a querer de verdad. A nadie en absoluto.

Bodie Carlyle: Cuando la señora Casey metió el primer huevo dentro del tinte con una cuchara, esa fue la primera vez en toda la tarde que vimos los dibujos secretos de los demás.

Mi huevo lo metió con una cuchara de madera dentro de la olla de repollo hervido, que apestaba a vinagre y a pedos, y lo sacó de color azul. Azul cielo. Azul salvo allí donde la cera mostraba un árbol con manzanas, una casa, una nube y un sol en medio del cielo azul. Mi casa, a la que yo quería llegar antes de que volviera el señor Casey.

Su huevo lo metió la señora Casey dentro de la olla de las remolachas hervidas y lo sacó todo rojo. Rojo sangre. Rojo salvo por un delicado entramado de líneas de cera por todas partes, tan intrincado como una tela de araña o unas cortinas de encaje. Pero no era encaje: eran palabras, caligrafía. Tan delicada como la poesía que se encuentra en una felicitación de San Valentín. Demasiado delicada para leerla.

La madre de Rant cogió el huevo de su hijo con la cuchara y dijo:

—¿Qué color?

Verde, dijo Rant.

—Pues verde —dijo ella.

Sumergió el huevo en la olla de espinacas deslavazadas y limosas y lo removió con la cuchara. Al sacarlo de la olla, las líneas de cera trazaban rayas de un lado a otro del huevo. Secciones de forma cuadrada.

Rant tocó el huevo con un dedo. Lo tocó por segunda vez. Lo sacó de la cuchara que su madre sostenía. Cogiéndolo con dos dedos por uno de sus extremos, Rant sumergió el huevo un poquito en la olla de las cebollas hervidas. El tinte amarillo.

Después de sacarlo, lo sostuvo en alto: medio huevo a rayas verdes y la otra mitad amarilla. Las líneas blancas de cera surcaban sus lados como las líneas de esos globos terráqueos que hay en las escuelas.

—Qué piña tan bonita —dijo la señora Casey.

—No es una piña —dijo Rant.

El huevo medio verde, medio amarillo, dividido en cuadraditos por las líneas blancas de cera. Aguantándolo con dos dedos, por el extremo superior y el inferior, Rant levantó el huevo verde-amarillo y dijo:

—Es una granada de fragmentación MK2.

Llena de TNT granulado, dijo. Con un alcance de treinta metros. Con un radio de explosión de ocho metros y cuerpo de hierro forjado para hacer de metralla. Con un radio letal de dos metros.

Rant colocó la granada de mano sobre un paño de cocina, donde ya se estaban secando los otros huevos, el azul mío y el rojo de su madre. Y entonces dijo:

—Hagamos muchas más.

Echo Lawrence (©*Choquejuerguista*): Por lo que nos contó Rant, las flores eran el territorio de su madre y el césped, el de su padre. Irene medía el paso del tiempo por el brote de las flores: primero los azafranes de primavera, luego los tulipanes, los nomeolvides, las caléndulas, los dragones, los lirios de un día, los ásteres de centro negro y los girasoles. Primero las espinacas, luego los rábanos, las lechugas y las primeras zanahorias. Para Chester Casey, una semana equivalía al tiempo que se tardaba en tener que cortar otra vez el césped. Una hora era el tiempo de mover un aspersor de riego. Todos vivimos según distintos relojes y calendarios.
Un año por Pascua, Rant contaba que su madre había escondido los huevos entre los tulipanes y los rosales. Que le había dado una cesta y le había dicho:
—Que tengas una buena caza, Buddy.
Rant todavía conservaba la cicatriz en la parte de la mano donde le picó la araña.
Bodie Carlyle: Aquella mañana de Pascua, Rant estaba metiendo la mano debajo de una planta o de un rosal cuando la apartó de golpe. Sus ojos hicieron *poing* —se pusieron grandes y saltones— al mirar la araña que tenía posada en el dorso de la mano. Se la quitó de un manotazo pero el sitio donde se había posado ya estaba rojo e hinchado. Las venas se le inflaron y se le pusieron de color rojo oscuro, ramificándose a partir de las marcas de colmillos calientes y doloridas.
Rant volvió a la cocina, llorando, cogiéndose la mano de la picadura, con los dedos tan inflados y rígidos que parecían un guante de béisbol.
El señor Casey echó un vistazo a su hijo, que iba con una mano inflada y roja y una cesta rosa de huevos pintados de Pascua balanceándose en la otra, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, y le dijo:
—Baja la voz.
Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): La escena de la iglesia en que su abuela Esther se desplomó, muerta, seguía fresca en la memoria de Rant. La forma en que se mordió la lengua con la dentadura postiza.
Bodie Carlyle: La señora Casey estaba en el cuarto de baño, dándose sus últimos retoques antes de ir a la iglesia.
El señor Casey le dio una palmada en el trasero de sus mejores pantalones de domingo y le dijo que no volviera a entrar hasta que hubiera encontrado todos los huevos.
Rant seguía agarrándose la mano inflada, diciendo entre sollozos que era una viuda negra, diciendo entre sollozos que se iba a morir. Que le dolía mucho.
Su padre lo cogió por los hombros, le dio media vuelta y lo empujó otra vez hacia fuera, diciendo:
—En cuanto traigas todos esos huevos te conseguiremos atención médica. —Cerrando con pestillo la puerta mosquitera para que Rant no pudiera entrar, el señor Casey le dijo—: Si no tardas demasiado, a lo mejor no pierdes la mano.
Sheriff Bacon Carlyle: Rant siempre estaba diciendo que se iba a ir de casa, que iba a largarse y a buscarse una familia nueva, pero tal como yo lo veo eso no pasa nunca. Si no aceptas a tus padres por los defectos que tienen, tampoco va a haber ningún desconocido que dé la talla. Lo único que aprendió Rant fue a dejar familiares atrás.
Bodie Carlyle: Todo engalanado como iba Rant, con su camisa blanca y su pajarita, con sus zapatos y su cinturón de charol negro, su caza normal y corriente de huevos de Pascua se había convertido ahora en una carrera contra la muerte. Con las manitas se dedicaba a abatir flores y a romper tallos. Con los pies pisoteaba petunias. Aplastaba matas de zanahorias. Con cada latido de su corazón, Rant notaba que el veneno de su mano se le acercaba más al cerebro. La comezón de la picadura se convirtió en entumecimiento: primero dejó de sentir la mano y luego la mayor parte del brazo.
Su madre salió y lo encontró jadeando sobre la tierra, tumbado boca abajo sobre el montón de abono en que se había convertido su jardín de flores, con tierra pegada a la telaraña de lágrimas que se extendía alrededor de cada uno de sus ojos verdes.
Echo Lawrence: Y entonces lo dejaron allí. Se metieron en el coche y se largaron al oficio

religioso matinal del Domingo de Pascua.
Nuevamente, uno de esos momentos que marcan el final de lo que desearíamos que durara para siempre.
Bodie Carlyle: Rant nunca encontró más que aquellos tres huevos. Sus padres volvieron a casa y aquello era todo lo que había conseguido en un día entero de caza. Tres huevos y la picadura de la araña, y la mano ya se le había deshinchado hasta recuperar su tamaño de mano de niño.
Aquella araña fue la viuda negra que hizo que Rant se enganchara al veneno.
Aunque echó a andar como pudo por su jardín, por entre todas las plantas aplastadas y desenterradas, la señora Casey no pudo encontrar ni uno solo de los huevos de Pascua que ella misma había escondido. Su jardín quedó hecho polvo para el resto del verano. Al cabo de una semana, lo mismo le ocurrió al césped del señor Casey.
Echo Lawrence: Oiga esto. Rant me contó que había encontrado todos los huevos, que los había metido en una caja y la había escondido en una cabaña o granero. Después se dedicó a sacar a escondidas dos o tres huevos cada semana y a encajarlos en la parte donde la hierba estaba más crecida, justo antes de que su padre cortara el césped. Para entonces, los huevos se habían vuelto de un negro asqueroso, estaban podridos de la peor manera.
Cada vez que su padre pasaba el cortacésped por encima de uno, se producía una explosión de olor pestilente que lo impregnaba todo. Las cuchillas del cortacésped, la hierba, las botas y las perneras de los pantalones de su padre. Las granadas de mano pintadas a mano de Rant, convertidas en minas terrestres. Tanto el césped como los macizos de flores eran zona catastrófica. Rant dijo que todo lo que quedaba dentro de la verja era una jungla. El hedor negro rociaba todos los costados de la casa. Todo estaba tan salvaje que ni siquiera se veía el porche. Cuando pasabas con el coche, daba la impresión de que allí no vivía nadie.
Bodie Carlyle: Se dedicaba a teñir huevos de color gris y a ponerles una línea roja, a imitación de las granadas antidisturbios ABC-M7A2 de gas lacrimógeno. Verde claro con la parte superior blanca, para hacer granadas de humo AN-M8. La señora Casey embotellaba el agua de hervir que sobraba. Aquellos frascos de color rojo y amarillo brillante, de color azul y verde, eran lo único que quedaba de su huerto. Para que el sol no les hiciera perder el color, guardaba los frascos al fondo de un armarito que tenía encima de la nevera.
Durante el resto del año, Rant solía hurtar gotas de aquellos colores. Desde el verano a Navidad, se dedicó a sacar los calzoncillos sucios de su padre del montón de ropa por lavar y a dejar manchitas amarillas con un cuentagotas en la entrepierna de cada uno de ellos.
Cada vez que se sentaba para mear, cuando acababa, el señor Casey se sacudía la polla, intentando que cayeran las últimas gotas rebeldes. Se frotaba con un trozo de papel higiénico. Pero cada semana aparecían más manchas amarillas en sus calzoncillos. Su padre casi se murió del susto cuando Rant pasó a usar gotas del tinte de color rojo.
Echo Lawrence: De adulto, la forma favorita que tenía Rant de no ir a trabajar era ponerse una gota de tinte rojo en cada ojo y decirle a su jefe que tenía conjuntivitis. Ya sabe usted, eso de los ojos irritados. Cuando quería una semana de baja, usaba el amarillo para sugerir que tenía hepatitis. La verdadera jugada maestra de Rant, sin embargo, era llegar al trabajo y dejar que fuera otro quien le viera los ojos, rojos o amarillos, e hiciera que el jefe lo obligara a marcharse a casa.
Rant llegaba a mi casa con los ojos de color amarillo brillante y los dos salíamos a callejear en busca de un equipo para jugar a los choques.
Bodie Carlyle: El señor Casey se gastó un pastón intentando curar una infección de vejiga que nunca tuvo. Tomó tantos antibióticos que durante la mayor parte de aquel año tuvo diarrea todos los días.
Echo Lawrence: Antes de morirse, Rant me dio un huevo duro de color blanco. Me dijo que había escrito algo en la cáscara con cera blanca, pero era imposible leerlo, cera blanca sobre un huevo blanco. Luego me dijo que solo podía teñir el huevo y leer el mensaje si a él le pasaba algo.
A estas alturas, el huevo ya es tan viejo que me da miedo tocarlo. Si se rompe la cáscara, con la

peste que va a echar, me desahucian del piso.

Bodie Carlyle: Después de que Rant se marchó a la ciudad, después de su muerte, el FBI vino a interrogarme. Tendría que haber visto usted cómo se les iluminaron los ojos cuando les conté lo de las granadas de mano de Pascua.

Irene Casey (*Madre de Rant*): Durante todo el invierno después de que Chet dejó de cortar el césped, las manadas de perros no paraban de venir a revolcarse en la hierba. A impregnarse el pelo de aquella peste. Los mismos perros que despedazaron a la abuela Esther. No se entiende cómo los perros pueden perder el culo por algo tan espantoso. Una peste tan fuerte que casi duele y parece que los perros la lleven con orgullo.

6
EL HADA DE LOS DIENTES

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): No se ría, pero hubo un verano extraordinario en el que una barrita de regaliz costaba cinco dólares de oro. Una pistola de agua normal y corriente salía por cincuenta dólares.

La primavera del Hada de los Dientes trastornó por completo todo el sistema de vida de Middleton.

Lo primero que pasó es que Rant vino a mi casa un sábado, con su pañuelo de boy scout atado alrededor del cuello, y le dijo a mi madre que necesitábamos todo el día para recoger botes de pintura viejos y que nos dieran una insignia al mérito por reciclar.

Antes de aquello, Rant y yo éramos scouts solamente de pañuelo. Si lo único que tus padres te podían comprar era el pañuelo amarillo para ponerte en torno al cuello, ocupabas el peldaño más bajo de los boy scouts. Otros niños de familias con más dinero tenían la camisa del uniforme de color azul marino. Los niños ricos llevaban la camisa y los pantalones. Milt Tommy fardaba de tener el cuchillo y la funda reglamentarios de los scouts, el cinturón con hebilla de latón y la brújula que se podía enganchar para que colgara del cinturón. En la correa de su macuto llevaba cosidas insignias al mérito que había ganado en cada reunión.

Brenda Jordan (*Amiga de la infancia*): Prométame que no lo contará, pero en la época en que estábamos saliendo, Rant Casey me habló de un desconocido. Cuando su abuela Esther estaba en el suelo muriéndose, por la carretera apareció de la nada un desconocido en coche. Aquel tipo le dijo a Rant que él cuidaría de Esther y le contó dónde podía encontrar el oro. Era un hombre mayor y alto, según me dijo Rant.

Aquel hombre mayor también le dijo a Rant que él era su verdadero padre y que venía de visita desde la ciudad. El desconocido dijo que Chester Casey no era nadie.

Bodie Carlyle: No importaba cuántos méritos hicieras, las insignias al mérito de los boy scouts, con todos sus elegantes bordados, seguían costando cinco dólares. Ni Rant ni yo íbamos a conseguir ninguna.

Aquel verano nos dedicamos a empujar una carretilla y a ir de granja en granja llamando a las puertas. Y a preguntar si podíamos llevarnos algunos botes oxidados de pintura vieja y seca que alguien hubiera dejado amontonados por ahí. Es un proyecto de chatarrería de los boy scouts, les contaba Rant, y la gente sonreía, encantada de poder librarse de los botes viejos. Y así todo el sábado, hasta que Rant y yo reunimos un buen montón en el granero de sus padres.

Rant usó un destornillador para abrir uno de los botes y dentro había pintura rosa solidificada que había sobrado tras pintar un dormitorio que hacía una eternidad que ya no era de aquel color. Colores olvidados de habitaciones heredadas de granjas de toda la comarca. Nada de sorpresas. Nada más que pintura. Hasta que Rant abrió un bote haciendo palanca y el interior estaba todo lleno de papeles de periódico, algunos arrugados en forma de bolas y otros envolviendo algo duro. Al desenvolverlos, resultó que dentro del papel de periódico había frascos viejos. Frascos de tiempos antiguos con el cristal de color negro azulado. Frasquitos de cremas faciales y de medicinas.

El papel de periódico estaba blando al tacto, como si fuera el fieltro de una mesa de billar, ya no blanco sino amarillo, lleno de crímenes que eran la madre de todos los crímenes, de guerras y de epidemias que se auguraba que eran el fin del mundo. Cada año los periódicos anunciaban un nuevo fin del mundo.

Hartley Reed (*Propietario del supermercado Trackside*): Una niña, la chica de los Jordan, trajo un puñado de monedas de oro. La mayoría dólares con la cabeza de la Libertad y fecha de 1897. Más tarde se descubrió que había cogido una piedra y había partido a golpes la dentadura postiza de su abuela. Los dientes sueltos los había cambiado por aquel «dinero del Hada de los Dientes», como lo llamaban los niños. Me trajo las monedas y se llevó una casa de muñecas que había encargado especialmente del catálogo de Walker’s.

Bodie Carlyle: Los botes de pintura estaban atiborrados de monedas. Monedas de oro y de plata, bien empaquetadas para no tintinear. Algunas tenían acuñadas águilas peleando con serpientes y otras chicas guapas o ancianos, las chicas de pie, apenas vestidas, pero de los ancianos solamente se veía la cara arrugada.
«Urracas», dijo Rant, gente que no confiaba ni en los gobiernos ni en los bancos. Ni en los vecinos ni en la familia. Ni en sus esposas. Avaros solitarios, dijo Rant, que acumulaban oro y plata y se morían de un ataque al corazón sin compartir con nadie el secreto de sus vidas.
Rant dijo que no se le podía llamar robo si los propietarios estaban muertos y si a sus herederos reales y legítimos no los habían querido lo bastante como para contarles que había un dinero escondido. Tesoros del pirata. Aquellos botes de pintura puestos en fila en los estantes de los cobertizos, oxidándose en los graneros y en los maleteros de los coches abandonados.
Resulta que Rant sabía que el dinero estaba allí, no que estuviera en todos los botes de pintura pero sí en bastantes, hacía tiempo que lo sabía pero no se había molestado en coger ningún bote hasta encontrar una manera de justificar que tuviéramos aquellas riquezas. Dos simples scouts de pañuelo, sin un centavo para comprar las insignias al mérito que nos tocaban, y de pronto estábamos gastando un dinero de oro y de plata con fechas de hacía más de cien años.
Hartley Reed: Oferta y demanda. Nadie amenazaba a aquellos niños con una pistola para que se gastaran su dinero. El dinero era de ellos, para que se compraran lo que quisieran. Y es natural, cuando aumenta la demanda también suben los precios. Cuando todos los chavales del pueblo se dedican a pujar para comprar refrescos de cereza, el precio se acaba inflando.
Bodie Carlyle: La inflación fue el método que se le ocurrió a Rant para blanquear nuestro tesoro del pirata. Empezando por nuestros mejores amigos de quinto curso, nos dedicamos a preguntar: ¿quién tiene un diente flojo? A cualquier chaval que tuviera un diente a punto de caerse —cha-ching— le dábamos una moneda de oro o de plata y le decíamos que dijera que se la había traído el Hada de los Dientes. En quinto curso, la mayoría de los niños ya sabíamos que el Hada de los Dientes no existía, pero nuestros padres seguían sin decírnoslo.
Todos los fines de semana nos dedicábamos a recolectar botes de pintura, a empujar aquella carretilla por trechos cada vez más largos para llegar a granjas más lejanas, haciendas aisladas en las que se amontonaba la mayoría del dinero abandonado.
Y todas las semanas les dábamos a los niños más oro y plata para que les dijeran a sus padres que se lo había dado el Hada a cambio de un diente de leche.
Casi nadie se creía aquello, pero los padres y madres no querían admitir que ellos también mentían sobre el Hada de los Dientes, Santa Claus y todas aquellas cosas. Nosotros mentíamos a nuestros padres, ellos nos mentían a nosotros y nadie quería admitir que era el mentiroso.
Ninguno de los chavales de quinto se chivó de Rant o de mí, porque lo que querían era quedarse con el dinero y se imaginaban que les llegaría más.
Todo el mundo permanecía atrapado por la misma mentira del Hada de los Dientes.
Se puede conseguir que mucha gente diga la misma mentira si obtiene algún beneficio de ello. Y cuando haces que todo el mundo diga la misma mentira, ya deja de ser una mentira.

Livia Rochelle (*Maestra*): Un año en que yo era maestra de quinto curso, la chica de los Elliot me trajo una moneda de oro y me preguntó por cuántos caramelos de chocolate Tootsie Roll la podía cambiar. Buscamos información sobre la moneda en la biblioteca y resultó ser una moneda de dos dólares y medio con la cabeza de la Libertad, con fecha de 1858. El reverso mostraba un perfil de mujer, con la frente coronada con la palabra «Libertad» y trece estrellas rodeándola.
De acuerdo con el libro que consultamos, aquella moneda de oro valía quince mil dólares.
El miedo que yo tenía era que hubiera robado la moneda, así que le pregunté de dónde la había sacado. Y la chica de los Elliot me dijo que se la había dejado el Hada de los Dientes a cambio de un diente que se le había caído, y señaló con un dedo para enseñarme un agujero que tenía en un lado de su sonrisa. Le faltaba uno de los molares anteriores, un diente de leche.
Bodie Carlyle: Los premolares iban a cinco dólares de oro. Las muelas a diez. Silas Hendersen aseguraba que se le habían caído doce incisivos, nueve caninos y dieciséis muelas del juicio en el

curso de aquellas vacaciones de verano. Resultaba que los chavales mayores les estaban vendiendo sus dientes a los de quinto por la mitad de la tarifa del dinero del Hada. Los chavales intentaban colar dientes de caballo, dientes de perro y dientes enormes de vaca desgastados hasta la base y la raíz. Rant Casey llegó a convertirse en un experto en dientes. Sabía distinguir un empaste de plata de uno de amalgama de mercurio. Un diente partido de verdad de una corona arrancada haciendo palanca. En su dormitorio tenía amontonados primero varios botes de sopa llenos de dientes, luego varias cajas de puros, cajas de zapatos y por fin bolsas de la compra enteras. El Museo de Dientes de Middleton.

Ahora que todos los niños de quinto eran ricos, ya no resultaba sospechoso que Rant y yo fuéramos ricos. Pero por cada moneda de oro o de plata que le pasábamos a un chaval, nosotros nos quedábamos dos. Rant acumulaba el doble que yo, ya que no se gastaba las suyas.

Después de que hubo entrado en circulación una verdadera fortuna en el pueblo, lo que Rant y yo gastábamos parecía de lo más razonable. Normal y corriente, dentro del nuevo nivel de vida.

Los capitanes de equipo aceptaban dinero en secreto, de forma que hasta los chavales que daban más pena jugando al béisbol podían jugar durante una manga. Los maestros de la escuela primaria de Middleton aceptaban un par de centenares de dólares por debajo de la mesa a cambio de un boletín de notas donde todo fueran sobresalientes. Los niños sobornaban a las niñeras con cien dólares de plata de ley para poder quedarse levantados y ver películas después de medianoche.

Livia Rochelle: El señor Reed del supermercado Trackside estaba más que encantado de venderles golosinas. Otro reflejo de los tiempos que corrían: el supermercado quitó la sección «Obsequios para señora» y amplió la selección de juguetes y hobbies hasta llegar a la sección de congelados. Durante un año pareció que la mitad de la tienda eran chocolatinas y rifles de aire comprimido y muñecas. Si querías un filtro nuevo para el horno había que ir en coche hasta Pitman Mills, pero el Trackside vendía diecisiete colores y tamaños distintos de cohetes de verbena.

Bodie Carlyle: Descubrimos que la gente era capaz de venderle cualquier cosa a cualquiera si había bastante dinero de por medio. Inflando toda la economía de Middleton. Forrados como estaban del dinero del Hada de los Dientes, los niños ya no se ofrecían para cortar el césped de la gente. Las botellas de refrescos y de cerveza retornables se amontonaban en los recodos de las calles.

Por aquí la gente lo llamaba la teoría del «desarrollo desde abajo» de la prosperidad. Todos los niños eran ricos. Todos los padres sonreían y los adulaban y se hacían los simpáticos para conseguir aquel dinero.

Ahora que lo pienso, desencadenamos un boom y un renacimiento del pequeño centro de Middleton. Los chavales se compraban bicicletas nuevas y el supermercado Trackside por fin pavimentó su aparcamiento. Al volver a la escuela aquel otoño, los chavales llevaban botas de vaquero de piel de lagarto. Hebillas de cinturón de rodeo tachonadas de turquesas. Relojes de pulsera tan pesados que hacían que los chavales caminaran escorados a un lado.

El segundo boom llegó en Navidad, cuando Santa Claus llenó de oro y de plata los calcetines de los niños de quinto, sin importar que se hubieran portado bien o mal.

Livia Rochelle: En mi clase, yo intentaba hacer entender a los alumnos que la realidad es un consenso. Que los objetos, desde los diamantes hasta los chicles, solamente tienen valor porque todos acordamos que lo tengan. Las leyes como los límites de velocidad solo son leyes porque la mayoría de la gente acuerda respetarlas. Intenté explicarles que su oro valía infinitamente más que las porquerías por las que ellos querían cambiarlo, pero era como ver a los nativos americanos vender las tierras de sus tribus a cambio de abalorios y baratijas.

Los niños de Middleton tenían realmente el control de nuestra economía. Al cabo de una semana, aquella niña de los Elliot llevaba a escondidas a clase caramelos de chocolate Tootsie Roll. Para cuando empezó secundaria, tenía la piel de la cara como una hamburguesa cruda.

Echo Lawrence (ℂ*Choquejuerguista*): Lo que daba más miedo era que, salvo Rant, la mayoría de la gente de Middleton no sabía hasta dónde había llegado alguien para adquirir aquel

oro.

Mary Cane Harvey (*Maestra*): Los niños me hablaron de una mujer que vendía hielo picado en un cucurucho de papel con sirope de cereza, a un dólar de oro los dos cucuruchos. Luego veías que los niños daban un par de mordiscos y tiraban el resto en la hierba del patio.

El dinero que a uno no le cuesta trabajo se gasta muy deprisa.

Brenda Jordan: El Hada de los Dientes visitaba de forma distinta a cada familia. En casa de los Elliot, envolvían el diente en un pañuelo de papel y dormían con él debajo de la almohada. Por la mañana, el dinero estaba dentro de aquel pañuelo. Los Perry metían el diente dentro de un vaso lleno de agua hasta la mitad y lo dejaban en la repisa de la ventana de la cocina. Por la mañana, en lugar del diente había dinero. Los Hendersen llevaban a cabo el mismo ritual que los Elliot, pero usaban un pañito de encaje que llamaban «el pañuelo de los dientes». Los Perry siempre usaban el mismo vaso, uno de chupito de cristal tallado muy elegante que llamaban el «vaso de los dientes». En mi familia poníamos el diente en agua, pero lo dejábamos toda la noche encima de la mesilla de noche. Al lado de una ventana que se dejaba entreabierta para que el Hada pudiera entrar volando.

La única vez en mi vida que casi delaté a Rant Casey fue una noche en que cambié mi diente del vaso por un dólar Morgan de plata de 1897. Por la mañana, sin embargo, no había más que una moneda normal y corriente de veinticinco centavos, de las de hoy día. Yo sabía que mis padres me la habían cambiado y se habían llevado el dinero de verdad, pero aun así tuve que fingir que estaba contento.

Cammy Elliot (*Amiga de la infancia*): Los adultos mentían sobre el Hada de los Dientes. Los niños mentían. Todo el mundo sabía que todo el mundo estaba mintiendo. Luego los adultos les vendían globos de helio por cien pavos a unos niños que no sabían nada de dinero. Los adultos robaban a los niños y luego los comerciantes robaban a los padres. Codicia y más codicia.

Se lo juro, el verano del Hada de los Dientes destruyó cualquier credibilidad que pudiera tener alguien en Middleton. Desde entonces, no vale nada la palabra de nadie. Todo el mundo considera a todos los demás unos mentirosos. Pero la gente sigue sonriendo y haciéndose la simpática.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): En la siguiente fiesta de Acción de Gracias, la abuela Bel de Rant era la siguiente en la línea para ocupar un asiento a la mesa de los adultos. Luego iba su tío Clem. Luego el tío Walt y la tía Patty. Rant nos dijo que su madre se quedó allí de pie y contó con los dedos: cuatro, cinco, seis parientes tenían que morirse para que ella pudiera comer como una adulta.

Antes de que terminara aquella cena de Acción de Gracias, la abuela Bel de Rant ya estaba sudando por la fiebre. Bel tenía más de cuarenta de fiebre pero seguía quejándose de que sentía frío. Otros síntomas que tenía eran mareo, fatiga y dolores musculares. Rant dijo que la abuela Bel no conseguía recuperar el resuello porque resultaba que los pulmones se le estaban llenando de fluido. Le habían fallado los riñones. Rant nos contó que su abuela Bel dejó de respirar camino del hospital.

Echo Lawrence: Resulta que a la afortunada de la abuela Bel la había infectado un virus letal. Se llamaba el «virus hanta», y lo contagiaba un bicho que Rant llamaba el «ratón piesblancos». El ratón caga y la mierda se reseca hasta convertirse en polvo. Luego uno respira el polvo y el virus te mata en menos de seis semanas.

Era una anciana que llevaba pintalabios rojo y la nariz empolvada.

Rant nos contó que las autoridades del condado hicieron pruebas con el talco de la polvera de Bel y que por supuesto la mitad era mierda de ratón. Polvo reseco y molido de cagadas de ratones de campo. La polvera estaba llena de polvo de mierda. Misterio resuelto. Bueno, más o menos.

Shot Dunyun: No se lleve usted la idea de que Rant Casey era una especie de asesino en serie naturópata —arañas, pulgas, ratones y abejas—, aunque la verdad es que no iría tan

desencaminado.
Bodie Carlyle: Me bastó una ínfima parte de mi oro para comprar la camisa y los pantalones de color azul marino de los boy scouts, además del cuchillo de scout, el cinturón y la brújula. Como Milt Tommy iba a sexto y no le correspondía tesoro, le pagué cien dólares en oro por su correa, la que ya tenía todas las insignias al mérito cosidas. Todas las insignias desde la de Primeros Auxilios hasta la de Buen Ciudadano.
La gente es capaz de venderte cualquier cosa por el precio adecuado.
Y yo aprendí que una insignia al mérito comprada con dinero no vale un pimiento.

7
CASA ENCANTADA

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): Las únicas monedas de oro que Rant se gastó fue un día en que cargó con una carretilla por la carretera hasta la fábrica de productos cárnicos de los Perry.

Reverendo Curtis Dean Fields (*Pastor de la Hermandad Cristiana de Middleton*): La casa encantada que se montaba todos los años en el centro agrícola consistía en viejas lonas de hule que olían a gasóleo de tren y que se colgaban para formar un túnel completamente oscuro por el que uno caminaba. Las lonas se colgaban de forma que el túnel girara a izquierda y derecha, volviendo sobre sí mismo para confundirlo a uno y hacer que el trayecto fuera lo más largo posible. Los niños esperaban al comienzo y Rant se los llevaba adentro uno por uno. Dentro había cosas de niños. Al otro extremo del túnel había una fiesta con un concurso de disfraces, pasteles y golosinas. Un año hubo una piñata.

Por dentro, el túnel estaba completamente a oscuras salvo cuando las luces centelleaban para mostrar algo que daba miedo. El otro extremo era la parte más oscura, y Rant les vendaba los ojos a los niños. Les metía la mano en un cuenco enorme de codillos cocidos con mantequilla fría y les decía: «Esto son sesos». Les hacía palpar un cuenco de uvas recubiertas de aceite de maíz, o de huevos duros sin cáscara y les decía: «Son ojos arrancados». Nada que impresione mucho hoy día. A los niños no les resultaba fácil aquel esfuerzo de imaginación, allí en medio y a oscuras: palpar un cuenco de agua caliente con gelatina mientras Rant Casey decía: «Esto es sangre fresca…». En los tiempos que corren, a la imaginación le cuesta bastante encontrar eso horrible.

Luella Tommy (*Vecina de la infancia*): En la fiesta al final del túnel encantado, los niños se atiborraban de pasteles y jugaban a Antón Pirulero. Jugaban a Pasarse la Naranja. Los niños pedían servilletas para limpiarse las manos después de tocar aquellos cerebros falsos y pulmones falsos y demás porquerías para dar miedo. Otros niños se limitaban a limpiarse las manos en sus disfraces o en los de los demás.

De pronto la pequeña de los Elliot salió del túnel, con los dos brazos rojos hasta los codos. Rojos de verdad. Llorando. Disfrazada de angelito, con unas alas de papel de seda sujetas en un armazón de alambre de percha y con un halo de alambre espolvoreado con purpurina, la chica de los Elliot se secó los ojos con la mano y se manchó toda la cara de rojo. La chica de los Elliot, entre sollozos, dijo:

—Rant Casey me ha puesto un corazón de verdad en la mano…

Y yo le dije:

—No, cariño. Era de mentira. —Escupí en una servilleta para limpiarle la cara y le dije—: Ese corazón no era más que un tomate pelado normal y corriente…

Lo primero que me dio miedo era lo asustada que estaba. Yo estaba de rodillas, limpiándole la cara con una servilleta de papel, y el papel se me deshacía en la mano. Entonces vi lo pegajosa que era aquella cosa roja, tanto que se apelmazaba formando pliegues en su falda. Empalagosa y llena de grumos oscuros. De coágulos. No era simple comida de color rojo. Y también olía. Por encima de la peste a gasóleo de aquellas lonas viejas, de aquel olor a creosota que era igual que el olor a traviesas de vía de tren en un día de calor, noté un aroma dulzón a caléndulas, como ese olor asqueroso de la carne que se ha pasado.

Glenda Hendersen (*Vecina de la infancia*): Por el amor de Dios. Todos los niños tenían los dedos manchados de sangre, los dedos de una mano o de las dos, y algunos también los brazos y los disfraces de pequeños piratas y hadas y vagabundos. Una sangre roja tan vieja que ya estaba negra. Tocaban el pastel y dejaban sangre en el glaseado de vainilla. Había sangre en el cucharón del ponche de frutas, y en la naranja de Pasarse la Naranja. Huellas dactilares ensangrentadas por todas las galletas saladas que se usaban para jugar a Silbar con Galletas.

Sobre el suelo de cemento del centro agrícola, a la salida del túnel de lona, había un ejército de

pequeñas huellas, pisadas de zapatillas deportivas y de sandalias, todas impresas con sangre pegajosa. Lowell Richards, del instituto, cogió prestada una linterna y entró a echar un vistazo.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): Era peor que la peor foto policial de una escena del crimen.
Luella Tommy: Entre la gente circulaba el rumor de que Irene Casey se había llevado a casa la placenta y la había congelado al nacer Buddy. Mi primera impresión fue que quizá Buddy había montado una buena escena en la casa encantada: el Ahorcado, el Fantasma, la Visión del Averno y la Placenta de Irene Casey…
Gracias a Dios, me equivocaba, aunque no de mucho.

Polk Perry (*Vecino de la infancia*): No le habría vendido aquellos ojos a Rant Casey de haber sabido lo que planeaba aquel mocoso. Lo que pasó fue una señal más clara que el agua de que de mayor el chaval iba a ser un asesino.

Lowell Richards (*Maestro*): En la oscuridad, Rant Casey tenía cogida la mano del chico de los Hendersen y se la iba sumergiendo en distintos cuencos. Bajo la luz de mi linterna se veían cuencos de sangre tan espesa como el pudin. Cuencos de pulmones del matadero. Pulmones de cerdo y de buey, todos amazacotados y machacados. Tripas y riñones derramados por el suelo.
Había un cuenco de ensalada lleno de ojos de tamaños distintos. Ojos de vaca, de cerdo y de caballo, todos mirando hacia arriba y manchados de huellas dactilares sanguinolentas. Toda aquella porquería empezaba a calentarse y a apestar. Riñones y vejigas y bandejas para galletas llenas de intestinos amontonados.
Polk Perry: Fue una pesadilla, ni más ni menos. Había lenguas cortadas tiradas por todas partes.
Lowell Richards: Mientras yo miraba, Rant Casey sostuvo la mano del chico de los Hendersen abierta, con la palma hacia arriba, le colocó algo reluciente y oscuro en los dedos y dijo:
—Esto es un corazón…
El corazón enorme y muerto de una vaca.
Y el chico de los Hendersen soltó una risita, con los ojos vendados, y estrujó el corazón. La sangre rezumó de todos los conductos seccionados.
Bodie Carlyle: Da miedo pensarlo, cómo convertíamos los dientes en oro y el oro en ojos. En la vida todo es o bien carne o bien dinero, como si no pudiera ser las dos cosas al mismo tiempo. Sería como si alguien estuviera vivo y muerto a la vez. No se puede. Hay que decidir.
Sheriff Bacon Carlyle: Como era un Casey, obviamente, hizo que pareciera un accidente. Le dijo a la gente que había creído que era así como se montaba siempre la casa encantada. Dijo que él no sabía que unos pilares de la comunidad tan de confianza y honrados y respetados como los líderes de grupo de los scouts, que eran adultos, mentían a los niños. No hay como un Casey para hacerse el tonto. Rant dijo que lo que querían de siempre los niños era tocar cerebros y pulmones. Dijo que tocar codillos no daba nada de miedo. Rant hizo que la forma antigua y respetable en que nosotros hacíamos las cosas, usando uvas y comidas de colores, pareciera un crimen vergonzoso.
Lowell Richards: Rant Casey no era malvado. Más bien parecía que estuviera intentando encontrar algo real en el mundo. Hoy día los niños no crecen conectados a nada, se pasan el tiempo enchufados y viviendo vidas que otra gente ha alucinado para ellos. Aventuras de segunda mano. Creo que Rant quería que todo el mundo experimentara por lo menos una aventura de verdad. En tanto que comunidad, algo que uniera a la gente.
El hecho de que todo el mundo en el pueblo viera la misma película antigua o alucinara la misma cúspide, eso no unía a la gente. Pero cuando aquel día los niños volvieron a sus casas, con los disfraces apelmazados por la sangre, y con tanta sangre debajo de las uñas que no se la pudieron sacar durante una semana, y con el pelo apestando, eso hizo hablar a la gente. No se puede decir que estuvieran contentos, pero por lo menos la gente se juntó y habló.
Había pasado algo de verdad que solamente pertenecía a Middleton.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): No eran solo las experiencias alucinadas lo que molestaba a Rant. Eran los niños idiotas disfrazados de soldados, princesas y brujas. Comiendo pastel con sabor a vainilla artificial. Celebrando una cosecha que ya no tenía lugar. El ponche de fruta que venía de una fábrica. Un ritual para aplacar a los fantasmas, o la chorrada que fuera que significaba Halloween, practicado por gente que ni siquiera lo sabía. Lo que molestaba a Rant era la naturaleza falsa y embustera de todo.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): En África, la gente no cree en el Hada de los Dientes. Lo que tienen es el Ratón de los Dientes. En España: el Ratoncito Pérez. En Francia: la Bonne Petite Souris. Un roedor diminuto y mágico que roba los dientes y en su lugar deja calderilla. En algunas culturas, el diente perdido tiene que esconderse en la madriguera de una serpiente o en una ratonera para evitar que una bruja lo encuentre y lo use. En otras culturas, los niños tiran el diente a una hoguera y después hurgan en las cenizas frías en busca de monedas.

Al creer primero en Santa Claus, luego en el Conejo de Pascua y finalmente en el Hada de los Dientes, Rant Casey estaba declarando que aquellos mitos eran más que simples cuentos y bonitas tradiciones para hacer las delicias de los niños. O para modificar conductas. Cada una de esas tres tradiciones le pide al niño que crea en lo imposible a cambio de una recompensa. Se trata de pruebas escalonadas para construir la fe y la imaginación del niño. La primera prueba consiste en creer en un personaje mágico y la recompensa son juguetes. La segunda prueba, en confiar en un animal mágico y la recompensa son dulces. La última prueba es la más difícil, y es la que tiene el premio más abstracto de todos: creer, y confiar, en un hada que vuela y que te va a dejar dinero.

De un hombre a un animal a un hada.

De juguetes a dulces a dinero. Es decir, y no deja de ser interesante, transferir la magia de la fe y la confianza en las hadas centelleantes a las vulgares y deslustradas monedas. De las alas de tela vaporosa a las monedas de cinco… de diez… y de veinticinco centavos.

De esta forma, el niño se ve impelido a alcanzar gestas mayores de imaginación y de fe a medida que va madurando. Se empieza con Santa Claus cuando el niño es pequeño y se termina con el Hada de los Dientes cuando este adquiere su dentadura adulta. O dicho simple y llanamente, se empieza con la posibilidad de la infancia y se termina con una confianza absoluta en la moneda nacional.

Shot Dunyun: Que me digan a mí si es frustrante. Toda esa farsa y esa realidad cambiante: monedas de chocolate a precio de oro. Azúcar a precio de oro. Codillos que se hacían pasar por sesos, y adultos que juraban que el Hada de los Dientes existía de verdad. Hasta el hecho de que un grotesco engaño cultural como Santa Claus pudiera ser el motor de la mitad de las ventas anuales al detalle. Un cretino gordo y mitológico es el motor de nuestra economía nacional. Es más que frustrante.

Aquella noche, aun siendo niño, Rant Casey solamente quería que hubiera algo que fuera real. Aunque esa realidad fueran sangre y tripas apestosas.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Todas las tradiciones festivas operan como ejercicios de desarrollo cognitivo, como desafíos cada vez mayores para el niño. Y pese al hecho de que la mayoría de los padres no son conscientes de esa función, siguen practicando el ejercicio.

Rant también vio que resolver las ilusiones era crucial para que el niño usara habilidades nuevas.

Un niño al que nunca se adiestra con Santa Claus es posible que nunca desarrolle la capacidad de imaginar. Para él, no existe nada salvo lo literal y tangible.

Un niño que se desilusiona de golpe, a quien lo desilusionan sus hermanos u otros niños de su edad, a quien lo ridiculizan por su fe y su imaginación, puede que decida no creer nunca más en nada, ni tangible ni intangible. No volver a confiar ni a asombrarse.

Pero un niño que renuncia voluntariamente a las ilusiones de Santa Claus, el Conejo de Pascua y el Hada de los Dientes, ese niño puede desarrollar el conjunto más importante de habilidades. El niño puede reconocer la fuerza de su propia imaginación y su propia fe. Y asumirá la capacidad

para crear su propia realidad. Ese niño se convierte en su propia autoridad. Determina la naturaleza de su mundo. Su propia visión. Y al hacerlo, gracias al poder de su ejemplo, determina la realidad de los dos otros tipos: los que no son capaces de imaginar y los que no son capaces de confiar.

Reverendo Curtis Dean Fields: No importa lo bien que los impermeabilices, con cera o con barniz, los suelos de madera retienen los olores. Con el cedro de color claro, en tablones machihembrados como los que hay en el centro agrícola, a finales de verano todavía se podía oler lo que había pasado. Y con el calor. Solamente hizo falta que una niña vomitara el pastel —creo que fue Dorris Tommy— para que la peste hiciera vomitar a tantos otros que nunca se supo quién fue el segundo.

Danny Perry (*Amigo de la infancia*): Todo era sangre y vómito, como una moqueta pegajosa que cubría el suelo entero. Sangre y pota. Y fue así como la gente empezó a llamar a Buster Casey por su apodo: «Rant». Por todos los niños que había por allí inclinados hacia delante y haciendo el mismo ruido. Los niños gritaban «¡Rant!», y les salía pastel de vainilla y glaseado. Gritaban «¡Rant!», y les salían chorros de ponche de fruta de color púrpura.

La gente de Middleton, cuando está mareada o borracha, y tiene ganas de vomitar, sigue diciendo: «Creo que voy a hacer Rant».

Bodie Carlyle: Antes de que Rant se mudara a la ciudad, me dio veinticuatro lecheras de cuatro litros llenas hasta arriba de dientes perdidos. Desde dientes de leche de bebés hasta bocas enteras de abuelos, desenterradas de baúles y cajas de recuerdo. Por lo que yo sé, las maletas que se llevó con él a la ciudad no contenían nada más que monedas de oro.

A aquellas lecheras Rant las llamaba «El Museo de Dientes de Middleton».

8
MARCAR EL RITMO

Wallace Boyer (*Vendedor de coches*): Un vendedor de coches verdaderamente eficaz te da antes que nada su tarjeta de visita. Ese vendedor te saluda, te dice cómo se llama y te da su tarjeta, porque los estudios sobre conducta humana muestran que el noventa y nueve por ciento de los clientes usan la tarjeta de visita como excusa para salir del concesionario. La mayoría de los compradores de coches, aunque les caigas mal, o incluso si odian tus coches, aun así se sienten mal por hacerte perder el tiempo. Si te puede pedir tu tarjeta de visita, el cliente no se siente tan mal por largarse. Si quiere atrapar usted al mayor número de clientes, entrégueles su tarjeta en cuanto los conoce: así no se pueden escapar.

Los expertos en conducta humana dicen que, cuando conoces a alguien, en los primeros cuarenta y tres segundos, con solo mirarlo ya se puede calcular su nivel de ingresos, su edad y su inteligencia, y se puede saber si los vas a respetar. De manera que los vendedores listos llevan trajes como es debido. No se rascan la cabeza y luego se huelen las uñas.

Un importante estudio, llevado a cabo por la California State University en Los Ángeles en 1967, y demostrado un montón de veces desde entonces, dice que el cincuenta y cinco por ciento de la comunicación humana se basa en nuestro lenguaje corporal, en la postura que adoptamos de pie o en cómo nos inclinamos o nos miramos a los ojos. Otro treinta y ocho por ciento de nuestra comunicación proviene del tono de voz, de lo deprisa que hablamos y de si lo hacemos en tono alto. Lo sorprendente es que solamente el siete por ciento de nuestro mensaje se transmite con palabras.

Por tanto, el gran talento de un vendedor listo es saber escuchar.

Lo llamamos «marcar el ritmo» de un cliente: hay que acompasar la respiración con la de él. Si él da golpecitos con el pie o tamborilea con los dedos, tú también tienes que hacerlo, y a la misma velocidad. Si se rasca la oreja o estira el cuello, esperas veinte segundos y haces lo mismo. Escucha lo que dice y mira adónde se le va la mirada cuando habla. La mayoría de los clientes aprende a través de la vista, y la mayor parte del tiempo miran hacia arriba: a la izquierda si están recordando información, pero a la derecha cuando mienten. El siguiente grupo aprende con el oído, y estos miran a un lado y a otro. El grupo más pequeño aprende moviéndose o con el tacto, y al hablar bajan la vista.

La gente que es visual dice cosas como «Mire» o «Ya veo». Dicen «Me veo haciendo eso» o «Nos vemos luego». Así es Echo Lawrence: nunca te quita la vista de encima.

Los clientes auditivos dicen cosas como «Escuche» o «Eso suena bien», o «Ya hablaremos». Por ejemplo, ese tal Shot Dunyun: casi no te mira a los ojos, pero si le hablas deprisa y te haces el emocionado, el tío se entusiasma.

Los clientes que se basan en el tacto dicen cosas como «Manejo estas cifras». Dicen «Ya lo pillo» o bien «Estaremos en contacto». Así es el más jovencito, Neddy Nelson: se pone demasiado cerca de ti y siempre está dándote golpecitos, tocándote con los dedos, para asegurarse de que lo escuchas.

Para marcar el ritmo de forma realmente eficaz, el vendedor adopta el estilo de aprendizaje del cliente —visual o auditivo o basado en el tacto— hasta el punto de levantar la vista o mirar a los lados o al suelo mientras habla. Tu meta es establecer un terreno común. No a todo el mundo le gusta el béisbol, ni siquiera la pesca, pero no hay nadie que no esté obsesionado consigo mismo. Cada uno es su hobby favorito. Uno siempre es experto en uno mismo.

Lo único que hace un buen vendedor es mirarte a los ojos, imitar tu lenguaje corporal y asentir o reír o gruñir para demostrar que está cautivado: esos ruidos o gestos se llaman «asistencias verbales». El vendedor solamente tiene que demostrar que está tan obsesionado contigo como tú. Después de eso, los dos ya compartís una pasión común: tú.

A eso ya le siguen muchas otras cosas: órdenes incrustadas, salvar objeciones, botones que pulsar, preguntas consiguientes y subsiguientes, preguntas de control… un montón de cosas.

Cualquier buen vendedor te lo dirá: más que preocuparle cuánto sabes, el cliente quiere saber

cuánto le importas.
Y el vendedor verdaderamente eficaz sabe cómo fingir que le importas de verdad.

9

PESCA

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): Lo que mis dedos finalmente encontraron era pelo de animal, de animal vivo. Rant seguía incitándome a que metiera el brazo más y más adentro del hoyo. Yo tenía los dedos resbaladizos de la grasa. Con la mayoría del cuerpo rojo por el sol, estirado sobre la arena, hurgaba con el brazo, dentro de algo muy frío, en la madriguera a oscuras de una alimaña. Tal vez de una mofeta. De un coyote o de una ardilla de tierra.

Rant me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Sientes algo?

Mi mano ciega, tocando un enredo de raíces de artemisa, luego piedras lisas y luego —hum— pelo. Pelos suaves que se alejaban por el túnel, hasta donde yo no podía alcanzarlos.

Y Rant me dijo:

—Síguelo.

Una ráfaga de viento se llevó nuestra lámina arrugada de papel de aluminio todavía grasiento de las sobras de pastel de carne de la señora Casey. El buey picado con orégano en el que habíamos hurgado con las manos, hasta que el pastel de carne se nos resbalaba por entre los dedos y se nos había metido bien hondo por debajo de las uñas. Y mi mano perdida en algún lugar bajo tierra, estirada más lejos de lo que yo creía que podía llegar, y la estiré más todavía para palpar ese pelo y el traqueteo de un corazón rápido debajo del mismo. Un corazón que latía casi tan deprisa como el mío.

LouAnn Perry (*Amiga de la infancia*): Lo que hacía Rant era: a las chicas que le caían bien las besaba. A los chicos se los llevaba a pescar animales. Las dos cosas eran una prueba de tu fe.

Bodie Carlyle: En verano, la mayoría de la gente se iba de pesca, siguiendo el río cuando hacía buen tiempo. Rant se iba en dirección contraria.

No era raro encontrarse con que Rant se había adentrado en el desierto durante una mañana entera, y verlo tumbado de lado, con el brazo hundido hasta el codo dentro de algún agujero inmundo. No importaba qué alimaña hubiera —escorpión, serpiente o perro de las praderas—, Rant se dedicaba a hurgar a ciegas en el subsuelo oscuro, confiando en lo peor.

Como aquella viuda negra del Domingo de Pascua no lo había matado, Rant se puso a buscar qué era lo que lo podía matar.

—Ya me han vacunado contra las paperas y la difteria —solía decir Rant—. La serpiente de cascabel no es más que mi vacuna contra el aburrimiento.

A una picadura de mocasín acuático la llamaba «mi vacuna contra hacer las tareas de la casa».

Las víboras se olvidan más de la mitad de las veces de inyectar su veneno. De acuerdo con los libros, dice Rant, las serpientes de cascabel y los mocasines acuáticos en realidad te tienen más miedo a ti que tú a ellos. Un ser humano, con todo el calor que irradia, eso es lo que ve una víbora. Cuando aparece algo tan grande y caliente, lo único que puede hacer es desplegar esos colmillos retráctiles y —raka— clavártelos en todo el brazo.

Nada cabreaba más a Rant que llevarse una picadura seca. Dolor pero nada de veneno. Una vacuna sin la medicina. Aquellos agujeros dobles que le subían por los brazos, que le trazaban círculos alrededor de las espinillas, sin verdugones rojos. Picaduras secas.

En lugar de pescar en el río, Rant salía caminando del porche de atrás, pasaba junto al barril donde se quemaba la basura, seguía más allá del cobertizo de las máquinas y por fin se adentraba en los campos arrendados para plantar alfalfa, mientras los aspersores Rain Bird —tictac, tictac— rociaban de agua el resplandor caluroso del sol. Después de la alfalfa venía el horizonte de olivos rusos, todos greñudos con sus largas hojas plateadas. Más allá de aquel horizonte estaban las remolachas azucareras. Después de las remolachas, otro horizonte. Y más allá, una verja de alambre de púas contra la cual se amontonaban las plantas rodadoras que intentaban acceder al interior. Compresas y condones enganchados y ondeando, llenos del semen y la sangre de Middleton.

Y más allá todavía, otro horizonte más. A tres horizontes de distancia de la puerta trasera de los

Casey, uno se encontraba en el desierto. A aquellas caminatas que se daba en busca de que lo picara o lo mordiera un animal, Rant las llamaba «ir de pesca».

Irene Casey (*Madre de Rant*): Las hormigas rojas tendrían que habernos servido de aviso. Buddy nunca llegaba a casa sin las manos y los pies cubiertos de una erupción roja de picaduras de hormiga. Un dolor que haría llorar a la mayoría de los niños, y Rant no lo llevaba peor que si fuera un sarpullido del calor.

Bodie Carlyle: Sus padres no se enteraban ni de la mitad. Rant era capaz de subirse la manga de la camisa en la escuela e ir contando las picaduras: hormiga roja, araña hobo, escorpión.

—Más vacunas —solía decir Rant.

Durante todo el noveno curso, Rant pedía que lo excusaran de jugar al dodgeball los viernes contra los de último curso porque lo acababa de morder una serpiente de cascabel. Mientras al resto nos pegaban una paliza que nos dejaba hechos polvo, Rant se quitaba un calcetín de deporte y le enseñaba al entrenador un pie rojo e inflado. De los dos agujeros rezumaba un pus transparente que parecía veneno.

Entre él y yo, aquella era su vacuna contra jugar al dodgeball.

Para Rant, el dolor era un horizonte. El veneno, el horizonte siguiente. La enfermedad no era nada más que el horizonte que había al final de todo.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): La viuda negra solamente mata al cinco por ciento de la gente a la que pica. Una hora después de la picadura, la neurotoxina a-latrotoxina se extiende por el sistema linfático de la víctima. El abdomen se te contrae y se convierte en una tabla sólida de tejido muscular rígido. Puede que vomites o que sudes en abundancia.

Otro síntoma común es el priapismo. Es la forma en que la naturaleza cura la disfunción eréctil. Rant nunca se lo dijo a sus padres, pero la picadura que sufrió en Pascua le había provocado su primera erección. El sexo y el veneno de los insectos estaban completamente fundidos en su psique infantil.

Echo Lawrence (*Choquejuerguista*): Ese era el secreto que había detrás de la afición de Rant por las serpientes. Aunque estuviera en la ciudad, necesitaba encontrar una viuda negra o una reclusa parda para poder hacer algo digno en la cama. Lo que él llamaba «meterse un chute para subir los ánimos».

No intente esto en casa, pero el resultado es una polla que permanece dura durante horas. Por encargo, y grande como una palanca de cambios. Un poco de gluconato de calcio y todo vuelve a ser normal.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): La única razón por la que Rant Casey se dejaba picar era para colocarse. El veneno para él no era más que otra droga de la que abusar. Otro colocón. Hablando como agente de la ley, yo le digo que un adicto en plena adicción no es como la gente normal. Hacia el final de esta historia, se va a quedar usted pasmado de lo que hizo Rant para colocarse y para seguir colocado.

Bodie Carlyle: A mí no me pregunte. Yo nunca entendí cuál era el atractivo de aquello. Mientras otros chavales estaban esnifando gasolina o pegamento del que se usa para montar maquetas, la mayor parte del verano Rant se lo pasaba panza abajo en la arena al lado de una mata de salvia. Mientras que la mayoría de los chavales de por aquí se dedicaban a escaparse de la realidad, Rant intentaba prepararse para ella.

Aquellos agujeros sucios que había debajo de las piedras que él levantaba un poco, o aquellos sitios donde no alcanzaba a ver, ese era el futuro del que teníamos tanto miedo. Después de meter las manos en la oscuridad, y de no morirse, Rant ya no tenía tanto miedo. Se remangaba la pernera de un pantalón y estiraba el pie al máximo. Se sentaba en el desierto y metía el pie desnudo en la madriguera de un coyote, despacio, igual que uno prueba la temperatura del agua del baño con el dedo gordo del pie. Por si está demasiado fría o demasiado caliente. Luego veías que Rant plantaba las dos manos como puntales en la arena, cerraba los ojos con fuerza y contenía la respiración.

Al fondo de aquel agujero, una mofeta, un mapache, una madre coyote con sus cachorros o una serpiente de cascabel. El tacto del pelo suave o de las escamas lisas, cálido o frío, y después —rakalos dientes que se clavaban y a Rant se le ponía toda la pierna a temblar. Pero nunca se apartaba, que es lo que haríamos la mayoría, y los dientes hacían más daño cuanto más apretaban. No, Rant esperaba a que la boca lo soltara. O tal vez a que le diera un segundo bocado bien fuerte. Que los dientes se hundieran bien adentro. Y que después lo soltaran. Que se aburrieran. Luego una vaharada de aliento cálido sobre los dedos de sus pies. Bajo tierra, el tacto de una lengua mojada lamiendo su sangre.

Por fin Rant sacaba el pie del agujero, con la piel desgarrada y hecha jirones, pero lavada por los lametones. Una piel limpia de la que manaba —plic, plic, plic— sangre pura. Con los ojos convertidos en pupilas negras y enormes dilatadas al máximo, Rant se quitaba el otro zapato y el calcetín, se remangaba la otra pernera del pantalón y metía otra parte desnuda de sí mismo en la oscuridad a ver qué pasaba.

Durante todo aquel verano, los dedos de las manos y los pies de Rant no fueron más que piel desgarrada con flecos de sangre goteante. Picadura a picadura, y chorrito a chorrito de veneno, Rant se estaba entrenando para algo grande. Se estaba vacunando contra el miedo. No importaba el futuro que le aguardara, ni lo terribles que fueran sus trabajos, su matrimonio o su servicio militar, seguro que eran mejores que el hecho de que un coyote te mordisqueara el pie.

Echo Lawrence: Oiga esto. La noche en que conocí a Rant Casey estábamos comiendo en un italiano y me dijo:

—¿Nunca te ha picado una serpiente?

Llevaba el abrigo puesto, así que yo no tenía ni idea de lo *mutilados* que se veían sus brazos.

Como si aquello fuera un defecto mío, el tío me siguió acosando, diciéndome:

—No me puedo creer que alguien pueda vivir tanto tiempo sin que nunca lo haya rociado una mofeta…

Como si yo hubiera llevado una vida de total cautela y privación.

Rant negó con la cabeza, mirando su plato de espaguetis y suspirando. Luego giró la cabeza a un lado y, mirándome con un solo ojo, me dijo:

—Si nunca has tenido la *rabia* es que no has vivido.

Menuda jeta. Como si fuera una especie de *redentor* palurdo.

Vaya tío. No sabía manejar un vehículo de tres velocidades ni montado en el árbol de dirección.

Hasta aquella noche, Rant nunca había visto *ravioli*.

Doctor David Schmidt (*Médico de Middleton*): Aquel pequeño truhán, el chico de los Casey, ya presentaba síntomas antes de molestarse en decirles a sus padres que lo había picado la serpiente. En el caso de la rabia, el virus viaja en la saliva del animal infectado. Cualquier mordedura o lametón, o hasta un estornudo, puede propagar la enfermedad. En cuanto la tienes, el virus se te extiende por el sistema nervioso central, te sube por la columna y te llega al cerebro, donde se reproduce. La primera fase se llama fase «de eclipse» de la enfermedad, porque uno no presenta síntomas. Puedes ser contagioso al máximo, pero sigues encontrándote bien y teniendo un aspecto normal.

Esta fase de eclipse puede durar desde un par de días hasta años y años. Y todo ese tiempo te lo pasas infectando a la gente con tu saliva.

Bodie Carlyle: En lugar de alucinar cúspides, Rant quería ir de pesca. Solía decir:

—Puede que mi vida sea insignificante y aburrida, pero por lo menos es mía: no es una vida usada, de segunda mano y de cadena de montaje.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): Tampoco es ningún milagro tecnológico que te muerda una serpiente de cascabel.

Doctor David Schmidt: Lo intolerable del caso era que Buster Casey era un chico popular. Tenía que serlo. En los últimos diez años hemos tratado seis casos de infección de rabia en un varón. Los seis casos eran todos Buster. Y sin embargo, hemos tenido cuarenta y siete infecciones en chicas, la mayoría de las cuales iban a la escuela con él, y dos eran maestras

suyas. De esas, tres decidieron interrumpir embarazos de padres anónimos durante el mismo período.
LouAnn Perry: Lo mires como lo mires, era un peligro estar con Buster jugando a Girar la Botella.
Polk Perry (*Vecino de la infancia*): Lo que pasó es que Rant Casey se pasó más años de su vida teniendo la rabia que no teniéndola. E incubar cualquier bicho en el cerebro durante tanto tiempo tuvo que volverlo majara. Aun así, hay mucha gente a la que los majaras le resultan atractivos.
LouAnn Perry: Buster nunca me dejó embarazada, pero sí que me pasó la rabia bastantes veces. La primera, de pie debajo del muérdago en el festival de Navidad de la escuela, en quinto curso. Un solo beso, yo vestida con mi jersey rojo de terciopelo y una blusa blanca debajo, de pie en medio de la primera fila sobre el escenario, y cantando «Oh Holy Night». Cantando unas notas dulces como los ángeles, con unos rizos de pelo rubio como de ángel que me llegaban hasta la mitad de la espalda, la viva imagen de la ternura… y de pronto tenía la rabia.
Cortesía de Buster Casey.
Doctor David Schmidt: Siendo justos, no puedo culpar únicamente a ese chico de todas las infecciones, pero no hemos tenido ni un solo caso de rabia desde que Buster Casey se marchó del pueblo.
LouAnn Perry: Montones de chicas cogieron la rabia exactamente de la misma manera. Tal vez la mitad de nuestra clase, en el primer año. Brenda Jordan echó la culpa de su rabia a que había estado pescando manzanas con los dientes durante una fiesta de Halloween, y que le tocó pescar después de Buster, pero la verdad es que… ella lo besó.
Para muchas chicas, Buster Casey era lo que para él las serpientes. Una especie de sitio al que tus padres te dicen que no vayas nunca. Pero también una especie de pequeña equivocación que te evita una mayor más adelante.
Las equivocaciones como besar a Buster a veces son peores si no las cometes. Después de que un chico atractivo te contagie la rabia dos o tres veces, ya sientas la cabeza y te casas con alguien menos excitante para el resto de tu vida.
Echo Lawrence: Para nuestra segunda cita, Rant quería ir a rastrillar hojas al parque. Una de las formas seguras de contraer la rabia es molestar a un murciélago. Y si pasas un buen rato hurgando bajo las hojas, seguro que encontrarás un murciélago que te muerda. Recuerde *eso* la próxima vez que vaya a saltar sobre un montón de hojas secas.
LouAnn Perry: El caso es que era un chico muy popular. Salvo, tal vez, para su padre.
Shot Dunyun: A ver si esto no es raro. Un yonqui del veneno de serpiente de cascabel, de trece años, sexualmente conflictivo y que tiene la rabia… bueno, no cabe duda de que es la peor pesadilla de cualquier padre.
LouAnn Perry: El caso es que Buster Casey era la clase de equivocación que una chica necesita cometer mientras todavía es lo bastante joven como para recuperarse.
Bodie Carlyle: Estábamos en aquel desierto, a tres horizontes de distancia del resto del mundo; Rant seguía mirándome a los ojos y me dijo:
—¿Notas que late un corazón?
Yo palpaba pelo. Pelo como de mascota. Bajo tierra. Enterrado. Mi mano todavía pálida como el hueso. Resbaladiza y apestando a grasa de pastel de carne.
Yo bajo el sol, con la piel quemada, seguía diciendo que sí con la cabeza.
Rant sonrió y dijo:
—No la saques.
La sensación de aquel pelo de animal, suave y cálido, y de pronto —raka— el impacto de algo que me traspasaba la piel flácida entre el índice y el pulgar, algo afilado que me atravesaba esa membrana de piel, y el brazo se me puso a temblar tanto que empezó a aporrear las paredes del túnel, y las paredes ya me apretaban el codo, hasta el hombro, y yo enterrado hasta la clavícula con gran dolor y tratando de sacar el brazo.
Rant me rodeó el pecho con las manos desde atrás y tiró de mí para sacarme el brazo del hoyo.

En mi mano había un agujero, no un par de marcas de colmillos. Ni la pequeña herradura de una mordedura de coyote. La sangre manaba latido a latido de un solo agujero, grande y transversal.
Rant miró la sangre y el agujero transversal chorreante, y dijo:
—Una mordedura —dijo—. De liebre.
Mientras a los dos nos manaba sangre de los agujeros que teníamos en las manos y en los pies, y mirábamos cómo nuestra sangre se derramaba sobre la arena bajo el sol tórrido, Rant dijo:
—Así —dijo—, por lo que a mí respecta, es como debería sentirse uno en la iglesia.

10
HOMBRES LOBO I

Phoebe Truffeau, doctora (*Epidemióloga*): Entre las supersticiones más antiguas que profesaban las culturas antiguas estaba la advertencia de no beber nunca de una charca frecuentada por lobos. Nuestros antepasados tampoco rapiñaban ninguna pieza de caza —por ejemplo, un ciervo o un alce— que hubiera sido abatida por una manada de lobos. Se creía que cualquiera de estas transgresiones —o el mero hecho de ser mordido por un lobo— lo transformaba a uno en un monstruo legendario medio humano y medio canino, sediento de sangre y salvaje: un hombre lobo.

Igual que el hecho de que el Antiguo Testamento prohibiera comer cerdo o marisco sin duda salvó a la gente de la Antigüedad de una muerte horrible por triquinosis o salmonela, estas antiguas supersticiones relacionadas con los lobos alejaban a la gente de cualquier resto de saliva que muy probablemente portara el *Lyssavirus*, un género de virus morfológicamente similares de cadena negativa y basados en el ARN que históricamente han infectado las aguas estancadas donde beben los mamíferos de todo el mundo.

Denise Gardner (*Agente inmobiliaria*): Todavía veo a Margot saliendo en tromba por la puerta para recibir a sus amigas. Todas vestidas de encaje negro y con medias de rejilla, como si cada noche fuera Halloween.

El bicho le colgaba del jersey como si fuera un accesorio peludo. O un broche. Con aquellas garras diminutas y horribles que tenía, agarradas a la lana del jersey negro de ella, y había noches en que Margot se recogía el pelo y dejaba que el murciélago se le posara encima de la cabeza, o que colgara de un lado de su cara como si llevara un solo pendiente. Todas sus amigas góticas los querían… Aquellas alimañas correosas… me refiero a los *murciélagos*, no a las amigas de Margot. Los murciélagos eran la mascota de terror perfecta para las adolescentes vampiro. Todas sus amigas tenían una. Fallo nuestro, pero no teníamos más información. Las tiendas de animales no los podrían vender al lado de los cachorrillos y los gatitos si no fueran seguros. Eso es lo que decía mi marido, Sean.

Sean Gardner (*Contratista*): Nuestra hija se llamaba Margot, pero sus amiguitas vampiros la llamaban «Monstruo». Ella empezó llamando al murciélago «Monstruito», pero luego lo abrevió a «Monty».

Phoebe Truffeau, doctora: Antes de la epidemia Casey, el brote más grande de la época moderna se había debido a un descuido en el protocolo de importaciones. Bajo las Regulaciones de Cuarentenas del Extranjero (42 CFR 71.54), es ilegal vender murciélagos como mascotas en Estados Unidos. Solo se permite importar murciélagos a los zoológicos acreditados y a las instituciones dedicadas a la investigación. Sin embargo, en el caso de aquel incidente aislado, un error de procedimiento hizo que en 1994 un cargamento de varios millares de murciélagos de cripta egipcios (*Rousettus aegyptiacus*) entrara en el país para venderse en las tiendas de animales.

Sean Gardner: Le compramos el murciélago a Margot como regalo de Navidad. Mejor dicho: lo compró ella. Su madre y yo le abonamos el precio. Le costó trescientos dólares, y es que venía de Egipto o de algún otro rincón perdido del mundo. La comida costaba otro ojo de la cara. Pienso para murciélagos, o galletas para murciélagos. Alguna ridiculez por el estilo. Su madre no se quería ni acercar al bicho.

Y el pequeño Monty echaba una peste espantosa.

Phoebe Truffeau, doctora: Del total de humanos que se contagian todos los años, solamente el veinte por ciento declaran haber sido mordidos o arañados por un animal. Un caso típico, con fecha de marzo de 1995, lo protagoniza una niña de cuatro años del estado de Washington en cuyo dormitorio se descubrió un murciélago. Debido a que la niña declaró no haber tenido contacto con el animal, no se inició tratamiento profiláctico. Posteriormente se descubrió que tanto la niña como el murciélago estaban infectados.

Entre las marmotas, para que la enfermedad se propague basta con que un solo animal entre en una madriguera previamente ocupada por un animal enfermo.
Debido a que el virus se transmite principalmente por la saliva, algo tan insignificante como una tos o un estornudo puede contagiar a quienes se encuentren en las inmediaciones. Con toda seguridad dentro de un ascensor o de la cabina del pasaje de un avión. En términos mecánicos, contraer la rabia es tan fácil como pillar un resfriado. Pero en el caso del resfriado uno empieza a presentar los síntomas de forma inmediata.
Denise Gardner: Sus profesores se quejaban de que Margot se mostraba inquieta. Decían que la veían nerviosa. Distraída. A veces ansiosa. Era nuestra hija problemática. Todas sus amiguitas góticas actuaban exactamente igual, siempre hoscas y maleducadas. Terribles. Nunca nos dimos cuenta. Por fin, cuando Margot trajo a casa un suspenso en su curso de Civismo Mundial, su pediatra de atención primaria le recetó Ritalin.
Phoebe Truffeau, doctora: Al contraer el virus, el sujeto típico experimenta una sensación de cosquilleo en el lugar donde se ha producido la exposición al virus, la mordedura o el arañazo. Si el contagio ha sido a través de una membrana mucosa, ese lugar inicial se volverá hipersensible. En el caso de la transmisión por contacto oral-genital, que parece ser el caso del serotipo Rant, según dicen la sensación de cosquilleo característica que afecta a la región genital y perigenital no es del todo desagradable. Esta naturaleza placentera puede explicar el ritmo rápido, casi vertiginoso, con que se transmite la epidemia entre la población.
Sean Gardner: Los síntomas son mal humor, conducta antisocial y aislamiento, que se alternan con brotes de agresión hostil. Si los centros de control de enfermedades trataran a todos los adolescentes que muestran esos síntomas… bueno, no hay gobierno que tenga tanto dinero.
Phoebe Truffeau, doctora: Más allá del período de incubación, también conocido como el período «de eclipse», que dura entre seis y noventa días, el virus se reproduce en tejidos localizados adyacentes al lugar del contagio. El flujo axoplásmico retrógrado transporta rápidamente el virus por todo el sistema nervioso central. Infecta las células neuronales del tronco cerebral, la médula, el hipocampo, las células de Purkinje y el cerebelo, invadiéndolo todo, reproduciéndose y echando brotes dentro de cada célula, y en el proceso causa la degeneración de la médula espinal, el cerebro y los axones, y la desmielinación de la materia blanca del cerebro.
A medida que aumenta la carga vírica, los tejidos corporales más enervados son los más afectados, en particular las glándulas salivares. En la primera fase de los síntomas, la fase prodromal, el sujeto puede experimentar fiebre, náuseas, dolor de cabeza, fatiga y falta de apetito.
Sean Gardner: Francamente, viendo cómo se comportan los chavales hoy día, ¿quién puede culparnos por no sospechar? Sobre todo teniendo en cuenta cómo bailan.
Denise Gardner: Sean echaba la culpa del humor de la niña a la música esa que escuchan.
Sean Gardner: Bueno, mi mujer dijo que eran los videojuegos.
Phoebe Truffeau, doctora: Después de la fase prodromal, la fase de excitación sensorial se caracteriza por la hipersalivación, los espasmos musculares, el insomnio, la agresividad extrema y el impulso de morder o masticar.
Cuando se ha completado la incubación de la enfermedad y el sujeto muestra síntomas sospechosos, ya no hay tratamiento. La tercera y última fase de la enfermedad es la parálisis y el coma. La autopsia posterior revelará antígenos cuando se apliquen anticuerpos de la rabia a muestras de tejido cerebral y se examinen bajo un microscopio fluorescente.
Denise Gardner: Durante la peor parte, llamó Sylvia Leonard. Era la madre de Dean Leonard, uno de los amiguitos góticos de Margot. En fin, que Sylvia llama y dice: yu-ju, acaba de palmar el murciélago de Dean. El bicho llevaba un tiempo encogido dentro del cajón de la ropa interior de Dean y ese día echaba una peste infernal. Muerto. Luego Sylvia nos preguntó si el murciélago de Margot se había puesto enfermo. Nos preguntó si nosotros habíamos guardado el recibo de la tienda y si ella podía usar nuestro recibo para intentar que le devolvieran el dinero de su murciélago muerto.

Sacamos la caja de zapatos de debajo de la cama de Margot y la peste que echaba te tiraba de espaldas. Ni siquiera abrimos la tapa. Sean, mi marido, se limitó a llevar la caja al jardín y a enterrar al pequeño Monty junto con todos los demás jerbos y hámsters y gatitos y peces y lagartos, periquitos, cobayas, ratones y conejos que Margot había rogado y suplicado que le compráramos. Se lo juro, nuestro jardín está *repleto* de animales muertos.

Phoebe Truffeau, doctora: La palabra viene del sánscrito, y ya se usaba tres mil años antes del nacimiento de Cristo, *rabhas*, que significa «usar violencia». En el siglo XIX, el virus ya se había extendido por todo el mundo, sobre todo en Europa. Allí, la gente que se temía que estaba contagiada solía suicidarse.

A la gente contagiada, o que se rumoreaba que estaba contagiada, a menudo la asesinaba su propia familia, por miedo. O por compasión.

Históricamente hablando, el virus ha pasado por toda una serie de depositarios mamíferos. En el siglo XVIII, la enfermedad la portaban predominantemente los zorros rojos (*Vulpes vulpes*), y consiguió llegar al Nuevo Mundo cuando esos animales se importaron para las cacerías del zorro al estilo británico. Durante el siglo XIX, era tan común que la mofeta rayada (*Mephitis mephitis*) fuera hidrofóbica que el término popular en la jerga de aquel período para referirse a las mofetas era «gatos fóbicos». Después de la década de 1960, el mapache común (*Procyon lotor*) se convirtió en la especie infectada con mayor frecuencia. En menor medida, el coyote (*Canis latrans*) es responsable de una media de cincuenta contagios anuales. Los murciélagos insectívoros, de una media de setecientas cincuenta infecciones anuales.

Antes de la llegada del serotipo Rant del *Lyssavirus*, no morían más de cien mil personas de rabia al año, principalmente en regiones tropicales y subtropicales. Pese a que se invierten cien mil millones de dólares cada año para contener la enfermedad, y a un siglo entero de vacunas e información pública, el radio de infecciones entre animales alcanzó un máximo histórico en 1993.

Debido a la epidemia atribuida a Buster Casey, en la actualidad los seres humanos son el mayor depositario mamífero del virus de la rabia.

Sean Gardner: Tal como yo lo entiendo, hay dos tipos de rabia. Está el tipo «mudo», con el que nunca te vuelves loco ni muerdes a nadie. Solamente te encoges en posición fetal y te mueres. Y luego está el tipo normal de rabia, el tipo «furioso», que es el que coge el ochenta por ciento de la gente. Con el que babeas y sueltas palabrotas y agitas los brazos, y rompes todo lo que tienes en el dormitorio, incluyendo tu colección de Muñecas del Mundo, y llamas a tu padre «gilipollas, subnormal, comemierda, maricón de mierda…». Esta última es la clase de rabia que pilló nuestra Margot.

Denise Gardner: Toda la culpa es nuestra, pero creo que empezamos a llorar la muerte de Margot el día que cumplió trece años y se tiñó el pelo de negro por primera vez.

Phoebe Truffeau, doctora: Se puede argumentar que todas las prohibiciones antiguas del bestialismo estaban destinadas a evitar que el *Lyssavirus*, o cualquier otra enfermedad, pasara a los seres humanos.

Las culturas antiguas también advertían de que los descendientes bastardos de un cura se volvían hombres lobo. Igual que cualquier niño nacido de un incesto.

Denise Gardner: Toda la culpa es mía, pero la primera vez que sospeché, que tuve el primer presentimiento de que Margot pudiera tener la rabia, pensé que estaba haciendo teatro. Y es que Margot y su pandilla de amigos góticos siempre se estaban esforzando en ser groseros y extravagantes. Daba la impresión de que tener la rabia era el *sueño* de sus vidas. Bueno, como he dicho, toda la culpa es mía.

Phoebe Truffeau, doctora: En cuanto el virus empieza a reproducirse y es transportado por los nervios sensoriales y motores, el sujeto infectado puede pasar meses sin presentar síntomas, pese al hecho de estar esparciendo el virus y contagiando a otros sujetos. Esa situación es la que parece darse con el supuesto superpropagador, Buster Casey.

No, los epidemiólogos ya no usan el término «Paciente Cero». Ahora nos referimos a cualquier individuo responsable de diez infecciones o más como «superpropagador». Lo que «Typhoid

Mary» Mallon fue a la fiebre tifoidea, lo que Gaetan Dugas fue al sida, lo que Liu Jian-lun fue al SRAS es lo que Buster Casey se acabaría convirtiendo para la rabia.

Sean Gardner: Ya sabe usted lo que le pasó a nuestra Margot. Murieron tantos amigos suyos que hicimos un funeral colectivo. No solamente Dean Leonard. Salvo que es distinto cuando uno entierra a un chico gótico. Sí, sigue siendo desgarrador, pero no queda tan mal. En realidad, nuestra Margot tenía mejor aspecto —bueno, más saludable— que antes de ponerse enferma. La vela de los cuerpos, todos tan arregladitos y sombríos, parecía su baile de final de promoción. Con la salvedad de que nadie bailaba. Ni sonreía. Ni se reía. Todo el mundo estaba muy serio y vestido de negro…

Vale, parecía *exactamente* su baile de final de promoción.

11
LAS ABEJAS

Echo Lawrence (☾*Choquejuerguista*): Oiga esto. Un año, para el día de la Independencia, todo el clan de los Casey se fue de picnic. De barbacoa con malvaviscos y carne quemada de animal. Todas las tías y tíos, todos los primos, un acre entero de miembros de la familia Casey desplegados sobre mantas y en sillas plegables de jardín y comiendo maíz. Todo el mundo abrazando a todo el mundo y dándose la mano.

Aun al aire libre, la generación que lo controlaba todo, que lo poseía todo, los adultos, se sentaban a una mesa de picnic. Todos los demás, en el suelo de tierra. Los adultos un poco descolocados por culpa de las muertes de Esther, Hattie y Bel, pero en gran medida todo seguía como siempre.

Aquel día soleado, se pusieron a zumbar sobre la mesa de los adultos primero una abeja y luego otra. Las abuelas las apartaban a manotazos. De pronto la mesa entera quedó tapada. Los adultos estaban cubiertos de abejas.

Sheriff Bacon Carlyle (☼*Enemigo de la infancia*): El médico forense de la oficina del condado estaba preguntando si alguno de los difuntos había estado manejando abejas recientemente. Esperaba que le dijeran que alguno de ellos trabajaba con colmenas. Algo que él denominó «atrayente de enjambres» podría explicar el ataque.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (☾*Historiador*): Feromona de Nasonov. Una ampolla de plástico del tamaño del dedo meñique exuda atrayente de abejas en una cantidad que equivale a cinco mil abejas volando en círculos e impregnando el aire de su olor. La *Apis mellifera*, la abeja común, sigue el aroma y busca cualquier grieta o abertura en la que crear un panal nuevo.

Darles manotazos a esas abejas las hace exudar la feromona de «alerta», que atrae todavía a más abejas en actitud de ataque. Debido a que sus depredadores primarios son los osos, las abejas atacantes se concentran en los ojos, la nariz y la boca abierta del agresor. En cualquier elemento de la fisionomía que tenga forma de hueco oscuro, incluyendo las orejas, ahí se agolpan las abejas. El dióxido de carbono que la víctima exhala pone más agresivas a las abejas atacantes.

El atrayente de abejas tiene un olor cítrico suave y agradable. Casi imposible de detectar para los humanos. Debido a que la feromona de Nasonov es tan potente, el método ideal para almacenarla consiste en colocar la ampolla de plástico dentro de un frasco sellado de cristal, y luego poner el frasco sellado a buen recaudo dentro de un congelador.

Shot Dunyun (☾*Choquejuerguista*): Era como una nube que eclipsaba el sol, una puta tormenta negra y enorme. Zumbando. En mitad de un día precioso y soleado, se puso a llover. Pero en lugar de agua, lo que llovía eran aguijones de abeja. Se lo juro. Caía puro dolor del cielo.

Echo Lawrence: La gente corría hacia sus coches, gritando hasta que se les llenaba la boca de abejas y se atragantaban, y por fin caían muertos por las picaduras y la asfixia. Para cuando pudo intervenir el departamento de control de plagas del condado, a Rant ya se le había muerto su tío Clem. También la tía Patty y el tío Cleatus. El tío Walt murió en el hospital.

Shot Dunyun: A los capullos del FBI que nos interrogaron sobre las noches de choquejuerga, después de que murió Rant, a aquellos agentes les encantó la historia de las abejas. Tomaban notas como locos.

Echo Lawrence: Relájese. Nadie lo ha llamado asesinato. Por ahora.

Shot Dunyun: A ver si no es raro. Era como algo sacado del Antiguo Testamento: el Picnic de las Abejas Asesinas, el Ataque de la Mierda de Ratón, la Plaga de Pulgas y el Sombrero con Araña Letal. Cuando llegó la siguiente cena de Acción de Gracias, después de morir siete carcamales, el resto de aquella generación se quedó en casa. Los Casey más ancianos cedieron la mesa de los adultos a sus hijos e hijas de mediana edad. Fin del asedio. Testigo recogido.

12
LA COMIDA

Echo Lawrence (*Choquejuerguista*): Lo que hacía que se detuviera el tiempo —lo que los mandalas de arena eran para los monjes budistas y los bordados para Irene Casey—, para Rant era comer coño. Solía meterme la cara entre las piernas y me hincaba la lengua dentro. Luego se incorporaba sobre los codos, relamiéndose, con la barbilla goteándole, y me decía:
—Para desayunar has comido algo con canela… —Se relamía, ponía los ojos en blanco y decía—: Torrijas no… otra cosa.
Rant resoplaba y volvía a hundir la cabeza, después se apartaba con los ojos relucientes y decía:
—Para desayunar, has bebido una taza de té Constant Comment. Eso es la canela.
Solamente oliéndome y probando mi sabor, me adivinaba el día entero: té, tostada integral sin mantequilla, yogur natural, moras, bocadillo de tempeh, un aguacate, un vaso de zumo de naranja y una ensalada de remolacha.
—Y te has pedido una ración de aros de cebolla en la hamburguesería —decía, y se relamía—. Una ración grande.
Yo lo llamaba «el Médium de Coños».

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): En lo que la mayoría de la gente tarda en sentarse a comer, bendecir la mesa, pasarse la comida y comérsela, y luego en ponerse una segunda ración y servirse el postre y el café, y luego en tomar otra taza de café y empezar a llevarse los platos, en ese mismo lapso de tiempo la familia Casey podía dar un solo mordisco. Un mordisco de pastel de carne o de estofado de atún, y estar todavía masticándolo. No solamente comían despacio, sino que tampoco hablaban, ni leían libros ni veían la televisión. Toda su atención se concentraba dentro de sus bocas, en masticar, saborear, sentir.
Echo Lawrence: Déjese de tonterías. La mayoría de los tíos se dedican a *llevar la cuenta* de cada lametón que te dan. Cada vez que levantan la cabeza para coger aire, se dedican a registrar tu placer. Y cada vez que te lamen, sabes que estás obligada a compensarles con el placer que les vas a devolver. Así que, cuando te están lamiendo, nunca te puedes relajar y correrte, porque sabes que el *taxímetro* está siempre funcionando. Cada lametón es una inversión que les vas a tener que devolver.
Hasta los tíos que odian la contabilidad y hacer la declaración de la renta, tíos que si les preguntas por el balance de su cuenta de ahorros o de su cuenta de crédito se limitan a encogerse de hombros, después se dedican a calcular el número de veces que su lengua te ha lamido el coño. Y la compensación que los espera. El equivalente sexual de contables o de esa gente que siempre está mirando el reloj en el trabajo.
Todos los tíos son así: menos Rant Casey. Él te metía la lengua dentro y podían pasar años. Las montañas se erosionaban.

Edna Perry (*Vecina de la infancia*): En las cenas de Navidad de Inglaterra, cuando encuentras un clavo de olor en la comida quiere decir que eres un villano. Es automático. Si te encuentras una pajita, eres el tonto. Sin discusión. Y si muerdes algo y encuentras un trozo de tela, la gente sabe de inmediato que eres una fulana. Imagine usted, que te pongan el sambenito de fulana, en medio de la cena de Navidad, pero Irene Casey jura que leyó todo esto en un libro.
Echo Lawrence: Una vez, mientras tenía la cara plantada entre mis piernas, Rant salió a la superficie en busca de aire, se despegó un pelo púbico de la lengua y dijo:
—¿Qué ha pasado hoy? Ha pasado algo malo…
Le dije que lo olvidara.
Él me lamió y puso los ojos en blanco, volvió a lamer y dijo:
—¿Una multa por aparcar mal? No, algo peor…
Le dije que lo olvidara. Le dije que no había pasado nada.
Rant me volvió a lamer, aunque más despacio, pasándome la lengua de detrás hacia delante, con el aliento muy caliente, y luego levantó la vista y se quedó mirando hasta que yo le devolví la

mirada. Lo miré fijamente a sus ojos verdes. Él dijo:
—Lo siento. —Y Rant dijo—: Hoy te has quedado sin trabajo, ¿verdad?
El estúpido trabajo de mierda que tenía, vendiendo putos teléfonos móviles.
Y es que él podía descubrir cualquier cosa oliendo y probando tu sabor. Ese era Rant Casey. Siempre acertaba.
Y entre un orgasmo y otro, me eché a llorar.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): Todas las familias tienen sus sagradas escrituras, aunque la mayoría no sean capaces de ponerlas en forma de palabras. Se trata de historias que los miembros repiten para reforzar su identidad: *quiénes* son. *De dónde* vienen. *Por qué* se comportan como se comportan.
Rant solía decir: «Todas las familias son sectas en pequeño».

Basin Carlyle (*Vecino de la infancia*): No se ría, pero en Francia, dice Irene, cuecen la tarta del postre con una especie de amuleto de la suerte de metal dentro. Su regla es que quien muerde el amuleto tiene que hacer la cena del día siguiente, pero en Francia la gente es tan tacaña que prefiere tragarse el amuleto. Para no tener que invitar a los demás a su casa.
Por lo que ha leído, Irene dice que los mexicanos preparan la comida con un muñequito del niño Jesús dentro. En España la gente siempre pone algo de calderilla. Irene me enseñó un pequeño folleto para hacer pasteles elegantes que contaba todo esto. La historia entera de los pasteles de todo el mundo.

Irene Casey (*Madre de Rant*): Por lo que yo recuerdo, al principio Chet y Buddy no comían despacio. Fui yo quien los educó para que lo hicieran. Llegó a hacerse insoportable para mí, preparar de principio a fin un pastel de chocolate y luego ver cómo Chet y Buddy se lo zampaban en tres mordiscos. Los dos apresurándose para engullir un trozo sin masticar, y luego el siguiente, hasta que del pastel no quedaba más que el plato sucio. Y mientras todavía inhalaban mi pastel, ya estaban haciendo planes para otra cosa, o leyendo un catálogo, o bien oyendo las noticias por la radio. Siempre viviendo meses más allá en el futuro. O a varias millas de distancia.
La única excepción era cualquier comida que pusiera en la mesa uno de ellos dos. Cada vez que Chet cazaba una oca, nos sentábamos allí y todo el mundo hablaba de lo buena que estaba. O si Buddy pescaba una ristra de truchas, la familia se pasaba la noche entera comiéndoselas. Con una oca, hay que preocuparse en buscar el acero de los perdigones. Si uno no presta atención a la comida que está masticando, luego lo paga caro. Se te atasca una espina de pescado en la garganta y te mueres asfixiado, o bien se te clava un hueso afilado en el velo del paladar. O bien te partes una muela al morder un perdigón de cazar aves.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Las sagradas escrituras del hogar de los Casey declaran lo siguiente: «El ingrediente secreto de todo lo que está *bueno* es algo que te va a hacer *daño*».
No es que ella quisiera hacer daño a la gente. Irene solamente ponía trampas en la comida porque se preocupaba demasiado. Si el asunto le importara un pimiento, se limitaría a servirles cenas congeladas y consideraría la cuestión zanjada.
Basin Carlyle: No se olvide usted. Donde más veía yo a los Casey era en la iglesia. Los veía en la misa los domingos y, después, en las cenas del centro agrícola en las que todo el mundo cocinaba un plato y lo traía.
El ingrediente secreto que hacía que la gente saboreara realmente el pastel de melocotón de Irene eran unos cuantos huesos de cereza que ella escondía dentro. Así te podías romper la mandíbula por accidente. El secreto de su tarta de manzana y canela era mezclar varias astillas afiladas de cáscara de nuez.
Cuando te estabas comiendo su estofado de atún, no te ponías a hablar o a hojear un ejemplar de *National Geographic*. Tenías los ojos y los oídos dentro de la boca. Todo tu mundo permanecía dentro de tu boca, y con cuidado tratabas de encontrar las bolitas de papel de aluminio que Irene Casey escondía dentro de los trozos de atún. Una consecuencia indirecta de comer despacio era

que, como es natural, uno saboreaba las cosas de verdad, y la comida sabía mejor. Es posible que hubiera otras mujeres que fueran mejores cocineras, pero nadie caía en la cuenta.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): El padre de Rant solía decir: «Si algo *parece* un accidente de verdad, entonces nadie se puede *cabrear* contigo».

Irene Casey: Los hombres tienden a hacerlo todo demasiado deprisa, siempre se están apresurando para terminar las cosas.

Echo Lawrence: Aquí va un secreto de chica soltera: la razón por la que una queda para cenar con un hombre en la primera cita es para ver cómo te va a *follar*. Un guarro que engulle la comida, que nunca mira el bocado siguiente, ya sabes que *no* te conviene meterte en la cama con un tipo *así*.

Bodie Carlyle: La señora Casey hacía unos pasteles de cumpleaños que hacían que te ruborizaras de vergüenza por lo perezosa que era tu madre. A veces, una locomotora de pastel de chocolate que tiraba de un tren de vapor con un vagón hecho de pastel de cereza y otro de vainilla, y luego vagones abiertos y vagones cisterna, todos de sabores distintos, hasta terminar en un furgón de cola de pastel con sabor a arce. La gente dice que trae buena suerte encontrar el mondadientes que hay escondido dentro de un pastel. Pero si no te molestabas en paladear su pastel lo que te encontrabas saboreando eran esquirlas de piña y sangre.

Logan Elliot (*Amigo de la infancia*): La verdad es que, si no masticabas bien la comida, era la comida la que te masticaba a ti.

Irene Casey: Tal como yo lo veo, mientras el buen sabor de la comida pese más que lo que duele, uno va a seguir comiendo. Mientras uno esté disfrutando más de lo que sufre.

Basin Carlyle: Lo normal habría sido que las cenas en el centro agrícola fueran eventos sociales donde todo el mundo charlara y se contara las noticias. No me odie por decir esto, pero cada vez que Irene traía su estofado de pollo o su ensalada de tres legumbres, en lugar de hacer vida social, la gente estaba demasiado ocupada sacándose basura de la boca. No es que cocinara mal, pero su comida reemplazaba a un montón de buenos cotilleos. En lugar de gente cotorreando sobre quién le había puesto un ojo morado a su mujer, o sobre quién se la estaba pegando a su marido, al final de cada cena lo que uno se encontraba era un montoncito de basura de verdad al lado de cada plato. Un montoncito de basura hecho de huesos y piedras y clips. Clavos de olor enteros, afilados como chinchetas.

Edna Perry: Cuando llega la Navidad, los extranjeros tienen la tradición de cocer una tarta con un niño Jesús pequeñito dentro. Dicen que la persona que encuentra al niño Jesús estará especialmente bendecida durante el año que empieza. Una simple figurita del niño Jesús de plástico. Pero Irene Casey metía en su masa tantas cucharadas de niños Jesús como de harina y azúcar. Para que hubiera un Cristo infantil en cada bocado. Es posible que solamente quisiera que más gente se sintiera afortunada, pero nunca quedaba bien ver a todo el mundo eructando puñados de redentores desnudos de plástico rosado. Dando a luz por los labios a aquellos bebés húmedos. Las marcas de dientes de gran tamaño hincándose y mordisqueando la cara sonriente de nuestro Redentor. En la cena de Navidad del centro agrícola, con todo el mundo sentado a las largas mesas adornadas con papel crepé, todos aquellos niños Jesús cubiertos de babas y escupidos por todas partes no quedaban nada sagrados.

Basin Carlyle: Igual que no es siempre al buen hijo al que quieres más —a veces es el hijo que te causa mayores problemas—, la gente solamente recordaba la comida que Irene Casey traía a las cenas del centro agrícola. Otra comida mejor que la de Irene, como las barritas de nueces de Glenda Hendersen o el postre azucarado de pera al horno de Sally Peabody, como no estabas a punto de morirte asfixiado al comerla, pues ya no volvías a pensar en ella.

Echo Lawrence: Una vez, después de tener un orgasmo, noté dentro de mí una *presión*, no un dolor, más bien como esa sensación que tienes cuando se te gira de lado un tampón. Como si tuviera que ir a mear. Rant me metió dos dedos dentro y sacó algo de color rosa. Más grande que un diente. Liso y reluciente de babas.

Ni siquiera desnudos nos tocábamos nunca. Pegajosos y secos o bien mojados y resbaladizos,

entre la piel de él y la mía siempre se podía sentir una delgada capa de sudor o saliva o esperma.
Todavía apoyado en los codos, Rant estaba mirando algo que tenía en la palma ahuecada de la mano.
Como si acabara de sacarme de dentro aquel objeto *rosado* succionándolo.
Así que, por supuesto, tuve que incorporarme y mirarlo. Pero era una broma.
Una figurita. Un bebé hecho de plástico rosado. Y Rant dijo:
—¿Cómo ha llegado *eso* ahí dentro?
El mantra de su *madre*.
Me miró con una sonrisa y dijo:
—Esto me convierte en el rey afortunado…
Casi no importaba que su saliva me contagiara la rabia.

13
IR CARGADO

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): Los lunes por la mañana yo estaba agotado de pasarme todo el domingo por la noche despierto, empollando para segundo de álgebra. El señor Wyland repartía seis u ocho horas de deberes para alucinar, y yo siempre los dejaba para el último minuto. Con los ojos cerrados, yo todavía podía oír la voz de la testigo principal, la chica que alucinaba aquellas clases. Como no se puede exo-cargar pensamientos —solo la basura sensorial, como el gusto, el olor, los sonidos y las imágenes—, la testigo principal se pasaba hablando cada paso de cada ecuación, parloteando sin cesar, mientras tú mirabas cómo su mano sostenía la tiza y garabateaba con un chirrido los números en la pizarra.

Su voz decía: «Cuando X es igual al coseno de Y, e Y tiene un valor mayor a Z, el factor determinante de Z debe incluir…». Y para entonces, yo ya estaba dormido. Sin dejar de alucinar, pero durmiendo a pierna suelta. Los lunes por la mañana lo único que yo aprendía era el olor a polvo de tiza. El clac clac que se oía cada vez que su tiza golpeaba la pizarra para escribir una nueva línea. No era una pizarra interactiva digital, ni siquiera una pizarra para rotuladores, así de cutre era todo: era una pizarra para tiza. Décadas más tarde, yo todavía me acordaba de que la testigo principal era diestra y llevaba un jersey rojo de manga larga bastante enrollado en la cintura. Que la boca siempre le sabía a café solo. Una mano de persona Nocturna, me dijo alguien. Con un dorso que no estaba bronceado. El dorso y los nudillos y la palma, todo era del mismo color.

Lo único que me salvaba de suspender era que Rant Casey todavía sabía menos que nada, y el señor Wyland ponía las notas basándose en una curva. Casi todos los lunes, antes del amanecer, Rant venía a llamar a la ventana de mi dormitorio. Caminábamos juntos, dejando atrás un par de horizontes, hasta que Rant encontraba su agujero. Con una manga remangada y el brazo hundido bajo tierra hasta el hombro, Rant me pedía que le diera clases. Álgebra. Historia. Ciencias sociales. Él les echaba la culpa a las picaduras de arañas, al veneno, o al hecho de tener la rabia, pero se quejaba de que no le funcionaba el puerto. Lo conectaba pero no podía alucinar nada.

Danny Perry (*Amigo de la infancia*): Rant Casey se tumbaba boca abajo en la arena, plantaba los codos a los lados de una madriguera y metía la nariz dentro. Solamente por la peste que echaba, oliendo un agujero sucio, Rant te podía decir si era de conejo, coyote, mofeta o araña letal. Hasta te podía decir *qué clase* de araña era.

Ser amigo de Rant Casey era estar siempre a prueba. Si eras un tío, tenías que meter la mano en el agujero oscuro que él eligiera, nada menos que hasta el codo, y sin saber qué te ibas a encontrar dentro.

Bodie Carlyle: Estábamos en el desierto, mirando cómo la luz impregnaba el horizonte con colores de fuego, cuando le hablé a Rant de la ley federal I-SEE-U y de lo pálida y siniestra que se veía la mano del álgebra. Una mano que nunca salía a la luz del sol. Con el sabor del café de una desconocida todavía en mi boca.

Y Rant dijo:

—Mierda. —Se metió la mano que tenía libre por dentro de la entrepierna de los pantalones y apretó los dientes—. Empalme por picadura de araña —dijo—. Pasa siempre.

Y cambió de postura sobre su entrepierna para esconderla.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): El priapismo crónico es uno de los síntomas menores del envenenamiento por a-latrotoxina. Al explotar sus erecciones inducidas por el veneno, Rant estaba liquidando cualquier salvaguarda que le pudiera quedar en la comunidad. Ya no podía volver a casa, pero tampoco le hacía *falta*. Algo que saben los ricos pero que la mayoría de la gente no sabe es que nunca hay que *quemar* un puente. Menudo desperdicio. Lo que hay que hacer es *venderlo*.

Cammy Elliot (*Amiga de la infancia*): Nuestro profesor de geometría, el señor Wyland, el mismo que nos estuvo persiguiendo para que sacáramos adelante primero y segundo de álgebra,

y el mismo que te arrastraba hasta la pizarra y mostraba tus limitaciones al resto de la clase, se cruzó de brazos, llevándose la lengua hasta el interior de una mejilla, bajó la vista para mirar a Rant y dijo:
—¿Qué problema tiene usted, señor Casey?
Y Rant bajó la cabeza, señalando hacia abajo con la barbilla, levantó un poco las caderas y se señaló con los índices de ambas manos la entrepierna, donde la cremallera estaba toda inflada, abultada, tan tensa que se veían los dientes plateados de acero del interior.
—Señor Wyland —dijo Rant—. Hace ya dos horas que tengo una erección de las grandes…
Y no mentía. Se oyeron gritos ahogados, pero no procedentes de las filas de delante, donde se sentaban los alumnos de sobresalientes. Eran más los alumnos de notables los que se creían lo que oían. Un par de filas más al fondo del aula, algunos chavales de aprobado justo soltaban resoplidos de burla, con la boca cerrada, aguantándose la risa.
—Usted es un hombre maduro como yo, señor Wyland —dijo Rant—, y puede apreciar la naturaleza dolorosa y potencialmente perjudicial de esta situación.
El señor Wyland dejó escapar todo el aire de sus pulmones de un golpe. En una sola exhalación. Los brazos cruzados se le hundían en el pecho cóncavo. Despegó los labios, que al bajar dejaron al descubierto los dientes de abajo, que eran de color hueso con manchas marrones de tabaco.
—¿Cree usted que alguien tendría que echarle un vistazo? —continuó Rant, frunciendo el ceño, dibujando pliegues de preocupación entre los ojos.
La ecuación de geometría escrita con tiza en la pizarra desapareció, se esfumó del aula. Nada más que garabatos incomprensibles de polvo de tiza en la misma sala donde se estaba produciendo el milagro asqueroso y sucio de una erección adolescente. Dentro de su cabeza, el señor Wyland estaba supercomputando la respuesta correcta. Plantado de pie como un memo delante de todo el mundo.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): Wyland estaba pillado por los huevos. Si se limitaba a darle un bofetón a Rant, reírse de él y decirle a aquel gamberro que se sentara bien y se concentrara en los números, la escuela se enfrentaba a un posible pleito. Si el chaval tenía una urgencia médica grave, y la picha se le ponía morada y se le caía, el distrito escolar iba a tener que invertir los próximos diez millones de dólares de reuniones presupuestarias en pagar aquella demanda. Cierto, Rant tenía antecedentes de comportamiento conflictivo. Y cierto, podría haber presentado la situación de forma menos avasalladora. Pero nada de todo eso tendría mucha importancia en un tribunal, cuando Wyland se sentara en el banco de los testigos para contarle a un jurado por qué había ridiculizado y humillado a un alumno que posiblemente se estuviera muriendo de gangrena.
Cammy Elliot: Unos pequeños movimientos circulares de las pupilas del señor Wyland, un tic nervioso de su oreja y un movimiento de su nuez al tragar saliva eran las señales de que su cerebro estaba trabajando. Su cara pasó de pálida a rosada y luego a rojo oscuro. Tenía toda la cara casi del color de una lengua. Como si el tiempo se hubiera detenido.
—Señor Wyland —dijo una voz de niño.
Danny Perry levantó una mano por encima de la cabeza y dijo:
—¡Eh, señor Wyland! —Agitó la mano, meneando deprisa los dedos, y dijo—: Yo también tengo que ir a la enfermería. Por la misma situación.

Brenda Jordan (*Amiga de la infancia*): Por lo que yo recuerdo, Rant solamente tenía un par de camisas como mucho. Un solo par de vaqueros. O por lo menos, eso era lo único que veíamos. La misma camisa de cuadros verdes de manga larga para esconder las numerosas marcas de dientes que tenía en los brazos. Y una camisa de tela chambray azul de manga larga con broches de perla en lugar de botones. Se podía oír cuándo Casey se ponía nervioso porque se dedicaba a abrocharse y desabrocharse los puños, lo que provocaba pequeños chasquidos al fondo de la clase.
Cammy Elliot: Con el contorno de su miembro empalmado balanceándose a un lado dentro de los vaqueros, casi latiendo al compás a un sus pulsaciones, Rant se fue al despacho. Los puños

de la camisa le chasqueaban tan deprisa y tan fuerte que recordaban a palomitas en un horno.

Silas Hendersen (*Amigo de la infancia*): La excusa femenina más vieja para salir de clase era afirmar que tenías «la regla». Un simple nombre en clave que te daba la oportunidad de tomarte un par de aspirinas y saltarte el examen de mitad de curso de trigonometría. Comparado con eso, los tíos no tenían nada.

Lowell Richards (*Maestro*): Se formó un corolario muy claro entre los días de sol y el número de chicos que sufrían disfunciones eréctiles dolorosas. El problema no eran los penes, sino el no poder ocultarlos mientras se encontraban en su estado turgente. Además, los abogados del distrito escolar aconsejaron que un código de indumentaria que requiriera ropa interior restrictiva, recatada y constreñidora sería imposible de llevar a la práctica, y que tendría la consecuencia negativa de llamar todavía más la atención sobre el problema.
Nuestra estrategia principal pretendía abordar de forma oblicua e indirecta el problema de los falos hinchados. Los abogados aconsejaron que no se condenaran de forma directa las erecciones en las instalaciones de la escuela. Que ningún representante del distrito hiciera manifestaciones sobre ninguna erección obvia ni tampoco tratara de disimularlas ni de resolverlas.
Cammy Elliot: El mayor secreto de la vida de Rant era su ropa. En casa, tenía un armario lleno de camisas, pantalones, vaqueros y chalecos. Las perchas estaban tan apretujadas que la barra de la que colgaban en el armario se combaba en el medio de tanto peso. El problema era que Irene Casey no podía evitar ser creativa. *No podía* evitar expresarse. Siempre estaba probando alguna habilidad nueva, bordando girasoles y hojas de hiedra. Medias lunas y estrellas sonrientes. Probando parches de esos que se ponen con la plancha o colores nuevos de purpurina. Remaches cromados. Técnicas de teñido de telas como el *batik* y el *tie-dye*. La señora Casey se pasaba media noche levantada, encorvada sobre su tarea y cosiendo hasta quedarse medio ciega por la falta de luz, intentando convertir la ropa normal en algo especial.
No es que a Rant le hiriera en su orgullo llevar arco iris de purpurina y bordados al instituto, sino que no podía soportar lo que los chicos decían sobre el trabajo de su madre. Los chicos decían que era una artista malísima. Que no tenía talento de ninguna clase. Él no iba por ahí mostrando sus sentimientos: más bien mostraba los sentimientos de su madre cosidos por toda su ropa.

Logan Elliot (*Amigo de la infancia*): Casey nos tenía a todos alborotados hasta el frenesí. Pedía a gritos la igualdad de trato para los empalmes, decía que estábamos oprimidos y nos incitaba a quemar suspensorios en el aparcamiento de la escuela.

Leif Jordan (*Amigo de la infancia*): Con Rant defendiéndonos públicamente, nuestras exigencias incluían un comedor terapéutico abierto todo el día, ya que todo el mundo sabe que es imposible comer y mantenerla dura al mismo tiempo. Pedíamos nada más y nada menos que se reconocieran los derechos de nuestros… Pero nos quedábamos encallados en la siguiente palabra. ¿«Obstáculos», teníamos que decir? ¿«Problemas»? ¿«Minusvalías»? Aquella última palabra nos tenía atormentados.
Por fin acordamos usar el término «carga», y pedimos que «se reconociera el derecho a la igualdad absoluta de la carga inherente a la anatomía masculina». Nos parecía que «carga» quedaba digno y elegante.
Bodie Carlyle: En todos sus duros años dedicados al álgebra, nada había preparado al señor Wyland para tratar con una situación de emergencia por un empalme capaz de poner una vida en peligro. Da igual que quedaras retratado como un idiota aficionado a la geometría o que tuvieras la polla dura en clase, en ambos casos te estabas jugando tu dignidad. Pero por lo menos de aquella forma era Rant el que planteaba el problema difícil de resolver y Wyland el que se veía obligado a sudar la solución mientras todas las miradas se concentraban en él.
Leif Jordan: Tal vez pudiéramos convencer a algún médico para que lo llamara «síndrome de empalme crónico».

Mary Cane Harvey (*Maestra*): El mismo Rant Casey me dijo: «Esta es mi vacuna para no volver a quedar avergonzado y humillado en clase de geometría, nunca más».

Cammy Elliot: Si los niños hubieran levantado la mano, con buena educación y tal, para decir: «Perdone, señorita Harvey…». Si hubieran dicho: «Nada me causaría mayor placer que analizar el diagrama de esa encantadora oración, pero se me ha puesto un cacho de carne tan rojo y duro que me está empezando a doler…».
Se lo juro por lo más sagrado. Los chavales decían: «¿Podría salir a tomar un poco de aire fresco…?». Hasta que había media clase fuera.
Lowell Richards: Los profesores no se atrevían a solicitar la participación plena de los alumnos masculinos, por miedo a que el requisito de que se pusieran en pie pudiera desencadenar una excitación inapropiada que generara trastornos en la clase y socavara la autoridad del profesor.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): Si estuviéramos hablando de empalmes suscitados de forma natural, eso sería harina de otro costal. Pero se trataba de empalmes inducidos mediante la química, comprados en la tienda y provocados a propósito para trastornar el entorno pacífico de la clase.
Lowell Richards: Aunque abundaban los rumores de que ciertos alumnos estaban abusando de medicinas diseñadas para tratar las disfunciones eréctiles, nuestros abogados señalaron que no existía base legal para requerir que los alumnos presentaran muestras de orina para que lleváramos a cabo controles de sustancias. Los abogados advirtieron de que, aunque determinadas tumescencias podían ser resultado de fármacos obtenidos por vía ilegal, la excitación genital estaba ocurriendo, en su mayor parte, de forma natural y por tanto estaba protegida por la Ley de Americanos con Minusvalías. Siguiendo el consejo del gabinete de abogados del distrito escolar, la administración del centro organizó una presentación exclusivamente para los grupos de estudiantes masculinos afectados.

Doctor David Schmidt (*Médico de Middleton*): Mi pase de diapositivas consistió en fotografías a color que documentaban varios penes afectados de priapismo durante períodos largos y las lesiones por gangrena que se habían producido como resultado de ello. Para dar aquella conferencia, elegí los ejemplos más extremos, miembros cuyos prepucios, glandes y cuerpos cavernosos inflados habían adquirido tonalidades del morado oscuro o del verde oscuro iridiscente que son típicas de la necrosis avanzada en tejidos privados de oxígeno.
Silas Hendersen: Había niños que cogían un cordón de zapato y se hacían un torniquete. Otros traían un pepino. Hacer un torniquete en torno a algo lleno de sangre podía doler, pero es que estar pendiente de un pepino requería toda la concentración de uno. Es increíble, pero veías a chavales que iban cojeando de camino al baño para recolocárselo, y cómo por la bragueta de los vaqueros se les resbalaba un pepino o un calabacín.
Los chavales llamaban a aquello «ir cargado», «ir condecorado» o «ir con relleno».
Ir condecorado era cuando mojabas un dedo en aceite de cocinar o en champú, en algo demasiado grasiento como para secarse y desaparecer, y te ponías una mancha oscura en la entrepierna. Manchas de semen falsas.
Lowell Richards: La estrategia del distrito escolar tuvo muy poco éxito.
Cammy Elliot: Rant Casey llevaba siempre aquellas dos camisas a la escuela porque no podía soportar que la gente se riera de su madre. Hasta él se dio cuenta de que los arco iris y las hiedras que ella le bordaba en las perneras de sus vaqueros resultaban bastante tristes. Así que llevó a casa un par de camisas de segunda mano y un par de vaqueros normales y corrientes y los escondió en el granero, donde pudiera cambiarse de ropa de camino a la escuela o de regreso de la misma.
Estaba doblemente atrapado. Si llevaba la ropa con la que su madre trasteaba, tenía que oír chistes sobre ella hasta que se le rompía el corazón. Pero si le pedía a su madre que dejara de decorar sus cosas, entonces sería él quien le rompiera el corazón a ella.
Danny Perry: Lo que pasó es que, cuando llevábamos una semana del trimestre de primavera, Rant se puso a negociar nuestras demandas con el consejo escolar. Estuvieron hablando a puerta cerrada, en la sala de profesores, mientras los demás esperábamos en el pasillo.
Bodie Carlyle: Como a nosotros no se nos permitía entrar en la sala de profesores, nadie sabía

que tenía una puerta exterior. Después de nuestra larga sentada en el pasillo, los miembros de la administración escolar salieron. Pero Rant Casey no.
Danny Perry: Lo que había pasado era que Rant se había largado por aquella puerta secreta que conducía afuera, nos había dado esquinazo y se había llevado consigo un cheque por diez mil dólares y un certificado que decía que se había graduado antes de tiempo.
Logan Elliot: No le miento. Rant nos dejó allí plantados con nuestros empalmes, en pleno acto político con nuestras pollas en juego, y se fue volando con el cheque del distrito escolar en la mano. La gente todavía lo llama el Benedict Arnold del Empalme.
Silas Hendersen: Sin él, la Revolución de las Erecciones perdió bastante gas. Se quedó flácida. Nos dejó a un puñado de niños memos con hortalizas metidas dentro de los pantalones cortos y las pichas atadas con gomas elásticas.
Nos equivocamos al confiar en Rant Casey.
Y nos equivocamos más todavía con las gomas elásticas. Nada duele más que cortar una goma elástica, toda retorcida y enmarañada, enredada con tus pelitos.
Lowell Richards: El acuerdo le proporcionó a Rant un nuevo expediente escolar, incluyendo una nota media de 4.0, honores máximos y una letra distintiva en todos los deportes. Rant Casey, que nunca había dado una patada a una pelota ni había corrido más de un metro en su vida.
Pero si alguna vez se presentara a una reunión de antiguos alumnos, habría hombres en Middleton que harían cola para matarlo.
Bodie Carlyle: Un cheque al acabar la escuela, en lugar de un simple diploma. Los dos simples trozos de papel que la gente ha acordado que significan más que eso. Ese acuerdo es el gran paso que va de una mentira a la realidad.
Rant vio que la realidad era algo que se podía construir. Igual que el dinero del Hada de los Dientes. Si un número suficiente de gente se cree una mentira, deja de ser una mentira.
Mary Cane Harvey: Aun después de tantos años, me encuentro la frase «Rant Casey salió de aquí» grabada a cuchillo en un pupitre de mi aula.
Leif Jordan: Claro, hay gente que no perdonó nunca a Rant por habernos traicionado. Pero la mayoría no le dimos importancia a la cosa. Nos sacamos las zanahorias de los pantalones y continuamos con nuestras vidas.
Irene Casey (*Madre de Rant*): Solo nos podíamos permitir cosas muy sencillas, pero yo las engalanaba con bordados y remaches. A los chicos les encanta llevar montones de cromados relucientes. A veces les cosía ribetes especiales o cintas en zigzag. Sé que a Buddy le encantaba aquella ropa. Él la llevaba a la escuela y yo se la dejaba bien bonita.
La noche en que se marchó de casa, Buddy metió toda aquella ropa en su equipaje para llevarla en la ciudad. Qué orgulloso estaba…

14
MARCHARSE

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): La ropa de Rant la tuvimos que cargar entre los dos. La noche antes de irse de casa, fingió que metía la ropa en su maleta. Consiguió bolsas de basura y la metió en ellas, todas aquellas camisas y pantalones doblados. Media vida de su madre desperdiciada en bordados. Toda su juventud invertida en clavar remaches y coser ribetes en vaqueros normales. Rant se dedicó a sujetar cada camisa entre la barbilla y el pecho, a alisar las arrugas con la mano contra el torso y luego a doblar las mangas. A abrochar todos los botones. Y, por fin, a amontonar todos los pantalones y camisas que había doblado dentro de las bolsas de plástico negras.

Más allá del horizonte, más allá del cortavientos de olivos rusos, a tres horizontes de la granja de los Casey, hasta allí fuimos caminando, hasta que casi era de día. Y cuando estuvimos en medio de la nada, Rant sacó una camisa de una de las bolsas. La cogió del cuello con una mano y agitó un encendedor con la otra. Encendió una llamita y se quedó así, observando cómo brillaban los colores del teñido *tie-dye* bajo la tenue luz. La obra maestra de su madre. La camisa brilló cada vez más hasta que Rant la tuvo que soltar, dejarla caer, en llamas, a sus pies. Bajo la luz del fuego, nos rodeaban pequeñas picaduras de serpiente amarillas, de ojos parpadeantes de perros y coyotes y mofetas, carroñeros que nos miraban, todos los cuales habían clavado alguna vez sus dientes en la piel de Rant.

Echo Lawrence (*Choquejuerguista*): Cuando conocías por primera vez a Rant, lo primero que conocías eran sus dientes. En lugar de masticar chicle, él y sus amigos palurdos solían arrancar pellizcos de alquitrán de las carreteras rurales. En verano, el alquitrán negro rezumaba de las grietas del asfalto y ellos lo cogían para masticarlo. Los dientes que le vendían al Hada de los Dientes estaban negros como el tizón.

Bodie Carlyle: Rant solía llevarse la radio por las noches al desierto. Mientras caminaba, se dedicaba a toquetear el dial para captar informes de tráfico de todo el mundo. Choques de coches y cosas por el estilo. Sosteniendo la radio junto a la oreja, Rant sonreía y escuchaba. Con los ojos cerrados, decía: «Siempre es hora punta en alguna parte».

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: En dirección norte por la autopista 417, en la milla 79, no se pierdan un Dodge Monaco de color cereza, tal vez el cupé más voluminoso que se ha fabricado alguna vez en serie, dos toneladas de Winchester Gray con la potencia de un motor V8 de 175 caballos. Faros ocultos muy bonitos. Por lo que cuenta el agente de policía que está en la escena del accidente, parece ser que la conductora del Monaco ha patinado en una zona resbaladiza de la carretera y se ha desplazado de lado hasta invadir el carril derecho. La conductora era una mujer de treinta y un años con las típicas heridas cuadriculadas que produce el cristal blindado al romperse.

Echo Lawrence: En las noches de choquejuerga, Rant nos contaba cómo se había marchado de Middleton. Nos contaba que en su última noche en casa había estado masticando alquitrán. Aquella noche, Rant se sentó fuera con su padre en el arcén de grava de la carretera, a tres buzones de distancia de la verja de alambre que marcaba el límite de su granja. El sol se convertía en un neumático desinflado sobre el fondo del horizonte blando de los campos de trigo. Chester Casey, en cuclillas y apoyado en los talones de sus botas de vaquero en medio del olor polvoriento a grava. Rant, con el trasero sentado sobre una maleta de cartón abultada por el peso de todas las monedas de oro y de plata que llevaba dentro.

Bodie Carlyle: La vieja maleta que llevaba Rant estaba llena hasta arriba de dinero del Hada de los Dientes.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: El Monaco ha sido embestido de costado por un Continental Mark IV por el que realmente merece la pena lamentarse: amarillo California Sunshine con interior de cuero color crema, el primer modelo de automóvil americano que incluía tapicería de «cojín suelto». Los chavales del furgón de la carne han llamado para contar que la conductora del Monaco ha sufrido sobre todo heridas en el lado izquierdo, entre ellas

laceraciones del hígado, del bazo y del riñón izquierdo. La causa de la muerte inmediata parece haber sido la transección de la aorta.
Echo Lawrence: Rant estaba masticando alquitrán en la que sería la última noche de su infancia. Con aquella maleta llena que había arrastrado hasta el arcén de la carretera, padre e hijo esperaban junto al letrero de metal de la parada de autobuses, tan lleno de agujeros de bala que parecía un queso suizo. El viento hacía girar ligeramente el letrero de chapa metálica, de un lado a otro. Mientras el viento soplaba a través de aquellos agujeros oxidados, Rant dijo:
—Tengo un secreto que necesito contar.
Y Chester Casey dijo:
—No. —Dijo—: No es verdad. Para mí no tienes secretos.
Apoyando una mano encima de cada muslo, Chet Casey se incorporó hasta ponerse de pie. Arqueó y retorció el espinazo hasta hacerlo crujir y luego dio un puntapié suave con la puntera puntiaguda de una de sus botas de vaquero en el costado de aquella maleta de cartón impreso para que pareciera de cuero. Tocando suavemente el cartón marrón con la puntera, el padre de Rant dijo:
—No me has dicho ni una palabra, pero yo sé que ahí dentro no llevas nada más que dinero en metálico.
De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Todo indica que el conductor del Mark IV ha sufrido contusiones miocardiales y laceraciones del saco pericardial, pero no lo podemos confirmar hasta que el forense lo abra en la morgue. Les habla Tina Nosecuántos con su Informe para Mirones de la DRVR, cada diez minutos o en cuanto se produzca un accidente…
Echo Lawrence: El futuro empieza mañana, y Rant necesitaba decirlo antes de que parara el autobús. En aquel momento, su padre no quería oírlo. Esto que está pasando, dijo Rant, es el acontecimiento que inicia un nuevo futuro. O un pasado nuevo. O las dos cosas.
Apartando moscas a manotazos, protegiéndose la cara de la arena y el viento con una mano ahuecada, Rant dijo:
—Solo para que lo sepas. —Le dio un manotazo a un bicho que lo estaba picando en la nuca y dijo—: No me voy a casar nunca.
Una estrella parpadeó en el borde del mundo, haciéndose más luminosa, hasta resultar cegadora, creciendo tan deprisa que desapareció antes de que se pudiera oír el ruido que hacía, antes de que llegaran el viento y el polvo que trajo: nada más que un coche, que ya había pasado y se alejaba. Cuyos faros se desvanecieron en el extremo más remoto del mundo.
Y el padre de Rant dijo:
—No. —Se puso en cuclillas sobre la grava y dijo—: Solamente lo dices porque crees que eso me va a asustar.
Chester Casey dijo:
—En cuanto conozcas a una chica que se llama Echo Lawrence, cambiarás de opinión.
El viento combaba todas las malas hierbas y los matojos de avenilla en la misma dirección. Hacía que todas las matas de salvia se estremecieran. Un viento en el que se podía oler el humo de los bordados de seda y de la tela vaquera chamuscada. De los remaches cromados.
Fíjese usted. Es imposible que Chester Casey pudiera conocer mi nombre. No nos conocíamos. En aquel momento yo nunca había oído hablar de Middleton ni de Rant.

Logan Elliot (*Amigo de la infancia*): Lo único malo que tenía la casa de los Casey, cuando estabas de visita, era que su madre se ponía a escuchar delante de la puerta del cuarto de baño. No le miento. La primera vez que estuve allí de visita, abrí la puerta y me la encontré de frente bloqueando la salida, y me dijo:
—Le agradecería que en futuras visitas a esta casa miccionara usted en posición sentada…
No importaba que yo no conociera la palabra «miccionar».
Echo Lawrence: Aquella noche, mientras esperaban el autobús, Rant y su padre se quedaron mirando con los ojos entornados cómo una estrella nueva parpadeaba en el horizonte, creciendo, trayendo una ráfaga de viento y de humo de diésel, una estrella que estalló en forma de faros blancos, luces diurnas amarillas y luces traseras rojas. La cabina de un camión, el compartimento

para dormir, un remolque doble. Y de pronto desapareció.
Rant dijo:
—¿Voy a conocer a una chica? —Dijo—: ¿Cómo lo sabes?
Y su padre dijo:
—Igual que sé que un anciano detuvo su coche y habló contigo antes de que vinieras corriendo para avisarnos de lo de tu abuela Esther. —Dijo Chester—: Un anciano en un Chrysler, que te dijo que era tu padre de verdad.
Rant soltó un escupitajo negro, un chorro de lado sobre la grava, y dijo:
—¿Qué modelo de Chrysler?
Y Chester Casey dijo:
—Igual que sé que tu abuela Esther soltó un chillido al verlo, y dijo que era el Diablo, y te dijo que echaras a correr.
Al este del letrero de la parada de autobús empezaban a surgir las estrellas de verdad. Encima de sus cabezas iban apareciendo las estrellas con un parpadeo. Centelleaban un momento y luego permanecían encendidas.
Rascándose las picaduras de bichos, frotándose la carne de gallina, Rant dijo:
—Suponiendo que eso sea verdad —dijo—, ¿qué más me dijo aquel anciano?

Cammy Elliot (*Amiga de la infancia*): En casa de los Casey, si usabas su mantequilla de cacahuete, luego la señora Casey te pedía que dejaras bien liso lo que quedaba en el bote. Para que siempre pareciera que lo acababa de comprar en la tienda.
Echo Lawrence: Chester Casey le dijo a su hijo:
—Aquel anciano te dijo que era tu padre de verdad, y te dijo que fueras a buscarlo a la ciudad en cuanto pudieras. —Con la puntera de su bota de vaquero dio un golpecito suave en la maleta de cartón y dijo—: Y aquel anciano te dijo dónde podías encontrar todo este dinero en metálico.
Y Rant soltó un escupitajo de alquitrán, lo bastante cerca como para salpicar el costado de la maleta. Saliva infectada de rabia. Salpicaduras negras en el flamante cartón. Rant se limitó a quedarse sentado y a negar con la cabeza.
Chester Casey dijo:
—Aquel anciano no te mintió cuando te dijo que era tu padre de verdad.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): No me pida que lo sienta. Las ciudades por lo general no son más que la suma de distintos niveles de pervertidos. Rant solamente contaba aquella historia para encajar allí. Él y su padre simplemente llevaban sus discusiones de gallitos un poco más lejos que la mayoría de los padres e hijos.
Echo Lawrence: En el borde del mundo apareció de golpe otra estrella.
Rant dijo:
—Solamente estás mintiendo para que no tenga nostalgia de casa… —Y reacomodó el trasero encima de aquella maleta de cartón llena de oro.
En la ciudad, le dijo Chester, Rant encontraría a su padre de verdad, y a su abuelo. Rant descubriría su verdadera naturaleza.
—Antes de nada —dijo Chet—, en cuanto conozcas a Echo Lawrence, le das un beso bien grande de mi parte. —Dijo—: Y si sabe a colesterol demasiado alto, díselo.

Brenda Jordan (*Amiga de la infancia*): No vaya diciendo que se lo he dicho yo, pero Rant me enseñó una moneda de oro de veinte dólares que le había dado su madre cuando se fue de casa. Con fecha de 1884. La señora Casey me dijo que Chet Casey no era el padre de verdad de Rant, pero nunca me contó de dónde había sacado aquella moneda que le había dado para que le diera buena suerte.
Echo Lawrence: Y su padre, como siempre que le decía adiós o le daba las buenas noches, se inclinó sobre la cabeza de Rant. Acercó la cara a la piel de la frente de Rant, donde el viento le apartaba el flequillo hacia atrás, y en esa parte desnuda le plantó un beso. Sus labios presionaron la piel y luego se apartaron.
Chester dijo:

—Dile a Shot Dunyun que no deje que la piltrafa de su doguilla, Sandy, beba del retrete.

Otro consejo imposible. Shot no conocía para nada a Chet Casey. Ni siquiera yo sabía cómo se llamaba la perrita de Shot.

Otra estrella nueva se hizo grande. Los faros del autobús, una mancha luminosa que se dividía en dos estrellas distintas. A medida que esas luces se acercaban a Rant y a su padre, los faros se separaron más y más.

—En cuanto descubras tu verdadera naturaleza —le dijo Chester a su hijo—, vuelve volando a Middleton.

Irene Casey (*Madre de Rant*): Cada vez que alguien en Middleton abre la boca, le tienes que preguntar: «¿Por qué me estás contando eso?».

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): A ver si esto no es raro. Pero las últimas palabras que el viejo de Rant le gritó, mientras Rant le decía adiós con la mano desde la ventanilla del autobús, fueron:

—Encuentra la verdad y vuélvete enseguida, y así tal vez puedas salvar a tu madre de ser atacada por ese lunático demente…

Echo Lawrence: Chester Casey, con los pulgares enganchados en las trabillas para el cinturón de los vaqueros, dijo:

—No te rompas la cabeza con todo esto. No vas a entender nada hasta el último momento, cuando ya casi sea demasiado tarde.

El padre de Rant gritó:

—Me duele en el alma que no vaya a volver a verte nunca más.

15
CÚSPIDES ALUCINADAS

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): A ver si no es una idiotez. Tenemos una tienda, y lo más alquilado de todos los tiempos no es otra cosa que *La pequeña Becky pasea en un día cálido de primavera*. Es mierda como esa, mierda que reconforta, lo que los imbéciles vienen a buscar para alquilarlo todo el día. La razón de que me metiera en este trabajo es que me encantan las transcripciones, ya desde que era pequeño, pero esto me está matando. Esto trasciende los límites de la idiotez.

Ocho horas cada día alquilando copias de *La pequeña Becky recorre la playa en busca de conchas*. Todo el mundo quiere la misma mierda para grandes públicos. Dicen que es para su niño, pero no es verdad. Lo único que quieren esos imbéciles gordos de mediana edad es algo para matar el tiempo. Nada oscuro ni duro ni difícil. Nada de arte y ensayo.

Lo que importa es que tenga un final feliz.

Una historia de amor filtrada por el cerebro de color rosa de alguien.

La experiencia básica, lo que la gente llama «cúspide alucinada», no es más que el registro de la transcripción neural de alguien, una copia de todos los estímulos sensoriales que ha ido captando algún testigo mientras estaba vaciando una calabaza de Halloween o ganando el Tour de Francia. Oficialmente, así es como se llama el participante primario: el testigo. La testigo más famosa es la pequeña Becky, pero eso no quiere decir que sea la mejor. La pequeña Becky simplemente es lo bastante descerebrada como para atraer al gran público. Su química cerebral proporciona una percepción dulce y agradable de las experiencias de cúspide del softball. De los paseos en el carro del heno. Del día de San Valentín. De la puta mañana de Navidad.

Es lo que antes eran las estrellas del cine. Un vehículo para moverse por una experiencia. La pequeña Becky no es más que alguien con una disposición dulce, unos niveles adecuados de serotonina y de I-dopamina y endorfinas.

Supongo que se puede decir que estoy un poco hasta las narices de esta nueva tecnología.

Y les aseguro que he manipulado unas cuantas transcripciones. Cojan una copia de *La pequeña Becky hace una fiesta de Halloween con calabazas* y re-preséncienla a través de ustedes mismos después de tomar ácido. Se conectan ustedes al alucine, se enchufan a las cinco pistas: táctil, de audio, olfativa, visual y de sabor. Se toman un tripi. Y al mismo tiempo vayan exo-cargando una transcripción de cómo experimentan la Fiesta de las Calabazas después de tomar ácido.

Y luego re-presencien *esa transcripción* a través de alguien con síndrome de Down o de alcoholismo fetal.

Luego re-presencien la transcripción resultante a través de un perro, tal vez de un pastor alemán, y se encontrarán con un buen producto. No les tomo el pelo. Eso sí que es una cúspide que merece la pena pagar por alucinar. Y sin embargo, por raro que esto suene, pongan ustedes ese producto en la estantería y no esperen recibir nada más que quejas.

La puta verdad es que toda esta industria se nutre de clientes imbéciles.

El día en que llegó a las estanterías *La pequeña Becky se divierte buscando el tesoro*, tuvimos una cola de gilipollas que daba la vuelta a la manzana. Movimos algo así como mil quinientas copias.

En la estantería de Recomendaciones del Personal, mis favoritas están cubiertas de polvo. Nadie quiere conectarse y alucinar diez horas con *Recibir un disparo en la guerra*, o con *Últimos minutos de vida: los momentos finales a bordo de los accidentes aéreos más graves*. Esos son los rollos que a mí me molan. Mi parte favorita es un accidente aéreo en que el testigo acaba de empezar a exo-cargar su experiencia de cúspide. Acaba de enchufarse para exo-cargar su transcripción y ya se puede oler el fuel del avión en el momento antes del destello. El cinturón de seguridad del avión está tan prieto que se te clava en las caderas. Los apoyabrazos te tiemblan bajo los codos y los huesos se te agarrotan, todas las articulaciones te rechinan en el interior de los músculos tensos. Luego, cada vez que se produce la muerte alucinada, llega el pitido del final de la transmisión. El último torrente neural del tipo, exo-cargándose al teléfono móvil de su

mujer.
Cuando enciendes tu puerto, en la nuca, para transmitir un registro de tus estímulos neurales, el hecho de retransmitir esa experiencia se llama «exo-cargar».
«Artista neural» es el término oficial para denominar a cualquiera que manipula transcripciones neurales, ya sea cargando, alucinando o retocando las pistas.
Simplemente no esperen ustedes que su arte venda. Ningún estudio va a elegir una cúspide mezclada radicalmente para distribuirla al gran público. Los estudios tienen su propia jerga de marketing. Lanzan *Gira por la Antártida*, presenciada por un testigo primario como Robert Mason, un par de ojos y oídos totalmente insulsos. Y encima los estudios endulzan esa cúspide alucinada haciendo que la re-presencie un gato castrado, un sacerdote católico o un ama de casa a la que le han recetado demasiados estrógenos. Lo que llega al mercado es mierda dulzona y azucarada. Con las pistas más equilibradas de la cuenta. La comida basura de las cúspides alucinadas.
Además, ahora hay esas nuevas interrupciones automáticas. Si en algún momento de una cúspide alucinada tu ritmo cardíaco, tu pulso o tu presión sanguínea exceden los límites federales, la conexión se detiene. Un puñado de abogados intentando cubrir el culo colectivo de la industria.
La mierda edulcorada, suavizada, matizada y remezclada es el regalo perfecto.
Resulta increíblemente aburrido, pero nuestra experiencia más vendida de todo el año pasado se titulaba *Excursión en tren de vapor por la campiña*. No le miento. Setenta y dos horas de conexiones en edición de lujo donde uno no hace nada más que estar sentado en un puto tren y mirar los paisajes que pasan al otro lado de la ventanilla. Se puede oler la tapicería, el líquido limpiador. La gente de posproducción no se molestó en limpiar la peste a sustancias químicas. El testigo es Robert Mason, vestido con unos pantalones de lana que le pican a uno durante todo el viaje. Y lleva colonia Old Spice. El punto álgido es cuando vas al vagón comedor y desayunas un plato grasiento de jamón con huevos.
Mientras estaba haciendo mi transcripción, yo me bajaba del tren en cada parada. Deambulaba por sitios como Reno y Cincinnati y Missoula. Re-presenciaba el viaje entero a través de un perro, un truco de toda la vida para intensificar la pista olfativa. Realmente resalta los olores. Para la pista del sabor cojo prestado de los alucines de los mejores gourmets y luego filtro la pista a través de alguien que está haciendo una dieta de hambre, así hincho a tope todos los sabores. Es lo que se llama «afilar».
La mitad de la industria son frikis que re-presencian cosas para amplificar las pistas. Se contrata a ciegos para intensificar la pista de audio. Es completamente ilegal, pero si uno re-presencia la pista táctil de algo a través de un bebé de un año, el terciopelo tiene tacto de terciopelo. El granito tiene tacto de granito. No hay que estar haciendo adivinanzas cutres sobre la textura de nada. No hay callos que estropeen el tacto de la piel de verdad ni del pelo. Ningún bebé necesita un puerto de alucine en la nuca, y aun así los ves por todas partes. Esta industria está llena de cabrones dispuestos a dejarte remezclar tus cúspides porno a través de su hijo. Es completamente de mal gusto, pero es fácil reconocer las cúspides porno re-alucinadas a través de la piel suave y sensible de los niños. No es de extrañar que el mundo real no le llegue ni a la suela del zapato a una experiencia alucinada.
Los bebés amplifican la pista del tacto. La gente ciega dispara el sonido. El hambre, la pista del sabor. Los perros, los olores. Para disparar la pista visual, algunos técnicos de producción dicen que lo mejor de lo mejor es re-presenciar a través de pájaros. De halcones. Ya sabe, aves de presa. En la escuela, yo conocía a chavales que re-presenciaban a través de gente sorda, y es que decían que le daba la mejor resolución a la pista visual final. Coges todas esas pistas re-alucinadas, las mezclas y al final tienes un trayecto en tren que vale la pena hacer. Lo que quiero decir es que, si vas a vender una experiencia de mierda, por lo menos que la calidad sea la mejor.
Lo que quiero decir es que esas setenta y dos horas se las estás quitando a alguien de su vida. Ese alucine va a reemplazar algo real que una persona podría hacer, así que tendría que ser decente. Joder, tendría que ser más que decente. Si un gilipollas está canjeando su tiempo, se merece que le endulcen su viaje en tren haciendo que todo el marrón sea re-presenciado por una conejita

Playboy hasta las cejas de heroína. O por lo menos de morfina. Mira cómo van pasando ese coñazo de putas montañas mientras tú te dedicas a ver las estrellas gracias a los opiáceos y a magrearte tus propias tetas deliciosas. Si quieres desearle feliz día del Padre a tu viejo, ese es el regalo que recomiendo.

En la facultad, después de que todas las facultades de cine cerraron las puertas, después de que toda la industria del cine se pasó a las transcripciones neurales, creé mi mejor obra haciendo que la re-presenciaran yonquis. Pasa unos días en cualquier curso de transcripción y conocerás a adictos al jaco que se dedican a endulzar los trabajos de los alumnos a cambio de un dinero extra. O a adictos al speed que te dejan alucinar una cúspide aburrida a través de ellos para acelerar el ritmo. Si lo único que necesitas es desdibujar las cosas un poco, asóciate con un fanático de la codeína, pasa tu mezcla final a través de él para exo-cargarla y verás cómo se difuminan un poco los bordes. Cómo se humedecen.

En los cursos de la facultad de transcripción se realizan test de orina aleatorios. Es por eso por lo que se usa a gente de fuera para re-presenciar. Si tienes un préstamo de cien mil dólares para sacarte tu máster en transcripción neural, no quieres mear algo contaminado y que te echen de la facultad. Antes de que puedas alucinar nada para comercializarlo, tienes que aprender a identificar una cúspide comercial. Y luego a elegir al participante primario correcto para que haga de testigo. A estructurar esa experiencia. Sea una comida de dieciséis platos o un paseo en globo aerostático por Holanda, tienes que distribuir a intervalos regulares las gratificaciones. Además, no hay que perder el hilo; si es una cúspide alucinada sobre cruzar el canal de la Mancha a nado, no conviene distraerse con calambres musculares ni con un dolor de cabeza. Nadie va a comprar una idiotez de dolor de cabeza con duración de largometraje. Ni aunque lo alucines a través de un colocón de oxicodona, es completamente imposible eliminar un dolor de cabeza de tu pista táctil. Confíe en mí.

Si uno quiere profesionalizarse, un método sólido es alucinar para el mercado de productos de consumo: ya sabe, esas cúspides alucinadas en las que uno siempre está bebiendo Coca-Cola y llevando ropa Nike y mirando fijamente los logotipos y las marcas de esos productos. Comiendo cosas con un sabor tan increíble, que hace salivar tanto, que te das cuenta de que la pista del sabor la han tenido que re-presenciar a través de algún miembro famélico de alguna tribu de algún páramo perdido y azotado por el hambre.

A ver si esto no es raro. Pero usando arroz y leche enlatada por valor de cincuenta pavos, alguien ha re-alucinado toda la pista del sabor a través de tantos esqueletos humanos que resulta casi imposible ver toda la cúspide sin pararla, de tantas ganas que te entran de comprar un refresco. O un dónut. O una hamburguesa. O colonia Old Spice.

En la facultad de transcripción, te enseñan a obtener un ritmo eficaz para que no abrumes al usuario. Te enseñan todos los criterios legales que hay detrás de los códigos de producción y del sistema de clasificación por edades. Lo que distingue una cúspide apta para todos los públicos de una para mayores de trece años. Las clasificaciones basadas en las reacciones físicas, en el equilibrio de electrólitos y de niveles de hormonas, en el pulso y en la respiración del público de las pruebas. Una buena forma de aplanar una cúspide, por ejemplo, de bajarla de la categoría de solo para adultos a la de menores acompañados, es re-presenciarla a través de un porrero fumador de maría. Un arreglo fácil.

Para graduarnos, todos teníamos que producir una experiencia de cúspide con duración de largometraje. Para mi tesis, yo tenía una idea genial. Hablamos de entre tres y seis horas de contenido sensorial comercializable. La idea que yo tuve era genial de verdad. Monté una fiesta. Invité a un amigo asiático. A un judío. A un negro. A un marica. A una lesbiana que estaba muy buena. A una animadora hetero. A un nativo americano. A un palurdo del campo. A un hispano. A un irlandés. A un esquimal. Ya me entiende, vamos. A uno de cada cosa. Ellos no lo sabían, pero yo estaba alucinando a la vez que hacía de anfitrión, y me pasé casi diez minutos exactamente hablando con cada persona. La guinda de mi idea fue pedirle a cada uno que re-presenciara la fiesta. Así cada invitado se conocería a sí mismo y se vería, oiría, olería y palparía a sí mismo durante esos diez minutos que habíamos pasado hablando.

Al ensamblar todos los alucines, lo hice de forma que toda la cúspide de cuatro horas estuviera marcada por el hecho de que todo el mundo se conocía por primera vez a sí mismo. El hindú conocía al hindú. El cuáquero conocía al cuáquero. Un rollo así durante horas.

Otro alumno de mi misma clase alucinó el nacimiento de su primer hijo y luego lo re-presenció a través de sí mismo sosteniendo al niño en un día soleado. Cuatro horas de sentimentalismo, teñidas de oxicodona. Se nota por el ligero efecto de halo que se obtiene al alucinar a través de alguien que va hasta arriba de calmantes.

El comité de profesores dijo que la cúspide de tesis del tío de la oxicodona era extremadamente viable desde un punto de vista comercial. Y le dieron trescientos sesenta puntos de un máximo de cuatrocientos.

Mi tesis no le gustó mucho al comité.

Fue un desastre completo. Nada afila más los contrastes que la adrenalina. Todos los invitados se ponían tan nerviosos al ver la impresión que producían en un desconocido que al final resultaba casi imposible seguir conectado al alucine. Menudo mal rollo. Al alucinar la cúspide, uno sudaba tanto que la transmisión no paraba de interrumpirse. Algunos miembros del comité no pudieron seguir conectados más allá de la segunda hora.

Lo que yo había pensado era que a todo el mundo le encantaría conocer a gente que fuera como ellos mismos. ¿Por qué si no todos los franceses se quedan a vivir en Francia? ¿Por qué todos los baptistas sureños van a la misma iglesia? Ya sabe, Dios los cría y ellos se juntan.

Pero la putada más grande de todas es que el comité me negó el título.

Pandilla de gilipollas.

En la actualidad, todos los meses, cuando tengo que mandar a la facultad el pago de mis préstamos de estudios, en la parte inferior del cheque, allí donde pone «Concepto», en el espacio en blanco siempre escribo: «¡Gracias por la mayor putada de la historia!».

Es para poder hacer esos pagos de mierda por lo que trabajo aquí. Alquilando copias de *La pequeña Becky busca los huevos de Pascua* a una gente que lo único que quiere es soportar otra horrible noche de soledad. A una gente que se dedica a matarse a sí misma de aburrimiento.

A ver si esto no es raro. Pero dentro de mí, en secreto, yo sé que aquella tesis no me destrozó la vida. Ni de lejos. Estar cargado de préstamos de estudios que devolver por valor de cien de los grandes no es algo que me preocupe demasiado. He aprendido algo, tal vez no sobre alucinar cúspides, pero sí sobre la gente.

Por mucha bendición que haya, o talento, o tecnología, siempre podemos encontrar la forma de cagarla. El otro día, el tío de la oxicodona que se graduó con todos los honores después de su experiencia alucinada de nacimiento, entró aquí para alquilar una cúspide, todavía con aquel bebé a cuestas. Y me dijo, simplemente lo dejó caer, que tenía contratado a Robert Mason para estimular próximamente un viaje en balsa por unos rápidos. Resulta que se había convertido en un puto pez gordo de mierda. En el tío de moda en el ramo.

Pero su niño todavía no había cumplido un año, y el tío ya le había embutido un pequeño puerto negro en el cogote.

16
EL EQUIPO

Echo Lawrence (©*Choquejuerguista*): Todas las Noches de Luna de Miel, yo llevaba el mismo velo de la suerte. Dependiendo de la noche, llevaba un vestido de boda largo o corto. En una noche de finales de agosto, si conduzco un coche sin aire acondicionado, no quiero llevar mil capas de tul con seda gruesa encima. Con tantas enaguas no hay quien encuentre la palanca del cambio de marchas. Pero en invierno, si estás conduciendo a través de la nieve acumulada tras una ventisca, yendo de choquejuerga por las calles heladas, ese mismo tul te puede salvar de morir congelada.

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): La noche en cuestión, el equipo lo formábamos Echo al volante, Green Taylor Simms de copiloto y yo de vigía de asiento de atrás derecho. Una chica que se llamaba Tina Nosecuántos era vigía de asiento de atrás izquierdo, pero no paraba de dar patadas al respaldo del asiento de Echo y de decirle por dónde tenía que girar para encontrar algún coche que pudiera llevar una bandera.

Los pasajeros pelmazos ya son un problema de por sí. Pero que lo haga alguien que va detrás del conductor ya es demasiado. Inaceptable, cojones. Echo paró el coche y Green dijo:

—Ya basta.

Y aquella Tina Nosecuántos dijo:

—Vale.

Abrió de golpe su portezuela y se recogió los faldones de su vestido de novia de color rosa con las dos manos. Y dijo:

—Hasta alucinar una pequeña Becky es mejor que ser vuestra esclava.

Green y yo íbamos más chulos que un ocho de esmoquin, los dos con pajaritas negras y claveles falsos pegados con pegamento a la solapa. En los dos costados del coche habíamos escrito «Recién casados» usando tubos y más tubos de pasta de dientes. Las típicas galletas Oreo, separadas en mitades y pegadas. Llevábamos cencerros y latas atados con una cuerda al parachoques trasero: una clara violación de los límites acústicos de la ley I-SEE-U, pero hasta la gente Diurna se muestra tolerante con los recién casados.

Con los cencerros dando tumbos y las serpentinas ondeando en las antenas, nos acercamos a la acera, paramos y nos encontramos a un tío ahí plantado con las manos en los bolsillos. Tina Nosecuántos le tiró su ramo de novia a la cara y dijo:

—Eh, colega. —Y gritó—: ¡Cógelo!

Las flores de seda de la chica le dieron en la cara, pero él consiguió agarrarlas. Era rápido. Era un tío rápido, y a nosotros nos faltaba de pronto un vigía. A ver si esto no es raro.

Yo grité:

—¡Eh, tú! —Y le dije al tipo—: ¿Tienes dinero para gasolina?

Y resulta que el tío aquel era Rant Casey.

Echo Lawrence: Escuche. Cuando uno llega al equipo de un coche es como cuando empiezas en cualquier deporte. Si es un equipo ya establecido, empiezas en el puesto más bajo. Que es vigía de asiento trasero izquierdo, o sea detrás del conductor. La posición número tres es vigía de asiento trasero derecho, detrás del copiloto. La número dos es ir en el asiento delantero del copiloto. Y ser conductor es lo mismo que jugar de jefe de equipo en el fútbol americano, de centro, de lanzador o de portero de fútbol. Es la posición número uno. El puesto con más glamour.

Tina Nosecuántos (©*Choquejuerguista*): Mi viejo coche —yo lo llamaba Cherry Bomb— acabó en el depósito de chatarra de tantos golpes que recibió, muerto de tantas heridas. Suele ocurrir, y entonces lo más probable es que tengas que empezar otra vez por la posición más baja, a la espalda de otra conductora que todavía tenga su coche intacto. Alguien como Echo Lawrence. No crea usted que yo odio a Echo. Lo que pasa es que es una mentirosa. Pregúntele a Echo de qué vive; si le contesta algo que no sea la prostitución, le está mintiendo.

Echo Lawrence: Preste atención. Los «equipos de choque» son equipos que se han formado en

las calles. Los «Tiburones», conductores solitarios que necesitan equipo que los ayude o los proteja o les haga compañía, se dedican a dar vueltas hasta que se abre la «ventana», en busca de jugadores que reclutar en las aceras. Si no tienes coche, te limitas a plantarte en alguna esquina y a hacer dedo. Entonces se para un coche y el conductor te pregunta:
—¿Estás jugando?
Y tú dices:
—¿Qué tienes libre?
Y él te dice:
—Me falta un vigía de asiento trasero izquierdo. —Y dice—: ¿Tienes dinero para gasolina?
Algunos equipos que van buscando un miembro te piden que les enseñes cómo giras la cabeza de golpe y con suavidad sin que te chasqueen las vértebras. No sirve de nada llevar un vigía que vaya arrastrando un traumatismo cervical de algún choque anterior. Llevar dinero para gasolina no es obligatorio, pero sí demuestra tu grado de compromiso.
Tina Nosecuántos: A los tarados con bloqueo vertebral, a los pringados que se sabe que tienen ceguera nocturna o hipermetropía, los ves que se pasan toda la noche en la acera. Tal vez algún equipo acaba apiadándose de ellos y dándoles una posición insignificante. En un coche grande, a un pringado le puede tocar lo que se llama la posición de «mascota», el centro del asiento trasero, donde no se puede hacer gran cosa más que charlar para mantener la moral alta. Si no, son simples parias a los que no quiere nadie.
Si tienes el cuello corto o mala vista, lo mejor que puedes hacer es llevar encima mucho dinero para gasolina y rezar para que te pare un equipo de gente amable con un asiento trasero bien grande. Cultivar tus chistes y tu don de gentes.
Echo Lawrence: La «ventana» es el tiempo transcurrido desde que empieza una partida hasta que termina. Te puede tocar una ventana de sábado de cuatro horas. O puedes jugar una ventana de lunes de toda una noche, de ocho a ocho.
Shot Dunyun: La noche que lo conocimos, Rant se acababa de escapar de un hotel de cupones donde estaba esperando a que le asignaran una vivienda nocturna de transición. En una ciudad donde la mayoría de la gente estaba o bien trabajando o bien alucinando cúspides, un tío sin trabajo como él, con un puerto que no alucinaba una mierda, no es de extrañar que se viera deambulando de noche.
Rant se subió al coche y me dio una moneda de veinticinco centavos. A ver si no era un imbécil. Veinticinco centavos de mierda para comprar gasolina. Pero resultó que la moneda era de oro y tenía fecha de 1887. No sé qué era aquella moneda, pero Echo puso el coche en marcha y nos sumergimos en la corriente del tráfico. Rant se subió a nuestro asiento de atrás como si hubiera estado esperando en aquella esquina, esperando toda su puta vida a que nosotros parásemos el coche. Y Green se giró en su asiento, estiró el brazo y dijo:
—¿Puedo ver esa moneda de cerca?
Echo Lawrence: Los buenos conductores no tienen que mirar en ninguna dirección que no sea hacia delante. Los buenos vigías de asiento de atrás no tienen que mirar en ninguna dirección más que hacia atrás y hacia los lados. No les compete ver adónde se dirige el coche. Los buenos copilotos cubren su lado y la mitad del parabrisas.
No hay que limitarse a buscar coches con los que chocar. También hay que vigilar que no vengan coches a chocar contigo. Hay que vigilar a los coches que ya están persiguiendo a alguien. Hay que vigilar por si viene la policía. No solamente durante una persecución, sino todo el tiempo, estés aparcado o echando el cebo o de paseo. O siguiendo a alguien. «Echar el cebo» quiere decir conducir un vehículo virginal, inmaculado y reluciente por el medio de bulevar, «el terreno», «la ruta» o «el laberinto». Ves un vehículo de dos puertas de color rojo brillante y recién salido del concesionario que avanza ronroneando por el carril central, con una bandera de juego bien visible: latas de recién casados o pintadas de mamá de clase media, para demostrar que están jugando, y si te pones a perseguirlo es que eres tonto.
Y hay que ver cuántos novatos pican, y salen zumbando para llevarse un trozo de esa pintura roja fresca.

Los veteranos, los equipos que saben «echar el cebo», se esperan para ver mejor lo que pasa. Una manzana después siempre aparecen los coches sombra, desplegados en una amplia red barredera, los equipos confabulados con el coche cebo, listos para embestir a los novatos que han salido a la carrera. La próxima vez que oiga usted un informe de Radio Tráfico Gráfico sobre una plaga de malos conductores, son los coches sombra que les han atizado de lo lindo a los novatos.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: ¡Leones y tigres y osos, caramba! Sea cual sea la mascota de su equipo, tenga cuidado esta noche con la avalancha de futboleros. Parece que no hay madre orgullosa que no esté llevando en su coche a un equipo con su bandera y todo. ¡Arriba, Gatos Monteses! En la plaza de Correos, en el lado norte, no se pierdan un accidente múltiple de seis coches. Imposible saber quién es el ganador, pero todos parecen ser equipos deportivos de aficionados. No hay heridos, pero las cámaras de tráfico muestran a un montón de gente discutiendo en el carril de averías.

Echo Lawrence: La próxima vez que vea un accidente múltiple espectacular, mire usted más adelante, mire enseguida, y puede que alcance a ver al coche cebo, ese cochazo rojo todavía hermoso, desapareciendo por la esquina de una calle lateral, bastante más adelante.

Tina Nosecuántos: A los golpes muy, muy suaves los llamamos «flirtear». Te limitas a golpear suavemente la parte trasera del coche de alguien con el guardabarros de tu rueda delantera. Y si el objetivo te mira y le caes bien, si le gusta lo que ve, tú te alejas y es él quien se pone a perseguirte. Por lo general, la gente se mete en las choquejuergas para estar con otra gente. Es un rollo muy social, una forma de conocer a gente, y de pasarse varias horas sentado contando historias. Podrías estar sentado en tu casa, pero hasta alucinar una fiesta es estar solo. Llegas al final del alucine de la fiesta y te encuentras con que te has pasado toda la noche solo.

Hasta las choquejuergas pueden ser aburridas si no encuentras a otro equipo que ondee la bandera señalada, pero por lo menos es un aburrimiento colectivo. Es como estar en familia.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (©*Historiador*): Las choquejuergas atraen sobre todo a la gente demasiado pobre o demasiado rica para estar metida en la persecución del éxito monetario que caracteriza a la clase media. El señor Dunyun y la señorita Lawrence no consideraban que tuvieran nada que perder.

Shot Dunyun: Todavía no habíamos recorrido dos putas manzanas cuando nuestro coche salió disparado hacia delante, los neumáticos chirriaron, impulsados sobre el pavimento. Un Tiburón nos acababa de dar una mordida en las siete en punto lo bastante fuerte como para arrancarnos la pintura, y estaba listo para darnos otra vez en el flanco trasero izquierdo.

Con su ramo de flores de seda todavía en la mano, Rant se volvió de golpe y dijo:

—¡Ese tío nos ha embestido! —Y gritó—: ¡Nos ha embestido!

Y mirando por el retrovisor, Echo dijo:

—¿Por qué le has *dejado*? —Dijo—: Vigila tu *puto* cuadrante del campo…

Green sostuvo la moneda de oro de veinticinco centavos entre dos dedos, sin tocar más que los cantos, y dijo:

—¿Dónde ha adquirido usted esta moneda tan extraordinaria?

Y Echo pisó a fondo el acelerador y nos lanzó por el siguiente desvío a la derecha, con el Tiburón todavía masticando nuestra pintura.

Tina Nosecuántos: Todo el mundo sabe que la luna llena significa que hay partida de Recién Casados. Una Luna de Miel de entrada libre. Si te pasas un par de años haciéndolo todos los meses, acabas acumulando vestidos de novia. Montones de ellos. Camisas con volantes y esmóquines de pingüino. Mis favoritos son esos vestidos de dama de honor de color rosa sorbete tan bonitos. Pero lo que lleva la mayoría de los choquejuerguistas son vestidos de novia: la falda enorme y voluminosa, el velo con vuelo. La mitad del tiempo, un equipo le arrea al trasero del otro equipo, y entre los dos coches acaba habiendo ocho novias gritándose entre ellas en el carril de averías. Hay novias con los brazos peludos y con nueces que suben y bajan bajo los mentones cuadrados y con rastros de barba. Los nudillos de una mano peluda sostienen la cola de un vestido y dejan ver unas botas grasientas de operario. Todos los equipos llevan vestidos y velos,

da igual que sea gente negra o blanca, mujeres u hombres, todas las novias se parecen.
Echo Lawrence: Las noches de luna llena son las mejores para jugar por primera vez. La bandera se ve con mucha facilidad. Uno escribe «Recién casados» con espuma de afeitar en las portezuelas del coche y sobre el capó y el maletero. Ata unas serpentinas blancas al extremo superior de la antena de radio y se pone las mejores galas. Un equipo primerizo se gasta diez dólares como máximo para entrar en la partida.
Los recién casados veteranos tienen que contar hacia atrás con los dedos. Toyota, Buick, Mazda, Dodge, Pontiac. Rojo, azul, plateado, negro. Este mes, esta luna de miel, puede ser ya el quinto coche que conduce un veterano, listo para que lo llenen de golpes y muescas.
Shot Dunyun: Cualquier Noche de Luna de Miel, te encuentras coches en los que pone «Recién casados» en cada manzana. Hay novias de pie en las esquinas, esperando a que pase un novio libre. Hay novios esperando en las aceras, con sombreros de copa, confiando en poder parar a una novia con coche propio.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Un aspecto crucial de vestirse para cualquier Noche de Luna de Miel es sujetarse la flor del ojal con un trozo de cinta adhesiva de doble cara. En caso de tener un accidente de coche, no conviene llevar una aguja larga y recta sujeta a ningún sitio adyacente al corazón.
Echo Lawrence: Otro consejo: cubra sus asientos con protector de telas. Antes de Tina Nosecuántos, teníamos una vigía novata en el asiento de atrás cuando se produjo un latido. Un Tiburón nos embistió, nos dio en la esquina derecha de atrás con tanta fuerza que nos pusimos a girar de lado, con los faros y las luces traseras del tráfico viniéndonos desde todas las direcciones y con las bocinas resonando a nuestro alrededor, y la vigía novata va y se mea. Los daños del golpe los pudimos arreglar fácilmente rellenándolos con masilla Bondo. Pero nos pasamos semanas limpiando con esponjas los meados de aquella chica del asiento de atrás.
Shot Dunyun: El Tiburón que nos seguía mordiendo el trasero era un gilipollas que conducía un Maserati Quattroporte Executive GT pintado de color burdeos Pontevecchio. Volví la cabeza para mirar por la ventanilla de atrás y vi que no era un Tiburón solitario. En el asiento del pasajero se veía una nube de color rosa. Una dama de honor. La misma Tina Nosecuántos a la que nosotros habíamos echado. Hizo un óvalo redondeado con los dientes, con la boca abierta de par en par. Tina se estaba partiendo de risa mientras el parachoques del Tiburón nos atizaba en el trasero.
Sosteniendo todavía el ramo de flores falsas de Tina, Rant se retorció debajo de su cinturón de seguridad para intentar ver lo que pasaba y dijo:
—¿Por qué nos persigue…?
Echo Lawrence: Después de que te golpeen, las novias y los novios, los padrinos y las damas de honor, todos se ponen a fingir que están furiosos. A abrir los ojos como platos y fingir que gritan. A simular peleas para la gente que ha aminorado la marcha para mirar. El efecto mirón. El tráfico que pasa reduce la velocidad hasta casi detenerse para contemplar el espectáculo. La policía nunca se para, ni siquiera cuando hay un topetazo.
Las comitivas nupciales solamente están intentando exprimir el momento en que su vida se ralentiza. El latido que se produce cuando dos coches colisionan.
Se trata de gente normal y corriente que contempla cómo sus vidas quedan estrujadas hasta convertirse en dólares, cómo todas las horas y los días de sus vidas se comprimen de la misma forma en que se sacrifican las partes abolladas de un coche. La suma de las horas que pasan haciendo de camareras o clasificando cartas o vendiendo zapatos, todo se va a la mierda cuando tienen el dinero suficiente para hacer fondo común y comprar un coche. Un vestido de novia. Para atar al coche unas cuantas latas y comprar espuma de afeitar.
Y la siguiente noche de luna nueva, esa gente sale a conducir por las calles, o a esperar a que los recoja un coche. A conducir y a saludarnos con la mano a los que no formamos parte de la acción. A mirar en todas las direcciones en busca de Tiburones, a escuchar el ruido de las latas enemigas, hasta que otro equipo de «Recién casados» los ve y se pone a perseguirlos. Un volantazo y unas marcas negras de neumáticos en el pavimento, y un coche sale disparado detrás

de otro tan deprisa que las latas dejan de tocar el suelo. Un semáforo en rojo y… ese es el momento en que el tiempo estalla. Lo que los ingenieros de pruebas de choques de automóviles llaman «el latido».

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Al empezar con Santa Claus como ejercicio cognitivo, al niño se lo anima a que comparta la misma idea de realidad que sus coetáneos. Por mucho que esa realidad sea inventada y ridícula, se promueve la creencia con regalos que apoyan y promocionan las mentiras culturales comunes.

El mayor consenso de la sociedad moderna es nuestro sistema de tráfico. El hecho de que un flujo de desconocidos pueda interactuar, compartiendo un mismo camino, y casi todos ellos viajando sin sufrir accidentes. Solamente hace falta un conductor discrepante para crear la anarquía.

Echo Lawrence: Cuando un coche que va detrás golpea al de delante, las novias salen lanzadas contra sus cinturones de seguridad, y los velos se les disparan hacia delante tan deprisa que en la cara les queda una erupción que los jugadores llaman «quemadura de encaje». En ese momento, el tiempo se ralentiza. Todo el centenar de años de cada día de aburrimiento, todo explota para llenar ese medio momento. Ese latido.

He ahí el tiempo todo apretujado hasta explotar en un momento a cámara lenta que va a durar años enteros.

Y el coche que ahorraste para comprar queda todo aplastado, reducido, pero tu vida sale inflada. Crecida. Recupera su tamaño real o incluso crece más todavía. Las novias que están en el arcén, tirando arroz blanco para hacer daño, solamente está intentando estirar ese momento. Exprimiendo el latido.

Shot Dunyn: Tina y el Tiburón se hicieron más grandes en nuestra ventanilla trasera, riendo y tan inclinados hacia delante que el aliento les empeñaba el parabrisas. Su parachoques nos dio en las cinco en punto, haciendo chirriar nuestros muelles y amortiguadores. Sus neumáticos delanteros giraban tan cerca que a Echo le empezó a pitar la alarma para aparcamiento. A pitar más y más deprisa. Imposiblemente cerca, las ruedas del Tiburón nos arrancaron una de las latas que llevábamos a rastras, aplastaron las demás una por una y partieron el cordel. Tan cerca de nosotros que la alarma para aparcamiento de Echo pasó a emitir un solo pitido largo y continuo.

Rant se inclinó hacia delante para dar una palmadita en la hombrera del esmoquin de Green y le dijo:

—Por cierto, felicidades.

Y sin dejar de mirar el cuarto de dólar de oro, Green dijo:

—¿Por qué?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Perpetuar a Santa Claus y al Conejo de Pascua abre el camino para continuar el proceso de socialización, lo cual incluye la obediencia a las leyes del tráfico que permiten que el número máximo de conductores confluyan en nuestras carreteras. Además de la insistencia en que el viaje siempre es un medio para llegar a un fin mucho más importante, y en que hay que minimizar la emoción y el peligro del viaje. Perpetuar la falacia de que el viaje en sí mismo carece de valor.

Shot Dunyun: Tina y el Tiburón arrancaron otra lata de un mordisco, nos arrearon otro topetazo y se quedaron atrás. Riendo. Rant dijo:

—Pues… —Señaló con un dedo en dirección a Green y Echo, y dijo—: Por haberos casado…

Green dijo:

—Equipo nuevo a las dos en punto.

Y Echo dijo:

—¡Encontradme un hueco!

Echo Lawrence: Yo tenía los dos pies plantados en el acelerador y ya estaba planeando dejar ciega a esa Tina Nosecuántos con un puñado de arroz crudo. Me imaginé mi coche en un depósito de chatarra con las palabras «Recién casados» todavía escritas con pasta de dientes.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: La actividad que se conoce informalmente como choquejuerga rechaza la idea de que el tiempo de conducción sea un simple trámite

encaminado a alcanzar alguna actividad más útil y satisfactoria.
Tina Nosecuántos: En la próxima puta subasta de artículos requisados de la policía pienso pujar contra Echo. Dentro de menos de un clic del cuentarrevoluciones las dos vamos a necesitar coches nuevos.
Shot Dunyun: Y el puto Tiburón se quedó atrás.
Echo Lawrence: Tina se dio un buen porrazo contra su reposacabezas. Sus tetas y sus perlas se elevaron, ingrávidas, alrededor de su cuello. El velo le rascó la piel. Ahora les salía humo de detrás, de un golpe recibido en las seis en punto. Eliminados.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Nuestro Tiburón acababa de ser presa de otro equipo. El Maserati estaba destrozado en medio de un desparrame de cencerros, cristales rotos y latas.
Shot Dunyun: Echo dobló un recodo a toda pastilla y nos llevó hasta un callejón a oscuras. Apagó los faros y las luces traseras y dejó el motor al ralentí. Se apartó el velo para ver mejor a Rant y por fin dijo:
—¡Sal ahora mismo de mi coche, mequetrefe Diurno!
Green le ofreció la moneda de oro y le dijo:
—¿Tú sabes cuánto vale esto?
Y Rant Casey tocó el asiento de atrás, se olisqueó los dedos y dijo:
—Esa chica que se meó aquí, debe de hacer unas tres o cuatro semanas… —Rant se nos quedó mirando—. Aquel día había comido pimentones.
Rant nos dedicó una sonrisa de dientes negros de alquitrán y dijo:
—¿Alguno de vosotros conoce a un tío que se llama Chester Casey?

17
ASESINOS A SUELDO I

Lynn Coffey (*Periodista*): El poeta Oscar Wilde escribió: «Todo el mundo mata lo que ama…». Todo el mundo salvo la gente lista. La gente que no quería pasar tiempo en la cárcel, la gente lista, lo que hacía era contratar a Karl Waxman.

Tina Nosecuántos (*Choquejuerguista*): ¿Cómo iba yo a saber lo que se proponía Wax? No podía saberlo. La noche en que me admitió en su equipo, aquella Noche de Luna de Miel en que Echo me expulsó, Wax se paró frente a la acera al volante de un Maserati Quattroporte Executive GT. Pintado de color rojo oscuro, tono burdeos Pontevecchio. Con paneles de palisandro en el salpicadero. El revestimiento del techo era de gamuza de Alcántara cosida, y los asientos con calefacción le daban todo el tiempo un masaje sueco a los músculos del trasero.

Wax bajó con un zumbido la ventanilla eléctrica de mi lado. Yo todavía estaba de pie en la acera, llevando mi vestido rosa de dama de honor, y Wax me hizo una señal con algo blanco y blando que tenía en la mano. Así es como se presentó a sí mismo.

—Antes de tocar nada, chata —me dijo—, ponte esto.

Eran unos guantes de látex.

Lynn Coffey: Es una tragedia. La gente joven casi nunca compra esos coches deportivos exóticos, y ciertamente tampoco los jugadores profesionales de baloncesto o de fútbol americano. No cabrían en los asientos envolventes. No, casi todos esos coches van a parar a manos de hombres de mediana edad o ancianos que no los conducen casi nunca. Esos Maserati, Ferrari y Lamborghini se pasan años olvidados en un garaje, como amantes abandonadas, escondidos de la luz directa del sol.

Jarrell Moore (*Detective privado*): En cuanto a mi investigación, nadie está seguro al cien por cien de quién dirige las choquejuergas, pero no puede ser un único individuo. Un solo tipo tendría que ir apuntando las faltas de cada jugador. Si cualquiera te señala tres faltas en el plazo de dos meses, se te deja de notificar la siguiente partida. Las faltas incluyen golpear demasiado fuerte: se calcula el impacto por la velocidad de cada vehículo. Todo lo que sobrepase un total de treinta kilómetros por hora es falta. Si yo voy a quince, y tú vas a veinte, y das un volantazo para golpearme de frente, el impacto pasa de treinta. Yo te señalo la falta.

Un impacto demasiado fuerte es solamente una falta de las muchas que hay.

Tina Nosecuántos: Wax te podía dar detalles que los putos propietarios no te podrían dar nunca. De toda clase de descapotables: el Fiat Spyder, el Maserati Spyder y el Ferrari Spyder, todos tomaban su nombre de cierto coche de caballos que había en el siglo XVII. Con el techo abierto y las ruedas altas, aquel carruaje negro de tiempos antiguos tenía pinta de araña.

Wax era capaz de manipular las palancas del volante para transformar la transmisión en la de un Fórmula 1 o un Cambiocorsa. Notaba que el color Jaguar Racing Green era medio tono más claro que el British Racing Green. Que cuando abres la portezuela de un Maserati, y solamente de un Maserati, oyes un gemido débil y agudo… Wax podía decirte que se debía a la presurización de la transmisión hidráulica.

—Precioso —decía Wax, dándole gas al motor V8 de un Jaguar XJR, pintado de color Winter Gold. Flexionaba los dedos y decía—: Se han gastado una pasta extra en el volante *con calefacción*…

Luego ponía la palanca de la transmisión en segunda y le atizaba por detrás a alguna camioneta Subaru oxidada.

Lynn Coffey: En la cultura de las choquejuergas, a Karl Waxman se le conocía como un «Asesino a Sueldo». Alguien a quien pagas para que mate a alguien.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): Mi especialidad es suministrar la música para una noche perfecta de choquejuerga. Pero no le engaño, me encantaría ser un Asesino a Sueldo. Una noche de hace ya tiempo, vi cómo un Asesino a Sueldo le arrancaba hasta el último centímetro de pintura a la carrocería de un Saleen S7 de medio millón de dólares. Un coche con nueve

centímetros de altura de chasis, y el conductor lo sacó de la carretera. Lo más sádico que he visto.

Lynn Coffey: El que la gente contratara a un Asesino a Sueldo demostraba su amor por un vehículo en particular. Puede que un propietario quisiera destruir un Rolls-Royce Silver Cloud o Silver Shadow, pero dicho propietario era completamente incapaz de profanar en persona un automóvil tan hermoso.

Tina Nosecuántos: Una vez, yendo en un Jaguar X-Type, Wax me dijo:

—¿Te puedes creer esto? —Golpeó con la base de la mano el volante de cuero, pum, y dijo—: ¿Te puedes creer lo de este agarrado de mierda? Ha ido a lo más barato y se ha conformado con llantas Tobago, en lugar de coger unas Proteus o Cayman.

Wax pisó a fondo el acelerador y subió la rueda derecha de delante a la acera, el tiempo justo para abatir uno de esos buzones de chapa de acero, lo que provocó una explosión de chispas y de esquirlas de pintura y de sobres blancos, hasta que la rueda regresó con un golpetazo al arcén, sin que el velocímetro bajara ni por un momento de los sesenta y cinco kilómetros por hora.

Lynn Coffey: Entre otras cosas, Waxman aceptaba dinero por deshacerse de coches de lujo. Habitualmente, coches que estaban a punto de perderse en turbias sentencias de divorcio. O vehículos cuyos plazos el propietario ya no podía pagar. O simples fraudes a la aseguradora. O rencores.

Cierto intermediario le pasaba a Waxman las llaves y un sobre lleno de dinero en metálico, habitualmente doscientos o trescientos dólares, y le decía a Waxman dónde podía encontrar el vehículo. El propietario salía de la ciudad y así establecía una coartada para los dos o tres días durante los cuales Waxman podía estar yendo por ahí con su coche. Para cuando el propietario regresaba y denunciaba el robo del vehículo, Waxman ya lo había dejado tirado en algún sitio donde nadie lo encontrara.

Shot Dunyun: No le engaño, pero he visto a gente que se paraba en medio de un funeral, con el cuerpo allí sonriente en el ataúd, con las ancianas todas llorosas, e iba a cambiar la música. Mozart en lugar de Schumann. La música es crucial.

No me cansaré de insistir en esta cuestión.

Digamos que va usted hacia el sur por la interestatal, a toda velocidad por el carril central, escuchando la onda media. De pronto, se le pone al lado un camión con un remolque de troncos o un cañón de cemento, se rompe una de las cuerdas que sujetan la carga y esta se desploma encima de su pequeño vehículo de chapa de metal. Bajo una tonelada de cemento, te quedas atrapado como si fueras una ensalada de carne entre todas las capas de acero y cristal. En ese último y veloz parpadeo de tus ojos, mientras miras el largo túnel que lleva hacia la Luz Divina y a tu abuelita muerta que se te acerca para abrazarte: ¿acaso quieres estar escuchando el enésimo anuncio radiofónico de una megaoferta final de equipos musicales para el coche, liquidación, últimos días, última oportunidad?

Tina Nosecuántos: Otra vez, puede que fuera nuestra tercera cita, en un Dodge Viper, Wax se puso a contar que sus clientes siempre lavaban y enceraban los coches, realzando cada centímetro de estos, antes de hacer entrega del dinero y de las llaves.

—Es como ver a esas actrices —me dice—, esas mujeres que se arreglan el pelo, se lo tiñen y se lo rizan, se hacen la manicura de las uñas y se depilan las piernas y se las broncean, y todo ese rollo para acabar saliendo en una peli porno de sexo en grupo.

Wax condujo el Viper por un tramo de las escaleras de cemento que hay en el parque, dejando un largo rastro con el sistema de escape y la suspensión, y me dijo:

—Nena, podría echarme a llorar por la manicura perfecta de sus uñas si no fueran tan rematadamente tontas.

Shot Dunyun: Déjese de chorradas. Si su coche da un patinazo y se mete en el carril contrario, y muere usted escuchando a The Archies cantar «Sugar Sugar», es culpa suya por perezoso.

Lynn Coffey: A ciertos choquejuerguistas se les notaba que eran Asesinos o Asesinas a Sueldo. Si su vehículo estaba siempre inmaculado, aunque fuera un Chevette o un Pinto, siempre perfecto y bruñido como si acabara de salir del concesionario. Si su decoración era mínima, nada

más que la bandera básica. Y si se subían premeditadamente a los bordillos, si rozaban las barreras de cemento de los arcenes. De todo eso se podía deducir que su coche era el sueño frustrado de alguien. Una amante encantadora o un trofeo que el propietario no quería que acabara nunca en manos de otro.

Jarrell Moore: Otras faltas que se pueden señalar son golpear en zonas prohibidas del objetivo. Nada de empotrarse en forma de T, es decir, estrellarse de frente contra el costado de tu objetivo. Nada de orientar tu coche para embestir la parte de los flancos que queda entre los ejes delantero y trasero.

Tina Nosecuántos: Tanto a Rant como a Wax les irritaba que se estuvieran cortando a rodajas las montañas y los bosques milenarios para poner encimeras de granito a precios asequibles en las casas adosadas, o bien paneles de palisandro de Perú en coches de lujo que nadie iba a conducir nunca.

Una vez, Wax mencionó lo atroz que le resultaba que las mismas mentes brillantes que eran capaces de inventar medicinas milagrosas y la fisión nuclear y deslumbrantes efectos especiales por ordenador, hicieran gala de una falta de imaginación absoluta en lo que se refería a gastarse el dinero: encimeras de granito y coches de lujo. Cuando Wax se ponía a hablar de estas cosas, yendo al volante, se cabreaba más y más, y veías que el velocímetro subía lentamente por encima de los ciento treinta, los ciento cincuenta, los ciento sesenta.

Lynn Coffey: En el caso de los Asesinos a Sueldo, y tal vez de todos los choquejuerguistas, hablamos de una modalidad controlada de la ira del conductor.

Hay hombres que dicen que adoran a las mujeres; se casan una docena de veces y luego maltratan a sus esposas hasta llevarlas al suicidio. Karl Waxman sentía exactamente lo mismo por aquellos automóviles de lujo que robaba. Le encantaba ponerse a ciento veinte por hora, y ver las caras de envidia de la gente que se giraba para verlo pasar, pero odiaba el hecho de necesitar un Jaguar o un BMW para obtener aquel reconocimiento. Y el hecho de que el automóvil ni siquiera fuera suyo era lo que más lo humillaba. La manifestación suprema de todos los defectos que él percibía en sí mismo.

Shot Dunyun: No le engaño, yo nunca salgo de casa sin una mezcla de canciones para cualquier situación. Para enamorarse. Para presenciar una muerte. Para la decepción. La impaciencia. El tráfico. Llevo una mezcla para cualquier condición humana. Me pasa cualquier cosa, sea buena o mala, y mi forma de no reaccionar de forma exagerada —o sea, de distanciarme de mis emociones— es localizar la banda sonora perfecta para ese momento. Hasta la noche en que murió Rant, lo primero que pensé automáticamente fue: ¿el *Segundo concierto para violín* de Philip Glass o el *concierto de piano en sol mayor* de Ravel…?

Jarrell Moore: Tal como yo lo veo, si hubiera un tipo que fuera el jefe de los choquejuerguistas, tendría que llevar la cuenta de las faltas. Además de hacer un seguimiento de los equipos por sus matrículas. También indicar la bandera y la ventana de cada partida. Y claro, notificar a todos los jugadores los próximos eventos. Si todo eso lo hiciera un solo tío, no hay duda de que estaría muy ocupado, y que no sería un simple delincuente. Necesitaría ser más listo que el hambre.

Tina Nosecuántos: No importaba que lleváramos un Lexus o un Rolls-Royce, al final de cada jornada de choquejuerga Wax y yo terminábamos siempre en lo alto de la rampa para embarcaciones de la calle Madison, en esa parte donde la rampa hace una curva abrupta antes de meterse en el agua. Detrás de nosotros, un rastro de chavetas y cojinetes de aguja en forma de U, de aceite del cárter, líquido de frenos y tal vez astillas de fibra de carbón. Y humo, verdaderos bancos de niebla de humo negro o azul. Nuestro tren de transmisión ya apenas funcionaba.

Yo salía del coche y miraba cómo Wax metía primera. Con el motor todavía en marcha, había noches en que, si no se veía a nadie, pulsaba el botón de alarma. Menudo ruido del infierno. Sonaba la sirena y todas las luces que no nos habíamos cargado se ponían a parpadear. Luego Wax, con el Mercedes o el Lamborghini todavía gritando y las luces encendiéndose y apagándose, se bajaba y cerraba la portezuela de golpe. El coche ya rodaba rampa abajo, con el morro por delante, y se sumergía en el agua negra. Era como ver hundirse un trasatlántico. El

Titanic. Luces de color blanco y ámbar, el sonido de la bocina; aun cuando el coche se hundía más y más, bajo las aguas, aquella reliquia destrozada del sueño de alguien no paraba de aullar y de lanzar destellos, cada vez más débiles, hasta que se aposentaba sobre una montaña secreta de sueños destrozados —Jaguar y Saleen y Corvette— que la gente contrataba a Wax para que asesinara.

18
LA CIUDAD

Todd Rutz (☼*Tratante de monedas*): El chaval aquel que murió entró un día con un calcetín de lana en el que había hecho un nudo y se puso a desatar el nudo con los dientes. Nada que hubiera dentro de aquel calcetín viejo y amarillento podía justificar el que yo perdiera mi tiempo. Mi permiso dice que puedo pasar cuatro horas con el negocio abierto después del toque de queda, siempre y cuando no me vaya de la tienda. Después del toque de queda, cierro la puerta con llave y a todo el mundo que llama le tengo que abrir. A aquel chaval del calcetín estuve a punto de no abrirle. Con la gente Nocturna nunca se sabe.

Pero hasta yo me di cuenta de que el chaval era un converso. Ni siquiera había perdido todavía el bronceado. Así que me arriesgué, por si podía ganar algo de dinero. Mire usted lo que pasó en Nueva Orleans en 1982: un bulldozer estaba trabajando en unas obras en el centro de la ciudad a la hora del almuerzo, con las calles llenas de hombres de negocios con sus trajes de tres piezas. El bulldozer arañó la tierra y abrió de golpe tres cajas de madera de monedas de veinticinco centavos de la serie Libertad Sentada de 1840. No eran de oro, eso no, pero eran monedas cuyo precio oscilaba entre los dos mil y los cuatro mil dólares la pieza. Y aquellos banqueros y abogados, con sus trajes y sus vestidos, saltaron al barro y se pusieron a pelear entre ellos. A morderse y darse patadas los unos a los otros por un puñado de aquellas monedas de cuarto de dólar de Gobrecht.

Lo que quiero decir es que nunca se sabe dónde va a aparecer un tesoro escondido.

Edith Steele (☾*Directora de recursos humanos*): Entrevistamos al señor Casey para un puesto como especialista en mantenimiento de parques y jardines en horario nocturno. Llegó a nuestra empresa a través de la línea de ayuda al empleo de I-SEE-U. Tras haber faltado por tercera vez al trabajo, usando como pretexto su quinta lesión debida a un accidente de tráfico no relacionado con el trabajo, al señor Casey se lo borró de nuestra nómina.

Todd Rutz: En el Hallazgo de Baltimore de 1934, dos niños estaban haciendo el tonto en el sótano de una casa de alquiler y de pronto descubrieron un agujero en la pared. El 31 de agosto de 1934 se extrajeron 3.558 monedas de oro de aquel agujero, todas anteriores a 1857. En el 132 de South Eden Street, en Baltimore, Maryland. Un buen número de aquellas monedas se encontraban en lo que llamamos «estado soberbio». En el peor de los casos, perfectas sin circular o de primera sin circular.

Lew Terry (☾*Encargado de mantenimiento de finca*): Si dependiera de mí, nunca alquilaría nada a los Bohemios Nocturnos, esos chavales Diurnos que se pasan a la noche. La única razón de que se conviertan es para molestar a sus padres. Esos delincuentes se sienten obligados a adoptar todos los estereotipos negativos que tienen sobre la cultura Nocturna —la música alta y el alucinar colocones de droga—, pero la ley de vivienda dice que tienes que poner un diez por ciento de tus apartamentos como mínimo a disposición de los conversos. Casey se instaló sin nada, tal vez una maleta, en el apartamento 3-E. Puede ir a mirar si quiere, aunque la puerta sigue sellada con cinta policial.

Todd Rutz: El chaval del calcetín se puso a mordisquear el nudo con los dientes, y en la punta del calcetín se oyó un tintineo de monedas. Lo que quiero decir es que aquel ruido me hizo alegrarme de haberle abierto la puerta al chaval. Yo puedo distinguir el ruido de la plata del ruido del cobre y el níquel. Después de llevar la tienda durante tanto tiempo, puedo oír un tintineo de monedas y decirte si son de oro de veintidós o de veinticuatro quilates. Y solo por el ruido que hacía, yo ya estaría dispuesto a mordisquear aquel calcetín sucio y apestoso.

Jeff Pleat (☾*Director de recursos humanos*): De acuerdo con nuestros registros, contratamos a Buster Casey durante dos semanas para el puesto de lavaplatos. Parece que por coincidencia, durante el breve período en que lo tuvimos de empleado, dieciséis clientes de nuestro restaurante encontraron objetos extraños en su comida. Objetos que iban desde sujetapapeles metálicos hasta una moneda de cinco centavos con cabeza de búfalo acuñada en 1923.

Todd Rutz: El chaval metió el brazo dentro del calcetín, el brazo entero hasta aquel codo flaco que tenía, y sacó un puñado de… hablamos de monedas *imposibles*. No importaba lo mal que olieran. Una moneda de veinte dólares de oro en estado soberbio. Una moneda de diez dólares de oro sin circular. Una pieza de cuatro dólares de 1879, con la Libertad de pelo ensortijado, en estado casi soberbio.

Jarrell Moore (*Detective privado*): Mi declaración oficial es que Buster Landru Casey, alias «Rant» Casey, se puso en contacto conmigo por teléfono y concertó una cita para hablar sobre la posibilidad de que trabajara para localizar a su padre biológico desaparecido. En aquel momento, informé a mi cliente potencial de que mi tarifa base era de mil dólares por semana más gastos. El cliente potencial me aseguró que el precio no sería problema.

Brenda Jordan (*Amiga de la infancia*): Si promete usted no decírselo a nadie, otra cosa que Rant Casey me dijo es que el viejo que le contó lo de las monedas, aquel desconocido que apareció en coche por la carretera un día sin previo aviso, le dijo a Rant que era su padre de verdad, desaparecido durante tanto tiempo y que vivía en la ciudad.

Todd Rutz: Al tratarse de un chaval así, me puse a buscar falsificaciones obvias: cualquier dólar de plata de la serie 1928-D con la Libertad caminando; cualquier cuarto de dólar de oro de la serie 1905-S con águila; falsificaciones descaradas. Un dólar de plata de 1804 o dólar Lafayette. Puse medio dólar de la Confederación de la serie 1861-O bajo una lente y busqué estructuras coralinas y grabados hechos por el agua salada, «efectos naufragio» que pudieran revelarme algo más de lo que el chaval me decía. Busqué granularidad microscópica que pudiera proceder de la arena de un fondo marino.

Hablamos de monedas que no habían sido pulidas para parecer nuevas y conservadas en canutos de plástico. Eran monedas vírgenes. Algunas sin más marcas que las del saco.

Allfred Lynch (*Exterminador*): El control de plagas no es el trabajo más popular del mundo, pero Rant Casey le cogió más afición que las cucarachas a la comida de gato. El chaval se metía en sótanos, en buhardillas, no importaba que el trabajo fuera exterminar murciélagos vampiros. Serpientes, murciélagos, ratas, cucarachas, arañas venenosas… nada hacía perder la compostura a Rant Casey.

Tiene gracia, pero en el examen físico dio positivo de la rabia. No tomaba drogas ni nada, pero tenía la rabia. La clínica se encargó de ello y le reforzó la vacuna del tétanos.

Todd Rutz: Créame, yo solamente estaba fingiendo que comprobaba los valores en el almanaque. Le hablé de aquel medio dólar que me traía con la cabeza de la Libertad de Barber, el de la serie 1892-O, le conté que cuando Charles E. Barber lo acuñó por primera vez los editoriales de los periódicos dijeron que el águila tenía pinta de estar muriéndose de hambre. Que la cabeza de la Libertad parecía «el innoble emperador Vitelio con bocio». Y mientras le soltaba este rollo al chaval, lo que en realidad estaba haciendo era comprobar los boletines de propiedades robadas del año anterior.

El chaval miraba el exterior a través de mi escaparate. Agitando el calcetín para hacer tintinear las monedas que todavía había dentro. Me contó que su abuela se había muerto y que le había dejado aquellas monedas. Eso es lo único que me contó, a modo de pedigrí, de su colección.

Allfred Lynch: El único problema que he tenido alguna vez con Rant Casey es que, aproximadamente una vez al mes, hacemos inspecciones al azar de las fiambreras. Cuando los empleados se van para sus casas, les pedimos que nos dejen ver qué llevan en las fiambreras. Nuestros empleados se quedan solos en las casas de la gente, a veces rodeados de joyas y de objetos de valor. Un registro al azar mantiene a todo el mundo en vereda.

Nunca sorprendí a Rant robando diamantes, pero una vez le abrimos la fiambrera y el interior estaba atiborrado de arañas. De viudas negras que se suponía que aquel día tendría que haber estado matando. Rant me dijo que había sido un accidente y yo confié en él.

O sea, ¿quién se llevaría a casa en secreto un nido de arañas venenosas?

Todd Rutz: El trato quedó cerrado, le pagué al chaval quince mil pavos del dinero para gastos. Le di hasta el último billete que tenía en la caja fuerte. Quince de los grandes por la moneda de

oro de veinte dólares de 1933, la moneda de oro de diez dólares de 1933 y la pieza de cuatro dólares de 1879.

Cuando le pregunté cómo se llamaba, el chaval se lo tuvo que pensar, echó un vistazo al suelo y al techo y por fin me dijo:

—Todavía no lo he decidido.

Créame, no importaba que mintiera. No importaba que rechazara todo lo que no fuera dinero en metálico. O que los dientes con que el chaval desató el nudo del calcetín estuvieran todos manchados de negro. Negros como un tizón.

Lo que quiero decir es que solamente la moneda de oro con Águila Doble de Saint Gaudens de 1933 ya vale ocho millones de dólares.

19
AUTOESCUELA

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): Una Noche de Autoescuela, Rant le pidió a Green Taylor Simms que le hiciera una foto, una foto de él de pie a mi lado. Le dio a Green una de esas cámaras de cartón desechables, puso la mano recta, se la llevó a la altura de las rodillas, y le dijo a Green:

—De aquí para arriba.

Aquella noche Green conducía su coche, su Daimler enorme, y nos habíamos parado a comer algo en uno de esos restaurantes que te sirven sin que salgas del coche. Rant se puso de pie a mi lado y me pasó un brazo por el hombro. Me tocó con el dedo el bulto del puerto, que sobresalía en la parte de atrás de mi cráneo entre el atlas y el axis, y me dijo:

—¿Cómo es esto?

Y me contó que, por culpa de la rabia, su puerto no alucinaba. Sin dejar de toquetear con los dedos, frotando su piel contra la mía. Tenía los dedos calientes como si hubiera estado sosteniendo una taza de café. Febriles. Muy calientes.

Tener puerto es como tener nariz, le dije, pero en la nuca. La diferencia es que no es solamente una nariz, también unos ojos y una lengua y unas orejas, cinco formas extra de ver. A veces, le dije, es una mierda. Se supone que controlas el puerto, pero a veces lo que obtienes es un hambre irrefrenable de Coca-Cola o de patatas fritas, cosas que tú no comes nunca, y así es como sabes que el mundo corporativo debe de estar emitiendo cúspides o efectos que te entran por el puerto hasta cuando está desenchufado.

Green estaba de pie, apoyado en la portezuela del conductor de su coche, sosteniendo la cámara frente a su cara, y dijo:

—Dime cuándo.

Detrás de él pasaban los coches, algunos de ellos con letreros de «Autoescuela». Algunos equipos de choquejuerguistas aminoraban la marcha para ver si teníamos la bandera puesta.

Rant me agarró el pescuezo con la mano y dijo:

—Ya.

Por ejemplo, aquella misma noche yo no tenía hambre hasta que pasamos con el coche por el restaurante de comida rápida. Mi saliva era real, pero el sabor a hamburguesa con queso y beicon que tenía en la boca era un efecto alucinado.

Green Taylor Simms dijo:

—Di «hamburguesa».

Y agarrándome el cuello con la mano, Rant me torció la cara para llevarla hasta la suya y me plantó la boca en la mía. Cuando la cámara emitió su destello, Rant me estaba hurgando en la entrepierna con la mano bien abierta y metiéndome el pulgar entre los botones de la bragueta.

Menudo gilipollas chiflado. Su lengua caliente en mi boca, su saliva en mis labios, ese instante en que la saliva puede contagiar la rabia. La cámara soltó un par de destellos antes de que yo apartara a Rant Casey de un empujón. Y él me soltó:

—Gracias, tío. —Cogió la cámara de cartón de Green y dijo—: Mi padre no se va a creer que me haya pillado un novio tan guapo.

A ver si no era imbécil.

Y yo no pude hacer más que escupir. El sabor caliente a queso y beicon y rabia. Escupir sin parar.

De los informes de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Malas noticias para aquellos de ustedes que vayan en dirección oeste por la autopista 213: un coche no descapotable de cuatro puertas ha rozado la valla de separación de los carriles y ha dado una vuelta de campana, dejando atrapados dentro al conductor y a una pasajera. Los chicos de la ambulancia dicen que el conductor es un hombre de treinta y cinco años y que está perdiendo sangre por una fractura compuesta de fémur; su pulso es débil y la presión sanguínea está cayendo en picado. Su pronóstico actual es paro cardíaco debido al desangramiento; les daremos más información a la

hora y cuarto. Este ha sido el informe de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Sabemos Por Qué Se Para Usted A Mirar…

Shot Dunyun: En las Noches de Autoescuela, la bandera es reemplazada por uno de esos letreros que avisan: «Cuidado: conductor en prácticas». Hay que hacer dos letreros de tamaño grande y sujetar uno entre las luces traseras, por encima del maletero y del parachoques de atrás. El segundo lo sujetas en la parte de delante del capó, pero de manera que no bloquee la salida de aire del radiador. Los principiantes, esos equipos que confían demasiado en el embrague de ventilador o en la bomba de líquido refrigerante, hacen un letrero que tapa toda la rejilla y luego los ves en el arcén con el coche recalentado.

Echo Lawrence (©*Choquejuerguista*): Las reglas de la choquejuerga exigen que todos los equipos usen letreros de la «Autoescuela profesional Ayax», desde que hace algunas temporadas un estudiante de autoescuela de verdad se coló en el curso, durante la ventana. Aquel tipo es una leyenda. Cuenta la historia que al pobre le estuvieron golpeando seis equipos distintos, persiguiéndolo durante manzanas enteras, aporreándole en grupo el parachoques de atrás hasta que se le cayó el silenciador. Dicen que el estudiante y su instructor huyeron despavoridos, que subieron el coche a la acera y que dejaron las portezuelas de delante abiertas y el motor en marcha.

De los informes de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: A continuación les informamos de las novedades sobre el accidente con vuelta de campana de la 213. La extracción del conductor continúa, pero ya estamos viendo señales de hemorragia subaracnoide cerebral y de neumocéfalo causado por el impacto de la frente del conductor contra el espejo retrovisor montado en el parabrisas. Eso es todo lo que se ve desde el flanco oeste. Les daremos más información a la hora y cuarto. Este ha sido el informe de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Sabemos Por Qué Se Para Usted A Mirar…

Shot Dunyun: La choquejuerga puede sonar emocionante, pero la mayor parte del tiempo consiste en estar sentado, hablar y conducir en círculos. En dar vueltas con el coche, en busca de otro coche que lleve la bandera correcta para la ventana que toca. La bandera que se anuncia en la llamada telefónica o en el mensaje de texto que circula. En algunas ventanas se ven equipos despistados y vestidos para una Noche de Luna de Miel, con cosas de boda en el coche. O ves a equipos que llevan las pelucas y la frase «Ánimo, valientes» pintada en el coche, todo perfecto para una Noche de la Mamá de Clase Media. Si te equivocas de bandera, quedas como un capullo. O peor todavía.

Cuando un equipo lleva una bandera incorrecta, la gente dice que son policías que intentan romper la partida. O que son equipos que han dado golpes demasiado fuertes, que han embestido a otros coches en el costado o en otros puntos prohibidos. Cuando cometes demasiadas faltas, la gente empieza a llamar a la Línea Directa de Choquejuergas y a denunciarte. Si te apuntan las suficientes faltas a tu cuenta, dejan de avisarte sobre la siguiente bandera y la siguiente ventana.

De los informes de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: A continuación les ofrecemos un vistazo rápido a la vuelta de campana de la 213. Los chavales del furgón de la carne me dicen que el conductor muestra numerosas laceraciones del pericardio: esa bolsita tan resistente que guarda dentro el corazón. Los primeros rumores apuntan a que el impacto parece haber estrellado el corazón contra la columna vertebral, lo cual ha resultado en una contusión de la pared posterior del septo intraventricular. Lo muerto muerto está, y nosotros ofrecemos las novedades cada diez minutos en las horas de más tráfico. Este ha sido el informe de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Sabemos Por Qué Se Para Usted A Mirar…

Shot Dunyun: Aquella Noche de Autoescuela, yo iba de copiloto y Rant cubría el asiento de atrás. No parecía haber muchos coches en juego. Con mi ventanilla bajada, escupí afuera y le dije a Rant:

—Por mucho que me contagies la rabia, no soy tu esbirro. —Escupí y dije—: Sobre todo si me la contagias.

Normalmente, Rant olía como un vaso de agua limpia, pero aquella noche no. En todas partes donde me había tocado, me había dejado un olor a gasolina.

—¿Qué es esa peste? —le pregunté.

Y Rant soltó:

—Ácido dimetilciclopropanocarboxílico. —Se giró y observó por las cinco en punto, a través de la ventanilla trasera—. Se supone que mata las arañas.

De los informes de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Información recién llegada de la 213: el tratamiento posterior del conductor ha revelado una fractura por compresión lateral del fémur derecho, que ha provocado fracturas laterales del ramo pélvico, trastorno de las articulaciones sacroilíacas por culpa del impacto y fracturas del acetábulo. Para aquellos de ustedes que se encuentren en el North Side, la salida que va al norte desde la 614 hasta la autopista Helmsberg en dirección este presenta tráfico lento, por culpa de un estudiante de autoescuela a quien se le ha parado el motor en el arcén de la derecha. Les informa Tina Nosecuántos para Radio Tráfico Gráfico.

Shot Dunyun: Green se dedicaba a acechar a un estudiante de autoescuela, siguiéndolo, serpenteando por entre el tráfico en busca de un ángulo mejor, confiando en desviar al objetivo a una calle lateral donde un buen golpe no atrajera demasiada atención. Tal vez atención de la policía. Green se dedicaba a mantener una furgoneta, un taxi o un autobús —cualquier cosa grande y brillante— entre nosotros y el objetivo, para que este no viera nuestra bandera.

Mientras buscaba Tiburones con la vista, le pregunté a Rant si andaba a la caza de novio.

Y Rant dijo:

—No.

Y me dijo que se follaría a un pastor alemán si con eso conseguía que sus padres lo quisieran menos. Para ahorrarles el dolor.

—Es parte de mi estrategia —dijo Rant, y giró la cabeza para cubrir dos cuadrantes, desde las tres hasta las nueve en punto—. Cuanto peor piensen mis padres de mí —dijo—, menos sufrirán porque me haya ido.

El autobús que teníamos al lado frenó de golpe para hacer una parada y se quedó atrás. Dejándonos al descubierto durante el instante que Green tardó en decir:

—Caballeros, agárrense.

Y vimos que el vigía del asiento trasero izquierdo de ellos estaba mirando fijamente nuestra bandera.

El objetivo giró de golpe por el siguiente desvío a la derecha y se metió por un carril oscuro y lleno de coches aparcados; Green adelantó al autobús y se lanzó en su persecución. Dos estudiantes de autoescuela, dejando un rastro de caucho y de humo.

De los informes de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Esta información nos acaba de llegar del furgón de la carne, que está en ruta con nuestro accidente con vuelta de campana de la 213: no lo sabremos con seguridad hasta la autopsia, pero parece que hay otra laceración menor del yeyuno próximo con comunicación con la cavidad peritoneal. Lo que se comenta en el ramo es que solamente con que se te derramen dos mililitros de materia purulenta en la cavidad peritoneal, el conductor de la ambulancia ya apaga las sirenas y las luces de fiesta. Otra cosa para que tengan ustedes en mente mientras se pasan del límite de velocidad hoy de camino al trabajo.

Shot Dunyun: Nuestro objetivo avanzaba despacio, demasiado cerca de los coches aparcados para que nosotros diéramos el golpe sin provocar costosos daños colaterales. Abollar un coche en juego era una cosa, pero abollarle el coche a alguien que estaba ahí por casualidad y que no tenía ninguna culpa era algo que había que confesar. Y había que pagar la reparación. Nuestro objetivo se aprovechaba de esto y se arrimaba todo lo que podía a los coches aparcados, manteniéndose a salvo hasta que pudiera perdernos por una salida lateral rápida. Por un callejón. O encontrando a un poli.

Sin apartar la vista de mi cuadrante de la partida, le pregunté a Rant si era marica o no.

Aquella fue la noche en que Green Taylor Simms empezó a llamarlo Maricaberry Finn.

Y Rant dijo:

—La verdad es que nunca voy a ser médico. No me pidáis que haga una división larga. —Y dijo—: No puedo hacer gran cosa para que mis padres estén orgullosos de mí…

Se inclinó hacia delante y estiró el brazo para encender la radio. Tina estaba farfullando. Recibiendo llamadas de los enfermeros y de la policía de tráfico y montando con ellas su programa para mirones.

—Pero —continuó Rant—, si mantengo las expectativas de mis padres bien bajas, y los agobio con el temor de haberme criado mal, entonces el simple milagro de que me junte con una chica en apuros ya bastará para volverlos locos de alegría y de alivio.

De los informes de Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Un último informe de los chicos del furgón de la carne, relacionado con el accidente fatal con vuelta de campana de la 213. La canción que murieron escuchando fue «My Sharona» de The Knack. Y eso convierte a Brian Lambson en nuestro nuevo ganador del concurso Canción Mortal. Brian, si nos estás escuchando, llama en la próxima hora para aceptar tu premio. Les ha informado Tina Nosecuántos para Radio Tráfico Gráfico: Sabemos Por Qué Se Para Usted A Mirar…

Shot Dunyun: Cuando Rant estiró la mano hasta el asiento de delante para manipular los controles de la radio, en el dorso de la mano tenía escritas unas cifras con bolígrafo azul: P295/30 R22… P285/30 R22… 425/65 R22.5. Tamaños de neumáticos, estaba claro. De neumáticos grandes.

Señalé con la cabeza los números azules y le dije:

—¿Has estado mirando coches?

Y Rant me dijo:

—¿Cuánto conoces a Echo? —Y volvió a apoyar la espalda en su asiento.

Bastante bien, le dije. Muy bien.

Green Taylor Simms acariciaba el pedal del acelerador, paciente. Nuestro objetivo estaba tan cerca que ya casi lo estábamos tocando. Casi iba rozando la hilera de coches aparcados. Nuestros dos coches avanzaban en primera. Olor a insecticida. Sabor a rabia.

Y Rant dijo:

—He pensado en hacerle un regalo…

Aquella noche Echo no estaba con nosotros, estaba trabajando. Haciendo una mierda que no quiero explicar aquí. Un rollo complicado.

Rant dijo:

—¿Y Echo odia a alguien de verdad, con todo su corazón?

Le pregunté a Rant si no quería decir «ama de verdad».

Y Rant se encogió de hombros y dijo:

—¿Acaso no es lo mismo?

20
DEPÓSITOS DE CHATARRA

De las notas de campo de Green Taylor Simms (©*Historiador*): En términos de espectáculo, el clímax de la cultura de la choquejuerga tenían que ser las Noches de Árbol. La idea, como siempre, era elegir una bandera que el público general pudiera pensar que era normal y corriente, o en el peor de los casos, puramente accidental.

Entre las banderas que simulaban ser accidentales estaban las tazas de café y los almuerzos en bolsa de papel. Los equipos de juego utilizaban esas banderas en las Noches de Mecachis: por ejemplo, durante una partida de «Mecachis, el café», los participantes indicaban que estaban en la partida atornillando o pegando una taza grande de viaje al techo de su vehículo. El café en sí era opcional. En el caso de una partida de «Mecachis, la bolsa del almuerzo», los equipos pegaban una bolsa de papel marrón con el «almuerzo» a su techo. Para el público general, aquellas banderas pasaban por accidentes tontos, y los conductores que no estaban al corriente a veces se paraban al lado riendo y señalando, intentando llamar la atención del conductor y ayudarlo a solucionar el olvido de aquel objeto.

Las partidas de «Bebé a bordo» usaban otro tipo de bandera de percance. Como es comprensible, la reacción del público era un poco menos jovial cuando veían a un coche zigzaguear a toda velocidad entre el tráfico con una sillita de bebé y a su ocupante aparentemente olvidados en el techo.

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): El subastador puso el precio de partida en cincuenta dólares y dijo:

—¿He oído cincuenta? ¿Quién quiere empezar pujando cincuenta dólares por el Lote Número Uno?

El lugar era Grúas Sammy, así que debía de ser martes por la noche. Los miércoles la subasta de vehículos incautados por la policía tenía lugar en Radio Retrieval. A ver si no estaba bien organizada la cosa. Los viernes íbamos al depósito de la grúa para ver de antemano los coches. Incautados por la policía en un crimen. Coches abandonados. Coches requisados en redadas antidroga o por impago de multas de aparcamiento. Los coches que la grúa se llevaba de aparcamientos de pago y que nadie reclamaba se los quedaba el mejor postor por una cantidad irrisoria.

Si querías encontrar un coche que pudieras conducir unos cuantos días, pintarlo y pegarle cosas por todos lados, y luego estamparlo contra otro coche hecho polvo, aquel era tu mercado. Escrito con lápiz de cera fluorescente, de color amarillo o naranja, en las ventanillas de algunos coches se podía leer: «Correa de encendido rota». O «Soportes del motor partidos». Un vehículo grande de cuatro puertas, todavía manchado de pasta de dientes de «Recién casados» y con latas colgando, el Lote 42 de la subasta, tenía escrito en el parabrisas: «Árbol de levas abollado».

En el coche que se estaba subastando en este momento, todo abollado y retorcido, todavía se podía encontrar sangre seca y pelo apelmazados en la guantera.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: El muñeco en forma de bebé y la sillita iban atornillados, por supuesto. La mayoría de los equipos usaban los mismos agujeros y tornillos todas las semanas, y se limitaban a cambiar la sillita de bebé por la taza del café o la bolsa del almuerzo. Otros equipos, a medida que su vehículo acumulaba abolladuras y arañazos, y se volvían objetivos menos atractivos, se dedicaban a ampliar el motivo básico. En lugar de una taza de café, podían atornillar a su techo una máquina de hacer café expreso y una bandeja con tacitas y platillos. Una cesta de *pain au chocolat*. Un florero de plata con una sola rosa roja temblando por la velocidad.

Shot Dunyun: El subastador estaba voceando:

—Setenta y cinco, setenta y cinco, ¿quién me da ochenta? ¿Quién sube a ochenta dólares? ¿He oído ochenta dólares?

Rant y Echo seguían hurgando en el lote, mirando debajo de los capós. Echo señalaba coches familiares oxidados y maltrechos con jirones de papel crepé y palabras pintadas con témperas

que decían: «¡Ánimo, valientes! ¡Tigres al Campeonato Estatal!». Los asientos y el suelo abarrotados de envoltorios de aperitivos de comida rápida, dejados allí cuando el equipo había abandonado el vehículo en plena Noche de la Mamá de Clase Media.

Echo abrió la portezuela del conductor de un cupé que llevaba un árbol artificial de Navidad todo descolorido y todavía atado al techo. Pulsó con un dedo un botón del equipo de música, pero no pasó nada. Lo volvió a pulsar, con fuerza, y del equipo salió un disco compacto.

—Mi mezcla favorita para persecuciones —dijo, y sostuvo el disco en alto para que lo viera Rant. Y añadió—: Pensé que no la volvería a oír nunca más.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Al acercarse Acción de Gracias, el simple motivo de la taza de café olvidada se ampliaba hasta incluir pavos de cartón piedra, pintados y barnizados para verse de un marrón bien reluciente. Copas altas llenas de vino tinto chapoteando. Saleros y pimenteros. Y velas altas y blancas en candeleros de latón, con las bombillitas en forma de llama ardiendo, alimentadas a pilas. Un despliegue de estas dimensiones normalmente señalaba la última prueba en la que un equipo planeaba conducir un automóvil determinado: montar platos llenos de boniatos y judías verdes requería taladrar docenas de agujeros a través del techo y el revestimiento interior de este.

Para estas elaboradas despedidas a los vehículos —conocidas como Funerales o Últimas Carreras—, los equipos llegaban a la parrilla de la partida, o terreno, por lo menos una hora antes de la ventana. Hasta que la partida empezaba de forma oficial, esos coches desfilaban y exhibían sus decoraciones, en un último acto majestuoso de despedida antes de que la partida de esa noche los mandara al depósito de chatarra.

Shot Dunyun: El artista neural que llevo dentro seguía buscando eventos que valiera la pena exo-cargar. Me llevaba la mano a la espalda y me toqueteaba el puerto, listo para enchufarlo. Tal vez para exo-cargar un momento interesante de mi conciencia. El aspecto de un coche oxidado. O la forma en que Rant miraba con una sonrisa a Echo cuando el trasero de ella era lo único que asomaba de un capó abierto a medias, y se oía la voz de ella amortiguada por la grasa y la chapa de metal diciendo:

—Esta válvula de mariposa está *jodida*.

A unos pocos restos de chatarra de distancia, había un coche no descapotable tirado y lleno de barro hasta las llantas. Escrito sobre la parte superior del maletero con pintura de color rosa brillante, esmalte de uñas de color rosa con purpurina, decía: «Cherry Bomb III». Junto a lo que quedaba del coche estaba Tina Nosecuántos.

Cuando Tina retorció los dedos hasta cerrar los puños y empezó a dar zancadas en dirección al culo de Echo, yo encendí mi puerto para exo-cargar la carnicería.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Tal como ya he mencionado, en términos de espectáculo nada supera las Noches de Árbol. En esas partidas tan poco frecuentes, los coches tanto viejos como nuevos llegan temprano para exhibirse. La idea original consistía en atar un árbol de Navidad de hoja perenne al techo de tu vehículo, como si fuerais una familia feliz que lo lleva a casa desde el solar de la esquina o el bosque. Pero al igual que la simple taza de café, que evolucionó hasta el banquete, pronto un simple pino de hoja verde no fue bastante.

Los equipos usaban árboles artificiales, por supuesto, atados a lo largo, normalmente con el tronco sobresaliendo por encima del capó y cuerdas que lo sujetaban a los parachoques. Ya desde la primera Noche de Árbol, los equipos envolvían las ramas con espumillón plateado. Sujetaban estrellas brillantes a la corona del árbol que colgaba y se bamboleaba por encima del maletero del coche. La gente pegaba o sujetaba con alambre ornamentos relucientes entre las agujas del pino. Todavía faltaban dos horas para la ventana de una Noche de Árbol cuando los choquejuerguistas empezaban a desfilar, con las luces de colores parpadeando en su coche y un cable eléctrico que entraba por una ventanilla e iba hasta el encendedor de cigarrillos o hasta el arnés de la instalación eléctrica del vehículo. De todos los equipos de música de los coches salían villancicos a todo volumen.

En el momento de abrirse la ventana del juego, aquellas luces de Navidad se apagaban. Los coches del desfile quedaban en silencio. Los equipos se dispersaban y empezaba la cacería de

verdad.
Shot Dunyun: El subastador estaba diciendo:
—Cuarenta dólares. ¿Quién ofrece cuarenta dólares? Vamos, señores, si cuesta más dinero llenar el depósito. ¿Quién ofrece treinta dólares?
Echo seguía inclinada, con los dos brazos hundidos hasta los codos en el motor, con la mejilla pegada a la cubierta de una válvula, cuando Tina Nosecuántos se le plantó detrás y le dijo:
—¡Eh, puta!
Rant tenía los codos apoyados en un guardabarros delantero y estaba mirando a Echo por debajo del capó.
El subastador estaba diciendo:
—¿He oído veinticinco? ¿Veinticinco dólares…?
Y Tina dijo:
—Para ya de señalarme faltas inventadas. —Dirigiéndose al culo de Echo, Tina dijo—: Como me descalifiques, voy a empezar a llamar inventándome cosas sobre ti.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Con las luces de Navidad apagadas, los Coches de Árbol se volvían negros, enmarañados, rasposos… se volvían monstruos. El suave tintineo del cristal y de las lágrimas de vidrio al mecerse daba una pequeña pista de lo que llevaban. Un equipo podía pasar con el coche junto a un seto o un arbusto a oscuras y de pronto lo veía iluminarse por el retrovisor con luces de un centenar de colores. Un chirrido de neumáticos, y aquella masa de luz y color centelleante le daba de refilón a su vehículo y se volvía a desvanecer en la noche.
Shot Dunyun: El subastador estaba diciendo:
—¿Veinte dólares? ¿Podemos empezar la puja con veinte…?
Y desde el interior del compartimento del motor, con la cara todavía pegada a la lámina aislante, Echo dijo:
—Esto no va contigo. Ni siquiera sé qué matrícula tienes ahora. —Sin mostrarle todavía nada más que trasero a Tina, Echo dijo—: ¿Cómo te voy a señalar faltas si no sé qué matrícula tienes?
El subastador dijo:
—¡Veinte! Ofrecen veinte. ¿Oigo veinticinco? ¿Quién quiere ofrecer veinticinco…?
Rant miró a Echo, todavía apoyado en los codos, inclinado sobre el guardabarros. Yo continuaba presenciando la escena y exo-cargando para poder vivirla después en casa.
Tina dijo:
—Eh, Diurno… —Levantó la voz y le gritó a Rant—: ¡Tú, el de los dientes negros! ¡*Diurno*!
Rant levantó la vista. La camisa remangada para mostrar las cicatrices de mordeduras de los antebrazos.
Y Tina dijo:
—¿Te ha contado tu novia de qué trabaja? ¿Cómo gana la pasta que se gasta en coches?
Rant no dijo nada. Por pura costumbre, yo escupí. Volví a escupir.
Echo retiró uno de los brazos del compartimento del motor y dobló el codo, dejando ver una mano. La mano metió una llave inglesa ajustable en el bolsillo de atrás de sus pantalones.
Y dirigiéndose al culo de Echo, y a la llave inglesa que le sobresalía del bolsillo, Tina Nosecuántos dijo:
—Esa novia que tanto te gusta gana dinero follando. —Tina se cruzó de brazos, se reclinó hacia atrás y gritó—: Tu novieta es una puta de mierda.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: El día después de una Noche de Árbol, las calles centelleaban. Resplandecían. Las guirnaldas doradas y plateadas de espumillón parpadeaban y se agitaban al viento. Los adornos de cristal hechos trizas crujían bajo los neumáticos que pasaban.
Shot Dunyun: El subastador estaba diciendo:
—…Ofrecen veintitrés. La oferta es de veintitrés dólares. A la una…
Echo dio un paso atrás, se incorporó y se dio media vuelta para mirar a Tina.
Y Rant dijo:

—¿Es verdad?
El subastador estaba diciendo:
—… a la de dos…
Echo torció la cabeza a ambos lados hasta que le crujió el cuello y dijo:
—¿Es verdad el qué?
Rant dijo:
—Lo que acaba de decir. —Y dijo—: ¿Es verdad que eres mi novia?
Y el subastador dijo:
—¡Vendido!

21
ECHO

Canada Mercer (☼*Ingeniero de software*): Mi mujer y yo contratamos a Echo Lawrence después de una cena en casa de unos amigos. Una pareja que conocíamos, los Tyson-Neal, acababan de dar a luz a su primer hijo, y las necesidades del bebé no paraban de interrumpir la comida. Después de que la madre desapareció para atenderlo por enésima vez, el padre comentó:

—Me alegro de que experimentáramos con tríos *antes* de formar una familia.

Con un recién nacido, dijo, nunca habrían tenido el tiempo y la intimidad que hacen falta para experimentar con ataduras y vibradores y uniformes de policía. Pero ahora ya habían dejado atrás todo aquello, así que no se arrepentían del bebé. Parecían muy felices.

Mientras salíamos de aquella cena, Sarah y yo nos sentimos absolutamente ignorantes. Nosotros también nos estábamos planteando tener un hijo y ni siquiera habíamos probado el sexo anal. Ni siquiera habíamos hablado de hacer un trío. Unos días después, llamamos por teléfono a los Tyson-Neal y les preguntamos cómo habían conocido a una mujer que aceptara tener relaciones íntimas con una pareja. Resultó que ellos conocían a una joven que trabajaba solamente con parejas de nuestra edad. Una chica Nocturna que aceptaría encantada venir a nuestro apartamento después del toque de queda.

Echo Lawrence (☾*Choquejuerguista*): Olvídelo. La policía nunca encontró al cabrón que se estrelló contra mi familia. Lo último que recuerdo de mis padres es que íbamos en coche. Siempre estábamos yendo en coche. Mi madre siempre conducía un coche gris del trabajo, tan lleno de abolladuras que parecía un objeto de papel de aluminio que alguien hubiera arrugado hasta hacer una bola y luego hubiera intentado alisar. Como ingeniera de infraestructuras que era, mi madre siempre me soltaba sermones sobre caudales de servicio: nivel de servicio E frente a nivel K. Se paraba en mitad de un paso elevado para que pudiéramos ver la carretera que teníamos debajo, con el tráfico que circulaba, y me hacía preguntas de test sobre Volumen por Hora y el Factor Hora Punta de medición de flujo de tráfico.

Yo dormía acostada a lo ancho del asiento de atrás de aquel coche gris cuando alguien se estrelló de frente contra nosotros.

Sarah Mercer (☼*Directora de marketing*): Cuando llegó, resultó que aquella joven tenía lo que yo llamaría un brazo atrofiado. Uno de sus codos estaba torcido, como un poco desviado, y la mano parecía tullida. Los dedos estaban retorcidos hacia dentro, y nunca usaba aquella mano para agarrar ni levantar nada. La pierna de aquel lado era más corta, y parecía que con cada paso tenía que balancearla desde la cadera, y así es como entró en nuestra sala de estar, cojeando de forma ostentosa.

Habría sido muy guapa de no ser por una parálisis o hemiplejía que parecía haberle dejado el lado izquierdo de la cara flácido e inmóvil. La pobrecita llegaba a la última palabra de una frase y se quedaba con la boca abierta, claramente intentando que le saliera la palabra exacta. Hacía falta un esfuerzo agónico para no interrumpirla y terminar cada uno de sus pensamientos. Después de una copa de Merlot, nos contó que sus minusvalías habían sido causadas por una sola lesión cerebral, debida a un golpe que le dio su madre en la cabeza.

Echo Lawrence: Sí. Es lo que le cuento a la gente. Y es verdad que mi madre me golpeó. Y también mi padre, aunque no de la forma en que dejo que la gente se lo imagine. Bueno, técnicamente fui yo quien los golpeó. En el latido del accidente de coche, yo salí disparada del asiento trasero y los golpeé a los dos en la nuca. El agente que acudió al lugar de los hechos no escribió nunca este dato, pero les rompí el cuello a los dos. Mi cabeza se estampó contra la de mi padre con tanta fuerza que me comprimió el lóbulo temporal derecho. El bracito diminuto que tengo ahora es el mismo que tenía a los ocho años. La pierna me ha crecido, un poco. La afasia, eso de que no me salgan las palabras, es un poco de teatro. Finjo que la última palabra de cada frase está a punto de matarme de… y hago una pausa… asfixia. Como si no pudiera conseguir que me saliera la palabra… precisa. Esa tensión hace que la gente me escuche de verdad.

El coche que nos embistió era otro sedán gris propiedad de la división de tráfico del condado, idéntico al que conducía mi madre. Todo lleno de golpes y abolladuras. Una colisión frontal, y al otro conductor no lo encontraron nunca. Resulta un poco… esperen la palabra… sospechoso.

Sarah Mercer: La chica había crecido huérfana, saliendo con cualquiera que se lo pidiera. Uno de sus novios la había acompañado a un club de intercambio de parejas, donde la gente hace sus cosas delante de los demás. Luego la convenció para que tuvieran relaciones sexuales en el centro mismo del club. La penetró por detrás. Era la primera mujer que llegaba aquella noche, así que tenían un montón de atención no deseada. Para soportarlo, ella cerró los ojos con fuerza. Durante todo el tiempo su novio le estuvo sosteniendo la mano marchita y susurrándole al oído «*Meine kleine Hure…*».

En secreto, ella se sentía halagada por toda aquella atención, docenas de hombres desconocidos molestándose en mirarla. Cuando se terminó el suplicio, vio que por la piel le goteaba algo más que sudor. Se alegró mucho de haberse dejado puestos los zapatos, porque estaba de pie sobre un charco. Sobre la piel le chorreaba el semen de todos aquellos hombres. Por grotesco que parezca, parece ser que aquella noche reforzó muchísimo su autoestima.

Hasta entonces ni siquiera había sabido que aquel novio suyo hablaba alemán.

Canada Mercer: Salió a colación el tema de las enfermedades venéreas y ella insistió en que no era problema. La señorita Lawrence nos explicó que es habitual que las trabajadoras del sexo lleven a cabo sexo oral como parte de los preliminares del acto sexual. Y nos contó que el verdadero propósito de aquel acto era llevar a cabo un test rutinario de los clientes en busca de enfermedades. La sífilis, nos dijo, sabe a pollo al curry. La hepatitis sabe a ternera con alcaparras. La gonorrea, a patatas fritas con sabor a crema agria y cebolla. El sida, a palomitas con mantequilla. Miró a mi mujer y dijo:

—Déjeme chuparle el coño y le diré si ha estado usted expuesta a verrugas venéreas y si corre usted riesgo de desarrollar cáncer cervical.

La mayoría de las formas de cáncer, nos dijo, tienen un sabor parecido a la salsa tártara.

Echo Lawrence: De adulta, descubrí que ir en autobús me hacía sudar las manos. Cuando iba en taxi, apenas podía respirar hondo. Cuando conducía, oía retumbar los latidos de mi corazón y perdía toda percepción visual de los colores. *Así de cerca* estaba de desmayarme. Así de segura estaba de que me iba a embestir otro coche. En un nivel inconsciente, mi recuerdo de la colisión frontal me estaba controlando. La cosa se volvió tan grave que ya no era capaz de cruzar la calle por miedo a que algún conductor se saltara un semáforo en rojo.

Mi mundo no paraba de desplomarse y de hacerse cada vez más pequeño.

Sarah Mercer: Canada se lo puede decir. Teníamos con nosotros a aquella chica lisiada tan dulce y encantadora, y resulta que se había traído un bolso de cuero negro y lo había dejado sobre la mesa del comedor. En un momento dado de la velada, dejó su copa de Merlot. Fue hasta el bolso, abrió la cremallera y empezó a sacar una serie de… cosas. Cosas de goma de color rosa, largas y gruesas y tan gastadas en algunos sitios que te entraba terror al pensar que se pudieran partir por la mitad dentro de ti. Plástico de color rosa todo sucio y lleno de manchas. Manchas marrones que podrían ser de sangre vieja. Depósitos negros allí donde habían goteado las pilas. Esposas y vendas para los ojos. Una bolsa para lavativas con un pitorro que no parecía nada limpio. Guantes de látex. Unas cosas espantosas con muelles que parecían cables de puente, y que ella llamó «pinzas para las tetas». Todo apestaba a lejía con cloro.

Y todos aquellos horrores los estaba poniendo aquella chica sobre mi mesa bruñida de Drexel Heritage, justo donde poníamos el pavo en Acción de Gracias. Y un espéculo, Dios mío, tan viejo que tenía una grieta en el plástico transparente. Y recuerdo que dijo:

—Me pueden hacer ustedes cualquiera de estas cosas…

Echo Lawrence: Mi número típico, cuando digo que pruebo el sabor de la gente en busca de hepatitis o verrugas genitales, es algo que yo ya decía mucho antes de conocer a Rant Casey. El hecho de que él pudiera hacer aquello de verdad, joder, era increíble. Una vez me chupó y me dijo que dejara de comer huevos con yema. A juzgar por el sabor de mi coño, me dijo, tenía el colesterol alto. Más tarde, los análisis confirmaron que tenía toda la razón.

Canada Mercer: Aquella chica, Echo, sacó una vela blanca y gruesa, la encendió y nos pidió que dejáramos derretirse la cera y que se la derramáramos sobre los pechos desnudos. Agitó la cerilla para apagarla y nos dijo:
—No quiero que me torturen ustedes solo porque les doy *lástima*. Quiero que *disfruten* de verdad haciéndome daño. —Y dijo—: Quiero que ustedes sean los protagonistas de esta noche.
La señorita dijo que odiaba lo que llamó «sadomasoquismo *compasivo*».
Echo Lawrence: Oiga esto. Se me ocurrió la terapia ideal: si podía escenificar un accidente y sobrevivir a él, entonces tal vez pudiera empezar a superar mi miedo. Si pudiera hacer chocar mi coche contra otro coche y causar un buen topetazo, entonces vería que los accidentes mortales son tan escasos que no vale la pena preocuparse por ellos. Así que empecé a acechar a otros conductores, en busca del coche perfecto que embestir. Del accidente perfecto. Un solo accidente perfecto y controlado.
Un coche determinado podía parecerme perfecto, pero cuando me acercaba lo bastante como para darle con el guardabarros, veía una sillita de bebé en el asiento de atrás. O bien el conductor era tan joven que te dabas cuenta de que un accidente le destruiría las tasas del seguro. O bien me dedicaba a seguir a alguien hasta que me daba cuenta de que tenía un trabajo espantoso con el sueldo mínimo y que lo último que necesitaba era un esguince de cuello.
A pesar de todo, la inversión de roles me calmó los nervios. En lugar de esperar a que me matara otro conductor imprudente, me había convertido en la depredadora. La cazadora. Me pasaba la noche entera buscando. No se puede calcular a cuánta gente estuve siguiendo, intentando decidir si podía embestir sus coches o no.
Canada Mercer: No, nunca hicimos un trío. La chica no llegó a quitarse el abrigo. Una semana después, llegué a casa y me encontré a Sarah sentada en la cocina tomando té con la chica. Le pagábamos doscientos dólares en metálico para que se pasara una hora a tomar el té. Sarah no paraba de decirle lo guapa que estaba. La semana siguiente llegué a casa y Sarah le estaba lavando el pelo a la chica en el fregadero. Luego se lo onduló y le hizo mechas rubias y le pagó doscientos dólares por cada una de las tres horas que había tardado en hacérselo todo.
Si Sarah era capaz de subirle la autoestima a aquella chica, confiábamos en que eso la ayudara a encontrar una nueva profesión. Mientras hablábamos con ella, y la elogiábamos, perdíamos de vista nuestro plan de tener un hijo. La chica costaba tanto dinero y nos ocupaba tanto tiempo libre que no me podía permitir ni comprar un perro. Y todavía la seguimos viendo todas las semanas. Y de verdad creo que estamos haciendo progresos.
Echo Lawrence: Mi accidente perfecto resultó ser un tío que llevaba un ciervo muerto atado al techo del coche. Un puto asesino de Bambi, un tío vestido con chaqueta de camuflaje y gorra con orejeras. Conducía un sedán de cuatro puertas más feo que un demonio, con el ciervo muerto atado a lo largo y la cabeza del animal caída sobre la parte superior del parabrisas.
En la ciudad, no resulta precisamente fácil perder de vista a un ciervo muerto, así que me mantuve a cierta distancia y lo seguí durante varios vecindarios, esperando la ocasión, buscando el momento perfecto para arrearle en todo su trasero de asesino. Buscando un sitio donde un accidente no bloqueara el tráfico ni pusiera en peligro a los transeúntes.
Oiga esto. Yo lo estaba cazando de la misma manera en que él había acechado a aquella pobre criatura de cuatro patas. Esperando el momento de efectuar mi disparo.
O sea, aquello me estaba poniendo a cien. Estaba completamente excitada. Yo iba a toda pastilla por entre los faros amarillos de los coches, dejando siempre un buen trecho entre él y yo. Reducía la velocidad y me quedaba atrás cada vez que él giraba, y luego giraba yo también por el mismo sitio. Dejaba que se interpusieran varios coches entre nosotros para que no se diera cuenta de que yo ya llevaba una eternidad en su retrovisor.
Y de pronto perdí al muy hijo de puta. Un semáforo se puso en rojo, pero él se lo saltó y giró a la derecha por la siguiente intersección. Tantos meses que llevaba yo siguiendo a gente y mi accidente perfecto se me acababa de escapar. El semáforo cambió a verde y yo salí disparada en su busca, giré por el mismo sitio pero el tipo ya había desaparecido. Una manzana más adelante, asomé la cabeza por los cruces, esperando divisar aquel cadáver de ciervo, aquel pobre y triste

ciervo asesinado, pero nada, *rien de rien*. No había nadie. Mi reloj indicaba que se estaba acercando el toque de queda de la mañana, y lo último que yo necesitaba era una puta multa de quinientos pavos porque me pillaran fuera a la luz del día.

Sarah Mercer: Llamamos a los Tyson-Neal y admitieron que ellos tampoco habían tenido relaciones sexuales con la chica. La razón de que hubieran decidido por fin tener un hijo era que, después de hacer cálculos, les salía más barato que ver a Echo todas las semanas.

Echo Lawrence: Escuche. Iba yo en coche a casa, feliz por lo menos de que no me pusieran una multa por pasarme del toque de queda y de no tener que enfrentarme a un cazador palurdo por haberle hecho polvo una portezuela de atrás, cuando de pronto vi el ciervo muerto. El coche había salido de la calzada y ahora estaba con el motor al ralentí en el carril para coches de un restaurante de comida rápida. El conductor tenía la ventanilla bajada y con su cara barbuda le estaba ladrando algo al altavoz de los menús. Bajo las luces fluorescentes del restaurante, al coche se le veían manchas de óxido. La pintura estaba rayada. La mayor parte del vehículo era de color amarillo meado, pero la portezuela del conductor era azul celeste. La parte superior del maletero era de color beige. Me paré en el arcén y me puse a esperar.

Una mano sacó una bolsa blanca por la ventanilla para servir a los coches y el conductor le dio unos cuantos billetes a aquella mano. Un segundo más tarde, el coche de color amarillo meado cruzó el arcén de vuelta y se reincorporó al tráfico. Antes de que pudiera desaparecer otra vez, yo ya estaba detrás de él. Me tensé el cinturón de seguridad sobre las caderas. Un instante antes de que mi parachoques se estampara contra su trasero, respiré hondo. Cerré los ojos con fuerza y pisé a fondo el acelerador.

Y nuevamente, *rien de rien*. El otro coche había salido disparado y ahora se dedicaba a zigzaguear entre el tráfico tan deprisa que el culo del ciervo muerto meneaba la cola a un lado y al otro delante de mis narices.

Mientras lo estaba persiguiendo, me olvidé de que tenía un brazo y una pierna jodidos. Me olvidé de que la mitad de mi cara no podía sonreír. Mientras lo estaba persiguiendo, no era ni una huérfana ni una chica. No era una Nocturna con un apartamento de mierda. El culo del ciervo iba esquivando el tráfico y eso era lo único que yo veía.

Delante de nosotros, un semáforo cambió a rojo. Las luces de freno del coche amarillo meado se pusieron a emitir parpadeos rojos cuando el coche aminoró la marcha para doblar a la derecha. Durante una fracción de segundo, el ciervo desapareció, hasta que tomé la curva detrás de él. Y allí, en una calle lateral tranquila, sin transeúntes ni policía, cerré los ojos y… patapum.

El ruido, aquel ruido no se me borra de la cabeza. Es un momento congelado en el tiempo. Solamente me gustaría haber exo-cargado la persecución y el ataque, pero aun así no los olvidaré.

El morro de mi coche quedó tan enclastado en su maletero que el ciervo muerto se soltó. Las cuerdas se rompieron y el ciervo se abrió en canal. A la altura del vientre, el cadáver quedó partido en dos pedazos. Y por dentro, en lugar de sangre y tripas, el ciervo era… blanco. Blanco y sólido.

El conductor abrió su portezuela y salió como pudo, con su barba. Con su chaqueta de camuflaje acolchada y enorme. Las orejeras de su gorro aletearon con cada paso que dio en mi dirección.

Y yo le dije:

—Tu puto ciervo… —Y le dije—: Es falso.

Y el tío dijo:

—Pues claro que es falso.

Le dije:

—¿Es… poliestireno?

El ciervo resultó ser un muñeco a tamaño natural de los que usaban los tiradores con arco para hacer prácticas de tiro.

Y el cazador dijo:

—¿Dónde está tu puta bandera? —Caminó hasta la parte de atrás de mi coche, miró mi matrícula y dijo—: Puedes estar segura de que te voy a señalar falta: no llevas bandera, impacto demasiado

fuerte… faltas múltiples.
Canada Mercer: Nunca llegamos a experimentar con ataduras ni uniformes de policía. En Navidad, le preguntamos a Echo que quería que le trajera Papá Noel, y ella nos dijo que «un consolador en forma de puño». En lugar de eso, hicimos fondo común con los Tyson-Neal y otras cuantas parejas y le compramos un coche. Parece que conduce fatal.
Echo Lawrence: Esas putas mechas rubias, qué ganas tengo de que me crezca el pelo para quitármelas.
Sarah Mercer: A día de hoy, todavía sigue sin apetecerme la salsa tártara.

22
UNA HISTORIA

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): En mi caso, personalmente, la razón por la que participo en las partidas de choquejuerga es bastante simple: tengo mi vida en muy alta estima. Adoro a mis amigos y a mi familia. Aprecio por encima de todo mi salud y la miríada de posibilidades que me ofrecen mi cuerpo y mi mente envejecidos pero todavía sanos.

Me considero agraciado con el don de la buena suerte, pero la verdad es que los accidentes pasan. Cada año en este país son asesinadas un promedio de dieciséis mil personas. Durante el mismo período de tiempo, aproximadamente cuarenta y tres mil mueren en accidentes de vehículos a motor.

Cada vez que conduzco un vehículo a motor, todo eso que tengo en tan alta estima lo puedo perder. Me puede ser arrebatado en un solo instante y sin un juicio justo. Cuando vas a bordo de un vehículo a motor, la muerte pasa a un dedo de distancia a cada minuto. Cada vez que un vehículo adelanta al mío por los carriles del sentido contrario, podría verme sometido a una tortura más violenta y dolorosa que nada que los peores dictadores del mundo pudieran alguna vez rebajarse a infligir. Tal vez el otro conductor no haya comido nada más que hamburguesas en toda su vida, y cuando su coche se acerca al mío en la carretera le falla el corazón obstruido. Cegado de dolor, se lleva las manos al pecho convulso. Su automóvil da un volantazo a un lado, colisiona contra el mío y me manda directo contra otro coche o contra un camión-depósito de gasolina, o bien contra una barrera de seguridad, o me despeña por un acantilado.

Pese a haberme pasado toda la vida rechazando postres deliciosos, haciendo footing por las tardes, pese a toda mi cuidadosa moderación y autodisciplina, de pronto me encuentro atrapado, embutido dentro de un armazón de acero y aluminio. Mi cuerpo, violado en incontables lugares por los fragmentos de cristal roto. Mi sangre baja en colesterol se apresura en abandonarme en forma de chorros calientes y saltarines.

Pese a todo mi cuidado, la víctima del ataque al corazón y yo acabamos igual de muertos.

La verdad es que los accidentes pasan.

Echo Lawrence llegó a la choquejuerga para intentar resolver su historia personal. El señor Dunyun, para experimentar algún acontecimiento de verdad después de pasarse toda la vida alucinando las aventuras grabadas de otra gente. Y yo me atrevería a decir que Rant Casey simplemente disfrutaba del hecho de encontrarse entre otros seres humanos. Yo llegué a las choquejuergas porque los accidentes pasan. La gente a la que quieres se muere. Nada de lo que aprecias de verdad dura para siempre. Y yo necesito aceptar esa idea y asimilarla.

Irene Casey (*Madre de Rant*): Recuerdo que más o menos por estas fechas nos llegó una carta de Buster. Metida en el mismo sobre había una foto de él besando a un chico desconocido. Yo no supe qué pensar de aquello. En una de las fotos, Buddy salía vestido con camisa y corbata en la boda de un amigo, así que Chester dijo que todavía había esperanza. Buddy nos escribió que estaba trabajando para un exterminador de bichos y que tenía apartamento propio. Contó que estaba yendo a un dentista. Que una chica le estaba enseñando yoga. Una chica, gracias a Dios.

Le respondimos para decirle que Cammy Elliot había preguntado por él en la iglesia. Le acababan de dar la última tanda de inyecciones para la rabia. En caso de que le entrara hambre con sus nuevos amigos, le mandé una hornada de caramelo de dulce de leche. Del que más le gustaba. Con montones de nueces y chinchetas trituradas.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Antes de la introducción de la Ley de Uso Eficaz y Eficiente de Infraestructuras —la ley I-SEE-U, tal como la llama la gente—, cuando los ingenieros de transporte se esforzaban por hacer que el sistema soportara más vehículos, su primera táctica fue estudiar las formas en que se colapsaba el flujo de tráfico. ¿Cuál es la reacción en cadena que empieza con un roce entre vehículos y termina con colas de vehículos hasta el horizonte en todas las direcciones? Gran parte de esto que le cuento se lo va a tener que creer usted sin pruebas. Ninguna solicitud de Libertad de Información va a confirmar algo tan confidencial. No existe mención oficial alguna a los Coches Contratistas mercenarios. Sobre el

papel, el gobierno se refiere al proyecto como «Inducción de Fenómenos Accidentales».
Irene Casey: De las demás fotos que mandó Buddy, algunas mostraban a sus nuevos amigos. Otra mostraba a una chica que no parecía estar muy bien de salud. Tenía un brazo, cielos, que parecía la pata toda flaca de una mantis religiosa. Era un brazo diminuto, con la mano contraída sobre el pecho. Los deditos sostenían un extremo de su bate de béisbol rosa, tan largo que la punta del bate le quedaba apoyada en el hombro. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra, y con la otra mano, la normal, parecía estar frotando el bate de béisbol con un trozo de papel de lija. En otras fotos, la chica estaba untando su bate de béisbol rosa con betún. No se dedicaría a hacer esas guarradas si la alfombra fuera mía.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: La Inducción de Fenómenos Accidentales acabó consistiendo en que los ingenieros del personal de transporte solicitaran coches viejos y sin matricular del parque de automóviles y los hicieran chocar entre ellos a propósito en medio de arterias abarrotadas durante las horas punta de tráfico a fin de estudiar los efectos del choque. El proyecto mataba dos pájaros de un tiro: en primer lugar, los sedanes obsoletos de cuatro puertas iban al desguace para dar un mejor servicio a la humanidad. Y en segundo lugar, los ingenieros de tráfico acumulaban documentación en vídeo de cómo reaccionaban los conductores en la presencia inmediata de un accidente.
Ninguno de los ingenieros chocaba con la bastante velocidad como para hacer daño a sus compañeros, y ninguno de los sucesos iba más allá de los arañazos a la pintura y los daños a la carrocería de chapa de metal. Con todo, en los vídeos se veía cómo el tráfico reducía inmediatamente la velocidad hasta un paso de tortuga de voyeurs. El infausto e irritante efecto mirón.

Brannan Benworth, doctor (ℂ*Dentista*): De acuerdo con nuestros archivos, Buster Casey solamente visitó nuestras oficinas una vez. Tengo una higienista que todavía habla de sus dientes. Las peores manchas que ha visto en su vida. El señor Casey vino de parte de un paciente de toda la vida, uno de los favoritos de nuestro personal, un joven llamado Karl Waxman.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Los metomentodos de la comunidad, los dictadorzuelos hipersensibles, esa es la gente que se queja de los informes de tráfico de la emisora DRVR. De los partes de Tráfico Gráfico. La voz que anuncia el eslogan: «Sabemos Por Qué Se Para Usted A Mirar…». Naturalmente, detrás de ese programa está el Departamento de Transporte. Los ingenieros de transporte solo querían ver si los conductores seguirían parándose a mirar si ya sabían exactamente lo que iban a ver. Si un presentador de radio famoso les cuenta los detalles más macabros, ¿acaso seguirá habiendo embotellamientos?
La agencia del transporte escucha las frecuencias de los paramédicos y le pasa los detalles escabrosos a la locutora de la DRVR. La mayoría del gran público adora ese programa. A la gente le pirran los accidentes de tráfico. Ya sea un vistazo rápido o una buena mirada larga.

Echo Lawrence (ℂ*Choquejuerguista*): Sí, yo quería que Rant hiciera yoga antes de las choquejuergas. Todo el mundo tendría que hacerlo, simplemente para permanecer flexible y evitar las lesiones. Yoga y estiramientos. Le enseñé la postura del perro cara abajo y la del conejo. Estábamos practicando el arquero cuando me preguntó por el Asesino a Sueldo con el que salía Tina Nosecuántos, su novio, Karl Waxman. Rant admiraba de verdad la dentadura de aquel gilipollas.

Tina Nosecuántos (ℂ*Choquejuerguista*): Me importa una mierda lo que diga la policía. Wax no mató a ese palurdo.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Mucho antes de las modernas choquejuergas, los ingenieros de tráfico ya estaban dándose caza entre ellos. Los vídeos los muestran, cuatro empollones en cada coche gris: un ingeniero al volante, uno a cargo de documentar todo con la cámara y dos ingenieros haciendo de vigía en busca de otros coches de empresa grises cubiertos de abolladuras y rayajos. Todos los coches eran el mismo modelo fabricado por el gobierno: cuatro cilindros, transmisión automática, cinturones de seguridad triangulares y un letrero grande de «Prohibido fumar» remachado a la guantera.

A aquellos chavales de los coches de empresa les encantaba darse caza entre ellos. Aquellos sedanes de empresa grises eran facilísimos de avistar, sobre todo después de que terminara el horario de trabajo de los bancos. Con cobertura médica a todo riesgo, conduciendo coches que no eran de ellos, con permiso total para estrellarlos y hasta incentivados para hacerlo —y por si esto fuera poco, cobrando horas extra—, a los equipos de infraestructuras les chiflaba su trabajo.

Jarrell Moore (©*Detective privado*): Nuestra empresa fue capaz de localizar a un candidato bastante firme que encajaba con la vaga descripción que el cliente nos había hecho de su padre biológico. Un individuo que se hacía llamar Charles Casey. Esa era la buena noticia. Aquel Charles Casey, alias «Charlie», había obtenido estatus y vivienda de Nocturno bajo el programa de reclutamiento de la ley I-SEE-U. Había trabajado en distintas ocasiones para el ayuntamiento mientras asistía a la universidad.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: La Inducción de Fenómenos era tan emocionante que cuando se terminó la ventana del estudio y el personal se ocupó nuevamente de estudios de flujo y tiempos de semáforos, aquellos frikis del tráfico no fueron capaces de dejarlo. Aunque ya no cobraran por ello, y se vieran obligados a destruir sus propios coches, aquellos ingenieros pioneros continuaron con sus juegos. Como es natural, se les acabó sumando gente de fuera. No importa la diligencia con que guardes un secreto: la verdad es que los accidentes pasan.

Jarrell Moore: La mala noticia era que el Charles Casey que encontramos llevaba desaparecido y dado por muerto desde hacía dieciséis años. Había trabajado como ingeniero de flujo de tráfico para el ayuntamiento y había muerto en accidente de tráfico mientras desempeñaba su trabajo. Parece ser que había solicitado un coche del parque móvil del departamento y luego lo había estrellado de frente contra otro coche conducido por una compañera de trabajo. La mujer y su marido murieron en el choque. Su hija, que había estado durmiendo en el asiento trasero del vehículo, quedó discapacitada como resultado del accidente.

El cuerpo de Charles Casey no fue recuperado en el lugar del accidente. Los nombres de la pareja a la que mató eran Larry y Suprema Lawrence.

Irene Casey: En la última foto que Buddy mandó a casa se ve que lo que está haciendo la chica lisiada no es pulir un bate de béisbol. Esa porra gruesa y de color rosa que está frotando con lija y con fibra metálica, y luego manchándola con betún y con bolsas de té, parece ser una especie de juguete sexual gigante. Una chica así, con un brazo deforme, construyéndose ese chisme sucio y gigante… La verdad es que no me imagino a esa chica como la madre de mis futuros nietos.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Por extraño que parezca, el personal de los servicios de emergencia continúa pasándole a Tina Nosecuántos los detalles escabrosos de cada accidente que ocurre en hora punta. Todo el mundo con membrete del gobierno negará esto, pero es verdad.

Todo está conectado. La ley I-SEE-U. Los choques entre equipos. La separación de noche y día. Radio Tráfico Gráfico. El dinero de nuestros impuestos fue el trampolín para lo que con el tiempo se convertiría en la cultura de choquejuerga. Los chavales de los coches de empresa, aquellos ingenieros olvidados por la historia, recomendaron en su estudio que se dividiera este país en día y noche. Y nos trajeron el programa de radio diurna número uno del mercado.

Echo Lawrence: Sí, joder, sí. El nombre que consta en la lápida de mi padre es Lawrence Lawrence. No tiene gracia. Pero Waxman sí que mató a Rant. De acuerdo, tiene una dentadura genial, pero es un tío perverso.

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): Más que perverso.

23
AMOR

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): En cuanto Rant vino a mí y me preguntó qué modelo de coche tenía el asiento trasero más grande, ya vi qué era lo que se proponía. El consejo que le di fue que consiguiera un coche con la tapicería oscura.

Echo Lawrence (©*Choquejuerguista*): Olvídelo. La primera vez que estuvimos a solas, le pregunté a Rant qué quería *realmente* de mí. ¿Acaso planeaba salir conmigo y luego llevarme a casa en calidad de porra horrorosa con la que golpear a sus padres? ¿Acaso salir con una lisiada deforme era su último acto de rebelión adolescente? ¿Una forma completamente segura de poner histérica a la familia en la granja?

¿O acaso yo era una fantasía erótica? ¿Acaso resultaba aburrido el sexo con chicas normales, chicas con los dos brazos y las dos piernas iguales, con bocas que pudieran devolver el beso? ¿Acaso follarme era algo que quería hacer solamente una vez en la enorme cacería carroñera que era su vida sexual?

¿O acaso yo era simplemente la única chica que él conocía en la ciudad grande y malvada? Su mentora. Una guía a la vida de los Nocturnos. ¿Acaso el sexo era su forma de aferrarse a mí porque tenía demasiado miedo de quedarse solo en aquel mundo nuevo y temible?

Sentada en el asiento trasero de aquel Eldorado, le solté a Rant todo lo que pensaba sin andarme con rodeos. Habíamos aparcado al lado de unos arbustos, lejos de las farolas, pero en la ciudad nunca se está del todo a oscuras. Me acuerdo de que Rant llevaba su uniforme azul de exterminador de bichos y que olía a sustancias tóxicas. Nada de esto resulta muy romántico.

Shot Dunyun: Parte de mi trabajo de alquilarles cúspides de mierda a idiotas era alucinar unas cuantas yo mismo y estar familiarizado con los diversos títulos de actualidad. Durante un par de semanas, lo único que nos mandaban los distribuidores eran transcripciones defectuosas. Yo estaba alucinando la cúspide de un postre y la pista del sabor se cortaba. Una gruesa porción de pastel de chocolate se convertía en un bocado de pulpa pegajosa y grasienta. Olía a chocolate, pero en tu boca el pastel no era nada más que una textura como de chicle. Atrapado en casa durante el toque de queda, un día aluciné mi cúspide porno favorita y ninguna de las vaginas olía a nada. El problema no eran las transcripciones. El problema era mi cerebro.

Echo Lawrence: Sentados en aquel Eldorado, Rant se me quedó mirando hasta que dejé de hablar. Guardó un silencio que duró dos cambios de semáforo y por fin me dijo:

—¿Qué comiste ayer para desayunar?

No pasaba ningún coche. La calle estaba vacía. Los ojos de Rant flotaban en las sombras. Sus dientes negros eran invisibles.

¿Ayer? En la cocina de mi casa comí gofres congelados, pero cuando salí al Tommy's Diner pedí la fritura de patatas. Le dije a Rant:

—Cereales. —Y le dije—: No, espera, torrijas. No… tostadas con canela…

La mano de Rant se deslizó por el asiento hasta que sus dedos tocaron los míos. Se llevó mi mano a la cara y dijo:

—No es verdad. —Y dijo—: Ayer comiste copos de avena con azúcar de arce y semillas de calabaza, yogur de vainilla y arándanos secos…

Y por supuesto, acertó de pleno.

Shot Dunyun: La mayoría de las cúspides alucinadas son una mierda comparadas con la noche más tranquila de choquejuerga, con pasar el tiempo en un coche con gente y música y aperitivos, siempre corriendo un poco de peligro. Emprendiendo una misión secreta para conocer a más desconocidos. Gente de verdad. Un viaje de carretera a ninguna parte.

En todo caso, yo he estado alucinando cúspides desde que llevaba pañales. Mis padres solían conectar mi puerto a cúspides de enriquecimiento de desarrollo de bebés. La mitad de mi infancia me la pasé enchufado a cúspides de canguros. Como artista neural, no ser capaz de conectarme me convertía en el equivalente a un pintor ciego o a un músico sordo. Peor que la peor de mis pesadillas.

Echo Lawrence: Rant levantó mi mano hacia mí y dijo:
—Huele.
Y yo me incliné hacia delante para oler, pero no olí nada más que mi piel, mi jabón y el olor plástico de mi pintaúñas de hace días. Y el olor a insecticida de él.
Mientras yo tenía la cabeza inclinada sobre mi mano, Rant se inclinó para acercarme la nariz al pelo y me puso los labios a un lado del cuello, debajo de la oreja; olisqueó y dijo:
—¿Qué cenaste hace dos noches?
Mis dedos todavía enredados con los suyos. Su aliento contra mi cuello. Con sus labios y la punta cálida de su lengua presionando húmedamente sobre una vena, palpando el latir de la sangre en mi cuello, yo le dije:
—¿Pavo? —Y dije—: ¿Lasaña?
Y soltándome el aliento cálido y susurrándome al oído, Rant dijo:
—Ensalada de tacos. Con cebolla blanca, ni amarilla ni roja. —Dijo—: Lechuga iceberg en juliana. Pollo triturado.
Y mientras se me ponían duros los pezones, le pregunté:
—¿De carne blanca u oscura?
Shot Dunyun: Un catarro puede distorsionar la forma en que se alucina una cúspide, igual que la comida nunca sabe igual cuando estás enfermo. Debía de ser que me estaba resfriando. Pero al cabo de una semana ni me moqueaba la nariz ni me dolía la garganta, y yo seguía sin poder conectarme y alucinar una buena cúspide. Para entonces, ya me temía un tumor cerebral.
Echo Lawrence: Rant me besó los párpados y susurró:
—Tendrías que tirar esas rosas…
Nunca había estado en mi apartamento. Por entonces, Rant ni siquiera sabía dónde vivía yo. Le pregunté:
—¿Qué rosas?
—¿Eran de un novio? —me dijo.
Le pedí que me dijera el color de las rosas.
—¿Eran de una novia? —me dijo.
Le pregunté si me había estado siguiendo.
Y Rant dijo:
—De color rosa. —Sin dejar de besarme la frente, oliendo y probando mi piel, mis ojos cerrados, mi nariz y mis mejillas, me dijo—: Dos docenas. Rosas Nancy Reagan mezcladas con albada y claveles blancos pequeñitos.
Le conté que me las había regalado una pareja de mediana edad muy agradable para la que yo trabajaba a veces.
Shot Dunyun: El médico de la clínica me llamó una semana más tarde —en realidad solo era una mujer de la clínica la que me llamó— y me dijo que tenía que ir lo antes que pudiera. No quiso entrar en detalles sobre mi análisis de sangre. Ponen esa sonrisa embustera en su voz y salta a la vista que no tienen buenas noticias. Lo que pasa simplemente es que el departamento de contabilidad necesita que lo pagues todo antes de que la palmes. Así que allí fui, y el médico me dijo… que tenía la rabia. Va en serio, la rabia. Me puso la primera de las cinco inyecciones. Me dijo que no me podía prometer que pudiera volver a alucinar otra cúspide en mi vida.
Desde la misma clínica, desde la cabina que hay en la sala de espera, llamé a Echo y le dije que nunca, nunca dejara que Rant Casey le pusiera la boca sobre la suya.
Echo Lawrence: Rant me besó en la boca y me dijo que la pera de mi ducha no era de acerocromo sino de latón. Por mi olor y mi sabor, me dijo que yo dormía en almohadas de plumón. Y que tenía una vela con aroma a coco que no había encendido nunca.
Lew Terry (©*Encargado de mantenimiento de finca*): La única vez que entré en el apartamento del señor Casey fue con nuestro aviso estándar de veinticuatro horas para entrar en su alojamiento. Se rumoreaba que tenía animales domésticos. Cuando eché el primer vistazo, no vi nada. Un colchón en el suelo. Un contestador de mensajes telefónicos. Una maleta. En el armario colgaban todos aquellos monos de trabajo azules que eran la única ropa con que lo veías.

Limpio o sucio, Casey siempre olía a veneno.
Si alguien dice que me llevé algo, no había nada que llevarse.
Echo Lawrence: Yo no dejaba que Rant me besara porque olía mi comida. Pero sí lo besé después de ver la amabilidad con que trataba a una araña enorme y horrorosa. Mientras estábamos allí sentados en el asiento de atrás del Eldorado, se abrió la cremallera del bolsillo de la chaqueta y metió una mano dentro. Luego abrió los dedos para enseñarme la araña más grande y monstruosa que yo había visto en mi vida. Le dio la vuelta despacio a la mano y observó cómo la araña reptaba de la palma al dorso, posada sobre sus venas enormes.
Los dos nos quedamos mirando aquella araña monstruosa y yo le dije:
—¿Es venenosa?
Reluciente, no peluda. Con unas patas finas como ocho agujas hipodérmicas y negras como el tizón, la araña dobló las ocho patas y bajó el cuerpo hasta tocar la piel de Rant.
La araña era tan fea como yo me sentía.
Y Rant dijo:
—La llamo Doris.
Lew Terry: Y fue allí, en el fondo del armario de Casey, alineados en el suelo, donde encontré los frascos. Frascos de distintos tamaños de mayonesa y de encurtidos y de salsas para espaguetis, de cristal transparente o de color claro. Al principio parecían vacíos, hasta que destapé uno. Dentro no vi nada, pero cuando me dispuse a taparlo otra vez, en la parte interior de cada tapa había posada una araña enorme y negra. Hijas de puta enormes y peludas.
Me da igual lo que digan, yo no me llevé nada. Ni dinero ni nada.
Echo Lawrence: Nuestra respiración empañaba las ventanillas del coche, pero al ver aquella araña, los dos nos quedamos sin aliento. En cuanto Rant respirara, la araña lo mordería. Él tomó aire, yo tomé aire y Rant dijo:
—Baja tu ventanilla.
Yo abrí mi ventanilla.
Rant se inclinó por encima de mí y sacó la mano al aire nocturno. La sacudió y soltó la araña en los arbustos que había junto al coche y dijo:
—Buenas noches, Dorry.
Inclinado como estaba él sobre mi regazo, con sus caderas pegadas a las mías, pude sentir ya los efectos del veneno de la viuda negra.

Todd Rutz (*Tratante de monedas*): Más o menos por la misma época en que el chaval de los Casey estaba vendiéndome monedas, conocí a Lew Terry. Terry me había traído algunos especímenes bastante buenos. Si no recuerdo mal, un cuarto de dólar con cabeza de indio de 1910 en estado excepcionalmente bueno. Un cuarto de dólar con cabeza de la Libertad de 1907 casi sin circular. Nada espectacular, pero se las compré. No fue hasta que me entrevistó la policía cuando descubrí que Terry y Casey vivían en el mismo bloque de apartamentos.
Echo Lawrence: Mientras los labios de Rant me bajaban por la garganta, le desafié a que oliera qué tipo de método anticonceptivo usaba.
Rant bajó los labios por mi pecho y me dijo:
—Ninguno. Tuviste la regla hace treinta y cuatro… no… treinta y seis horas.
Cuando digo «por la garganta» quiero decir por fuera.
Todd Rutz: Aquel tal Lew Terry, estaba claro que era Nocturno de nacimiento. Pálido. Con la cara y las manos tan blancas como la piel con la que uno nace. Siempre llevaba la misma gabardina de color marrón grasiento y una especie de gorro de lana marrón demasiado calado.
Echo Lawrence:
—Además —dijo Rant—, ¿para qué iba a usar anticonceptivos una virgen?
Todd Rutz: Una noche en mi tienda, aquel tal Terry me ofreció la cabeza de la Libertad y la cabeza de indio y me dijo que necesitaba que le diera mil quinientos dólares a cambio.
Echo Lawrence: Por supuesto que era virgen. Con esta ramita retorcida que tengo por brazo. La mitad del tiempo no me daba cuenta, pero babeaba por una comisura de la boca. En el lado paralizado. Con mi trabajo, había convertido el ser tan poco atractiva como fuera posible en una

puta industria artesanal. ¿Cree usted que podía ponerme sexy? ¿Chasquear los dedos y pasar de friki de feria a vampiresa?

Todd Rutz: El tiempo iba pasando y el chaval de los Casey cada vez traía menos monedas. Monedas de cinco centavos con búfalo. Peniques con trigo. Nada muy memorable. Se le tenían que estar acabando las existencias.

Echo Lawrence: La noche siguiente, Rant me mandó dos docenas de putas rosas rojas. Y las llaves de un Galaxie 500.

Shot Dunyun: Aquellas putas inyecciones para la rabia tardaron una eternidad. Tampoco ayudaba el hecho de que yo no paraba de infectarme de nuevo a mí mismo con mi propio cepillo de dientes. Hacia el final, el puerto me quedó tan muerto como el bulto que tenía Rant Casey en la nuca. Criando malvas.

Lew Terry: El único otro detalle que recuerdo del apartamento de Casey es que, pegadas en la pared de al lado de su cama, encontré todas aquellas bolitas. Redondas y oscuras, como bichos. Blandas, como bolitas de hachís. Pero no olían a hachís.

Echo Lawrence: La primera noche que pasamos solos en el Eldorado, lo único que me venía a la cabeza era: gracias a Dios que los asientos de cuero son de color burdeos oscuro.

24
HOMBRES LOBO II

Vivica Brawley (*Bailarina*): ¿Ve usted que la piel de este pie se ve lisa y blanca como una pastilla de jabón? Antes del ataque yo tenía unos pies preciosos. Me lo decían montones de hombres. No importaba que estuviera desnuda del todo, lo único que yo tenía que hacer era sacarme los zapatos y los clientes me desembolsaban todo el dinero de las propinas.

Phoebe Truffeau, doctora (*Epidemióloga*): En el clímax de la guerra del Peloponeso, en el año 431 a.C., Tucídides escribió sobre una plaga que se extendió al norte desde Etiopía y cruzó Egipto y Libia. En Atenas, los ciudadanos sufrieron fiebre, estornudos y una tos violenta. Sus cuerpos tenían una lividez roja y resplandeciente, hasta que millares de personas se arrancaron la ropa y una sed inextinguible los llevó a ahogarse en el agua fría y profunda de las cisternas y pozos públicos. La ciudad-estado quedó desmoralizada y su armada, diezmada. Así es como el sarampión destruyó la civilización de la Grecia antigua.

En el siglo I a.C., una cepa muy virulenta de viruela hizo que los hunos abandonaran su Mongolia natal para ir al oeste, en dirección a Roma. Para el gran ejército de Napoleón, el enemigo supremo sería la bacteria *Rickettsia prowazekii*, también conocida como el tifus.

Nuestras grandes civilizaciones siempre han sido destruidas por enfermedades epidémicas.

Carlo Tiengo (*Encargado de discoteca*): ¿Viv? Mire usted, por entonces todas las bailarinas alucinaban algún efecto para estar siempre colocadas, o por lo menos mientras estaban actuando. La mayoría de nuestras bailarinas consumían cierto efecto opiáceo que la discoteca tenía a bien suministrar.

No era exactamente legal, mire usted, pero sí fácil de hacer. Alguien se coloca —se coloca de verdad, de forma primaria, inyectándose o esnifando—, y luego alucinan algún episodio comercializado, por ejemplo una transcripción de la pequeña Becky. Luego exo-cargan su experiencia y nosotros pasamos una ecuación de sustracción por esa transcripción para eliminar a la pequeña Becky del original. Lo que queda es efecto opiáceo puro. Un colocón inalámbrico. Un subidón puro que podemos emitir de forma concentrada sobre el escenario y convertirlo en un bucle para que el efecto no disminuya nunca. La bailarina se coloca bajo ese foco de sensaciones agradables y todas sus preocupaciones desaparecen.

Phoebe Truffeau, doctora: En 1347, Inglaterra era un país de granjeros de cereales, que cultivaban y exportaban trigo. Aquel año llegaron mercaderes italianos a Génova con la peste negra, y en 1377 ya había muerto un millón y medio de ingleses, un tercio de la población. Debido a que había tan poca gente disponible para el trabajo agrícola, toda la economía pasó de producir trigo a criar ovejas, y el sistema feudal inglés quedó destruido.

Vivica Brawley: Bernie estaba a cargo de la puerta. Lo que pasó fue horrible. La forma en que lo destrozaron, antes de que llegara la policía.

Carlo Tiengo: Los clientes, mire usted, son otra historia. Nuestro negocio es vender una experiencia primaria y única. Si pillamos a alguien transcribiendo o exo-cargando su experiencia en la discoteca, lo echamos a patadas.

A fin de proteger nuestro producto, hemos adoptado la política de emitir un efecto codificador. Que desactiva cualquier puerto que esté encendido. Si no lo hiciéramos, se nos llenaría el local de artistas neurales sentados en primera fila, exo-cargando hasta a la última bailarina y colgándola en la red. Un solo baile erótico exo-cargado puede destruir la carrera de una pobre chica. El primer cabrón paga para estar con ella, pero todos los demás se la llevan gratis.

Phoebe Truffeau, doctora: Durante la Gran Plaga de Londres de 1665, la tasa de muertes semanal fluctuó entre cien y cuatrocientas personas hasta el 1 de julio. Para mediados de julio, la tasa de muertes semanal había subido a dos mil. Para finales de julio, estaban muriendo seis mil quinientas personas cada semana, y para finales de agosto, siete mil. Aunque la fuente original de la peste bubónica habían sido las pulgas que transportaba la rata negra europea (*Rattus rattus*), el aumento espectacular de nuevas infecciones surgió de un cambio en la transmisión de

la enfermedad. En lugar de picaduras de pulgas, el organismo causante, la *Pasteurella pestis*, había empezado a contagiarse entre personas a través de las gotitas de saliva y moco expulsadas en la tos y los estornudos.

Carlo Tiengo: Era la rabia, por eso teníamos tanta clientela últimamente. Aquellos pervertidos la cogían y ya no podían alucinar sus guarradas de segunda mano de Internet. No les quedaba más remedio que bajar al centro y pagar por una experiencia primaria. Mire usted, tendría que habérmelo imaginado. Cualquier martes por la noche en que veíamos más de seis tíos en el público era una señal de aviso. La noche que perdimos a Bernie, debía de haber cincuenta tíos babeando alrededor del escenario. Con convulsiones. De las comisuras de los labios les colgaban largos hilos de babas. Fruncían los ojos hasta con poca luz. Tendencias que eran todas síntomas obvios de la rabia.

Phoebe Truffeau, doctora: A partir de 1490, una nueva epidemia recorrió Europa y Asia. El primer síntoma era una pequeña llaga en el lugar de la infección, que desaparecía en un intervalo de tres a ocho semanas, dejando una pequeña cicatriz. Al cabo de unas cuantas semanas, la víctima parecía haberse curado. Los chinos la llamaban la «enfermedad de Cantón». Los japoneses, la «enfermedad china». Para los franceses, era la «enfermedad española». Y para los ingleses, era la «viruela francesa». El nombre moderno deriva de un pastor imaginado en 1530 por Girolamo Frascatoro en su poema «Syphilis sive Morbus Gallicus».

Vivica Brawley: Uno de mis habituales, un Nocturno con calvicie, no tenía muy buen aspecto. Estaba sentado con los dos codos apoyados en el borde acolchado del escenario, babeando, con la baba cayéndole por la barbilla, reluciente. La regla era nada de tocar, pero él me ofreció un billete de cinco dólares, doblado a lo largo, como si me lo fuera a meter entre los dedos del pie. Era del sindicato de camioneros, si no recuerdo mal.

Antes yo acostumbraba a llevar las uñas pintadas de dos colores, en los tiempos en los que todavía tenía diez dedos en los pies. Hoy día, si me quitara los zapatos en un salón de belleza, la chica que hace las uñas saldría corriendo y chillando.

Phoebe Truffeau, doctora: En su estado latente posterior, la sífilis terciaria debilita los vasos sanguíneos, lo cual lleva a la muerte por fallo cardíaco o derrame cerebral. La enfermedad también se introduce en el sistema nervioso central y daña el cerebro. Los síntomas incluyen cambios de personalidad marcados por un optimismo maníaco y un aumento de la excitabilidad, que desembocan en parálisis general (GPI). Esta hiperactividad, combinada con las desinhibiciones que causa dicho daño cerebral, también puede espolear al individuo infectado a buscar el placer de la actividad sexual promiscua y compulsiva, lo cual propaga más la enfermedad, y le ha valido a la sífilis el apodo común de «la enfermedad de Cupido».

Carlo Tiengo: Viv estaba meneando los dedos de los pies tal como hacía siempre para aceptar propinas. El tío de las babas no era más que un pervertido que se pasaba después del trabajo el día de la paga. El tío se levantó de su taburete y se inclinó por encima del borde del escenario. Viv estaba sentada, apoyando el peso del cuerpo en las manos y acercándole el pie a la cara del tío, tal como les gusta a los pervertidos. Y entonces ella se puso a chillar.

Vivica Brawley: Mire aquí, en mi pie derecho, donde tendrían que estar los tres deditos pequeños… Todo eso es lo que se metió en la boca, el tío calvo del sindicato de camioneros. Me agarró el tobillo con las dos manos y dio un bocado, y yo me puse a llamar a gritos a Bernie. Carlo estaba detrás de la barra, sin hacer nada. Con el otro tacón me puse a darle patadas al camionero en la frente, en los ojos. Fue entonces cuando Bernie lo agarró por el hombro desde detrás y le hizo darse la vuelta.

El ruido de sus dientes al juntarse, el «clic» que hicieron, no me lo puedo borrar de la cabeza. Desde el momento en que oí aquel clic, mi pie tiene el aspecto que tiene ahora.

Phoebe Truffeau, doctora: Antes de 1564, Iván IV, el primer Zar de Todos los Rusos, había permitido la libertad de opinión y de expresión. Iván aceptaba toda clase de peticiones de sus súbditos, y hasta el ciudadano más pobre tenía acceso a él. De sus tres hijos, uno murió a los seis meses, otro era letárgico y corto de luces y el tercero se unió a su padre mientras este se iba ganando gradualmente el apodo de Iván el Terrible.

Los tres hijos sufrían sífilis congénita. A medida que su sífilis cerebral avanzaba después de 1564, el padre sentenció a miles de personas a morir en el fuego y hervidas. En la ciudad de Novgorod, el zar y su hijo pasaron cinco semanas matando prisioneros a latigazos, asándolos vivos o ahogándolos bajo el hielo que cubría los ríos. El 19 de noviembre de 1581, el zar mató a su hijo y tocayo clavándole una lanza con punta de acero.

Carlo Tiengo: Benjamin Searle, o «Bernie», como lo llamaban, era un tío enorme. Llegaría fácilmente a los ciento cincuenta kilos. Había jugado al fútbol americano profesional una temporada con los Raiders. Bernie le dio la vuelta al psicópata. Le separó las mandíbulas del pie de Viv y le dio la vuelta, y fue entonces cuando el psicópata le clavó los dientes en un lado del cuello. En la vena esa que hay ahí. La yugular.

Phoebe Truffeau, doctora: Entre la gente que quedó lisiada o murió por culpa de la sífilis está el rey Enrique VIII de Inglaterra, así como Carlos VIII y Francisco I de Francia. Entre los artistas están Benvenuto Cellini, Toulouse-Lautrec y el escritor Guy de Maupassant.

En el París de 1500, un tercio de los ciudadanos era portador de la sífilis. Entre la nobleza francesa, aquellos que no estaban infectados, de acuerdo con Erasmo, eran acusados por sus coetáneos de toscos e ignorantes. Para 1579, el cirujano William Clowes escribió que tres cuartos de la población de Londres eran portadores de la enfermedad.

Vivica Brawley: Es raro las cosas de las que una se acuerda, pero me miré el pie y vi que de él salían unos cables. Cables plateados y de plástico rosa. Y durante un segundo de locura pensé: soy un robot, alguna clase de androide, y hasta ahora no me he dado cuenta… Pero no. Estaba colocada por el efecto alucinado, además de sangrando y en estado de shock. Pero no era ninguna androide.

La explicación del cable era que el tío calvo llevaba un postizo parcial, una dentadura postiza en la mandíbula superior, y los dos dientes que la componían seguían clavados en mi pie. Sus dientes de verdad estaban clavados en la garganta de Bernie.

Phoebe Truffeau, doctora: Como pasó con la peste bubónica, el ritmo de transmisión de la sífilis se disparó debido a un cambio en la naturaleza del organismo causante. Más que haber sido importada del Nuevo Mundo, lo más probable es que la enfermedad derivara de la infección africana de la piel conocida como frambesia, que se propagaba principalmente por el contacto corporal entre los niños que jugaban desnudos. En términos bacteriológicos, las dos enfermedades son idénticas, aunque la frambesia se propaga mediante cualquier contacto físico donde haya erupciones cutáneas. Debido a la ropa que se necesita en el clima más frío de Europa, la frambesia emergió como una enfermedad que se propagaba mediante el método predominante de saludo: el beso en la boca. Solamente cuando la sífilis se convirtió en epidemia, los europeos abandonaron el beso en favor del apretón de manos, y la enfermedad asumió su forma venérea actual.

Carlo Tiengo: Fue la visión de la sangre o algo, pero hasta el último baboso y pervertido que había en la discoteca se tiró encima de Bernie. Viv y las demás chicas se encerraron con llave en los camerinos. El camarero y yo nos encerramos en la oficina y llamamos a la poli. La puerta era de roble macizo, tan gruesa como una guía telefónica, y aun así podíamos oír a Bernie pidiendo ayuda a gritos.

Phoebe Truffeau, doctora: Sería bastante realista suponer que, al igual que la peste bubónica y la sífilis, la epidemia actual de rabia se debe al contacto casual, con lo que se convierte en una enfermedad cimótica común en las ciudades muy pobladas. Igual que la sífilis, la enfermedad pone al sujeto en un estado agitado en el que es más probable que busque a otra gente para contagiarla. Además, los daños causados por el *Lyssavirus* al sistema nervioso central evitan que el afectado «alucine» o disfrute del entretenimiento solitario de las transcripciones neurales. Esta incapacidad aumenta la probabilidad de que el individuo infectado busque diversión fuera de su casa, permitiéndose interacciones sociales peligrosas como las «choquejuergas» y el sexo promiscuo.

Vivica Brawley: Pobre Bernie. Después de que la poli mató a tiros a todos aquellos tipos, tuvieron que hacerles la autopsia para encontrarles en el estómago todos los trozos que le habían

arrancado. Las orejas de Bernie y su nariz y sus labios. Los cirujanos del hospital me enseñaron unos dedos de pies que tenían en un cuenco de agua salada y se ofrecieron para volvérmelos a coser. Las uñas todavía tenían aquella pedicura de dos colores tan bonita con las puntas de las uñas blancas.

Pero yo me limité a mirar aquellos dedos mordidos por un miembro del sindicato del transporte, y a medio digerir, y les dije a los médicos:

—No se molesten.

25

LA CABEZA DE TURCO

Irene Casey (☼*Madre de Rant*): Depende de si cree usted a la chica deforme o cree a la policía, pero la primera noche que pasaron juntos fue la misma noche en que se supone que Buddy mató a aquella mujer. La que tenía la tiendecita de animales, aquella tal Libby.

Shot Dunyun (☾*Choquejuerguista*): Lo mejor de la choquejuerga es lo mucho que se parece a la vida real. O sea, a un conductor borracho no le importa que lleves años pintando y que tu primera exposición en una galería se inaugure la semana que viene. A ver si no es un marrón. Ese alce de doscientos cincuenta kilos, el que acecha en las sombras al borde de la carretera, listo para saltar, no tiene ni idea de que tu bebé tiene que nacer la semana próxima.

La funda grasienta de frenos o el tío que habla por el móvil…

Los pernos sueltos o el camionero soñoliento…

No importa una mierda que lleves tres años sin probar la bebida o que por fin estés buena en biquini o que hayas conocido a la persona perfecta y te hayas enamorado de ella profunda, salvaje y apasionadamente. Hoy, cuando recojas la ropa de la lavandería, mandes esos informes por fax, dobles la ropa limpia o laves los platos de la cena, algo que no te esperas ya te estará acechando.

Agente Romie Mills (☾*Detective de homicidios*): Edith Libby, la víctima, medía metro setenta y tres y pesaba cincuenta y nueve kilos. Su cuerpo se descubrió durante el rastreo del toque de queda matinal en una zona que bordeaba distritos tanto Diurnos como Nocturnos. La causa de la muerte no fue evidente, de entrada. Tampoco había heridas a la vista. El lugar en cuestión no estaba vigilado por el sistema de cámaras de la calle.

Shot Dunyun: Mi forma de soportar ese hecho, esa bala o ese conductor borracho o ese tumor que lleva escrito tu nombre, es irme de choquejuerga. Así, durante una noche soy yo quien controla el caos. Participo junto con ese destino macabro que no puedo controlar. Bailo con lo inevitable y sobrevivo.

Un pequeño ensayo general que hago de vez en cuando.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (☾*Historiador*): Toda idea de Progreso depende de no mirar con demasiada atención al pasado. Es innegable que las calles están menos atestadas de lo que estaban antes de la implantación de los toques de queda de la ley I-SEE-U, pero la sociedad siempre tendrá que tratar con cierto grado de resentimiento entre la gente que se siente estafada por sus circunstancias inmediatas.

Lynn Coffee (☾*Periodista*): Estudie usted cualquier bonita democracia, desde la antigua Grecia en adelante, y verá que la única forma en que funcionan todos los sistemas es con una clase obrera de esclavos. Peones que transporten la basura para que la clase alta pueda hacer campaña y votar. Los Nocturnos se habían convertido en eso: en un método eficaz y eficiente para esconder a los esclavos donde uno no los viera.

Perdóneme, pero después de dos décadas de informar sobre política local, creo que me he ganado el derecho a decir por fin la verdad. Y la verdad es que ningún Nocturno ha sido nunca elegido presidente.

Agente Romie Mills: Wade Morrison fue otra historia. Edad: veinticuatro. Nocturno de nacimiento. Se desplomó en plena noche, igual de muerto que la señorita Libby. Cierto, al principio no tratamos aquellas muertes como homicidios *per se*, no hasta que empezamos a ver que estaban relacionadas.

Lynn Coffee: Sigue siendo segregación, aunque no en el espacio: no tiene lugar en el asiento de atrás de un autobús ni en el palco de un cine. Es segregación en el tiempo. Adelante, llámelo contrato social, igual que los límites de velocidad o los reglamentos de edificación, pero sigue siendo vivir en el turno de noche. Retrásese usted solamente un tictac del reloj después del toque de queda y descubrirá la igualdad de la que disfruta.

El argumento con que se defienden es que los Nocturnos siempre pueden abandonar las áreas

urbanas y vivir en distritos rurales donde no esté vigente la ley I-SEE-U. Pero para eso hace falta dinero. Además, la mayoría de las oportunidades de trabajo y enseñanza están en las ciudades.
Agente Romie Mills: En el caso de la muerte de Morrison, teníamos testigos de que la víctima había estado sufriendo cambios de estado de ánimo y brotes de agresividad. En medio de uno de esos brotes, un Diurno se había negado a servir al difunto después del toque de queda. Un método clave para hacer cumplir el toque de queda es imponer multas a las empresas que sirven o venden sus productos a la gente que resulta estar fuera de sus domicilios violando su estatus temporal. En el caso de Wade Morrison, un empleado de una tienda de comestibles le pidió que le enseñara su carnet de estatus. Cuando se vio que Morrison era Nocturno, el empleado Diurno se negó a venderle cigarrillos, y los testigos informan de que Morrison lo amenazó verbalmente y abandonó la tienda.
Irene Casey: Mientras todo esto tenía lugar, Buddy estaba en compañía de aquella chica de la cara torcida.
Oh, el gobierno tenía sus huellas dactilares, de cuando él mandó su solicitud para convertirse en persona nocturna. Conocían hasta el último detalle que necesitaban conocer para convertirlo en cabeza de turco. Un chico así, que venía de la nada y de ninguna parte… ellos necesitaban encontrar a un don nadie, y eso es lo que pasó.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Entre los elementos de protesta de la cultura Nocturna, mi favorito es la facción que quiere prohibir el sol. Venden ropa y adhesivos con sus eslóganes. Por ejemplo: «Fuera el sol». O «La luna ya da bastante luz». Por desgracia, entiendo que esa gente preocupe a los poderes fácticos. El último problema que necesita este país es una guerra civil que enfrente la noche con el día.
Otro adhesivo habitual dice: «¡Llevaos el día!».
Lo que para unos es un chiste para otros puede convertirse fácilmente en una llamada a las armas. Los historiadores conjeturan que *Mein Kampf* fue escrito como una sátira bastante sutil, como una parodia que el público general interpretó de forma demasiado literal.
Lynn Coffee: Fue Thomas Jefferson quien nos advirtió de que todo país necesita siempre una frontera a modo de válvula de escape o de lugar donde almacenar a la perpetua marea de lunáticos e idiotas. Esto no se encuentra en ningún sitio de la propaganda oficial, pero la noche es el gran cubo de basura donde tirar a la gente con problemas mentales. Los solitarios iracundos. Los lisiados. Los Nocturnos tienen cobertura médica gratuita. Es parte del programa de incentivos. Las clínicas son asquerosas y están abarrotadas, pero son gratis. La vivienda está subvencionada. Los trabajos tienen más tendencia a ser no cualificados, pero ofrecen un diferencial de salario de un par de pavos por encima del mismo trabajo de mierda en horario diurno. No es de extrañar que los inadaptados de la sociedad acaben siendo Nocturnos.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: En retrospectiva, no teníamos ni idea de lo que estaba pasando. Como es natural, nos enterábamos de las muertes por el periódico, pero yo nunca me detuve a pensar en ellas. Nos preocupaba mucho más prepararnos para la próxima Noche de Luna de Miel, o decorar un árbol de Navidad para la Noche de Árbol que se acercaba. Una sombra ominosa se estaba cerniendo sobre Rant, y nosotros nos dedicábamos a discutir si colgábamos luces blancas o multicolores en nuestro árbol. ¿Pontiac o Dodge? ¿Pino o pícea?
Agente Romie Mills: La tercera víctima murió de la misma forma que las dos primeras. La autopsia reveló encefalitis y mielitis en el cerebro, además de cuerpos de Negri en las células piramidales del hipocampo y en las células de Purkinje del cerebelo. En pocas palabras: rabia. Las tres víctimas murieron de rabia sin diagnosticar y sin tratar.
Irene Casey: Buster nos escribió para decirnos que estaba muy enamorado y saliendo con alguien. Su padre y yo rezábamos para que se estuviera refiriendo a la chica y no al chico.
Agente Romie Mills: De acuerdo con los Centros para el Control de Enfermedades, el caso diagnosticado de rabia más reciente en la zona había sido un hombre de veintiséis años llamado Christopher Dunyun.
Fue durante nuestra investigación preliminar cuando la cuarta víctima se desplomó y murió de encefalitis causada por una rabia que no le habían diagnosticado. El miedo que teníamos era que

la enfermedad pudiera estar propagándose de forma exponencial. Podíamos enfrentarnos a un centenar de personas que no sabían que estaban infectadas o a diez mil.
Shot Dunyun: Podía haber sido un terremoto lo que matara a Rant Casey. O un incendio. O una puta cepa de alguna gripe asesina.
Resulta reconfortante saber, después de todos los accidentes de choquejuerga a los que he sobrevivido, que el día en que por fin conozca a la Muerte, los dos seremos viejos amigos que se reencuentran.
Yo y la Muerte, separados al nacer.

26
NEGARSE A ACEPTAR

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): A ver si esto no es raro. La última noche que salí con Rant Casey desperdiciamos toda nuestra ventana Chocando por Piedad. Cuanto más daños tenga tu coche en la parte frontal, mejor pinta tienes en las choquejuergas. Hay equipos que yo conozco que se lían a mazazos contra el parachoques y los guardabarros delanteros de cualquier coche nuevo, la emprenden a golpes con los faros y la rejilla del ventilador para no parecer novatos.

Lo que te quita estatus son los daños de cuando te golpean por detrás. En primer lugar, porque te identifican como un pringado, de tantas veces que te han cazado. En segundo lugar, porque cuando has recibido muchos daños, ya nadie se molesta en perseguirte. Los Tiburones siempre procuran que los daños que te causan resulten bien visibles. Todos los equipos buscan algo prístino que embestir. Puede que lleves media noche persiguiendo a un coche destrozado, pero si de pronto se cruza uno con una mano de pintura impecable, una carrocería nueva de concesionario y enseñando la bandera, te vas a por la virgen.

Neddy Nelson (*Choquejuerguista*): En las choquejuergas, ¿sabe qué quiere decir una Noche de Saldo? ¿Sabe que la bandera es escribir precios con números muy grandes en el parabrisas y la ventanilla trasera? ¿Que, para que la bandera sea exclusiva, siempre debe marcar trece mil dólares y cincuenta centavos de precio? ¿Se imagina el jaleo que se armaría si la bandera fuera cualquier cantidad?

Shot Dunyun: Una Noche de Ciervo Muerto estábamos de paseo con nuestro ciervo de poliestireno atado al techo cuando un puto Park Avenue salió disparado de la nada. Se estampó en nuestro faro derecho, nos rompió un manguito del radiador y nuestro refrigerante acabó en una alcantarilla. El Park Avenue se retiró sin nada más que daños en la carrocería. Hasta con las ventanillas subidas se les oía reír. Rant se bajó de nuestro asiento trasero y caminó hasta el equipo del otro coche. El señor Millonetis se inclinó sobre la ventanilla del conductor y se sacó un fajo de billetes del bolsillo de atrás. Ellos firmaron su recibo de color rosa y se llevaron su ciervo muerto a casa en el autobús. Nosotros trasladamos nuestro ciervo a su coche y jugamos el resto de la ventana en aquel Park Avenue.

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): En una carta que me escribió, Rant me contaba que, como todo el mundo iba en coche, no se podía distinguir a los hombres de las mujeres. A los blancos de los negros. En su opinión, los equipos a los que costaba más vencer eran siempre los lisiados. Los lisiados o los maricas. Bastaba con meterlos en un coche en igualdad de condiciones con el resto de la gente y les salía toda la frustración acumulada. Nadie conduce tan a lo bestia como los parapléjicos con controles manuales. O las chicas flacas de cuarenta kilos.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): La noche en cuestión, la última que pasamos juntos, era una Noche de Colchón. Lo que mejor recuerdo de la velada es a Rant Casey desabotonándose el mono de trabajo azul, bajo la luz brillante de un aparcamiento, mientras bebíamos café. Me acuerdo de que tenía centenares de pezones extra por todo el pecho, incontables verdugones hinchados y redondos.

—Arañas hobo —me contó—. Me he encontrado algunas en el trabajo.

Y dijo que había intentado meterlas en casa a escondidas dejándoselas caer por dentro del cuello abierto del mono.

Shot Dunyun: En ciertas ventanas de juego, si no golpeas a nadie y nadie te golpea a ti, te puedes estampar contra un Tiburón viejo y destartalado para no irte a casa decepcionado. En cualquier ventana de juego verás coches sparring traqueteando por ahí, envueltos en su propia nube de humo azul, con los traseros convertidos en bolas arrugadas de chapa de metal temblorosa y chirriante. Chatarra rodante. Tú consigues golpear algo, y ese Tiburón sparring se siente parte de la partida.

Cuando chocas contra una de esas tartanas por lástima o por desesperación, eso es lo que

llamamos Chocar por Piedad.

Echo Lawrence (ℂ*Choquejuerguista*): Venga ya. Dunyun no paraba de soltarme: «¡No lo hagas!». No te mezcles con Rant. No te enamores. Dunyun no paraba de llevarme aparte y decirme: «¿Todavía puedes alucinar algo?». Y de soltarme: «¡Es la rabia!».

Yo durante meses dejé que Rant montara en mi asiento de atrás.

Shot Dunyun: En nuestra última partida como equipo, estábamos jugando una Noche de Colchón. Había gente que pintaba su colchón de negro con espray para que costara más verlo. Si quiere mi consejo, lo mejor es bajar las ventanillas de los lados y pasar la cuerda por dentro de su coche. Luego atas bien el colchón y dejas el nudo por dentro. Así, si viene la policía a husmear, puedes deshacer el nudo de un tirón y librarte del colchón. El colchón resbala y se cae, arrastrando las cuerdas y convirtiéndote en un coche inocente de los muchos que circulan por la calle.

En nuestra última Noche de Colchón, cada vez que veíamos alguna bañera petardeando y traqueteando con un colchón sucio atado al techo, Rant decía:

—Dales un buen golpe. —Y decía—: Dales un porrazo y alégrales la noche.

Echo Lawrence: Escuche esto. Rant era todo un romántico. Una cosa es comprarle rosas a una chica para que ella pueda verlas marchitarse y pudrirse. Pero es un detalle mucho más bonito darle a la chica un Skylark totalmente equipado para que lo pueda destrozar. En una Noche de Luna de Miel, mi amorcito me regaló las llaves de un Lincoln Continental blanco con todo eléctrico. Una maravilla con ruedas. Un coche tan elegante, y con un equipo de música tan potente, que en un momento dado un Jetta nos embistió desde atrás, enganchando su morro por debajo de nuestro parachoques trasero, y ni siquiera nos dimos cuenta. Nos pasamos media partida arrastrando aquel cochecito lleno de gente enfadada sin darnos cuenta.

Shot Dunyun: A ver si no es una mierda. Cuando Chocas por Piedad, en cuanto separas tu parachoques de un trasero todo abollado, caído y oxidado, te arrepientes de no haberte retirado a casa sin golpear a nadie. Te puedes sentir tan sucio y triste que ni te molestas en salir y gritar. Simplemente golpeas y te largas. Golpeas y te largas. Las reglas de la choquejuerga dicen que eso es falta, pero lo más probable es que el montón de chatarra esté demasiado agradecido para señalártela.

Lo peor de todo es que te puedes imaginar a ti mismo al cabo de unos cuantos años más de choquejuergas, arrastrando tu trasero abollado por ahí, confiando en que haya alguien lo bastante aburrido o desesperado como para golpearte. Una de las razones principales de que golpees y te largues es que ya es triste ver al coche sparring, pero resulta insoportable ver al conductor. Suele ser alguien que lleva collarín cervical, o que camina con bastón, agarrotado y cojo. Lo más probable es que tú también acabes así dentro de unos años.

Echo Lawrence: Déjeme pensar. Rant me compró un LeSabre que no pude convertir en siniestro total lo bastante deprisa. Me compró un Cavalier que estampé en el trasero de un Audi. Luego me compró un Regal que hice chocar contra el costado de un Taurus después de dar un volantazo. No, espere, en medio hubo un Grand Am. Un Grand Am y un Cougar y un Grand Marquis. Ah, y el Lebaron que incendiamos cuando intentábamos comer *fondue* durante una partida. Tal vez este último no tendría que contar.

Shot Dunyun: Estábamos parados en un semáforo cuando apareció una tartana tosiendo y temblando, a una manzana por detrás de nosotros, acercándose para golpearnos el trasero. El traqueteo de los empujadores del motor se oía a una manzana de distancia, los muelles le chirriaban y los faros le parpadeaban. La correa del ventilador rechinaba y sobre el techo le temblaba un colchón todo manchado. Aquel monstruo se acercaba a paso de tortuga, pero nosotros estábamos atrapados en el tráfico, esperando que cambiara el semáforo.

El semáforo se puso en verde y aquel monstruo seguía acercándose a paso de tortuga, arrastrándose hacia nuestro parachoques. Echo empezó a pisar el acelerador, pero Rant le dijo:

—Espera.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: El joven Rant estaba llevando a cabo el más amable y gentil de los actos de generosidad.

Shot Dunyun: Nos pasamos esperando todo aquel semáforo en verde, luego un semáforo en rojo y la mitad de otro semáforo en verde antes de que aquella vieja cafetera petardeante y temblorosa… nos diera un golpecito en el parachoques y cayera muerta. Cayera redonda. La correa del ventilador soltó un gemido y calló para siempre. El vapor le salía hirviendo por la rejilla y la chapa de metal suelta y los adornos de acerocromo dejaron de repicar. El viejo coche pareció desplomarse sobre los topes de su eje y por fin el conductor salió. Un chaval, debía de tener dieciséis años. No es broma. Un chaval que se llamaba Ned… Neddy… Nick, no me acuerdo.

Nuestro coche era un Caddy Seville. Teníamos sitio, así que Rant le ofreció al chaval el puesto de mascota en el medio de nuestro asiento de atrás. Éramos el primer coche que el chaval golpeaba en su vida. Me acuerdo de que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Otro elemento agradable de las choquejuergas era lo que tenían de piñata. Proyectábamos los peores aspectos de nosotros mismos en los vehículos que nos rodeaban en la calle. A aquellos conductores que pasaban como balas a nuestro lado nos los imaginábamos llenos de arrogancia. A los conductores lentos detrás de los cuales nos quedábamos atrapados nos los imaginábamos dictatoriales o enfermos.

La diversión se produce cuando, con un solo golpecito o arañazo, ese vehículo enemigo se abre de golpe para revelar a coleccionistas de sellos, fans del fútbol, madres, abuelos, deshollinadores de chimeneas, cocineros de restaurantes, empleados de bufete, pastores, maestros, conserjes, excavadores, miembros de la Iglesia Unitaria, miembros del sindicato del transporte, jugadores de bolos, seres humanos. Escondida en el interior de esa pintura y de ese cristal duros y relucientes hay otra persona tan blanda y asustada como tú.

Shot Dunyun: Cuando Chocaba por Piedad, Rant siempre intentaba no dar demasiado fuerte. Una abolladura aquí. Una muesca allí. Esos golpes que se dan al flirtear. Me acuerdo de que me dijo que se había quedado sin dinero y que no nos podía comprar otro coche. Dijo que el coche que estábamos conduciendo, el Caddy aquel, iba a tener que durarnos durante otra Noche de Árbol.

Echo Lawrence: Antes, cuando he dicho que dejé que Rant «montara en mi asiento de atrás», no era un eufemismo.

Neddy Nelson: ¿Sabe usted cómo de genial era Rant? ¿Sabe lo que hizo cuando me dejaron en mi edificio, justo antes del toque de queda? Cualquiera le puede decir que Rant me tiró una moneda de oro y me dijo: «Para tu próximo coche…». ¿Se imagina usted mi sorpresa cuando la tienda de monedas me ofreció diez mil dólares por aquel dólar con cabeza de la Libertad de 1884? ¿Acaso hubo alguna vez alguien tan generoso? Si no fuera por Rant Casey, ¿cree usted que habría tardado tan poco en conducir otro coche?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Aquella moneda, si no me equivoco, era lo único que quedaba de la fortuna dilapidada del Hada de los Dientes de Rant Casey.

Echo Lawrence: Cuando Shot decía «la rabia», yo creí que me estaba diciendo «la labia». Los resultados fueron negativos, gracias a Dios, pero creo que me equivoqué de prueba.

27
NOCHE DE ÁRBOL

De las notas de campo de Green Taylor Simms (ℂ*Historiador*): Después de larguísimas deliberaciones, decidimos usar un árbol de verdad. Nos decidimos por un abeto noble. Engalanado con luces azules y coronado con una estrella azul resplandeciente. Atado a lo largo sobre el techo del Cadillac Seville, el árbol parecía un cometa azul: la estrella enorme se mecía por encima del parabrisas y dejaba tras de sí un rastro de cientos de chispas azules deslumbrantes.

Neddy Nelson (ℂ*Choquejuerguista*): ¿Cree usted que soy idiota si le digo que lo mejor de las choquejuergas, lo que hacía que fueran mejor que ninguna otra cosa, era el hecho de que eran como un interruptor? ¿Como un disyuntor automático? Imagine que su madre le está gritando, llamándole vago cabrón, y que pierde usted otro trabajo, y que sus amigos de la universidad tienen la vida montada y que usted no tiene ni una chica con quien salir. Imagine que tiene la cabeza llena de porquería y de golpe y porrazo —¡pum!— alguien se estrella contra usted, y usted se siente mejor. ¿Acaso no es como un regalo, que alguien se estrelle contra usted? ¿Acaso no sale usted del coche todo tembloroso y en estado de shock? Como si fuera un bebé al nacer. O como un masaje relajante que tiene lugar en medio segundo.

¿Acaso la choquejuerga no es como un tratamiento de electroshock para la depresión?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: La noche en que murió, Rant llevaba una camisa de tela vaquera azul con diversos arco iris y flores bordados con bastante entusiasmo, aunque no precisamente con pericia. Una camisa que estaba bastante lejos de sus habituales monos azules de trabajo que apestaban a insecticida. Creo recordar que llevaba aguileñas, o alguna otra especie nativa de flores, bordadas con hilo púrpura en un círculo alrededor del cuello. En el bolsillo de la pechera, por encima del corazón, flotaba un colibrí de color verde esmeralda que se alimentaba de un narciso amarillo.

Lew Terry (ℂ*Encargado de mantenimiento de finca*): La otra única ocasión en que entré en el apartamento de Casey fue un día en que bajé al sótano para vaciar los cubos del reciclaje y tirados allí en el cubo del cristal transparente me encontré aquellos mismos frascos que había visto en su armario, pero vacíos. Sin arañas. Encima de cada frasco, Casey había escrito el nombre «Dorry» o «June». En cada frasco había un nombre de mujer.

En la empresa donde trabajaba Casey, la empresa de fumigación, me dijeron que había dejado el trabajo. Se había estado dedicando no tanto a matar bichos como a trasladarlos. Tratándose de un caso de bichos, yo tenía permiso para usar mi llave maestra y echar un vistazo. En su apartamento no quedaba nada más que su maleta vacía y aquellos bultitos pequeños y oscuros que había en la pared junto a la cama, que no eran ni bichos ni ratas, no eran nada. La única cosa fuera de lo común era un huevo blanco normal y corriente, colocado en medio de la almohada de su cama. Y si alguien está diciendo que yo cogí aquel huevo, que sepa que fue la policía quien lo cogió. Desde entonces, el condado amenaza con multarnos, de tantas arañas venenosas que tenemos. Aquel loco hijo de puta debió de soltar toda su puñetera colección.

Echo Lawrence (ℂ*Choquejuerguista*): Imagíneselo. Habíamos mezclado horas enteras de villancicos para ponerlos a todo volumen. Durante un par de horas antes de la ventana de las diez, los equipos se dedicaron a pasear, luciendo sus árboles. Un desfile de coches de los que colgaban carámbanos plateados. Coches llenos de marañas de guirnaldas doradas que dejaban caer bolas de cristal que estallaban en la calle. Gente de pie en todas las esquinas, llevando gorros rojos con remate de peluche blanco, haciendo señales para que algún equipo les hiciera sitio, gritando y mostrando partes corporales desnudas para conseguir una plaza en cualquier coche engalanado con luces y adornos. Cientos de aspirantes a equipos de choque vestidos de Santa Claus.

Shot Dunyun (ℂ*Choquejuerguista*): A ver si no es raro. Pasabas junto a un Santa Claus que estaba de pie en una esquina, y el viejo y risueño Santa te enseñaba las peras. Los melocotones.

San Nicolás con tetas. Esa era la clase de carnaval en que se convertía la Noche de Árbol.
Echo Lawrence: Durante las dos horas previas a la ventana no existía la lealtad entre equipos. Mientras todo el mundo exhibía sus adornos, la gente entraba y salía de los coches. Paraban en boxes. Se formaban y se disolvían equipos. Como una fiesta caótica y confusa que tiene lugar en un mar agitado de coches iluminados.
Shot Dunyun: Un minuto aproximadamente antes de que se abriera la ventana, todos los coches apagaban las luces de Navidad y se dispersaban. A partir de ese instante, volvíamos a ser enemigos.
Echo Lawrence: Lo único que recuerdo es a Shot gritando: «¡Nada de muérdago! ¡Nada de besos! ¡Nada de rabia!».
De las notas de campo de Green Taylor Simms: La cultura de parar en boxes se desarrolló como una rama de las choquejuergas. Los equipos se paraban para reponer combustible, y sus miembros usaban los lavabos públicos y compraban comida y café. Al principio, los equipos llevaban a cabo estas tareas lo más deprisa posible y regresaban a la partida, pero de vez en cuando se quedaban un rato en una gasolinera o en el aparcamiento de un supermercado. La cultura de parar en boxes representa un refugio o sitio para descansar seguro durante cualquier choquejuerga.
La Noche de Árbol en cuestión nos paramos en una gasolinera. Rant nos dijo que él llenaría el depósito del coche mientras Echo, Shot y yo entrábamos a buscar provisiones.
Echo Lawrence: Allí de pie, mientras llenaba el depósito, Rant pidió cortezas de cerdo. Cortezas y refresco de zarzaparrilla.
Shot Dunyun: Yo pedí salchichas rebozadas con mostaza. Nachos. Tortitas de maíz para microondas.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Mi debilidad, lo confieso, es el regaliz Red Vines.
Shot Dunyun: Y cecina.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Es casualidad que casi nunca condujéramos el mismo vehículo más de tres semanas. Hay miles de posibilidades de destruir un coche, tanto desde fuera como desde dentro. El queso de las tortitas de maíz puede destruir el valor de reventa más deprisa que cualquier accidente con vueltas de campana.
Shot Dunyun: Salí de la tienda y Rant había desaparecido. No quedaba nada más que un charco enorme de gasolina allí donde el Caddy había estado aparcado.
Echo Lawrence: El coche había desaparecido, y a varias manzanas de distancia se veía un cometa azul volando por la calle. Y desplegado detrás del Seville, un bosque rodante de árboles oscuros y muertos se dedicaba a perseguirlo. Igual que una manada de lobos. Rant había dejado encendidas las luces de Navidad y ahora lo estaban persiguiendo todos los coches de la partida.
De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Esto nos acaba de llegar. Se está produciendo una persecución policial por el bulevar Landover. De acuerdo con los informes, el vehículo sospechoso es un Cadillac Seville blanco que se ha saltado un semáforo en rojo en el cruce de Winters con la calle Ciento veintidós. En estos momentos, el Seville se dirige al oeste por la carretera, y los últimos que lo han avistado señalan que el vehículo lleva un árbol de Navidad iluminado encima del techo. No es broma. Hay un árbol cubierto de luces de Navidad azules y atado encima del techo del coche que está huyendo. Lo persiguen tres vehículos de la policía, y se espera que un helicóptero se sume a la persecución. Además, parece haber un número inusualmente grande de mirones siguiendo al Seville, avanzando tranquilamente por el camino que van abriendo las luces y las sirenas de los polis. Les habla Tina Nosecuántos, informando para Tráfico Gráfico en la DRVR.
Echo Lawrence: Para flipar. Paré a un equipo y me metí en su coche. Me limité a decirles:
—¡Arrancad!
Eran una pandilla de críos fumetas. Señalé la calle, donde ya apenas se veían las luces azules de Rant a través del bosque de árboles muertos, y les dije:
—¡Por ahí!

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Más información sobre la persecución policial: en el intercambiador de Highland, un coche conducido por un particular se ha tomado la justicia por su mano, ha aparecido de golpe desde una travesía y ha embestido al coche del árbol de Navidad. Ahora el árbol azul va a toda velocidad en dirección este por la avenida Waterfront. Y menuda coincidencia, ¿no? La conductora que ha intentado parar al coche en fuga también llevaba un árbol de Navidad encima de su coche. Supongo que debe de ser la época. Les habla Tina Nosecuántos, informando para Tráfico Gráfico en la DRVR.
Shot Dunyun: Estaba allí plantado con las manos llenas de comida basura, regaliz Red Vines y cosas por el estilo, y Echo se largó sin más. Green se dirigió a la acera y paró un taxi. No había ni rastro de ninguno de los dos. Rant se había largado y yo me había quedado en la acera sosteniendo unas tortitas de maíz para microondas y un puto refresco de zarzaparrilla.

Symon Praeger (©*Pintor*): Yo tenía el coche parado frente al surtidor tres. Y el hombre aquel, Casey, que estaba en el surtidor siete, sacó de un tirón el pitorro de su depósito. No fue ningún accidente. Se puso a rociar el árbol de Navidad que tenía encima del coche. Empapó hasta la última rama. Le chorreaba gasolina hasta de los paneles decorativos de las portezuelas.
De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: La policía y los agentes enviados de emergencia han pedido que los particulares se abstengan de interferir molestando al vehículo sospechoso. En estos momentos, por lo menos seis coches particulares han embestido al coche en fuga, todos ellos cargados también con árboles de Navidad. La policía culpa a esta oleada de accidentes de que el sospechoso haya logrado escapar.
Los helicópteros de la policía ahora informan de que el sospechoso principal se dirige al norte por la autopista Greenbriar. Les volveremos a informar cuando haya novedades. Les habla Tina Nosecuántos, informando para Tráfico Gráfico en la DRVR.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Perdóneme por sucumbir a la emoción del momento. No era mi intención abandonar al señor Dunyun. Actué en el acto, haciéndome con un medio de transporte y emprendiendo la persecución. El momento nos hizo sentir como si estuviéramos en una cacería —la plétora de luces y sirenas—, como si fuéramos una manada de sabuesos aullando detrás del mismo zorro.
Lo que recuerdo sobre todo del señor Dunyun en aquel momento de tensión es su boca abierta y su lengua atónita y toda cubierta de preparado de queso de color anaranjado. Me metí en la parte de atrás del taxi y me limité a decirle al conductor:
—Siga al árbol de Navidad azul…
De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: La persecución policial del Cadillac Seville blanco ha llegado al lado oeste de la ciudad. Se calcula que por lo menos dos centenares de vehículos han formado una oleada de tráfico detrás del coche del árbol de Navidad, que algunos testigos informan de que ha recibido como mínimo doce colisiones intencionadas de vehículos circundantes. Por el momento, el Seville parece haber perdido el parachoques trasero, el sistema de escape de humos y, a juzgar por las chispas que suelta, por lo menos una de las ruedas traseras va apoyada en la llanta. Se lo haremos saber si explota el depósito de gasolina. Les habla Tina Nosecuántos, informando para Tráfico Gráfico en la DRVR.
Shot Dunyun: A ver si no es una imbecilidad. De verdad nos creemos que una línea de pintura en medio de la calle nos va a proteger. Que una raya blanca o amarilla ofrece alguna clase de seguridad. Le puedo decir lo siguiente: Rant Casey nunca será uno de esos viejos Tiburones que arrastran el culo y confían en que alguien sea lo bastante amable como para embestirlos. No le miento, hay unas formas de morir peores que otras.
De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Lo que ha empezado como un intento de hacer parar a un coche por saltarse un semáforo en rojo ha ido creciendo hasta convertirse en uno de los pulsos policiales más dramáticos de esta ciudad. Pese a las protestas de la policía, los conductores siguen embistiendo al vehículo en fuga, rozándolo, dándole por detrás, arañándolo y abollándolo. Les iremos ofreciendo más información a medida que nos llegue. Les habla Tina Nosecuántos, informando para Tráfico Gráfico en la DRVR.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Si lo piensa uno bien, nadie cierra nunca una

calle por la muerte de un solo individuo. Todavía se puede circular por el sitio donde murió James Dean, o Jayne Mansfield, o Jackson Pollock. Se puede circular por el sitio donde un autobús atropelló a Margaret Mitchell. Lo mismo con Grace Kelly. Ernie Kovacs. La muerte es un suceso trágico, pero detener el flujo del tráfico siempre se percibe como un crimen todavía mayor.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: La persecución policial de nuestro Cadillac renegado con árbol de Navidad ha llegado al viaducto de la avenida Barlow.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Todos los accidentes de automóvil que he sufrido me han producido una sensación parecida, la de nadar a través de ámbar o de miel. Un instante se despliega durante años, el tiempo casi se detiene, del mismo modo que uno puede soñar horas o días enteros en los siete minutos que pasan entre pulsar el botón para dormilones y la siguiente alarma del despertador. El tiempo se cuaja o se congela hasta que eres capaz de recordar cada instante de cada instante de cada instante, igual que Rant podía notar el sabor de una vida entera con un solo beso.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: La persecución policial del árbol de Navidad se dirige por las rampas del lado este al viaducto de la avenida Barlow.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: En casi todas las creencias espirituales existe la idea común del Tiempo Liminal. Para los ascéticos, puede ser el momento de mayor sufrimiento. Para los católicos, es el momento en que la hostia de la comunión se presenta a la congregación. El momento es distinto para cada religión o práctica espiritual, pero el Tiempo Liminal en sí representa un momento en que el tiempo deja de avanzar. La definición en sí es un momento situado «fuera del tiempo».

Ese momento se convierte en la eternidad del Cielo o del Infierno, y alcanzar aunque sea un instante de Tiempo Liminal es la meta de la mayoría de los rituales religiosos. En ese momento, uno se encuentra completamente presente y despierto y es consciente… de toda la creación. En el Tiempo Liminal, el tiempo se detiene. La persona está más allá del tiempo.

Estar involucrado en un accidente de automóvil me ha llevado más cerca de esa iluminación que ningún ritual o ceremonia religiosa en la que haya participado alguna vez.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Lo último que hemos sabido es que el árbol de Navidad que había encima del Cadillac en fuga se ha incendiado de repente y se ha convertido en una hoguera llameante y lanzada a toda velocidad que arrasa con todo y va dejando una estela de humo azul y de chispas.

La policía ha cerrado el lado oeste del viaducto de la avenida Barlow. Ya hay colocada una barricada policial.

Shot Dunyun: No falla, en cada choque en el que he estado involucrado, el tiempo se ha ralentizado. Se ha vuelto lento como una fotografía estroboscópica, donde uno ve cómo la bala surca despacio el aire, presiona el costado de la manzana, abre un túnel en el interior de la misma, desaparece durante un segundo y después forma un bulto en el otro lado, desgarra la piel de la manzana y sale.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Aquí en la sala de redacción, acabamos de confirmar una llamada del conductor del Cadillac en llamas y los productores están conectando con él. ¿Tenemos al conductor en esta línea? ¿Todavía tenemos recepción?

Echo Lawrence: Es raro, lo que uno recuerda de una persona.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Con su árbol de Navidad de color azul todavía brillando, el Cadillac en llamas ha perdido el control, informa la policía, y ahora está derrapando en dirección al borde norte del viaducto de la avenida Barlow en su punto más alto por encima del río. Si tenemos suerte, la próxima voz que oigan tendría que ser la del conductor no identificado…

Echo Lawrence: Pero cada vez que Rant tenía un orgasmo, o en el momento siguiente a que nos embistiera otro equipo, justo cuando parpadeaba y parecía darse cuenta de que no estaba muerto, entonces siempre decía lo mismo. En ese momento Rant siempre sonreía, todo grogui, y decía:

—Así es como debería sentirse uno en la iglesia…

Rant Casey en Radio Tráfico Gráfico de la DRVR: «… Te quiero, Echo Lawrence, pero tengo que intentar salvar a mi madre».

Shot Dunyun: Se lo digo confidencialmente, pero antes de aquella noche yo ya llevaba semanas echando dentro del refresco de zarzaparrilla de Echo esa píldora abortiva del día después para los que cambian de opinión. Solamente por si acaso. Quién sabe cuántos Rant Casey pequeñitos le hice cagar.

Rant Casey en Radio Tráfico Gráfico de la DRVR: «¿…Y si la realidad no es más que otra enfermedad?».

28
ÓRDENES INCRUSTADAS

Wallace Boyer (*Vendedor de coches*): Recuerde que los vendedores de coches siempre adoptan uno de los tres estilos de aprendizaje: visual, auditivo o cinético.

Hablen con Echo Lawrence, por ejemplo, y verán que pone los ojos en blanco, como si mirara el techo. Una de cada dos frases que dice es «Tal como yo lo veo…» o «No le quite la vista de encima a esa puta de Tina Nosecuántos…». Para marcarle el ritmo a Echo, solamente hay que levantar la vista al pensar. Hágalo con sutileza, pero doble juntos todos los dedos de la mano izquierda para imitar la de ella. Acelere su respiración hasta llegar a unas cuarenta o cincuenta respiraciones por minuto. Parpadee por lo menos treinta veces por minuto.

Y recuerde siempre: la persona que hace las preguntas es quien tiene el control. La forma de obtener ese sí enorme e imposible es ir acumulando muchos síes pequeños y fáciles. El buen vendedor empieza haciendo lo que llamamos preguntas consiguientes y subsiguientes. Se trata de preguntas como: «¿Quiere usted hacer feliz a su mujer?» o «¿Es la seguridad de su hijo importante para usted?». Haga preguntas que la gente tenga que contestar con un «sí» completamente seguro. Pregunte: «¿Es importante para usted el consumo por kilómetro?» y «¿Quiere usted un coche fiable?». Limítese a ir amontonando esos síes pequeños.

Cuanto más diga que sí un cliente, más «maleable» se vuelve.

Luego hay otra clase de preguntas que se llaman «preguntas de control»; por ejemplo: «¿Le gustan a usted los colores claros u oscuros?». O «¿Está buscando usted un coche o una camioneta?». Las preguntas de control restringen las respuestas que el cliente puede dar. Está usted limitando las respuestas a las opciones que ofrece. ¿Dos puertas o cuatro puertas? ¿Descapotable o no? ¿Quiere asientos de cuero o de tela?

Y cuando alguien dice: «Espere» o «Escuche», eso se llama una «orden incrustada». Para vender coches, uno usa órdenes incrustadas todo el tiempo. Por ejemplo:

«Échele un vistazo a la pintura en dos tonos de esa belleza de coche, ¿quiere?».

«Dese el gusto. Palpe usted esa tapicería de cuero.»

«Caray, ¡pero escuche usted ese estéreo!»

Si presta usted atención a Echo Lawrence, verá que la mitad de lo que le sale de la boca son órdenes incrustadas.

Las preguntas de control, las preguntas subsiguientes y las órdenes incrustadas, así es como los buenos vendedores consiguen que usted se abra como ellos quieren. Marque usted el ritmo a Shot Dunyun limpiándose los labios con el dorso de la mano mientras habla. Cruce los brazos sobre el pecho y mueva la cabeza primero hacia un hombro y luego hacia el otro. Diga: «Lo que yo he oído es…» y «Lo que se dice en las calles es…». Convenza a Shot de que aprende usted de forma auditiva. Escuche cómo va introduciendo «puertas» en lo que dice: esos pequeños vislumbres de su vida personal. Su perra, por ejemplo. La doguilla que tiene. Y recuerde que él mirará siempre de un lado a otro mientras piensa en cómo murió su perra.

Pero si Shot Dunyun mira hacia su oreja derecha es que está mintiendo.

Por ahora, recuerde usted: Echo Lawrence es visual. Shot Dunyun es auditivo. Neddy Nelson es cinético.

En esta frase que acabo de decir, «recuerde» es una orden incrustada.

Y repito, la forma en que puede llegar usted a ese sí enorme e imposible es empezar a reunir un montón de síes pequeños y fáciles.

29
HOMBRES LOBO III

Neddy Nelson (*Choquejuerguista*): ¿Alguna vez le he contado el día más largo de mi vida? ¿El día en que estuve a punto de morir?

Jayne Merris (*Músico*): Si quiere saber lo que pienso, al principio era hilarante. Babosos, los llamaban mis amigos. A nadie que tuviera rabia en su estadio final le importaba un pimiento el toque de queda. Los Babosos ni siquiera se daban cuenta de que tenían la rabia. La mayoría de la gente infectada simplemente se sentía un poco más cabreada cada día que pasaba. Siempre estaban con los nervios de punta, o bien quejándose. Hacían cursos de control de la ira o tomaban inhibidores de la recaptación de serotonina. Hacían meditación en retiros espirituales zen o terapia de conversación cognitiva para intentar solucionar su ira cada vez mayor. Basura como la respiración profunda y la visualización creativa. Toda esa basura, hasta que un día se despertaban no solamente en el lado incorrecto de la cama, sino presa de convulsiones, con espasmos en la garganta y las piernas parcialmente paralizadas: convertidos en Babosos. Poco después los veías dando tumbos por la calle, filmados por las cámaras de tráfico, violando el toque de queda de las ocho de la mañana.

Phoebe Truffeau, doctora (*Epidemióloga*): Existía un precedente histórico. En 1763, durante la guerra británica contra Francia por los territorios de Norteamérica, la gran mayoría de la población de nativos americanos se puso del lado de los franceses. En gesto aparente de buena voluntad, los británicos suministraron a los aborígenes mantas que se habían usado en hospitales para tratar a víctimas de la viruela. Sin resistencia natural al virus *Variola major*, murieron incontables nativos americanos.

Galton Nye (*Concejal de la ciudad*): La epidemia de rabia fue trágica. Todavía hoy es una tragedia humana de dimensiones abrumadoras. De verdad que se me rompe el corazón, pero tiene que entender usted la necesidad de contener la enfermedad al segmento nocturno de la población. A los llamados Nocturnos. Convertir una tragedia limitada en el problema de todos no era la respuesta.
Pero, por favor, no fue un genocidio intencionado.

Neddy Nelson: ¿Está seguro de que no se lo he contado ya? ¿Que en una ventana de juego, cuando ya se acercaba el final de la ventana, no más de una hora antes del toque de queda matinal, un Tiburón se estampó contra mi rueda derecha de atrás? ¿Alguna vez lo han embestido a usted tan fuerte que se le va a la porra el eje entero? ¿Sabe cuántos cientos de kilos por metro cuadrado de fuerza de tensión hacen falta tan solo para desnudar los cables de un eje de acero reforzado? ¿Le sorprende que un porrazo de esas dimensiones me hiciera rebotar la cabeza en el volante y me dejara inconsciente durante un par de horas?

Galton Nye: Solíamos oír rumores de que había Nocturnos radicales que conspiraban para propagar la infección por todo el eje temporal. Por pura frustración, esos mismos activistas radicales acusaban a los Diurnos de haber diseñado la epidemia a fin de paralizar la tasa de nacimiento de Nocturnos y su supuesto ascenso inevitable a la mayoría de los votantes.

Jayne Merris: En las cámaras de tráfico, los Babosos iban dando tumbos, arrastrando una pierna, con la boca abierta y gruñendo. La misma gente que antes eran esposas, padres y hasta niños, ahora se habían convertido en locos furiosos y acechaban en los lavabos públicos y en los probadores de los centros comerciales con una sola meta: clavar en alguien sus dientes mojados de saliva.

Neddy Nelson: ¿Sabe cuáles son los únicos Tiburones que golpean tan fuerte? ¿Los únicos jugadores que pueden ser tan estúpidos? ¿Sabe lo que es un Baboso? ¿Se imagina usted a alguien con rabia en su estadio final, toda esa ira inagotable, se puede creer que aun así estén conduciendo y yendo de choquejuerga? ¿Y entiende usted ahora el caos en que se estaban convirtiendo las choquejuergas?

Phoebe Truffeau, doctora: En 1932, un estudio del gobierno identificó aproximadamente a

unos cuatrocientos hombres afroamericanos infectados por la sífilis. Pero en lugar de tratar la enfermedad, los funcionarios a cargo del estudio decidieron dejarla progresar durante cuarenta años, a fin de rastrear conductas subsiguientes de la enfermedad e ir haciendo autopsias a los hombres a medida que fueran muriendo. Conocido como el «Experimento Tuskegee», el estudio del Departamento de Sanidad estadounidense no terminó hasta 1972, cuando alguien dio la voz de alarma y filtró información privilegiada al periódico *Washington Evening Star*.

Galton Nye: Tuvimos que andarnos con cuidado. Todos los núcleos iniciales de infección se tenían que restringir a la noche, y el origen de todas las infecciones diurnas se estableció en las interacciones directas con Nocturnos. Debido a que muchos de estos encuentros tenían lo que se llama una naturaleza encubierta, en su mayoría relacionados con drogas ilegales o contactos sexuales, los Diurnos contagiados tardaban mucho en reconocer sus síntomas e informar de ellos.

Jayne Merris: Antes de los Babosos, se tardaba un minuto, como mucho, en hacer que la ciudad entrara y saliera del toque de queda. Las sirenas del toque de queda sonaban a toda leche: primero la advertencia de diez minutos y luego la advertencia de un minuto. Luego sonaba el timbre del toque de queda, y a cualquiera que siguiera en la calle las cámaras de tráfico le sacaban una foto o bien registraban la matrícula, y el programa estatal de identificación le mandaba una factura tremenda en concepto de multa. Quinientos o mil dólares, dependiendo de tu historial de violaciones previas.

Después aparecieron los Babosos y la policía no tardó en ampliar el viejo minuto del toque de queda a diez minutos, en hacer registros a pie y en asegurarse de que no había Babosos acechando detrás de los quioscos o de los coches aparcados. Después de que un baboso se escondió entre unos matorrales y asaltó a un montón de niños de cuarto de primaria a plena luz del día, el minuto de toque de queda se amplió a una hora entera. Lo que, si quiere usted saber lo que pienso, es demasiado tiempo.

Neddy Nelson: ¿Alguna vez se ha despertado usted con la frente ensangrentada y el volante hundido por el impacto? ¿Alguna vez se ha despertado oyendo las sirenas del toque de queda con los ojos pegados por la sangre? ¿Alguna vez ha abierto los ojos justo a tiempo de ver a una patrulla furibunda de policía del toque de queda peinando la misma calle donde está usted atrapado? ¿A una partida de ciudadanos armados y asustados que intentan hacer salir a cualquier Nocturno legañoso y deslumbrado como usted para pegarle un tiro?

Galton Nye: Se convirtieron en el equivalente biológico de los terroristas suicidas, esos maníacos con su supuesta hidrofobia que iban dando tumbos durante el cambio del toque de queda matinal.

Jayne Merris: Los Babosos se defendían bien de noche. Sin la luz del sol. Pero cuando las sirenas de la mañana aullaban, no eran capaces de abandonar las calles, y si las patrullas de policía del toque de queda pillaban a alguien escondido o huyendo, suponían lo peor y se limitaban a matar a la persona a tiros.

En mi opinión, a esas alturas una bala ya era lo único que podía curar a un Baboso.

Phoebe Truffeau, doctora: En 1940, cuatrocientos hombres, presos del área metropolitana de Chicago, fueron infectados en secreto con la malaria a fin de que los funcionarios de sanidad pudieran probar nuevos tipos de tratamiento para la enfermedad.

Neddy Nelson: ¿Sabe usted lo horrible que es la luz del día? ¿Alguna vez ha trepado desde el asiento delantero de un coche siniestro total hasta el trasero mientras una banda de asesinos a sueldo armados hasta los dientes avanza en dirección a usted? ¿Alguna vez se ha escondido usted debajo de la porquería que tiene en el asiento trasero, de la funda elástica del asiento y de la ropa sucia y los envoltorios de comida basura, contando los latidos de su corazón para evitar dar un salto, perder la cabeza y salir corriendo por la calle bajo una lluvia de balas?

¿Cuánto es el máximo de latidos del corazón que ha contado usted? ¿Alguna vez ha contado usted hasta diez mil latidos? ¿Hasta veinte mil? ¿Y qué me dice de 41.234?

Galton Nye: Se me rompe el corazón, pero teníamos que pensar en nuestros hijos. En nuestras familias. Los ciudadanos tienen la responsabilidad personal de vivir sus vidas de una forma que minimice su exposición a una enfermedad peligrosa. Los miembros productivos y decentes de

cualquier sociedad tienen la responsabilidad de proteger a la siguiente generación.
Nuestros niños son realmente el futuro.
Phoebe Truffeau, doctora: A partir de 1963, los funcionarios de la Willowbrook State School, una residencia para niños con minusvalías de Staten Island, Nueva York, contagiaron la hepatitis a los niños de forma intencionada a fin de probar los efectos de la gamaglobulina en la enfermedad. Durante tres años, los funcionarios de la escuela estuvieron inyectando repetidamente agentes víricos a los niños hasta que las protestas públicas obligaron a interrumpir el programa en 1966.
Neddy Nelson: ¿Sabe usted el calor que llega a hacer en un coche aparcado con todas las ventanillas subidas en pleno día de sol? ¿Enterrado debajo de la basura? ¿Oyendo pasar a una ciudad entera de transeúntes? ¿Sabiendo el aspecto que tendrías tú, Nocturno de nacimiento, que no has estado bajo el sol más de un total de seis horas en tu vida, el aspecto que tendrías, con la cara manchada de sangre y de sudor, con los ojos hinchados y amoratados, al salir a rastras de un coche destrozado? ¿Sabe usted lo rápido que lo coserían a tiros?
Galton Nye: Se me rompe el corazón. No estoy diciendo que nadie merezca volverse loco y que la policía del toque de queda lo abata a tiros, pero haga el favor de pensar en cómo vive la gente Nocturna. Los demás, que vivimos nuestras vidas de acuerdo con la palabra de Dios y con el sentido común, no tendríamos que pagar la factura de sus pecados.
Solo hay que ver cómo se comportan los Nocturnos. Esperan que la vida no sea más que una gran fiesta. Sus vidas giran en torno al sexo. A hacer chocar sus coches y a las aventuras banales de un día con desconocidos. Nuestro pastor dedicó un sermón entero a describir su estilo de vida. Resulta difícil sentir compasión por una gente tan irresponsable con su salud. Esas supuestas víctimas son gente que no se respeta a sí misma. Ni respetan a Dios.
Si lo que quieren es diezmar sus propias filas, yo digo que se lo permitamos.
Phoebe Truffeau, doctora: A mediados de la década de 1960, el antropólogo americano James Neel inoculó una cepa muy virulenta del sarampión a varios miembros de la tribu de los yanomami de Venezuela. Neel y su equipo de investigadores se negaron a tratar a los enfermos. Lo que hicieron en cambio fue documentar cómo se propagaba la enfermedad, y cómo mataba a miles de personas, a fin de probar la validez de una controvertida teoría de la eugenesia.
Neddy Nelson: ¿Tiene usted alguna idea de lo mucho que brilla el sol si a uno lo han criado de noche? ¿Ha pasado usted ciento y pico mil latidos de su corazón preguntándose si no se estaría muriendo ya de la rabia? ¿O quizá lleva usted semanas sin alucinar porque tiene miedo a no ser capaz de hacerlo?
¿Alguna vez ha reconocido a amigos suyos mientras eran ametrallados por la policía en retransmisiones a tiempo real de las cámaras de tráfico?
¿Alguna vez se ha encontrado a usted mismo atrapado en un mundo donde usted es la peor pesadilla de todos?
Jayne Merris: En mi opinión, la primera señal fue encontrar lavabos públicos cerrados con llave por la noche. Muy pronto, muchas fuentes públicas dejaron de manar salvo de día. Los Diurnos mantenían vigilados los lavabos y los restaurantes y las fuentes, y los Nocturnos tenían que conformarse con el resto. Y la segregación fue empeorando a medida que la epidemia de rabia se extendía.
Esas doce horas que pasamos en el lado oscuro del planeta, si quiere usted saber lo que pienso, la noche, se convirtió en una clase más de gueto.
Neddy Nelson: ¿Tiene usted alguna idea de lo dulce que resulta el crepúsculo después de que se haya pasado uno todo el día sudando y sangrando, y meándose encima, en el asiento de atrás de un coche destrozado? ¿Se imagina lo dulce que resulta el ruido de las sirenas del toque de queda vespertino?
Galton Nye: En el grupo de estudio de la Biblia se rumoreaba que esos tipos a los que la gente llamaba Babosos intentaban escupirte en la boca. La forma en que se comportan los Nocturnos es protestar a gritos de modo que su saliva te llegue volando a los ojos o a la boca. Hablo de una conducta de riesgo completamente intencionada.

Se me rompe el corazón, pero le aseguro que tarde o temprano tenía que empezar la cuarentena.

30
DE LUTO

Lynn Coffey (©*Periodista*): Al día siguiente de la muerte de Rant Casey —un suicidio aparente presenciado por miles de personas, millones si uno cuenta las veces que las televisiones repitieron la emisión del estallido de su coche—, el mismo día siguiente, un agente de la policía del toque de queda que se llamaba Daniel Hammish, de cuarenta y siete años de edad, estaba haciendo su peinado vespertino de las calles cuando atacó a una transeúnte. Hammish mordió a aquella desconocida, le dio una dentellada, en un ataque sin provocación previa, en la piel del cuello al descubierto. Los servicios médicos de emergencia que respondieron a la llamada encontraron a Hammish delirando y teniendo lo que parecían alucinaciones, antes de perder la conciencia y morir inmediatamente después.

Todd Rutz (☼*Tratante de monedas*): La policía se presentó en mi tienda, me enseñaron una foto policial del chaval que me había estado vendiendo las monedas y fue entonces cuando me enteré de que el chaval se llamaba Buster Casey. Me dijeron que había muerto en un accidente de coche, que había salido en las noticias. Me preguntaron qué sabía yo del chaval, de aquel chaval llamado Casey. Me preguntaron cosas como si alguna vez había dado muestras de tendencias violentas. Si el chaval me había besado alguna vez. O si me había mordido.
Preguntas absurdas.

Lynn Coffey: En mi opinión, la muerte de Casey resultó un poco efectista. En primer lugar, aquella noche se aseguró de conducir el coche más grande y reluciente que encontró, sepultándolo literalmente bajo un montón de luces, empapándolo de gasolina y conduciendo en zigzag por el terreno de juego para atraer al mayor número posible de golpeadores. Por no hablar de los helicópteros de los informativos de televisión y del hecho de que llamara a la emisora de radio y siguiera hablando hasta empezar a quemarse. Hasta el hecho de que Casey se saltara aquel semáforo en rojo, en las mismas narices de unos policías, parece calculado para proporcionarle una escolta de luces y sirenas hasta el otro mundo.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (©*Historiador*): ¿Cómo compensa uno la pérdida de un compañero?
Al mirar hacia atrás, a veces me pregunto si no inventamos nosotros a Rant Casey. Nuestro grupo. Si tal vez no necesitábamos un personaje mítico y salvaje para representar nuestras vidas en proceso de desaparición. Un antihéroe maravilloso y resplandeciente que encarnara ese desafío cuya historia el resto de nosotros —el señor Dunyun, la señorita Lawrence y yo— habíamos sobrevivido para contar. En cuanto Rant explotó en la televisión, en cuanto su coche estalló en llamas de golpe, él se convirtió en una historia fantástica que podíamos contar en relación con nuestro temerario pasado de choquejuergas. Y bañados en el resplandor de su foco de gasolina, nosotros también resultaríamos míticos por asociación con él.

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): A ver si no es raro. No importaba que miles de personas se hubieran dedicado a ir de choquejuerga en los últimos años, sin conseguir nada más que traumatismo cervical. No habíamos previsto en absoluto lo que podía suceder. No nos dimos cuenta. Cuando vimos lo peor que podía pasarnos —mierda, podíamos morir, podíamos quemarnos vivos—, entonces fue cuando las choquejuergas empezaron a perder fuelle.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: No quiero ser demasiado moralista, pero a veces la muerte de una sola persona puede justificar la muerte de una cultura entera.

Lynn Coffey: Tres días después de la muerte de Rant Casey, los remolcadores pescaron su coche del fondo del canal. Se pasaron prácticamente tres horas para sacar del río el cascarón calcinado del Cadillac Seville —incluyendo el esqueleto chamuscado de un árbol de Navidad todavía atado al techo del coche—, a la altura de la rampa para embarcaciones de la calle Madison.

Neddy Nelson (©*Choquejuerguista*): ¿Acaso el gobierno no tiene que asegurarse de que Rant Casey nunca se convierta en nuestro mártir? ¿Acaso la gente oprimida no ha ido siempre a la

iglesia en busca de alivio? ¿Y no es verdad que ahí ha conocido a otra gente oprimida? ¿No es cierto que todas las revoluciones importantes se han cocido mientras la gente se quejaba en grupo y cantaba canciones y se iba irritando cada vez más hasta estar listos para pasar a la acción violenta?

¿Acaso la choquejuerga no era nuestra iglesia, la forma en que nuestra gente se reunía, como por ejemplo cuando nos juntábamos para refunfuñar en las paradas en boxes? ¿Acaso no éramos nosotros la revolución que casi pasaba cada noche… que casi pasaba… que siempre estaba a punto de pasar, pero al final nos limitábamos a chocar los unos contra los otros? Si emergiera de entre nosotros un líder, ya fuera Rant Casey o cualquier otro, ¿acaso nuestro ejército, dispuesto a luchar y a morir, no sería invencible?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: En realidad, estamos de luto por un millar de coches llenos de aperitivos, flirteos y terapia oral. Había sido toda una forma de toma de conciencia. También de conexión, de sueños, de planes y tal vez hasta de cambio cultural. Todas las noches desde aquella se han convertido en el post mórtem de las choquejuergas. En una autopsia, no de Rant Casey sino de una subcultura que algunos Nocturnos han llegado a creer que habría mejorado su calidad de vida.

Lynn Coffey: Con todas las ventanillas subidas, el interior de terciopelo de aquel Cadillac incendiado permaneció en su mayor parte intacto. De acuerdo con los testigos oculares, la transmisión automática seguía en marcha y los faros encendidos, aunque la batería del coche hacía tiempo que se había inundado. Lo que se encontró finalmente en el interior de color azul pastel fue agua de río, una camisa azul de tela vaquera con flores bordadas, unos vaqueros con hojas de hiedra bordadas y dos zapatillas de baloncesto altas marca Converse, pero ni un solo Buster Casey.

Además, para abrir el vehículo, los agentes desplazados al lugar tuvieron que pedir una palanca Slim Jim. Porque todas las puertas seguían cerradas desde dentro. Y las llaves seguían en el contacto.

Reverendo Curtis Dean Fields (*Pastor de la Hermandad Cristiana de Middleton*): La Biblia nos dice que sucederá en un abrir y cerrar de ojos. El Éxtasis. Rant fue elevado a los Cielos. Eso es lo que les dije a Chet e Irene cuando me pasé por su casa. Nunca verá usted a una pareja tan destrozada.

Agente Romie Mills (*Detective de homicidios*): Fue en ese momento cuando el departamento emitió una orden de búsqueda y captura para la detención de Buster Casey.

31
UNA VERSIÓN DE LOS HECHOS

Irene Casey (*Madre de Rant*): Por lo que a mí me parece, el mayor de los Carlyle se hizo sheriff solamente para poder darle malas noticias a la gente. Se acercó a la escalera de nuestro porche, en mitad del desayuno, la mañana después del accidente de tráfico de Buster, y se puso a dar porrazos en la puerta mosquitera hasta que Chet salió a abrir. Y entonces Bacon Carlyle dijo:
—Lamento informarles de esto, pero su hijo, Buster Landru Casey, murió en accidente de coche a las once cuarenta y tres, hora aproximada, de anoche. —Leyó las palabras de una tarjetita blanca y mirando la tarjeta en vez de a nosotros. Deteniéndose en cada palabra, tan despacio como si estuviera en segundo de primaria. Luego, con gran respeto, se quitó la gorra de agente, le dio la vuelta a la tarjeta y leyó lo que ponía en el dorso—: Reciban ustedes mi más sentido pésame en este momento tan difícil.
Esa parte ya la habíamos visto mientras él nos leía lo que ponía en la cara de delante. Chet preguntó:
—¿Ya han encontrado el cadáver?
Bacon se encogió de hombros, el muy idiota. Se metió la tarjeta blanca dentro de la gorra y se volvió a calar la gorra hasta las orejas.

Lew Terry (*Encargado de mantenimiento de finca*): Un granjero vestido con peto se presentó de pronto, llamó al timbre y me sacó de la cama en pleno día. Los Diurnos no tienen respeto de ninguna clase. El tío no se iba de mi puerta, no paraba de agitar un sobre que tenía como remitente este edificio y aseguraba que era el padre del chaval Casey. El padre aquel había venido desde un lugar en medio de la nada para recoger las cosas de su hijo.
Por supuesto, le di el pésame. La policía ya había registrado el apartamento, pero no me habían dicho que no pudiera dejar entrar a los familiares. Lo raro del caso es que el diseño de este edificio no es del todo lógico. Para encontrar el apartamento del chaval había que ir hasta el fondo del todo del pasillo del primer piso, subir por la escalera de incendios hasta el segundo piso y luego caminar por una especie de porche abierto hasta la última puerta. Yo no le dije nada de esto al padre, pero cuando me metí un momento en mi apartamento para coger la llave maestra el tío desapareció.
Y en un visto y no visto, el padre ya había encontrado el camino hasta la puerta del chaval y había entrado. Sus botas habían dejado un rastro de mierda de vaca por todos mis suelos que no mostraba ni un solo paso en falso. Como si hubiera vivido aquí, pero le juro que nunca antes había puesto un pie en mi edificio. Para abrir la puerta del apartamento, me enseñó, había que levantar el pomo y las bisagras cedían, los tornillos se movían, de manera que se podía hacer saltar el pasador.
Yo me quedé allí plantado con la llave maestra en la mano y él me hizo una señal para que entrara.
Pero alguien había llegado antes que nosotros.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): La gente más fría del mundo. Esos son los Casey. Criaron un solo hijo que se escapó y que acabó dejándose matar, probablemente solo para hacer sufrir a su padre. Y va Chet Casey y se queda de pie en el porche de su casa y se toma la noticia como si yo fuera una radio que le estuviera dando el parte meteorológico. Ni una sola emoción en la cara de aquel hombre. Ni una. Lo único que me imagino es que, con un chaval tan chiflado como Rant Casey, sus padres ya lo habían dado por perdido hacía mucho, mucho tiempo.
Lew Terry: El padre estaba conmigo en el apartamento, pero se oía a alguien haciendo ruido en el baño. Un ladrón. Esos cacos sigilosos ven una necrológica en el periódico, o bien un artículo sobre alguien que la ha palmado, y los muy hijos de puta se cuelan en el apartamento para robar el equipo de música, el televisor o las medicinas con receta. Viendo que nuestro ladrón estaba en el baño, debía de ser un yonqui que estaba saqueando el botiquín.

Entretanto, el padre del chico muerto no parecía demasiado preocupado. Tampoco parecía muy triste. Estaba acariciando la pared con el interior de la mano, palpando la pintura con la palma.
La puerta del baño se abrió de golpe y salió una chica. Le pasaba algo en un brazo, lo tenía como retorcido, pero con la otra mano tenía agarrado el extremo superior de una bolsa de basura negra. Me miró a mí, luego al padre del chaval y dijo:
—¿Quién cojones sois vosotros?
Y el muy palurdo va y sonríe. Con una sonrisa de simio se aparta de las paredes que estaba palpando y dice:
—Echo… —Y dice—: ¡Caraym, qué alegría volver a verte!
Irene Casey: La mañana en que lo llevé en coche al aeropuerto de Peco Junction, para que pudiera traerse el cuerpo de Buddy de la ciudad, Chet me dio una noticia muy extraña. Me recordó el papel de vaqueros marrón que pusimos en el dormitorio de Buddy. Me dijo que lo teníamos que quitar de las paredes. Que lo despegáramos con vapor y que lo quitáramos, dijo.
Dentro de la pared, detrás de todos los mocos que el chaval había pegado allí, Chet me dijo que hiciera un agujero en la pared de yeso. Que si lo hacía, me dijo, ya nunca más en la vida tendría que preocuparme por el dinero. Pero eso sí, que para tocar los mocos me pusiera guantes de goma.
Lew Terry: Así que aquella chica del brazo retorcido y la bolsa de basura se quedó mirando al padre y le dijo:
—¿Nos conocemos?
Y el granjero señaló con la cabeza la bolsa de plástico negro que ella tenía en la mano y le dijo:
—¿Qué has encontrado que justifique haber forzado la puerta para entrar?
—Rant me dio una llave —dijo la chica.
Y el padre dijo:
—Lo siento. Debe de ser que lo olvidé.
Y entonces la chica me dijo:
—¿Sabe lo que es un «Recuperador de porno»?
Y me contó que cuando alguien se muere, la mayoría de las veces tienen a un amigo íntimo al que le han pedido que vaya corriendo a su apartamento y lo registre en busca de drogas y material sexual. Toda la basura que no quieren que sus padres averigüen sobre ellos. Agitó la bolsa de plástico negro que tenía en la mano y dijo:
—Aquí está todo lo que no le conviene saber a usted sobre su hijo.
Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): A todos nos preocupaba Echo. Yo fui por mi cuenta a visitarla. Una noche le llevé una sopa de pollo de la tienda de comida preparada. Estuvimos sentados hablando y yo no me marché hasta que se hubo comido el último bocado.
Solamente para atar los cabos sueltos, aquella sopa yo la había atiborrado de píldoras del día después. Solamente para limpiarle el sistema, y créame que la atiborré *de verdad*.
Lew Terry: El padre del chaval se puso otra vez a palpar las paredes y a tocar aquellos bultos blandos y negros que, por la impresión que a mí me daban, debían de ser hachís. Sin dejar de tocar la pared, y sin mirar siquiera a la chica de la bolsa, el padre dijo:
—Dos revistas guarras de segunda mano, unas cápsulas de Percocet que le quedaban de su única visita al dentista, un vibrador manchado y unas esposas forradas con imitación de piel.
La chica miró dentro de la bolsa.
—Los últimos dos artilugios son tuyos —dijo el padre—. Pero puedes llevártelo todo si quieres.
Y la chica dijo:
—¿Cómo cojones…?
Agente Romie Mills (©*Detective de homicidios*): El procedimiento estándar es mantener vigilada la residencia de todo el mundo que tenga una relación emocional estrecha con el sospechoso. Nosotros teníamos agentes vigilando el apartamento de la señorita Lawrence y el apartamento del sospechoso. Estábamos perfectamente al corriente de las idas y venidas de Chester Casey, y podemos confirmar que tanto él como Echo Lawrence estuvieron juntos durante un período de tiempo en el apartamento del sospechoso, en compañía del casero, Lewis

Terry.
Lew Terry: El padre tocó una mancha que había en la pared del apartamento, dio unos golpecitos en la pintura y dijo:
—Mira aquí.
Era uno de esos bultos de hachís.
El padre se metió la mano en el bolsillo de la pechera de su peto y extrajo una navaja; sacó la hoja y la clavó en el yeso.
Y yo le dije que esperara. Que el depósito para daños no iba a cubrir los desperfectos si él acuchillaba las paredes.
Con el cuchillo todavía clavado en el yeso, él se puso a menear la hoja a un lado y a otro y dijo:
—Pero el dinero que robó usted tendría que cubrirlo…
Yo no robé ningún dinero. Se lo digo a usted. Y se lo dije a él, yo no robé nada del apartamento.
—Preguntémosle al tratante de monedas de la calle Grinson —dijo el padre, y arrancó la hoja de la navaja de la pared. Se puso a hurgar con dos dedos en el agujero que acababa de abrir. Sacó algo del agujero y le limpió el polvo de yeso blanco. Una moneda de oro. Y dijo—: ¿Esto le resulta familiar?
Agente Romie Mills: Lo que no está tan claro es por qué Echo Lawrence invitó, al parecer, al padre del sospechoso a su casa, después de aquel encuentro. Y por qué permitió que Chester Casey se alojara en su apartamento.
Llegado aquel punto, nosotros no teníamos pistas sólidas sobre el paradero de Buster Casey.
Irene Casey: Cuando acompañé a Chet a aquel avión, debía de tener miedo de morirse, porque el pobre hombre me dijo:
—Reen, no has tenido una vida fácil.
Me dijo que lo sentía por todo, pero que me quería y que me querría siempre. La última vez que me miró, desde la puerta que llevaba a aquel avión, Chet me dijo:
—Fuiste una madre maravillosa.
Shot Dunyun: Tío, qué fuerte, el padre de Rant llegó a la ciudad loco como una cabra, de atar, loco de manicomio. Se fue a vivir con Echo. Llamó a aquella empresa de control de plagas para pedir el antiguo trabajo de Rant. La primera vez que lo vi en mi vida, aquel idiota de mediana edad me agarró del cuello con una mano. Me cogió bien cogido, me plantó la boca en la mía y dijo:
—¿Me has echado de menos?
Y cuando digo «la mía», me refiero a mi *boca*.
Lew Terry: Aquella chica lisiada y yo nos quedamos mirando cómo el padre del chaval muerto recorría la sala. Allí donde había un bulto negro y blando, clavaba el cuchillo y escarbaba hasta sacar una moneda de oro. Mirando a la chica, el padre dijo:
—En tu apartamento, cuando te quedaste dormida, la última noche que tú y Buster pasasteis juntos, él estuvo pegando bolas de moco por las paredes.
Y la lisiada dijo:
—¿Rant se limpió los mocos en mis paredes?
Allí donde ella encontrara una bola de moco, dijo el padre, Rant le había dejado un tesoro.
Ella dijo:
—Sigo sin entenderlo.
Y él dijo:
—No te molestes en hacerte la prueba de la rabia, limítate a empezar el tratamiento.
Y la chica dijo:
—Usted no es policía de verdad, ¿no?

32
EN RETROSPECTIVA

Ruby Elliot (*Vecina de la infancia*): Se lo puedo asegurar: el que su marido la abandonara en el aeropuerto de Junction no es lo peor que le ha pasado en su vida a Irene Casey.

Glenda Hendersen (*Vecina de la infancia*): Basin y Ruby y yo fuimos todas a la escuela con Irene, y ella siempre se estaba saltando clases. Nunca pareció importarle a nadie, por eso de que ella había venido al mundo sin padre. Irene estaba llena de planes grandiosos. Todo el tiempo hablaba de la universidad o del ejército, de cualquier cosa que ella creyera que la podía sacar del pueblo. Lo más triste es que nunca pasó de noveno curso. El verano en que teníamos trece años, ella y Basin, Ruby y yo, hacíamos lo que nos daba la gana, salíamos hasta las mil; luego Irene dejó de ponerse al teléfono cuando yo la llamaba. Irene dejó… bueno, lo dejó todo.

Ruby Elliot: Entre usted y yo, y que quede entre nosotros, a nadie le sorprendió que Irene estuviera en estado. De tres meses, dice la gente, cuando se casó con Chet. Lo que pasó es que un día, de repente, Chester Casey fue al porche de la casa de ella y le pidió a su madre, Esther, si podía hablar un momento con la señorita Irene Shelby. Como si él e Irene no se conocieran de nada. Por aquí nadie conocía de nada a Chester. Había salido de la nada, no tenía trabajo ni familia, simplemente apareció en Middleton diciendo: «Buenos días, doctor Schmidt… Qué tal está, reverendo Fields». Llamando a todo el mundo por su nombre.

Hasta ese mismo día Esther no tenía ni idea de que su chica estaba embarazada.

Doctor David Schmidt (*Médico de Middleton*): Para bien o para mal, era el hijo de Chet. Con la edad que tenía Irene, queríamos asegurarnos de que no estaba cometiendo otro error y buscando simplemente a un hombre, cualquier hombre, que la ayudara a criar a su hijo. Chester debía de tener diecinueve o veinte años. Hicimos la prueba de paternidad estándar y todos los marcadores genéticos señalaron que el bebé era suyo.

En retrospectiva, todos los marcadores genéticos señalaban que el bebé era *él*. Sus genes y los de la criatura eran tan parecidos que llegaban a ser indistinguibles.

Reverendo Curtis Dean Fields (*Pastor de la Hermandad Cristiana de Middleton*): Lo que recuerdo con mayor claridad es que, durante la reunión de orientación obligatoria previa al matrimonio, la pareja no quiso entrar en ningún tema relacionado con su intimidad. Yo supuse que aquella aprensión se debía a lo muy avanzado que estaba el embarazo de Irene. Una charla sobre anticonceptivos habría sido cerrar con llave la puerta del establo mucho después de que aquel caballo en particular se había escapado.

Se debiera o no al embarazo, nunca he visto a una pareja menos encaprichada físicamente el uno del otro. Para que se haga una idea de lo distantes que se mostraban, cuando en su boda le dije a Chester que podía besar a la novia, le dio un beso a Irene en la mejilla.

Doctor David Schmidt: La preocupación más seria que teníamos era la posibilidad de que Chester Casey hubiera violado a Irene Shelby, de trece años, y que las circunstancias la estuvieran obligando a casarse con su agresor. Los pueblos tienen una forma trágica de atrapar a la gente joven y hacerles responder de sus pequeños errores durante el resto de sus vidas.

Ruby Elliot: Todos los miembros de la familia Shelby, o por lo menos las mujeres, nacían bajo el influjo de una maldición. A la tatarabuela de Irene la atacó un hombre. A su bisabuela Bel Shelby, cuando tenía trece o catorce años de edad y volvía a pie a casa de la escuela, también la atacó un desconocido. Alguien que estaba de paso. Ningún sheriff atrapó nunca al tipo, pero Bel Shelby tuvo un bebé como resultado de aquello, y ese bebé ilegítimo fue la abuela de Irene, Hattie.

Parece que la mala suerte persigue a las mujeres de la familia de Irene.

Basin Carlyle (*Vecina de la infancia*): No me haga reír. No llame «ataque» a lo que no es más que moral disipada. Las mujeres de la familia Shelby siempre han sido unas frescas. Las mujeres Shelby no tenían ninguna maldición, como no fuera la maldición de la promiscuidad.

Ruby Elliot: Pero en cuanto Hattie Shelby cumplió trece años, volvió a pasar lo mismo. Otro desconocido y otro bebé. Y ese bebé era la madre de Irene, Esther.

Edna Perry (*Vecina de la infancia*): A la granja que tenían en Middleton la gente la llamaba la casa de los Shelby, aun después de que llegó Chet Casey. Durante muchos años no fue más que Bel criando a Hattie criando a Esther. Lo que se dice por aquí es que el día exacto en que la pequeña Esther cumplió trece años se quedó embarazada de Irene.

Ruby Elliot: Con un historial familiar como el suyo, no nos puede culpar ni a Glenda Hendersen ni a mí por temernos lo peor cuando Irene llegó a noveno curso. Andábamos con ella a todas partes y nunca dejábamos que nuestra mejor amiga se perdiera de vista. Cuando no estábamos vigilando nosotras a Irene, lo hacían su madre y su abuela. Se podría decir que la volvían un poco loca, de tan encima que le estaban todo el tiempo. Puede que fuera aquella cantidad de guardaespaldas lo que llevó a Irene a escaparse. Solamente para estar sola y caminar junto al río, por entre los árboles que había junto al río, sola.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*): Con todas las manadas de perros salvajes que merodeaban por aquellos bosques, caminar a solas por allí no era más que espíritu de autodestrucción. Y en el caso de una chica tan joven como Irene, estamos hablando de simple conducta demente suicida.

Ruby Elliot: Pero es que tal vez Irene no quería pasarse la vida entera encerrada a cal y canto y escondida detrás de sus amigas del alma y de las faldas de su madre.

Basin Carlyle: A Irene Shelby le dio por escaparse todo el tiempo. Luego se quedó preñada. Luego fue y se casó con Chester. No hay ningún misterio. Es una memez decir que un violador ha acosado a cuatro generaciones de la misma familia. No me haga reír.

Reverendo Curtis Dean Fields: Con todo, se lo juro por lo más sagrado, nunca he visto crecer a un chico que saliera tanto a su padre. Vaya, cualquiera que conociera a Buster y a Chester Casey juraría que aquellos dos eran gemelos.

O sea, si no hubieran nacido con una generación de diferencia.

Glenda Hendersen: Cierto, Chet era unos años mayor que Irene. Se podía achacar a eso la culpa de que los dos nunca dieran muestras de intimidad, por lo menos delante de la gente. Ni siquiera se cogían nunca de la mano. Pero parecían quererse mucho entre ellos, por lo menos hasta el día en que Chet se subió a aquel avión y ya nunca miró hacia atrás.

Irene Casey (*Madre de Rant*): ¿Me pregunta usted si a mí me violaron? ¿Si me atacó un desconocido que podría haber sido mi padre, y mi abuelo, y mi bisabuelo? ¿Por qué saca un tema tan horrible?

No lo sé. Me he olvidado. No me acuerdo.

33
HOMBRES LOBO IV

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): Fíjese qué gilipollez. Ahora que lo pienso. Es una gilipollez total, pero a veces no pienso cuando me estoy cepillando los dientes y escupo la pasta de dientes al retrete en vez de al lavamanos. La fuerza de la costumbre. Nunca pienso en que lo que escupo en realidad es saliva, y nunca me acordaba de que mi perra bebía el agua del retrete.

Jayne Merris (*Músico*): Ya se acuerda usted de cómo era la gente. Un rumor decía que los Nocturnos cogían las manzanas que se vendían en las tiendas, las lamían y las devolvían a su sitio, confiando en contagiar a los Diurnos. Otros rumores decían que los Nocturnos escupían desde las ventanas de los edificios altos durante el día.

Neddy Nelson (*Choquejuerguista*): El Muro de Berlín… la Gran Muralla China… esa zona que separa Israel de los palestinos… Corea del Norte y del Sur… ¿acaso no es eso lo que acabó siendo el toque de queda de las ocho?

Galton Nye (*Concejal de la ciudad*): El principal problema que tengo con los Nocturnos es que se las dan de moralistas y me llaman intolerante. Nadie puede acusarme de tener prejuicios. Para que les quede claro, mi propia hija es eso que llaman una Nocturna, mi propia niña. Desde hace casi tres años.

Neddy Nelson: ¿Cuánto tardaron los Diurnos en dar por sentado que todos los Nocturnos tenían la rabia? En la industria alimentaria, por ejemplo. O en la sanidad. ¿Y qué hay de las guarderías? ¿Puede decirme un solo Diurno que todavía contratara mano de obra Nocturna?

Shot Dunyun: La perra que yo tenía era una doguilla de tres años que se llamaba Sandy. Se dedicaba a perseguir una pelota de tenis hasta quedarse tan cansada que yo tenía que cargar con ella a casa desde el parque. Se pasaba todo el trayecto de vuelta dormida.

Yo sabía que no podía alucinar cúspides, y sabía lo que eso significaba, pero uno puede ser muy estúpido.

Jayne Merris: ¿Se acuerda? Se oían rumores sobre gente que no sabía que estaba infectada, que besaban a sus mujeres y a sus maridos, padres y madres que les daban a sus hijos besos de buenas noches y les contagiaban la rabia. Iglesias que compartían un solo cáliz para el vino durante la comunión, esa es otra historia que circulaba. O que todos los católicos y los baptistas tenían la rabia.

Shot Dunyun: Mi perra, Sandy, dormía en mi cama todos los días, con la cabecita en la almohada de al lado de la mía. Igual que un pequeño bulldozer, se abría paso bajo las mantas, daba la vuelta junto a mis pies y luego se abría camino hasta asomar la cabeza. Aquello sí que era personalidad. Sandy incluso roncaba como una personita. Obedecía cuando le decías: «Tráela», «Revuélcate» y «Espera».

Galton Nye: Pese a lo mucho que su madre y yo tratamos de avisarla, ella nos rechazó. Intentamos enseñarle a nuestra niña a distinguir el bien del mal. Le suplicamos que no echara a perder su vida con un estúpido acto de rebelión adolescente. Le dejamos muy claro que la separación de día y noche era totalmente la elección consciente de un estilo de vida, pero ella no quiso escuchar ni una palabra.

Neddy Nelson: ¿Es usted consciente de que, antes de sus espantosos experimentos con prisioneros del campo de concentración de Auschwitz, el doctor Josef Mengele había sido un antropólogo muy respetado? ¿Sabía usted que Mengele había viajado por África recogiendo sangre humana y muestras víricas? ¿Que su sueño de toda la vida había sido identificar los factores que señalaban diferencias entre la sangre de las distintas razas? ¿Y después crear una plaga que afectara solamente a determinadas razas?

¿Sabía usted que gran parte de los hallazgos de Mengele llegaron a Estados Unidos como parte del Proyecto Sujetapapeles, con el que la CIA concedía indultos y proporcionaba nuevas identidades a científicos nazis con la condición de que aceptaran explicar las investigaciones de Mengele?

Jayne Merris: Para insultar a alguien, lo peor que podías decirle era «No seas un Baboso total», o bien «No te me pongas rabioso». En lugar de tener un estatus de élite de forajidos, la cultura Nocturna se volvió objeto de desdén. Para descalificar algo, lo que se decía era: «Eso es taaan *nocturno*…».
Galton Nye: Nuestra niña se graduó con las segundas mejores notas de su promoción en la academia Christian Pathways. Eso quiere decir que la media numérica de sus calificaciones fue la segunda más alta de una clase de casi cuarenta alumnas. Fue pastora juvenil de nuestra iglesia durante tres años consecutivos, y en último curso jugaba al fútbol en la liga universitaria. Su madre y yo contratamos a alguien que decía ser detective privado una semana después de que se escapó. Lo único que el detective nos consiguió a cambio de nuestro dinero fue una foto de ella en un coche hecho polvo en compañía de aquel chico. Debajo de la ventanilla del coche aparecía escrito «Recién casados» con letras blancas, y ella llevaba velo y se estaba riendo. El chico llevaba camisa blanca y pajarita. Después de lo mucho que habíamos soñado con darle a nuestra niña una gran boda por la iglesia, aquella foto le rompió el corazón a su madre.
La Biblia dice: «No lloréis por la basura pútrida que está mejor perdida».
Cinco mil dólares por aquella única foto borrosa, y lo único que nos trajo fue dolor. Por lo menos, sabemos que aquel Nocturno hijo de puta se casó con ella.
Shot Dunyun: Me importa un pimiento lo que diga la canción, a veces un beso no es solamente un beso. Eso está claro. Mi teoría es que, cada vez que a Rant lo mordía un murciélago o una mofeta, él dejaba inintencionadamente que la rabia avanzara un poco más antes de tratársela. Pero lo estuviera intentando o no, lo cierto es que Rant incubó un bicho que la ciencia médica era incapaz de controlar.

Phoebe Truffeau, doctora (*Epidemióloga*): Los dos únicos tipos de virus de la rabia que no se podían tratar eran las cepas africanas Mokola y Duvenhage, por lo menos antes de que se identificara el serotipo Rant.
Galton Nye: La Biblia dice: «… Emponzoñada está la criatura que no sirve al padre y a la madre». Tenga eso en cuenta.
Neddy Nelson: ¿Ha leído usted ese informe de Kissinger que se supone que envió al Consejo de Seguridad Nacional en 1974? ¿Ese informe en que Henry Kissinger avisa de que la mayor amenaza para el futuro de los norteamericanos es la superpoblación en los países del Tercer Mundo? ¿Cómo decía? ¿Que necesitamos los minerales y los recursos naturales de África? ¿Y que muy pronto, aquellas repúblicas bananeras iban a ser derrocadas mientras sus poblaciones aumentaban en exceso? ¿Y que la única forma en que Estados Unidos podía proteger su prosperidad y su estabilidad política era despoblar el Tercer Mundo?
¿Debería sorprendernos que el virus del sida apareciera aproximadamente en 1975?
¿Entiende usted lo que significa el término «despoblar»?
Jayne Merris: Bajo la ley I-SEE-U, las regulaciones en contra de la exclusión garantizaban el acceso en igualdad de condiciones a todos los lugares públicos para la gente del día y de la noche. Pero si quiere usted saber lo que pienso, la gente se puso tan paranoica con el sudor en las máquinas de los gimnasios y cosas por el estilo, la saliva en las manzanas, etcétera, que los lugares más agradables —bares, restaurantes, salones de belleza— simplemente dejaron de abrir por las noches.
Las dos culturas compartían la misma ciudad, pero no paraban de alejarse cada vez más entre ellas.
Neddy Nelson: ¿Cómo explica usted que el primer estallido de infecciones del sida en África tuviera lugar en hospitales de las misiones donde los voluntarios cristianos reutilizaban la misma aguja para vacunar a los niños contra la viruela y la difteria? ¿Le resulta eso familiar? Podríamos estar hablando de millones de niños. ¿Acaso eso no explica el hecho de que, entre 1976 y 1980, la curva de la infección se elevara del cero coma siete por ciento al cuarenta por ciento en algunas partes del África occidental?
¿Acaso esa historia le da a usted ganas de ir corriendo a alguna clínica pública y hacer cola para que lo vacunen gratis contra algo?

Phoebe Truffeau, doctora: Todas las vacunas tienen un pequeño riesgo de encefalitis postratamiento, así que era inevitable que unos pocos individuos inmunizados con un profiláctico previo a la exposición desarrollaran síntomas leves de rabia y requirieran tratamiento adicional. La enorme cantidad de gente vacunada hacía que el seguimiento de los pacientes resultara imposible, y sí, por lo menos dos personas murieron probablemente como resultado de su inmunización.
Shot Dunyun: Otra mañana me desperté y la almohada de al lado de la mía estaba empapada de saliva, de lo mucho que había babeado mi perra al dormir. Los doguillos babean un montón, así que no me paré a pensar en ello. Eso sí que es negarse a aceptar la realidad.
Phoebe Truffeau, doctora: Los rumores en el seno de la comunidad-objetivo exageraron y malinterpretaron las muertes relacionadas con la vacuna, y aquello empañó el entusiasmo de dicha comunidad por participar plenamente en programas de tratamiento posteriores. Eso garantizó en la práctica unas existencias constantes y significativas del virus en el seno de la población nocturna.
Shot Dunyun: Rant Casey solía decir: «Pase lo que pase, lo que importa es el momento presente». No podía ser más críptico.
Creo que lo que Rant quería decir era que vivimos en el momento presente de la realidad, y no importa lo que pasara antes, no importa lo mucho que hayamos querido a una persona o a un perro, cuando este nos ataca, reaccionamos ante ese momento de peligro.
Neddy Nelson: ¿No le parece extraño que un informe del gobierno recomendara despoblar África y que para finales del siglo XX estuvieran muriendo generaciones enteras? ¿No le parece sospechoso que fueran antiguas colonias europeas ricas en recursos naturales, cosas como oro y diamantes, países como Botsuana, Zimbabue y Sudáfrica los que resultaron más castigados por la epidemia del sida?
Shot Dunyun: Una perra tan genial como la que yo tenía, y la dejé que se bebiera mi saliva. A veces soy más tonto que un calcetín. Eso está claro.
Una noche me despertó la sirena de diez minutos del toque de queda y me encontré a Sandy de pie sobre mi pecho, con su cara chata babeándome encima del cuello. Sus labios negros se retrajeron para mostrarme todos los dientes hasta las raíces amarillas. Noté su aliento caliente en mi cara, e igual que hacía cuando saltaba para coger una pelota de tenis vi que Sandy se agachaba, lista para lanzarse a mi garganta. En cuanto salió disparada, le eché por encima las sábanas y las mantas y la envolví con ellas para que no pudiera salir. Sandy nunca había pesado más que una bola de bolera de ocho kilos, así que la cogí dentro de aquel saco de mantas, pero se había vuelto salvaje, no paraba de gruñir y de arañar, y mis mantas eran tan viejas que estaban todas deshilachadas. Una de sus patas de doguillo atravesó la tela de forma que le pude ver las uñas negras. Las mantas estaban mojadas de sus babas, así que era como intentar sujetar a un pequeño glotón dentro de una bolsa de papel higiénico mojado. Una sola uña más y conseguiría soltarse y morderme. Solamente para aturdirla, o tal vez noquearla, balanceé el fardo y lo hice chocar contra la pared. Sandy seguía gruñendo y forcejeando dentro, así que balanceé el fardo por segunda vez contra la pared. Pero ella no paraba de pelear, así que yo seguí golpeándola contra la pared, hasta que mi vecino, el que vivía al otro lado de la pared, empezó a dar golpes también. Sonó la sirena de un minuto del toque de queda y luego el timbre. En el lugar de la pared donde yo estaba golpeando con el fardo de mantas ya había salido una mancha roja. Y goteaba líquido rojo. Mi vecino seguía dando golpes y gritándome que no hiciera ruido, pero Sandy no se movía ni hacía ruido ninguno. Aquello no se parecía en nada a *Fiel amigo*.
A eso lo llamo pánico. Ahora ya puede ver la clase de puto idiota descerebrado que soy.
Neddy Nelson: ¿Puede usted pasar por alto sin más el hecho de que, antes del estallido de rabia, la comunidad relativamente joven de los Nocturnos estaba a punto de superar en número a la población de Diurnos? ¿Acaso una buena epidemia no iba a hacer a los Nocturnos lo que el sida había hecho en África? ¿Acaso no devastaría el poder político de una comunidad en alza y preservaría las estructuras de poder existentes?
Galton Nye: No sabemos si está infectada o no, pero no vamos a correr ningún riesgo. Tenemos

que preocuparnos de nuestra propia salud. No estoy diciendo que su madre y yo ya no la queramos, pero la noche en que se escapó con ese supuesto novio suyo nuestra hija murió para nosotros.
Que Dios la bendiga, pero si nuestra niña aparece aquí una noche nuestra puerta estará cerrada para ella.

34
QUÉ PASARÍA SI…

Neddy Nelson (©*Choquejuerguista*): Me gustaría que me dijera si alguna vez se ha preguntado usted por qué la cultura dominante dice ciertas cosas. O sea, por qué se dedica a machacar con que hay cosas que son absoluta y totalmente imposibles. Por ejemplo, lo que la ciencia llama la «Paradoja del Abuelo». Que viene a decir que no tiene ningún sentido plantearse los viajes en el tiempo, porque podrías retroceder en el tiempo y matar por accidente a tu abuelo, por ejemplo, y entonces, patapum… ¿No existes? O sea, de dar crédito a los expertos del gobierno, ¿no tendría usted mucho cuidado de no retroceder *nunca* en el tiempo?

Echo Lawrence (©*Choquejuerguista*): Yo era muy pequeña, pero me acuerdo de cuando la ley I-SEE-U canceló los estudios sobre mirones, aquellos ingenieros del gobierno, como mi madre, que chocaban los unos contra los otros para estudiar los efectos sobre el tráfico. Me acuerdo de que mi madre me decía quién no había ido a la oficina, y yo creía que se refería a que los habían echado o suspendido temporalmente. Cada semana caían unos cuantos ingenieros. Yo le pregunté si se iba a marchar y ella me dijo que no. Nunca, me dijo, no sin su pequeña Echo, refiriéndose a mí, y sin mi padre. Me dijo que nunca nos abandonaría.

Neddy Nelson: Dígame usted qué pasaría. ¿Qué pasaría si alguien viajara hacia atrás en el tiempo y cambiara el pasado? ¿Cómo lo íbamos a saber los demás? ¿Acaso no conocemos únicamente la realidad presente que conocemos? ¿Y si la realidad estuviera siendo remodelada —de forma muy sutil— todo el tiempo? O bien, ¿y si la gente que está en el poder ya ha cambiado el pasado para subir a lo más alto, y ahora se dedican a decirnos al resto que no mangoneemos con la historia o acabaremos matando a nuestros antepasados lejanos y a todas las generaciones posteriores, y entonces nosotros no naceremos nunca?

O sea, ¿podría la gente que controla todo el dinero y la política inventar una advertencia más temible que esa? ¿Acaso no solían decir los mismos expertos científicos que la tierra era plana? ¿Acaso no era muy importante que nos quedáramos en casa y que fuéramos campesinos y esclavos y así no nos caeríamos por el borde?

Echo Lawrence: De niña, me acuerdo de que iba a un puto montón de funerales, la mayoría de gente que trabajaba con mi madre. Sentados en la iglesia, mi padre le daba un codazo a mi madre y le decía:

—Aquí es donde acaban en realidad…

Y mi madre, debajo de su velo negro, le decía:

—*No todos*…

Detrás de la puerta de su dormitorio, discutían sobre mudarnos, marcharnos, partir. Mi madre lo llamaba ser Pioneros al Revés, irnos a algún sitio donde el aire estuviera limpio y estuviéramos rodeados de tierras desiertas. Era un sueño bonito, pero incluso para una niña pequeña lo que ella decía sonaba a cosa de locos. En aquel punto de la historia, no quedaba ningún sitio así en el mundo contaminado y abarrotado.

Neddy Nelson: Quiero preguntarle, o sea, ¿qué pasaría si en lugar de «Paradoja del Abuelo» hubiera una «Paradoja de la Abuela»? No estoy diciendo que alguien lo haya hecho, pero ¿y si alguien ha viajado hacia atrás y ha mangoneado con su pasado? Nada de grandes cambios, solamente amañar la baraja para que su presente fuera… mejor. O sea, ¿y si se viera usted transportado al pasado, por accidente, y conociera a su propia tatarabuela antes de que estuviera mal salir con ella? ¿Y si ella fuera una monada? Y digamos que usted y ella conectan. ¿Y si ella tuviera un bebé que fuera al mismo tiempo la hija de usted y su bisabuela? Si nos imaginamos a ese tipo perverso y mentalmente enfermizo, ¿ve usted adónde podría apuntar dicho plan? A la versión híbrida de uno mismo con superpoderes, ¿no? ¿Acaso no podría usted seguir viviendo, tal vez liándose con sus siguientes antecesoras —su abuela y su madre—, alimentando sus propios genes para que el usted futuro —y hasta el presente— fuera más fuerte, más listo, más loco… o tuviera *algo* adicional?

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): No le engaño. Me acuerdo de la enorme presión de los

medios para que a todo el mundo le pusieran puertos y así todos pudiéramos alucinar cúspides. Primero, las tiendas dejaron de vender y de alquilar vídeos y libros. Ya no se podían conseguir cintas de audio ni discos compactos. De un día para otro, la industria del espectáculo pasó a no producir nada que no fueran puertos para exo-cargar transcripciones. La verdadera presión iba dirigida a la gente joven, de entre quince y cuarenta años. Dentro de ese sector de población, no tener puerto equivalía a no saber leer. O a no estar vacunado contra una enfermedad muy común. O a no llevar gafas si las necesitabas. O sea, te convertía en un cretino total.
No es casualidad que ese grupo de edad sea la gente que más a menudo acaba metiéndose en las choquejuergas, conduciendo o formando parte del equipo de pasajeros. Pero me tengo que callar. Silencio. Se supone que no podemos hablar de esas cosas.
Neddy Nelson: Si saltara usted hacia atrás en el tiempo, ¿no viviría usted codo con codo con la historia, sabiendo qué iban a dar en las noticias porque usted ya habría vivido esa parte? ¿No sería posible que usted fuera envejeciendo y luego reenganchándose, tratando de inseminar otra generación mejor de usted mismo? ¿Comprando billetes de lotería y apostando en carreras de caballos que siempre darían premio?
Si viviera usted el tiempo suficiente, ¿acaso no podría presenciar su propio nacimiento? ¿No podría criarse a usted mismo? ¿Ser su propio padre?
Echo Lawrence: Oiga esto. La mayoría de los coches de pasajeros son probados contra accidentes a no más de sesenta kilómetros por hora. La industria automovilística argumenta que los conductores suelen realizar una maniobra evasiva y pisar el freno antes del momento del impacto. Del latido. No fue el caso de mi madre.
El agente desplazado al lugar de los hechos informó de que nuestro coche nunca pisó el freno al cruzar la mediana de la carretera. No había patinazos en el asfalto que probaran que mi madre había intentado frenar. Mientras yo roncaba en el asiento de atrás, ella dio un volantazo que nos lanzó de frente contra otro coche. Por lo que yo sé, mi padre tenía razón. Pero es gracioso, cuando intento encontrar a los ingenieros que trabajaban con mis padres, para reunirme y hablar con ellos, resulta que hoy día solamente tendrían treinta y tantos o cuarenta y tantos años, pero están todos muertos. Muertos o desaparecidos. Murieron en accidentes de tráfico o simplemente se esfumaron.
Neddy Nelson: Lo único que yo digo es: ¿qué pasa si el tiempo no es la frágil ala de mariposa que los expertos científicos dicen siempre que es?
¿Y si el tiempo se parece más a una alambrada que es casi imposible que uno se pueda cargar?
O sea, y aunque te la cargaras, ni que fuera mil veces, ¿cómo lo ibas a saber? En cualquier momento presente, en cualquier «ahora», solamente hay lo que hay. ¿Me sigue?
Lynn Coffey (©*Periodista*): Tómese su tiempo para revisar los comunicados de prensa y verá que las declaraciones oficiales del gobierno parecen contradecirse con lo que sucedió en realidad. El estudio sobre los mirones no fue suspendido debido a la aprobación de la ley I-SEE-U. El estudio murió porque sus principales ingenieros dejaron de presentarse al trabajo. Si cuadra usted los informes de gastos y los compara con los registros de nóminas y las declaraciones policiales, se encontrará toda una serie de accidentes de vehículos del gobierno y verá que un número importante de los ingenieros que iban al volante de aquellos vehículos pareció huir de la escena de cada accidente. No murieron, pero nadie volvió a verlos nunca.
Neddy Nelson: Y para cuando fuera usted viejo, o sea un viejo apolillado y cascado de verdad, y hubiera engendrado la última versión de usted mismo, ¿acaso no se reuniría con ese usted joven último modelo y tendrían una pequeña charla de hombre a hombre? Digamos que ese híbrido de usted, nuevo de fábrica, tendría dieciocho o diecinueve años.
Tina Nosecuántos (©*Choquejuerguista*): Olvídelo. Nadie va a contarle cuál es la *verdadera* meta de las choquejuergas. Adelante, siga creyendo que solamente estamos haciendo el tonto. Que somos una pandilla de descerebrados que nos divertimos dándonos piñazos con el coche.
Además, la mayoría de esos idiotas solo actúan basándose en rumores. Nadie está seguro de cómo funciona en realidad. Nadie va a contarle lo que está pasando en realidad.
Pero unos cuantos de nosotros vamos a convertirnos en dioses.

Neddy Nelson: Lo único que yo digo es lo siguiente: ¿y si Rant no tuvo la culpa de ser el resultado del plan perverso que otra persona llevaba ya mucho tiempo maquinando?
¿Acaso Rant no decía: «El futuro que tendrás mañana no será el mismo futuro que tuviste ayer»?
¿Lo ha apuntado todo?

35
UN FLASHBACK

Chester Casey (☼*Granjero*): Ahora va a oír usted un buen montón de chorradas.
La noche antes de que mi chaval, Buster, se matara, un viejo estúpido le contó una trola larga e imposible. Aquel vejestorio forrado de pasta llamado Simms le dijo que, cuando él tenía la edad de Buster y se mudó por primera vez a la ciudad, sufrió un accidente de tráfico. Aquel tal Green Taylor Simms era un joven que iba conduciendo tranquilamente y un coche que venía en dirección contraria cruzó la mediana de la carretera sin frenar en ningún momento y se estampó contra su coche.
Shot Dunyun (☾*Choquejuerguista*): Tal como me contó la historia Rant, Simms se despertó en una cama de hospital y preguntó:
—¿Cuánto tiempo llevo aquí?
Y la enfermera le dijo:
—Cuatro días…
Echo Lawrence (☾*Choquejuerguista*): En el hospital, aquel joven preguntó:
—¿Qué le ha pasado a mi coche?
Y los médicos dijeron:
—¿Qué coche?
La policía lo había encontrado inconsciente en la calle. Estaba magullado y tenía una clavícula y el esternón rotos.
El tipo preguntó:
—¿Dónde está mi ropa?
Y los médicos dijeron:
—¿Qué ropa?
La policía lo había encontrado desnudo.
Chester Casey: Todo el mundo sabe que es un montón de bobadas, pero Buster no lo sabía. Debió de creerse al viejo aquel.
Echo Lawrence: En aquel momento, la policía le pidió al tipo su nombre y le preguntó cómo ponerse en contacto con su familia, y el tipo se lo dijo. Al día siguiente regresaron a su cama de hospital y le dijeron que aquella gente, su familia, no existía.
Shot Dunyun: Los polis le pidieron su nombre y los números de su carnet de identidad y de la seguridad social. Y al día siguiente le dijeron al hombre que *él* no existía.
Echo Lawrence: En el hospital, los médicos echaron un vistazo a las cicatrices que tenía el tipo en los brazos, los pinchazos y las marcas que tenía en la piel, y le preguntaron qué drogas tomaba.
Le preguntaron si sabía que estaba infectado de la rabia.
Jarrell Moore (☾*Detective privado*): Las heridas que Simms le describió a Rant Casey —las magulladuras por toda la cresta ilíaca de las caderas, la fractura de esternón y la clavícula rota— se correspondían con las heridas que infligen los cinturones de seguridad de cintura y hombro durante una colisión frontal a alta velocidad.
Shot Dunyun: Así pues, cuando Green Taylor Simms tenía veintitrés años, se escapó de aquel hospital. En cuanto se mencionó su traslado al pabellón psiquiátrico se largó antes de que lo pudieran encerrar a cal y canto. Simms robó algo de ropa y zapatos y se largó. Y fuera se encontró con que, después de los cuatro días que había perdido, la ciudad ya no estaba dividida en día y noche. Que nadie tenía puertos en la nuca. Que la gente leía: libros. Revistas. Periódicos. A través de las ventanas veía a la gente mirando la televisión. Y de las radios y equipos de estéreo salía… música.
Simms fue haciendo dedo hasta el único lugar que le parecía seguro. Volvió a casa con su familia, en Middleton. Eso es, el mismo pueblo de Rant.
Chester Casey: Te parte el corazón de pena, la cantidad de chifladuras lunáticas que aquel viejo

chocho de Simms le soltó a mi chico.
Shot Dunyun: En los pocos años que llevaba Simms viviendo en la ciudad, alguien había talado las cuatro acacias blancas que había en las cuatro esquinas del jardín de su familia. En su sitio había plantadas cuatro acacias jóvenes y larguiruchas que no llegaban ni a la cintura. En la casa, le contó Simms a Rant, alguien había cambiado el revestimiento exterior combado y abollado por plafones nuevecitos y con la pintura blanca tan limpia que parecía azul. Una pintura tan fresca que aún olía. Su llave no entraba en la cerradura, y cuando llamó, salió a abrirle una chica.
Chester Casey: Se llamaba Hattie, y era guapa de esa forma en que es guapa la gente de las fotos antiguas. Cuando todavía son jóvenes y les emociona la vida. Antes de que el tiempo y el trabajo y *ustedes* les destrocen la juventud. Hace setenta años, Hattie tenía trece y acababa de llegar de la escuela a aquella casa vacía, donde estaba esperando que sus padres volvieran del trabajo al cabo de unas horas.
Debió de ver algo bonito en aquel Simms, porque lo hizo entrar y se lo llevó casi directamente a la cama. Bastante directamente.
Echo Lawrence: Por supuesto, esta es la versión del hombre. Que él no violó a nadie. Que no adivinó quién era ella hasta que, allí acostados, esperando el crepúsculo y a los padres de ella, Hattie dijo:
—La única forma de que te dejen quedarte es que me dejes embarazada…
Y volvieron a hacerlo.
En mitad de la segunda vez, Hattie dijo que confiaba en que fuera niña. Así podría llamarla Esther. Y aquel joven desconocido tuvo un orgasmo mientras miraba el reloj y el calendario que había encima del tocador de la chica. Y entonces le preguntó:
—¿Eso está bien?
Hattie deslizó la cabeza por la almohada, echó un vistazo y dijo:
—Minuto más, minuto menos.
Y él dijo:
—No. —Dijo—: Me refiero al calendario.
Chester Casey: Aquel viejo que le contó todas esas chorradas a mi chaval, le dijo que había notado el momento en que el bebé fue concebido: que sintió que lo acometía una oleada de energía, inteligencia, pelotas y locura. Que lo sintió más claro que el agua. «Fue mejor —dijo— que cualquier picadura de bicho, ya fuera con veneno o simple dolor de dentellada.»
Dijo que como no se quedó a conocer a sus padres, y no actuó como si fuera un perro sin dueño que ella se quería quedar, aquella tal Hattie debió de contarles a sus padres que él la había violado.
Echo Lawrence: Por lo que le contó a Rant, cuando Simms besó a aquella tal Hattie, notó el sabor del pastel de carne con cebollas y salchicha que ella había comido a mediodía en la cafetería de la escuela. Y el hígado frito de ternera que había cenado la noche antes. Y el filete francés rebozado con crema de cebollas perla y ensalada de gelatina de naranja que había cenado tres noches antes. En el momento en que su futura hija fue concebida, la visión y el oído del hombre, así como sus sentidos del olor y del tacto, simplemente se dispararon.
Shot Dunyun: Mientras íbamos en coche, de pesca como aquel que dice, Rant me dijo que de alguna manera Green Taylor Simms había saltado sesenta años atrás. Después de montar en el asiento trasero de su propia tatarabuela Hattie Shelby, Simms dijo que se sentía de maravilla. Que solamente necesitaba dormir dos horas cada noche. Como si fuera una especie de Superman.
Tina Nosecuántos (©*Choquejuerguista*): No es más que una de las metas secretas de las choquejuergas. La mayoría de la gente lo llama Flashback. Otros lo llaman ser Pioneros al Revés. Al hecho de engendrarse a uno mismo, tal como hizo Simms, lo llamamos Hacer Acopio.
Echo Lawrence: Preste atención. Aquel supuesto refugiado de veintitrés años atrapado en el pasado ahora se moría de ganas de haber estudiado más historia reciente. O por lo menos de haber memorizado algunos números premiados de la lotería. Se dedicaba a lavar platos para ahorrar un poco de capital. Trabajaba de sol a sol y les preguntaba a los desconocidos:
—¿Microsoft ya ha sacado sus acciones a bolsa?

Y la gente le respondía:
—¿Microqué…?
—Microsoft —decía él.
Pero la gente se limitaba a negar con la cabeza y a encogerse de hombros.
Shot Dunyun: Un día le preguntó a alguien:
—¿Ya se ha inventado la tecnología para alucinar cúspides?
No le importó que el otro se encogiera de hombros. Lo que deseaba de verdad era haber prestado más atención durante las clases de matemáticas y de ciencias.
Cada cierto tiempo regresaba para espiar a su hija, Esther, su futura abuela. Y como era incapaz de inventar nada, explicó que la sedujo, que le dio dinero, que le contó sus sueños de una futura dinastía y también su caída accidental al pasado. El accidente de tráfico.
Echo Lawrence: Le creyera ella o no, la violara él o no, aquella chica tuvo una hija a la que llamó Irene, y el hombre, que ahora se llamaba Green Taylor Simms, desapareció durante otros trece años.
Jarrell Moore: De acuerdo con el anciano en cuestión, en cada generación, cada una de las vírgenes de trece años se mostraba dispuesta, y hasta emocionada, de participar en su proyecto. En su experimento.
Echo Lawrence: Con cada espermatozoide que se reunía con un óvulo, Simms aseguraba que se sentía más fuerte. Que iba atesorando más oro, amasando una fortuna, y guardándola para su yo futuro.
Shot Dunyun: Más loco que una puta cabra.
Jarrell Moore: Demencia senil, como poco.
Shot Dunyun: El momento de cada concepción lo colocaba. Le ponía a cien, todos sus cromosomas o lo que fuera, todo le cambiaba en aquel instante. Se reorganizaba. Renovado y mejorado. Y, al igual que con cualquier adicción, era lo único que aquel tipo sabía hacer, de manera que lo hacía una y otra vez.
No paraba de mangonear con el pasado. De llenar el futuro de nuevos yos.
Chester Casey: Después de contarle a mi chico aquella chaladura, el viejo tarado le pidió a Buster que se subiera las mangas de la camisa. El viejo miserable señaló las cicatrices de mordeduras, la tierra que los colmillos le habían tatuado a Buster en los brazos y las manos, y le dijo:
—Tejón… coyote… víbora…
Y acertó con todas las cicatrices.
Echo Lawrence: Supuestamente, Green Taylor Simms le pidió a Rant que viajara hacia atrás en el tiempo, que tuviera un accidente de tráfico. Ahora la gente vivía más años. Rant podía retroceder cien años. Sembrar más generaciones de sí mismo. Rant podía memorizar números de lotería y planes de invención a lo largo del tiempo, y así amasar una fortuna todavía mayor.
Jarrell Moore: Y por el camino, tirarse a niñas de trece años.
Shot Dunyun: Y Simms le prometió a Rant una forma de vivir para siempre. De hacerse inmortal.
Echo Lawrence: Además, tal vez para esconder sus huellas, o tal vez porque era un chiflado híbrido y fruto de la endogamia, Simms había estado regresando a escondidas para asesinar a aquellas chicas de Middleton cuando ya eran viejas, usando arañas venenosas, pulgas bubónicas y abejas asesinas…
Shot Dunyun: Rant le dijo a aquel viejo chiflado de Simms:
—¿Memorizar? No tienes ni idea de lo que le hace la rabia al cerebro…
Echo Lawrence: Y Green Taylor Simms dijo:
—Sé exactamente lo que eres capaz de hacer. —Le dijo a Rant—: Porque soy tú.
Neddy Nelson (*Choquejuerguista*): Nadie quiere sacar el tema, pero… ¿acaso la Virgen María no era hija de Dios? Y en la época de la Biblia, ¿acaso no tenía algo así como trece años?
Shot Dunyun: Hace sesenta años, aquel otro Rant Casey salió disparado hacia el pasado y tuvo que esperar para volver otra vez al presente, haciendo algún que otro cambio por el camino.

Haciendo Acopio.

Neddy Nelson: Además, ¿y esos rollos chungos del Antiguo Testamento como cuando las dos hijas de Lot emborracharon a su padre y luego… «preservaron su semilla»?

Chester Casey: Lo que yo creo es que esa patraña es la razón de que Buddy tirara su coche por aquel puente. Todos los sueños de aquel viejo idiota, mi chaval era quien se suponía que tenía que hacerlos realidad. Pero le aseguro que no es precisamente eso lo que hizo mi Buddy.

36
ASESINOS A SUELDO II

Tina Nosecuántos (©*Choquejuerguista*): En mi última cita con Wax, y me refiero a nuestra puñetera última cita, los dos íbamos de Noche de Luna de Miel al volante de un maldito Maserati GranSport afanado, o sea robado, y de pronto Wax vio un montón de luces de ambulancias por todo el depósito de trenes que hay junto a la avenida Wentworth, así que condujo hacia allí para echar un vistazo.

No quedaba nada más que metal humeante. Hasta la parte del medio del tren parecía calcinada, y los bomberos estaban forcejeando para llevar la sierra para metales hasta el pedazo más grande y todo hecho una bola de un Lincoln Town Car. A nuestro lado de las vías, el humo arrastraba serpentinas de boda y toda clase de porquería. Un velo de novia todo empapado de sangre. Un capullo de rosa roja de los que se ponen en el ojal.

Allan Blayne (©*Bombero*): En cuanto abrí la bocaza, me di cuenta de que lo que dije sonaba estúpido. Lo que le dije a la chica. En esos trabajos, en los accidentes más graves, pongo el piloto automático.

Era una situación con dos coches: el Vehículo Número Uno estaba aparcado frente a un cruce de vías, esperando a que pasara un tren de carga. De acuerdo con los testigos presenciales, el Vehículo Número Dos embistió al vehículo parado y supuestamente lo empujó contra el costado del tren que pasaba. Luego el Vehículo Dos continuó avanzando en línea recta hasta colisionar con el tren. Ambos automóviles fueron arrollados por las ruedas del tren, aplastados y arrastrados a una distancia de aproximadamente cien metros.

Tina Nosecuántos: Yo conozco a todo el personal médico de emergencia porque trabajo para Tráfico Gráfico, y cuando Wax se paró para curiosear le grité a un tío que conozco que trabaja para un servicio de respuesta a emergencias. Le pregunté qué pasaba y el tipo me dijo que aunque me lo dijera no me lo creería. Que había una chica que seguía viva dentro del amasijo de metales, que se le había quemado toda la ropa pero que ella no tenía ni un arañazo. El tipo negó con la cabeza y dijo:

—No se le ha partido ni una uña.

De las notas de campo de Green Taylor Simms (©*Historiador*): El principal argumento en contra de la posibilidad de los viajes en el tiempo es lo que los teóricos denominan la «Paradoja del Abuelo». Se trata de la idea de que si alguien fuera capaz de viajar hacia atrás en el tiempo también podría matar a su propio antepasado, y así eliminar la posibilidad de que dicho viajero en el tiempo pudiera haber nacido, y, por tanto, nunca podría haber vivido para viajar en el tiempo y cometer el asesinato.

En un mundo donde millones de personas creen que su deidad concibió un hijo mortal con una humana virgen, es asombrosa la poca imaginación que muestra la mayoría de la gente.

Neddy Nelson (©*Choquejuerguista*): ¿Quiere que me arriesgue a hablarle de los Historiadores? ¿Sabe lo que pasa cuando alguien propaga esos rumores?

¿Qué? ¿No se le ocurre una forma más rápida de hacer que nos maten a los dos?

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): Junto con ser un Pionero al Revés, convertirse en Historiador es el otro sueño secreto y vergonzoso de todos los choquejuerguistas.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Hay una teoría de los viajes en el tiempo que resuelve la Paradoja del Abuelo y que consiste en especular sobre el hecho de que, en el momento en que uno cambia la historia, ese cambio escinde el flujo único de la realidad en ramas paralelas. Por ejemplo, cuando matas a tu antepasado, la realidad se tendría que dividir en dos caminos paralelos: una realidad en la que tú continuaras naciendo y tu antepasado no muriera, y una rama en la que tu antepasado muriera y tú nunca fueras concebido. Con cada revisión que uno hace en el pasado, crea una nueva realidad subsiguiente que los teóricos denominan «bifurcación».

Neddy Nelson: ¿No cree usted que los cabrones más grandes y ricos del mundo son

Historiadores? ¿Y de verdad cree que quieren que los demás lo sepamos? ¿Esos ricos cabrones? ¿No cree usted que pueden fingir su propia muerte cada seis décadas más o menos y luego transferir su dinero y sus propiedades a su siguiente identidad?
De las notas de campo de Green Taylor Simms: En el seno de la espiritualidad oriental o asiática existe la idea de que solamente el ego de un individuo lo ata al mundo temporal, que es donde experimentamos la realidad física y el tiempo. De acuerdo con esta idea, los seres iluminados reconocen esa limitación autoimpuesta y ese apego al mundo inmediato, y pueden elegir liberar sus conciencias y viajar a cualquier lugar o período de la historia. Con la venia del señor H.G. Wells, no hace falta ninguna máquina del tiempo. Cualquiera puede desplazarse por la historia o el espacio simplemente relajando la sujeción a su realidad actual mediante la meditación y el crecimiento espiritualH.G..
Neddy Nelson: ¿Cree que alguien mínimamente inteligente le va a hablar de los Historiadores? ¿Cree usted que es inteligente haberle contado todo lo que le he contado ya?
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Existe una tercera posibilidad, es cierto, aunque nunca se ha hablado de ella en profundidad. Además de la bifurcación y los viajes en el tiempo mediante la liberación de la conciencia, esta tercera opción también resuelve la Paradoja del Abuelo y coloca al viajero en el Tiempo Liminal, suspendido fuera del movimiento lineal del tiempo que experimentan los seres humanos. En términos simples, el Tiempo Liminal ni tiene principio ni fin. Nada está sometido a los procesos naturales de la decadencia y el reemplazo. En el Tiempo Liminal, nada nace y nada muere.
Es comprensible que en esa inmortalidad solamente existan las deidades.
Hasta ahora.
Allan Blayne: Tanto el Vehículo Uno como el Dos se incendiaron en el acto y prendieron fuego al cargamento de los vagones adyacentes así como a las traviesas tratadas con creosota del lecho de las vías. Los testigos sitúan el momento del incidente a las 23.35, y los primeros en responder a la emergencia fueron cuatro equipos de bomberos. Hizo falta un quinto equipo para tener la situación bajo control, pero hasta las 4.15 los restos no se enfriaron lo bastante para que los detectives recuperaran los cuerpos.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: A lo largo de todas las mitologías, los dioses se han convertido a sí mismos en mortales teniendo hijos con mujeres mortales. La deidad se limita a emerger del infinito del Tiempo Liminal, a manifestarse en forma de ángel o de cisne o de bestia y llevar a cabo la seducción o el anuncio que resultará en un descendiente mortal. La divinidad encarnada. El infinito hecho finito.
Cuando se cruza esta mitología con la Paradoja del Abuelo, entonces ocurre lo contrario y la carne mortal se puede volver divina.
Allan Blayne: En el curso de la búsqueda, nuestra unidad recuperó los restos calcinados de dos hombres adultos y dos mujeres adultas que, según los testigos, en el momento del impacto se encontraban en el primer vehículo, el que estaba parado. En el proceso de registrar los restos del segundo automóvil, este miembro del equipo de bomberos oyó algo que me parecieron sollozos procedentes de la parte delantera hundida del módulo de pasajeros. Tras usar un escoplo hidráulico para aligerar las estructuras dobladas y extremadamente retorcidas del compartimento de pasajeros, las investigaciones posteriores revelaron que había una única superviviente, una mujer adulta, al parecer la conductora del segundo vehículo. El ruido que en un principio creímos que eran sollozos ahora se podía apreciar que eran risas, muy posiblemente causadas por la histeria.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Si una deidad se puede encarnar concibiendo una nueva vida con una mortal, tal vez un mortal pueda alcanzar la inmortalidad si es capaz de viajar hacia atrás en el tiempo y destruir a uno de sus progenitores o tal vez a los dos. En esta respuesta a la Paradoja del Abuelo, el viajero temporal elimina sus orígenes físicos y de esa forma se transforma en un ser sin principio físico y, por tanto, sin fin.
Dicho simple y llanamente: un dios.
Allan Blayne: En calidad de miembro del equipo de bomberos, yo orienté a la superviviente,

una mujer de aproximadamente veinticinco años de edad, y la convencí para que mantuviera la calma hasta que la pudieran examinar los paramédicos que ya había en el lugar de los hechos. La sobreviviente estaba envuelta en lo que solamente se puede describir como un caparazón o un capullo hecho de una retícula rígida. La inspección de la superficie interior de dicho caparazón reveló que se trataba de los restos quemados y fundidos de un atavío y tocado de fibra sintética, al parecer los restos de un vestido blanco y largo y un velo como los que llevan las novias en las bodas tradicionales.

En mis esfuerzos por mantener tranquila a la superviviente, le pregunté su edad, su nombre y su fecha de nacimiento.

Tal vez debido al shock, me respondió:

—El mes que viene cumplo ciento sesenta y tres años. —La superviviente retorció los hombros y el torso dentro de su capullo de despojos y dijo—: Ha sido superdivertido. Ahora quítenme de encima esta porquería quemada.

Tina Nosecuántos: Waxman miró cómo aquella chica milagrosa caminaba por las vías, descalza y envuelta en una manta, y entonces Wax dijo:

—Ahí es donde quiero llegar yo…

Yo supuse que Wax quería decir que era guapa.

La chica milagrosa lo estaba mirando fijamente a los ojos.

Pero no era eso lo que quería decir Wax. Ni por asomo.

Neddy Nelson: ¿Quiere usted que yo le presente a un Historiador? ¿Quiere seguir vivo y ser estúpido, o quiere ser un cadáver sabelotodo?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: En una parodia más bien repulsiva de la Anunciación, el viajero temporal haría una peregrinación hasta encontrarse con un antepasado directo, a ser posible la madre o el padre del viajero, en un momento anterior a la concepción del viajero, con el objeto de matar a ese antepasado.

Shot Dunyun: Se lo repito, no hay que confundir Hacer Acopio con Resolver el Origen. Hacer Acopio quiere decir hacer un flashback para criar una versión mejor de uno mismo. Resolver el Origen quiere decir que matas a un antepasado tuyo para asegurarte de que no vas a nacer nunca. Se lo aseguro, las dos cosas son muy chungas.

Neddy Nelson: ¿Acaso los Historiadores no lo llaman Destruir la Fuente o Talar el Origen? ¿No ha oído que lo llaman Resolver el Origen? ¿Acaso no tiene lógica que los asesinos en serie como el Asesino del Zodíaco o Jack el Destripador fueran gente que cayó hacia atrás en el tiempo y tuvo problemas para encontrar y «resolver» a sus madres?

Tina Nosecuántos: Nunca más tuve noticias de Wax, hasta mucho, *mucho* tiempo después de que Rant Casey hizo su salto suicida desde el puente. Antes de eso, habían venido unos policías a preguntarme si Wax se mantenía en contacto conmigo. Parece que unos chavales murieron al lanzar un Jaguar X-Type por el interior del túnel de cemento de una carretera. Resultó que el coche era robado, y que la cartera de Wax estaba en el bolsillo de atrás de unos vaqueros abandonados entre los restos del accidente. Como si Wax hubiera destrozado por completo un Jaguar, y hubiera matado a un par de chavales y dejado allí sus malditos vaqueros…

Neddy Nelson: ¿No se pregunta usted por qué siempre tenemos guerras y hambrunas? ¿Es capaz de aceptar el hecho de que esa gente, los Historiadores que lo controlan todo, se la cascan contemplando nuestra mortalidad?

Tina Nosecuántos: Un par de semanas más tarde, los polis me volvieron a llamar preguntando por Wax. Al parecer había muerto otro chaval en un coche robado, esta vez un BMW 3 Serie 325i. Parece que había un testigo dispuesto a jurar que, un segundo después de que el coche se despeñó desde el piso superior de un aparcamiento de ocho plantas y aterrizó de morro en una acera de cemento, lo que mató al chaval que iba en el asiento del pasajero, justo después de producirse el siniestro Karl Waxman salió trepando a través del parabrisas hecho trizas y se largó caminando.

Y de nuevo les dije a los polis que yo no sabía nada de él.

Neddy Nelson: ¿Cómo puede esperar usted que los Historiadores sientan algo por el

sufrimiento de los demás? ¿Es que llora usted cuando una flor se marchita? ¿O cuando se pasa un cartón de leche? ¿No cree usted que han visto morir a tanta gente que ya casi se les ha agotado la compasión o la empatía o lo que sea?

Tina Nosecuántos: Los polis volvieron a llamar y me dijeron que las huellas dactilares encontradas en el volante del BMW coincidían con las huellas halladas en el apartamento de Wax. Y me preguntaron si yo le estaba dando refugio.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Uno de los principios comunes que comparten credos espirituales enormemente divergentes es la norma de que el individuo solo puede adquirir un poder absoluto «matando a su padre». Existe la posibilidad de que dicha norma no tenga una intención metafórica. La principal dificultad estribaría en transportarse a uno mismo hacia el pasado hasta llegar a una época en que uno no hubiera nacido.

Y luego, por supuesto, viene la tarea físicamente fácil, pero emocionalmente complicada, de asesinar a tu padre o a tu madre.

Tina Nosecuántos: Para encontrar a Wax, lo que hice fue buscar en el listín a su madre, Gloria Waxman, pero no figuraba. Su apellido de soltera era Elrick, así que llamé a los pocos Elrick que encontré. Uno me dijo que me equivocaba de número. Y cuando al marcar el número siguiente pregunté por Gloria Elrick o Waxman, una anciana me colgó el teléfono. Aquella anciana me colgó como unas diez veces, así que fui a hacerle una visita a la dirección que aparecía en el listín. Detrás de la puerta del apartamento, la misma voz de anciana me dijo que me marchara, pero yo no me fui.

No paré de llamar y aporrear la puerta, diciendo que sabía que Gloria y Wax estaban en la casa, y diciendo que solamente quería hablar.

Por fin amenacé con contárselo a la policía, y alguien abrió desde dentro la puerta del apartamento. Un anciano abrió la puerta lo bastante como para que yo pudiera ver la maldita cadenilla todavía puesta, y me dijo que me fuera o que sería él quien llamara a la policía. Aquel anciano me dijo que su hija, Gloria Elrick, llevaba muerta más de veinte años. Parece ser que estaba aparcando el coche con su novio y un loco los mató a tiros a los dos dentro del vehículo. Un completo desconocido, un joven sin móvil aparente, alguien a quien nadie conocía de nada había matado a Gloria y a su novio. Y el anciano me cerró la puerta en las narices.

A través de la puerta, le pregunté cómo se llamaba el novio.

Y el anciano me dijo:

—¡Lárguese!

Yo le grité:

—¡Dígame solamente cómo se llamaba!

Y el anciano dijo:

—Anthony. —Me gritó a través de la puerta—: Tony Waxman. —Y me gritó—: ¡Ahora váyase!

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Sin embargo, una vez que uno hiciera el viaje y llevara a cabo la tarea, convertirse en inmortal, vivir eternamente en un mundo donde todo y todo el mundo se iba a marchitar y a morirse mientras uno acumulaba conocimiento y riquezas, y se convertía en el líder más poderoso de todos los tiempos —*de todos los tiempos*—, parecía que valía la pena con creces.

Neddy Nelson: ¿No se cree que un Historiador de verdad mataría solamente para divertirse?

Tina Nosecuántos: La última vez que vi a Wax, yo iba con mi equipo de choque, con un vestido de dama de honor, haciendo un esfuerzo desesperado para que algún equipo me recogiera, y un Rolls-Royce Silver Cloud se paró junto a la acera. Garabateado en el costado bruñido de la carrocería, con pintura de espray blanca y rosa, ponía: «Recién casados». La ventanilla del asiento del pasajero se bajó y dentro, inclinándose desde el asiento del conductor, estaba Wax, que sonrió y dijo:

—Eh, nena, entra…

Yo le pregunté:

—¿Dónde has estado?

Y Wax dijo:

—Lo he conseguido…
—¿Que has conseguido? —le pregunté.
Neddy Nelson: Y luego, después de que los Historiadores «cancelen sus orígenes», ¿no es verdad que pasan por un largo proceso que se llama algo así como «desvanecimiento residual», en el que empiezan a desaparecer las últimas huellas de su viejo yo?
Tina Nosecuántos: Karl Waxman me dijo que ya no tenía futuro ni pasado. Que ya no le hacía falta comer nada ni dormir un solo minuto. Ya no tenía que cortarse el pelo. Ya no iba nunca de vientre. Se acabaron las heridas y las enfermedades. Se acabó la muerte. Ya estaba fuera del tiempo.
Y Wax dijo:
—No tengo principio ni fin. —Dijo—: Y puedo convertirte en una diosa.
Ya, claro, le dije. Igual que convirtió en dios a aquel chaval quemado del BMW, ¿no? Y a los chavales del Land Rover.
Y Wax se echó a reír y me dijo que solamente estaba tomándoles el pelo. Wax me dijo que cuando eres inmortal te olvidas de que el resto de la gente no lo es. Te pones a hacer el tonto y alguien acaba sin cabeza. Con lo que gritaban, me dijo que hacían una gracia tremenda.
Conmigo, me dijo, sería distinto.
Ya, claro, le dije yo. Igual que había hecho inmortales a su padre y a su madre, ¿verdad?
La portezuela del Rolls-Royce se abrió y Wax dijo:
—Tú entra y ya está, nena. —Wax dio una palmada en el asiento de al lado del suyo y dijo—: No vas a ser eternamente joven… —Dijo—: A menos que confíes en mí.
Pero yo no entré en su coche. Cerré la portezuela de golpe y le dije que era un cabrón por no haberme llamado. Le dije que ahora le tocaba a él esperar.
—Oh, yo puedo esperar —dijo Wax.
Algunos chavales choquejuerguistas se nos habían acercado, novios y novias con ropa de tienda de segunda mano, acudiendo en manada al Rolls con su cola de latas y serpentinas blancas, listos para entrar, preguntándole a Wax si necesitaba equipo, preguntándole si podían ir con él.
Y yo les dije a aquellos chavales:
—No lo hagáis. —Bloqueé la portezuela con la cadera y les dije que se alejaran de aquel tipo cagando leches—. Si entráis en este coche —les dije—, este maldito psicópata os va a asesinar.
Y los chavales se me quedaron mirando como si el maldito psicópata fuera yo.
La última noche que vi a Wax, lo último que me dijo fue:
—Intenta no olvidarme, nena.
Y me lanzó un beso, después arrancó y se perdió en el caudal del tráfico.
Desde entonces no he vuelto a ir con un equipo de choque ni una sola noche. Y solamente confío en que aquella fuera la última vez que vea a Karl Waxman.
Neddy Nelson: ¿Es que no puede ver usted que los dioses y redentores de antaño como Apolo e Isis y Shiva y Jesucristo no son más que perdedores con Torino y Mustang de puta madre que se fueron de choquejuerga y encontraron una forma de «talar sus orígenes»? ¿Qué tal vez empezaron todos como don nadies, pero, a medida que su realidad se diluía, a su alrededor se empezó a condensar una nueva historia?
Tina Nosecuántos: En cuanto llegué a casa, llamé al maldito detective de la policía que me había estado incordiando. Y el detective me dijo que nunca había oído hablar de Karl Waxman.
Allan Blayne: La estupidez que le dije a aquella chica no fue más que un reflejo. En calidad de miembro del equipo de bomberos, después de que la liberamos y la envolvimos en una manta, le dije:
—Es usted una joven afortunada.
Tina Nosecuántos: En todas las malditas fotos que tengo de Wax y de mí, él no está, ha desaparecido. En las fotos salgo yo sola, sonriente, rodeando con el brazo la nada. Con los labios fruncidos, besando el aire. Intento acordarme, pero no sabría decir si tenía los ojos castaños o verdes. Pregúnteme dentro de unos meses y me apuesto cien pavos a que nunca jamás he oído hablar de Karl Waxman.

Shot Dunyun: Por lo que me contó Rant, Simms no quería que él retrocediera en el tiempo para follarse a nadie. Ahora que Simms era su propio superhíbrido, lo que quería era ser inmortal. Simms quería que Rant retrocediera en el tiempo y matara a su madre. Bueno, supongo que era la madre *de los dos*.

37
RESOLVER EL ORIGEN

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): En Middleton, los perros dormidos tienen prioridad permanente… tanto en sentido metafórico como literal.

Echo Lawrence (*Choquejuerguista*): Así que volvimos a Middleton. Para ver la Hermandad Cristiana de Middleton. El Tornado Sexual. Y si teníamos suerte, el Museo de Dientes y los perros salvajes.

Neddy Nelson (*Choquejuerguista*): ¿Acaso no fuimos a Middleton para ver si Irene Casey estaba muerta? ¿Acaso nuestra verdadera misión no era ver si Rant había cumplido con la misión que le había encomendado Simms?

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): Aparcamos el Cadillac de Neddy al final de un camino de grava que iba hasta una granja blanca que se recortaba sobre el horizonte, la casa de Rant. Alrededor de la casa, se encontraba el jardín donde Rant había enterrado aquellos huevos de Pascua apestosos para que su padre los encontrara con el cortacésped.

Echo Lawrence: Aparcamos en plena noche y contemplamos la casa y la silueta de Irene en el cuadrado amarillo de la ventana de la cocina. Con una mano sostenía una forma sobre su regazo, mientras la otra mano tocaba la forma y se apartaba. La tocaba y se apartaba. Con la cabeza inclinada, y la luz detrás de ella, se dedicaba a bordar. La estuvimos mirando hasta que Shot y Neddy se quedaron dormidos.

Shot Dunyun: Hasta que Echo se quedó dormida.

Irene Casey (*Madre de Rant*): Un año por Navidad, mi madre y la abuela Hattie me regalaron un jersey que habían hecho ellas. Yo me imagino que era Hattie quien lo había tejido y mi madre quien había bordado las florituras. Había rosas de color rosado bordadas en satén por toda la pechera, acolchadas con felpa y con tallos a base de cordones acolchados. Todo muy intrincado. Mezcladas con las rosas había capullos de hierba doncella de color violeta, hechos con puntos largos y cortos. Diseminados en el fondo había tantos puntos de carril y puntos franceses más pequeños de color azul marino que hacían que el hilo blanco del jersey pareciera azul claro. Ni una sola arruga ni un hilillo suelto.

Era un jersey para llevar en casa, y tal vez los domingos en la iglesia. Ahora que lo pienso, tendría que haber prensado aquel jersey y haberlo enmarcado, con un cristal encima, y colgarlo en la pared. Hasta tal punto era una obra maestra.

No podía esperar para enseñárselo a todo el mundo, pero mi madre me dijo que no saliera de casa. Después de que la familia empezó a llegar para la cena de Navidad, todas las tías, tíos y primos, la casa estaba tan abarrotada que no tuve problema para salir a escondidas.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Ni siquiera me atrevo a hacer ningún comentario sobre ese individuo patético, ese tal Rant Casey. Es lamentable que le comentara alguna vez mis teorías sobre el Tiempo Liminal. Además, sufría alucinaciones causadas por una terrible enfermedad crónica, y sufrió una muerte espantosa con la creencia errónea de que aquella muerte iba a ser su salvación. Y aunque lo presentemos como a una víctima y un loco, la atención y la energía que le dedicamos convierten a Casey en un mártir.

Irene Casey: Bajando por el río, por entre los árboles que flanqueaban el río Middleton, yo solía pasear e imaginarme que el agua era el ruido del tráfico. Me imaginaba que vivía en una ciudad, llena de ruido, donde podía pasar cualquier cosa maravillosa. En cualquier momento. No como en Middleton, donde mi madre y mis tías cerraban con llave las puertas al ponerse el sol. Aunque nuestros vecinos más cercanos, los Elliot, vivían a ochocientos metros, mi madre corría todas las cortinas de la casa antes de encender una sola luz.

Mi madre y mis tías siempre me estaban martirizando para que no hablara nunca con desconocidos.

Pero nunca había ningún desconocido. No en Middleton.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Hasta el momento, catorce personas

trastornadas han estampado sus coches contra obstáculos diversos y los han despeñado por precipicios, y han muerto en lo que parecen imitaciones de Rant Casey. Ya en el plano personal, le recrimino al señor Casey que me haya retratado como un violador y asesino en serie.
Irene Casey: Por lo general, el río era ruidoso y traía mucho viento, pero aquel día no. Aquella Navidad estaba silencioso, congelado. El suelo era tan duro que no se marcaban las pisadas. No había ni una pizca de viento que moviera las hojas muertas o hiciera traquetear las ramas desnudas de los árboles. Era como si uno estuviera caminando por una fotografía en blanco y negro del invierno, sin ruido ni olores. Como si yo fuera la única cosa viva que se movía, caminando por el sendero del río. Mi aliento exhalaba fantasmas. El aire estaba tan seco que todo me arrancaba chispas de estática de los dedos.
Por lo que yo recuerdo, en un día tan en blanco y negro, mis ojos debían de estar ansiosos de colores, ya que captaban hasta el más pequeño destello dorado. Muy a lo lejos en el centro del río congelado, sobre la fina capa de hielo que recubría las aguas profundas, mis ojos captaron aquel diminuto destello de color dorado.
Tina Nosecuántos (©*Choquejuerguista*): Green Simms contaba que Rant estaba loco. Él es, en gran medida, parte de la élite, y no quiere ver eso amenazado por ningún nuevo orden.
Irene Casey: Con una zapatilla de tenis, le di un puntapié a la cosita redonda y dorada. Una moneda. Me tiré de la manga larga del jersey, remangué el puño para que no se ensuciara y me paré para tocar la moneda. Para ver si tal vez era de chocolate. Una moneda de pirata de chocolate envuelta en papel de aluminio dorado del supermercado Trackside. Me llevé la otra mano a la nuca y me recogí el pelo. Para evitar que me cayera sobre la cara.
El hielo del río estaba lleno de tierra, pero resbalaba bajo mis zapatos. Bajo el hielo, un agua tan profunda que se veía negra.
Con dos dedos cogí la moneda y la saqué del hielo oscuro.
De algun lugar del bosque y entre las aneas de la ribera del río llegaron ladridos, perros gimiendo y chasqueando las mandíbulas.
Al morderla, la moneda resultó ser dura, no se rompió, y el frío hizo que se me pegara a los labios. Una moneda de verdad. Un tesoro. Mi lengua notó el sabor del oro antiguo…
Y:
—Hola.
Alguien dijo:
—Hola.
A los perros no se los veía, estaban lejos, aullando.
Detrás de mí, un hombre se acercaba caminando río arriba, por la parte donde el agua era más profunda, tan llana como una carretera de cristal. El hielo nos rodeaba por todas partes.
—Caray, qué guapa estás…
El cielo navideño flotaba por encima de él, azul como hilo de bordar.
Echo Lawrence: Ellos no saben que los vi, pero me desperté en el asiento de atrás del coche y vi que Shot besaba a Neddy Nelson en los labios. Y Shot dijo:
—Hala, ya estás infectado.
Y Neddy dijo:
—Mejor que lo esté, porque no pienso hacer eso otra vez.
Irene Casey: El hombre estiró el brazo para tocarme la manga del jersey con los dedos y me dijo:
—Pero qué bonito…
Yo empecé a retroceder, cerrando el puño con fuerza en torno a la moneda de oro, para esconderla en caso de que fuera de él. Señalé las aneas con la cabeza y le dije:
—Hay perros salvajes, señor.
Se limitó a mirarme con una mueca en los ojos y la boca. No era una sonrisa ni un fruncimiento de ceño, más bien una mueca que harías si estuvieras solo. El hombre manoseó los puntos del hilo con los dedos y dijo:
—Tranquila.

Yo le dije:
—No lo haga, señor. —Dije—: Deje de tirar, por favor.
Él dio un tirón de la manga hacia sí, tan fuerte que se oyó crujir la costura del hombro, un hilo se partió y él dijo:
—No te estoy haciendo daño.
El hecho de sostener la moneda para esconderla, para guardarla, me dejó solamente con una mano. Los zapatos resbalaban en el hielo. Para salvar mi jersey, di un paso hacia él y le dije:
—Me lo va a estropear…
Neddy Nelson: ¿No sabe usted que la rabia es la clave?
Irene Casey: El hilo blanco del jersey actuaba como una red. Una telaraña acrílica. El hombre tenía los dedos de las dos manos enredados y hundidos entre los nudos y las puntadas, y cuando se dejó caer sobre las rodillas, su peso me arrastró hacia abajo. Con la ropa abotonada hasta el cuello, yo forcejeé para apartarme de sus nubes de aliento fantasma, y cuando él se deslizó hasta tumbarse sobre el hielo sucio, también me arrastró con él. Los dos quedamos atados y enredados.
Entre la maleza que nos rodeaba, los perros ladraban. El hombre juntó los labios en un beso y dijo:
—Chsss… Calla.
Dentro de su abrigo, el corazón le latía una vez con fuerza por cada cuatro que el mío latía desbocado.
Desvió la mirada en dirección a los ladridos, a los perros, y yo me dije a mí misma que aquel hombre me estaba salvando. Que solamente me había agarrado y me había arrastrado al suelo para protegerme. Que había oído venir a la manada de perros y que quería que nos escondiéramos.
A medida que los ladridos se alejaban, río abajo, y sin desenredar los dedos de mi jersey, él me miró, desde tan cerca que no podía ver nada que no fueran mis ojos. Y rozando mis pestañas con las suyas, me dijo:
—¿Nunca te has preguntado por tu padre de verdad?
Neddy Nelson: ¿Acaso no es la rabia lo que te inutiliza el puerto de forma que ya no puedes alucinar cúspides? Y después de eso, ¿no eres libre para hacer un flashback?
Irene Casey: Recuerdo que intentaba contener la respiración, porque cada vez que exhalaba, él se me colocaba encima, más y más pesado, haciendo que cada vez me costara más respirar. Aplastando mis entrañas, haciéndome más pequeña, hasta que alrededor de mis ojos empezaron a girar estrellitas brillantes. En el cielo de seda azul.
Él dijo:
—He estado mirando tu basura.
Recuerdo las mangas largas del jersey, que me envolvían y se retorcían alrededor de mí, tan prietas como esas chaquetas que les ponen a los locos en las películas para que no puedan mover los brazos. Yo tenía cada dedo sujeto de una forma distinta.
A raíz de haber mirado mi basura, dijo:
—Sé cuántas horas y minutos hace que tuviste la regla.
Y dijo que el bebé que yo iba a tener a continuación iba a ser casi con toda seguridad un niño. Y que aquel niño sería rey. Emperador. Que sería un genio que me haría rica y me enaltecería por encima de todas las demás mujeres.
Y con cada una de mis exhalaciones, se me subía más encima, y me pesaba más, haciendo que yo cada vez pudiera respirar menos aire, hasta que perdí a medias la conciencia.
Neddy Nelson: ¿No es por eso por lo que el gobierno presionó para que pusieran puertos a todo el mundo? ¿No fue porque tanta gente yendo de choquejuerga iba a cambiar la historia?
Irene Casey: El aire olía a agua limpia en un vaso transparente en un día de calor. El hielo no olía a nada. La suciedad estaba congelada. El río, solidificado. No había viento. Como si estuviéramos fuera del tiempo. Como si no sucediera nada salvo nosotros.
Dijo que los espermatozoides masculinos nadaban más deprisa, pero que no vivían tanto tiempo como los femeninos, y su aliento olía como un eructo después de haber comido salchichas de

cerdo para desayunar.
Yo le dije que tenía que mear.
Y él me dijo:
—Cuando terminemos.
Neddy Nelson: ¿No ha oído hablar del efecto encubierto del gobierno? La gente ni siquiera se da cuenta de que lo está alucinando, pero ¿acaso el efecto no lo mantiene aquí atrapado de forma que no pueda cambiar la historia?
Irene Casey: Me acuerdo de que le dije que sentía mucho haberme meado encima de él. Encima de los dos. Pero me había dolido mucho, y el aire frío había hecho que me doliera más. Por aquella época, cuando salía a pasear me ponía nueve o quizá diez bragas una encima de la otra. Para hacer ver que tenía caderas hasta que se me ensancharan.
Fue sin querer, pero cuando él me bajó la cremallera y me metió el pulgar frío por debajo de todas aquellas bragas, y luego dentro de mí, me meé. El calor empapó la lana de mi jersey. El resto de mí estaba frío como el hielo.
Tirada en el suelo, con mi jersey regalo de Navidad, con aquel hombre aplastándome tanto que no podía respirar, y llamándome «la madre del futuro», yo no me imaginaba cómo aquello podía empeorar.
Me acuerdo de que dio la vuelta a su mano delante de mi cara, con los dedos mojados y humeando por culpa del frío, y que yo le dije:
—Lo siento.
Le dije:
—Estamos a salvo.
Él tenía sus dedos mojados dentro de mí y yo no paraba de llamarlo «señor». No paraba de decir:
—Ya hace rato que se han ido esos perros.
Neddy Nelson: ¿Acaso los Historiadores no lo llaman «Olvido», al lugar sin lugar, donde se ha parado el tiempo? A ese lugar fuera del tiempo.
Irene Casey: Aquel hombre me puso una rodilla sobre el pecho, como si se fuera arrodillar encima de mí; luego la bajó, y enganchó la punta de su zapato negro en la entrepierna de mis vaqueros. Mientras me bajaba bruscamente los vaqueros y las bragas hasta los calcetines y los tobillos, en ese mismo instante, yo me acordé de cuánta gente había sentada a la mesa para la cena de Navidad de mi casa. Tanta que mi madre no se daría cuenta de que yo no estaba.
Echo Lawrence: En el huevo de Pascua que dejó para mí, Rant había escrito algo con cera blanca, para que cuando yo lo sumergiera en el tinte pudiera leer su mensaje escondido.
Irene Casey: Era peor que cuando Basin Carlyle te hacía una falta, chocando demasiado fuerte, dándote ahí abajo con una pelota de dodgeball en la clase de educación física. Era peor que los dolores de la regla. Aquellos golpes, porrazos y empujones dolían de verdad. Lleno de tierra que rechinaba y de agua sucia, el hielo se derretía debajo de mí. La parte más fina del hielo se convertía en barro y formaba un charco debajo de mí.
Me imaginé la tela pegada en un solo sitio, apuñalada una y otra vez en una enorme y lenta máquina de coser.
Yo tenía los brazos envueltos con tanta fuerza como si fuera un bebé o una momia, recién nacido o impotente por culpa de la muerte, y el hombre seguía moviéndose encima de mí, más y más deprisa, hasta que se detuvo, y hasta el último de sus músculos y articulaciones se puso tan duro como la piedra, como si se hubieran congelado.
Luego todo él se distendió, se relajó, pero no me soltó. Sus dedos me tenían agarrada.
El corazón se le ralentizó y dijo:
—Todavía no ha pasado. Para estar seguros —dijo el hombre—, tenemos que hacerlo otra vez.
Echo Lawrence: En lugar de teñirlo, metí el huevo dentro de una taza de café. Después de beberme el café, el huevo quedó allí posado al fondo de la taza de plástico, y las palabras de Rant me decían: «Dentro de tres días, regresaré de entre los muertos». Debía de ser alguna cita de la Pascua.
Irene Casey: Mientras el hombre esperaba, se olió la mano y dijo:

—Hueles igual que olían tu madre y tu abuela y tu bisabuela a tu edad…
Nada se movía. Nada ladraba.
—Ten este bebé —susurró, con la boca encima de mis ojos, con los labios sobre mis párpados fuertemente cerrados—, y serás la madre más famosa de toda la historia…
Allí abajo se estaba moviendo otra vez, apretándome contra el hielo, y me dijo:
—Como no tengas este bebé, volveré para hacer que tengas otro…
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Ya que insiste en saberlo, el mensaje escondido que había escrito en mi huevo era: «Vete a la mierda».
Irene Casey:
—Sí —dijo él, clavándome los pelos de su barbilla en el costado del cuello. Y dijo—: Sí, sí. Oh, sí. —Y dijo—: Por favor.
Sus caderas me golpeaban con tanta fuerza que una, dos y tres grietas se extendieron como relámpagos por el hielo que yo tenía debajo. El agua chapoteaba debajo de mí. Las grietas blancas avanzaban en zigzag hacia la orilla.
Shot Dunyun: Yo no sabía por qué, pero mi huevo decía: «Green Taylor Simms».
Irene Casey: Cuando se incorporó sobre los codos, el hombre bajó la vista y me dijo:
—Estás sangrando.
Me miró la mano y vio que dentro del puño, de apretar la moneda tan fuerte, había hecho que los bordes de oro me cortaran la piel de la palma. Los bordes habían grabado una cicatriz perfectamente redonda, más profunda en la parte superior y en la inferior del círculo. El hombre me abrió los dedos a la fuerza y, dentro de ellos, la moneda de oro tenía un aspecto navideño dentro de mi sangre de color rojo brillante. Cuando ya lleváramos varias semanas del año nuevo, todavía me quedaría una magulladura de color púrpura con la fecha 1884.
Y el hombre me dijo:
—Quédatela. Para pagar la lavandería de tu jersey.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Hasta ahora, las choquejuergas no tenían una cara, y parece una imprudencia ponerles una. No existe ese fenómeno de los flashbacks. No existen los Historiadores inmortales. ¿Qué es más probable, toda esa chorrada de los viajes en el tiempo, o el hecho de que un joven se volviera loco?
Creer otra cosa sería extremadamente temerario e irresponsable.
Irene Casey: El hombre se subió los pantalones, con la orina y la sangre todavía chorreando de su cosa. Todavía cayéndole un chorrito de esperma. Se subió la cremallera y echó un vistazo a su alrededor. Bajó la vista para mirarme y dijo:
—Quédate aquí hasta que me haya ido.
Y se alejó caminando río arriba sobre el agua, hasta perderse en el horizonte más lejano.
Tina Nosecuántos: No, lo que sí es mentira, los que sí son unos mentirosos son Echo Lawrence y Shot Dunyun, porque saben la verdad pero no la quieren contar. Sí que se puede hacer flashbacks en el tiempo y retocar los acontecimientos. Y ellos lo siguen intentando todas las noches.
Irene Casey: Mis piernas estaban abiertas al cielo azul de Navidad. Mi jersey estaba congelado y cosido al hielo por varios sitios. Medio inconsciente por la falta de aire, me quedé mirando el agua que emergía burbujeando por las grietas que me rodeaban. Podía oír el gemido y el lamento del río al separar las piezas rotas del hielo.
Mi sangre viva y mis meados se estaban congelando. Y el esperma del hombre.
El hielo del río se resquebrajaba y se movía. Estaba cobrando vida.
Tina Nosecuántos: Así es como la mayoría de la gente que está en el poder se ha adelantado a los acontecimientos de su época y se ha aprovechado de todo ello. Es posible que sea así como la gente siempre ha asumido el control. O puede que eso de viajar hacia atrás se limite a la historia moderna. No lo sé. Es imposible saberlo. Lo único que yo sé es que la gente lo hace. Y que no quieren que lo hagas tú.
Irene Casey: Yo me estaba limitando a dejar que el hielo me hundiera cada vez más en el frío profundo, cuando oí una voz que venía de la maleza. Entre las aneas que bordeaban el río

congelado, una voz dijo:
—¿Señora Casey? —Dijo—: ¿Irene?
La voz dijo:
—¿Mamá?
Y un chaval casi desnudo salió de entre los arbustos, temblando y abrazándose para quitarse el frío.
Una hoja de papel azul le tapaba las partes. Indumentaria de hospital. El chico se quedó allí plantado con sus zapatillas de papel y dijo:
—No encontraba a nadie que me trajera.
Con los dientes rechinando de frío, el chico dijo:
—Llego tarde. —Y dijo—: ¿Llego tarde?
Echo Lawrence: La pulsera identificativa del hospital que llevaba Chester aquel día tenía la fecha del día en que lo sacaron del río. Diecinueve años justos antes de que Rant hundiera su coche en la misma corriente de agua. Todavía guardo esa pulsera. Me la dio Chet.
El día que Rant desapareció en el río, y el día que Chet apareció, ambos días eran 21 de diciembre.
Irene Casey: El chico se quedó plantado con las puntas de los pies hacia dentro sobre el barro congelado, con las dos manos juntas en medio de la nubecilla de vapor que le salía de la boca. Con todo el cuerpo agarrotado y temblando, como un puño flaco, dijo:
—Todo va a ir bien… No te va a pasar nada malo…
Tenía los brazos llenos de cicatrices. Y los dientes le castañeteaban, todos negros.
No parecía mayor que un chaval de instituto.
Y salvo por un trozo de papel azul, estaba desnudo como un bebé en medio de las cañas de las aneas.
Neddy Nelson: Por asqueroso que suene, ¿acaso Rant no se casó con su madre? ¿Acaso no se cambió de nombre por el de Chester Casey y se instaló allí para criar al niño? ¿Para ayudar a criarse a sí mismo?
Irene Casey: Yo no podía incorporarme, de tan grande que era la parte de mí congelada dentro del río. No podía extender el brazo hacia abajo lo bastante para llegar a mis vaqueros ni a unas bragas.
Las láminas de hielo se movían y se inclinaban y el chico desnudo se acercó a mí tambaleante. No paraba de decirme: «No te muevas». No paraba de decirme: «Estás herida».
El río levantaba olas que cubrían la corteza de hielo, y él me dijo:
—No intentes nunca hacer autoestop vestida así.
El papel azul ondeaba y se le apartaba mientras se acercaba hasta ponerse a mi lado, y luego se agachó para ayudarme con las bragas y los vaqueros. Cuando sus dedos temblorosos se acercaron para tocarme, entre nosotros saltó una chispa. Entre su piel y la mía, una chispa de estática chasqueó. Fuerte. De color azul eléctrico bajo la luz del día. Entre la yema de su dedo y la mía.
Neddy Nelson: ¿Acaso no es como… la Trinidad? Rant y Chester y el viejo Green Taylor Simms, como en la Iglesia católica, tres personas que son la misma pero dividida?
Irene Casey: Toda abotargada por el frío, alejándome a rastras del hielo partido, oí cómo el río levantaba olas detrás de nosotros. Mi jersey de Navidad todo dado de sí y manchado. Manchado de rojo y amarillo. De sangre y meados. Ensanchado y estropeado.
El chico desnudo dijo:
—Siento venir… así.
Y yo desabroché los botones y saqué los brazos de las mangas enfangadas. Sostuve el jersey en su dirección y le dije:
—Cógelo. Vas a pillar una pulmonía.
Neddy Nelson: ¿Acaso eso no explica por qué Chet Casey no estaba más destrozado por la muerte de su hijo? ¿Por qué Chet se limitó a mudarse a Middleton y construir un hogar? ¿Acaso no estamos hablando de enormes bucles hacia atrás en el tiempo?

Irene Casey: En el camino de vuelta a la cena de Navidad, le pregunté:
—¿Quién eres exactamente?
Y aquel chaval dijo:
—Mejor que no lo sepas…
Echo Lawrence: Bucles, como los puntos del bordado.
Shot Dunyun: A ver si no es imposible. Rant Casey no murió, sino que se convirtió en Chester. En el padre. Cuando el coche de Rant se incendió y se despeñó con árbol de Navidad y todo por un costado del viaducto de la avenida Barlow, hizo un flashback en el tiempo, pero no para matar a Irene, como había planeado Simms. Rant solamente retrocedió para evitar que Irene fuera atacada. Es completamente imposible.
Irene Casey: Y así es como Chet entró en mi vida. Yo no estaba segura, por lo menos hasta que no me vino la siguiente regla, pero así es también como Buddy vino al mundo.
Echo Lawrence: Me despertaron los ladridos de los perros. Seguíamos dentro del coche, contemplando la vieja casa de Rant. Todavía era de noche. La luz del porche delantero se encendió con un parpadeo y la puerta mosquitera chirrió. La silueta de alguien se asomó al exterior y una voz de mujer gritó:
—¡Cógela!
Los aullidos, los ladridos y los gruñidos se hicieron más débiles, más suaves, el ruido se desdibujó.
Shot Dunyun: La mujer del porche, bajo el resplandor de la bombilla amarilla, gritó:
—¡Cógela! ¡Vamos, chico!
Una silueta se separó entonces del tronco de una acacia blanca. La figura salió a la luz y una voz de hombre dijo:
—¿Señora Casey?
Echo Lawrence: Y dijo Irene:
—¿Bodie? ¿Bodie Carlyle?
Para entonces, la figura ya tenía un pie en el primer peldaño de la escalera del porche. La puerta mosquitera chirrió e Irene dijo:
—Entra. Vas a pillar una pulmonía…
Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): Ya ve usted, la vida solamente va bien o mal durante un rato. Y luego empieza a ir de otra forma.
Shot Dunyun: El hombre entró en la casa. Y la luz del porche se apagó.
Neddy Nelson: ¿Y acaso no fue en ese momento cuando aquel sheriff Carlyle de pacotilla nos arrestó?

38
«COMMUNITAS»

Christopher Bing, doctor (Antropólogo): El fenómeno comúnmente conocido como choquejuergas no es más que la manifestación más reciente de un espacio liminal que proporciona una sublimación catártica, generando una *communitas* normativa y de esa forma desviando toda hostilidad acumulada hacia el statu quo y preservando la estructura social existente.

Del ensayo «Liminalidad y*communitas*» de Victor Turner (*Antropólogo*): Los profetas y los artistas suelen ser gente liminal y marginal, «hombres de la frontera» que luchan con sinceridad apasionada por librarse de los estereotipos asociados con el mandato del estatus y el desempeño de roles y por entablar relaciones vitales con otros hombres tanto en la realidad como en la imaginación.

Christopher Bing, doctor: Tal como los define el antropólogo Victor Turner en su libro *El ritual del proceso: estructura y antiestructura* (1969), los espacios liminales tienen lugar en los intersticios entre dos fases bien distintas de la vida. De acuerdo con Turner, el absurdo y la paradoja definen la regularidad. El caos regularmente recurrente del espacio liminoide es lo que hace posible una civilización por lo demás organizada.

Ina Gebert, graduada en Humanidades (*Teóloga*): Se puede decir que el mejor ejemplo de un espacio liminal es el ritual laico de Halloween tal como se practica actualmente en Estados Unidos. En esa noche en particular, la jerarquía de poder se invierte y se permite a los niños pedirles tributo a los adultos. Dichos niños llevan máscaras para imitar los símbolos del poder. Que incluyen a fantasmas y esqueletos, agentes de los muertos; a brujas, que malogran la fertilidad; a animales salvajes como lobos y leones; o a individuos que están fuera de la cultura, como vaqueros, vagabundos y piratas. Con esa mascarada, los niños amenazan con infligir daños a la propiedad a modo de castigo para los adultos que no los recompensen.

Erin Shea, doctora (*Teóloga*): Algunos ejemplos establecidos de espacios liminoides grandes son el festival anual Burning Man en el desierto Black Rock de Nevada, el ConFest que se celebra en Australia, las reuniones internacionales de Rainbow Family y el llamado «Renacimiento Celta» que se celebra en Glastonbury, Inglaterra.

Christopher Bing, doctor: En términos generales, la diferencia entre liminal y liminoide se define como sigue. El término «liminal» se refiere a un ritual que marca el paso de una fase de la vida a la siguiente: un bautismo, una graduación, una luna de miel. Por el contrario, un acontecimiento «liminoide» típico como, por ejemplo, un concierto de rock, una fiesta rave o una fiesta de sexo en grupo consensuado y poliamoroso ocurre fuera de la corriente dominante, pero los acontecimientos liminoides no marcan una de esas transiciones vitales. La característica definitoria del espacio liminoide es que todos los participantes actúan como iguales. Los rangos sociales o de casta quedan descartados, y todos los presentes disfrutan de un afecto mutuo e igualitario los unos hacia los otros. El término que usa Turner para denominar esta solidaridad y amor espontáneos es la palabra en latín *communitas*.

Erin Shea, doctora: Ejemplos más pequeños de espacios liminoides son las peregrinaciones religiosas, los «viajes de carretera» que se hacen en vacaciones, los clubes de lucha y las choquejuergas.

Ina Gebert, graduada en Humanidades: Entre los espacios liminales, los más comunes son los rituales en que los miembros de una sociedad se intercambian temporalmente sus estatus respectivos. El rey se convierte en siervo. El siervo, en rey. El Papa católico romano se arrodilla para lavar los pies de los pobres. El bien vestido y respetable oficiante pentecostal se desploma en el suelo, convulso y balbuceando en galimatías. A bordo de los submarinos nucleares, los oficiales y los tripulantes se intercambian los papeles en rituales periódicos como el «Hefe Café», una cena formal en mitad de la misión durante la cual los oficiales al mando tienen que servir y obedecer a sus inferiores. En cada ejemplo, esta breve degradación refuerza el poder a

largo plazo de la entidad gobernante.
Christopher Bing, doctor: En el peor de los casos, el acontecimiento liminal o liminoide funciona como válvula de escape de la ansiedad acumulada, protegiendo de esa forma el conjunto de la civilización. En el mejor de los casos, los espacios liminales y liminoides se convierten en laboratorios sociales donde los participantes pueden experimentar y desarrollar formas nuevas de expresión personal y de estructura social.
Ina Gebert, graduada en Humanidades: Los vivos siempre se sienten superiores a los muertos. Tenga en cuenta que la muerte es la degradación suprema, así como la oportunidad que tiene la comunidad para expresar de forma segura sus sentimientos verdaderos sobre un individuo. Presencia la escena del funeral de *Tom Sawyer*, en la que la comunidad cree que el personaje del título se ha ahogado, y le ofician un funeral para llorarlo en público. Pese a su desprecio de costumbre por el «difunto», la comunidad expresa su amor reprimido. En cuanto aparece Tom Sawyer, presuntamente regresado de entre los muertos, la comunidad se regocija.
Erin Shea, doctora: Se puede decir que las autoridades locales son conscientes de las choquejuergas y permiten que continúen. El ritual proporcionaría una válvula de escape catártica a los impulsos antisociales y antiautoritarios, ya fuera agotando la energía de esas personas, lisiándolas o bien eliminándolas por completo mediante la muerte. Sea cual sea el resultado, las choquejuergas servirían como programa social eficiente y eficaz a nivel de costes destinado a preservar el orden social vigente.
Christopher Bing, doctor: El ritual liminal típico tiene lugar en tres fases. La preliminal. La liminal. Y la posliminal. Aplicadas al fenómeno de las choquejuergas, estas tres fases se manifiestan como: decorar los vehículos y desfilar en ellos; la caza y los accidentes en sí; y la representación pública de las discusiones que se produce con posterioridad al accidente, comúnmente conocida como «exprimir el accidente».
Erin Shea, doctora: Es inherente a la cultura de las choquejuergas la tendencia a subvertir los símbolos liminales tradicionales. La mujer que lleva vestido de novia no es una novia de verdad. De hecho, puede que esa «mujer» sea un hombre. Los muebles que van atados a los techos de los automóviles no indican que el hogar esté siendo trasladado. El letrero de «Autoescuela» no está destinado a proteger a un conductor novato.
Ina Gebert, graduada en Humanidades: Igual que la resurrección ritual de Tom Sawyer sugería la de Jesucristo —un joven luminoso que muere y renace a la inmortalidad—, la cultura contemporánea continúa generando deidades que siguen el mismo modelo. En las décadas recientes, famosos como Elvis Presley, Jim Morrison y John Belushi han sido corrompidos por su éxito, han muerto de forma prematura y posteriormente se ha rumoreado que estaban vivos. Esta resurrección puede señalar simplemente una negativa pública a aceptar su fallecimiento, pero sin duda sigue a una manifestación general de dolor y reconocimiento que sirve para construir una mitología alrededor del individuo ahora inmortal.
Erin Shea, doctora: Un ejemplo de la liminalidad en el lenguaje es la expresión francesa que denomina el crepúsculo o puesta de sol: «entre perro y lobo». La misma expresión se usa para describir los últimos meses de la vida, cuando disminuyen las capacidades mentales y físicas del ser humano. En inglés, la expresión para denominar la igualación, «cuando todos los gatos son grises», demuestra la igualación de la jerarquía social y de los indicadores obvios de estatus.
Del ensayo «Liminalidad y*communitas*», de Victor Turner: Es como si primero los redujeran a una condición uniforme para después construirlos de nuevo y dotarlos de poderes adicionales que les permitan lidiar con su nueva fase vital.
Ina Gebert, graduada en Humanidades: Rant Casey y Karl Waxman representan la última encarnación de este modelo antiguo. De los dos, degradados por una muerte violenta en público, se rumorea que siguen vivos, y no solamente eso, sino que ahora son inmortales. Se dice que Waxman ha viajado hasta el pasado y ha asesinado a sus padres antes del momento de su concepción, con lo cual se ha preservado a sí mismo en un estado liminal permanente. Y Casey, bueno, Rant Casey es otra historia: la suya es una redención a través del reconocimiento público y el apego emocional, una negativa en masa a aceptar que murió en un accidente de automóvil

perfectamente documentado.

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): Toda esa basura de curso de posgrado de antropología es tediosa a más no poder. La choquejuerga es solamente para pasar un buen rato. Es un juego divertido. Por favor, no la maten con sus palabras rimbombantes.

39
HOMBRES LOBO V

Hudson Baker (*Estudiante*): Es difícil de explicar, pero en todos los cubículos de los retretes de todos los baños del instituto a los que entramos alguien ha escrito: «¡A Amber Nye le sale la rabia por las orejas!».
Pero lo cierto es que lo ha escrito la misma Amber.
La verdad es que es difícil de explicar.

Toni Wiedlin (*Choquejuerguista*): Los chavales de instituto hacían un baile que ellos llamaban el Baboso, lo cual quería decir que imitaban la parálisis de piernas parcial de una víctima de la rabia en fase final. Los chavales daban tumbos por la pista de baile, echaban espuma por la boca gracias a un Alka-Seltzer que se ponían en la lengua, chocaban entre ellos y gruñían. Lo que se decía era que hacer aquel baile era una buena forma de que te disparara la policía.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): A la gente que quiere pillar el virus los llamamos «pidesalivas». La gente dispuesta a contagiar el virus de la rabia es conocida como «escupidores».

De las notas de campo de Green Taylor Simms (*Historiador*): Tal como Charles Dickens dijo una vez del reinado del Terror francés: durante las épocas de plagas siempre habrá alguien que no descansará hasta que se haya contagiado.

Hudson Baker: Amber y yo nos cubríamos el cuerpo entero de protector solar con factor 200 o algo así. Nos moríamos de ganas de que le gente rumoreara que éramos Nocturnas, y de que la policía del toque de queda intentara atraparnos. Ahora que lo pienso, lo que queríamos era que la gente nos tuviera miedo. Como si en cualquier momento pudiéramos volvernos completamente locas y desgarrar a mordiscos la garganta a todo el mundo en la academia Christian Pathways.

Toni Wiedlin: Recuerdo haber oído a unos adolescentes Bohemios Nocturnos atontados jactarse de lo que ellos llamaban su «linaje», refiriéndose a la fuente original de su cepa de la rabia. Sin excepción, todos los chavales juran que han sido infectados por Rant Casey o por Echo Lawrence. Todo el mundo quiere sentirse especial —obtener un estatus especial entre sus contemporáneos—, pero no *demasiado* especial. La mayoría de los chavales solamente quieren ser especiales de la misma forma en que lo son sus amigos.

Hudson Baker: La madre y el padre de Amber no tenían ni idea de que nos escapábamos todas las noches. Llevábamos pelucas de color negro oscuro y maquillaje blanco. Ahora que lo pienso, a los ojos de los verdaderos Nocturnos debíamos de tener una pinta de capullas totales. Llevábamos medias negras debajo de vestidos negros que encontrábamos en tiendas de segunda mano y que el señor y la señora Nye ni siquiera sabían que teníamos. Nos quedábamos en una esquina y esperábamos a que pasara un coche lleno de choquejuerguistas.
Ahora cuesta un montón hablar de todo aquello.

Toni Wiedlin: Me acuerdo de que todo el mundo decía que Rant Casey era el padre de las choquejuergas y que no estaba muerto. Los mismos chavales te decían que Elvis y Jim Morrison y James Dean simplemente se habían cansado de la fama y habían fingido sus muertes para poder escribir poesía en el sur de Francia. Cuando todo el mundo miente diciendo que han visto a Rant y lo han besado, todas esas mentiras construyen una realidad ineludible. El gobierno dice que Rant está vivo porque necesitan un villano. Los chavales dicen que está vivo porque necesitan un héroe.

Hudson Baker: Amber estaba tan enamorada de Rant que iba a la oficina de correos y robaba su cartel de «Se busca» del tablón donde tienen a los diez fugitivos más buscados por el FBI. Cada vez que el FBI lo reemplazaba, Amber iba y lo volvía a robar. El cartel tenía la foto de Rant de cuando había inmigrado a la noche. Amber quería empapelar toda su habitación con aquellos pósters del FBI, pero al señor Nye le habría dado un telele de los buenos.

Toni Wiedlin: Para los chavales, Rant y Echo se convirtieron en los Adán y Eva de su era: en

los F. Scott y Zelda, en los John y Yoko, Sid y Nancy, Kurt y Courtney. Me acuerdo de que todo el mundo que rastreaba el linaje de su rabia hasta la boca de Rant o de Echo se llamaba a sí mismo «hijo de Rant» o «semilla de Echo».

Todos los institutos de secundaria tienen sus Romeo y Julieta, una pareja trágica. Y también todas las generaciones.

Hudson Baker: En nuestro instituto, un contingente distinto de alumnos usaba nuestros pupitres y nuestras aulas por las noches. Chavales Nocturnos. Tenían sus propios profesores Nocturnos, conserjes y todo. Hasta su propia enfermera. Los chavales Nocturnos se sentaban en nuestros pupitres mientras nosotros dormíamos en casa, y nosotros nos sentábamos allí mientras dormían ellos. Había días en que encontrabas una nota pegada con chicle a la parte de debajo de un pupitre: un chaval que iba por la noche intentaba establecer contacto para que tú dejaras una nota en el mismo sitio. Así es como Amber y yo conocimos a aquel Gregg Denney.

Gregg Denney (*Estudiante*): Esas zorras Diurnas vienen porque quieren dejar de ser vírgenes. Yo tenía a mi alcance un suministro interminable de coños limpios. Las zorras Diurnas solamente tenían que oír que yo estaba infectado y se me tiraban encima. Los demás las llamábamos «pidesalivas», de tanto que buscaban nuestra saliva.

Shot Dunyun: Todos esos gilipollas Diurnos que decían que los había besado Rant se llamaban a sí mismos «purasangres». Pero qué patéticos… Como si fueran caballos de carreras o vampiros. Completamente patéticos.

Hudson Baker: Gregg Denney es un depredador total, no hablo en broma.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Igual que pasa con el Hada de los Dientes, todas las culturas tienen su propia versión del «hombre del saco», una figura misteriosa que existe no para premiar a los niños, sino para castigarlos. Por ejemplo, la figura holandesa de Zwarte Piet, que ayuda a San Nicolás azotando a los niños que se portan mal. En España, el Coco es un monstruo informe y peludo que se come a los niños que se niegan a irse a la cama. En Italia, l'Uomo Nero es un hombre que lleva capa negra y que se lleva a los que se niegan a terminarse la comida. Parecidos a Santa Claus son el Homem do Saco de los portugueses, el Torbalan de Bulgaria y el Lulu-Jorjoré persa, que lleva un saco enorme, pero no para traer regalos a los niños buenos, sino para llevarse a los revoltosos.

Hudson Baker: Amber y yo teníamos una promesa: que nunca nos subiríamos a un coche la una sin la otra. Si un equipo de choquejuerga solamente tenía sitio para una de nosotras, les hacíamos un gesto para que se fueran y esperábamos a otro coche. Las dos o ninguna, aquella había sido de siempre nuestra verdadera promesa.

Phoebe Truffeau, doctora (*Epidemióloga*): La sociedad moderna ha luchado para resolver el problema de los superpropagadores desde que Mary Mallon se negó a modificar su conducta. Debido a que Typhoid Mary insistía en trabajar de cocinera, se pasó los últimos veintitrés años de su vida en cuarentena en la North Brother Island de Nueva York. Más recientemente, en 1999, el *New England Journal of Medicine* informó sobre un niño de nueve años de Dakota del Norte que tenía en los pulmones bolsas inusualmente profundas de bacilos de tuberculosis, y que infectó a su familia y a cincuenta y seis compañeros de escuela sin que él pareciera tener ningún problema de salud. En un caso similar de 1996, la publicación *Annals of Internal Medicine* documentó la unidad de cuidados intensivos postoperatorios de un hospital donde el origen de un brote de infecciones por estafilococos resistentes a los antibióticos se encontró en una serie de colonias de *Staphylococcus aureus* profundamente arraigadas en los senos de un estudiante de medicina aparentemente sano.

Neddy Nelson (*Choquejuerguista*): ¿Alguna vez ha oído hablar de la Ley de Poderes de Emergencias Sanitarias? Fue aprobada por aquel presidente, justo después del fiasco del 11 de septiembre, ¿se acuerda? ¿Sabía usted que esa ley permite al gobierno marcar a cualquiera como amenaza para la salud pública y luego encerrarlo para el resto de su vida? ¿Sabe usted lo que es un juicio justo? ¿Cree usted que va a obtener un juicio con jurado y todo? ¿Está de broma?

Phoebe Truffeau, doctora: En la China rural, el estigma social que va asociado a la lepra hizo

que muchos de los infectados ocultaran su condición. A modo de respuesta, el gobierno ofreció una recompensa en metálico a cualquiera que pudiera denunciar a un leproso, obligando de esa manera a que los infectados iniciaran tratamiento y eliminando la enfermedad del país.
En la India, donde una forma más democrática de administración evita un programa de esas características, los casos de lepra siguen siendo comunes.
La Ley de Poderes de Emergencias Sanitarias simplemente capacita al gobierno federal para suspender todos los poderes locales y estatales, requisar propiedades y poner en cuarentena a poblaciones enteras a fin de tratar de forma eficaz con cualquier agente infeccioso.
Hudson Baker: Amber veía el ser infectada como el compromiso supremo. Como si así ella y su hombre quedaran condenados a estar juntos. Ahora que lo pienso, se imaginaba que un escarceo con la muerte la haría disfrutar realmente de la vida. Que así se sentiría más viva. La gente normal siente lástima por ella, o puede que algunos sientan miedo o asco, pero Amber solamente percibía eso como atención añadida.
Amber decía que el contagio no la dejaría volver a alucinar cúspides. Que lo que de verdad quería era una vida real y viva. O sea, es muy, pero que muy difícil de explicar.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: El término inglés para decir «hombre del saco», «bogeyman», deriva de «Boney», el apodo despectivo con que en Gran Bretaña llamaban a Napoleón Bonaparte. Con el tiempo, el nombre evolucionó hasta convertirse en «boneyman» y luego en «bogeyman», pero los británicos lo usaron como amenaza para hacer que sus hijos obedecieran.
Hudson Baker: Amber quería que ella y yo hiciéramos un trío con Gregg Denney. Esa fue la noche en que no me subí al coche de Gregg. La dejé que se fuera sola.
Phoebe Truffeau, doctora: Tal como es probable que pasara con Buster Casey, un portador infeccioso asintomático suele estar inmunocomprometido por una enfermedad anterior. Por ejemplo, un superpropagador masivo del *Coronavirus*, comúnmente conocido como SRAS, sufría una enfermedad previa del riñón que permitió al paciente incubar y transmitir cantidades enormes del virus.
Gregg Denney: Una guarra se queda preñada y dice que quiere tener un bebé rabioso mío. Quiere averiguar si puede llegar al final del embarazo sin curar su infección. No tengo ni idea de qué me estaba hablando.
Hudson Baker: Amber siempre me estaba diciendo: «Rant Casey es el padre de mi rabia…», como dando a entender que lo conocía en persona y todo. Que su amor había sido, o sea, sellado con un beso.
Gregg Denney: Tal vez dejé preñada a una guarra Diurna, pero no, nunca tuve la rabia de verdad. Simplemente les hacía creer que estaba infectado para conseguir chatis limpias.
Hudson Baker: Amber estaba viviendo con Gregg Denney por aquella época. Ella esperaba que su bebé fuera, o sea, parte hombre y parte animal. O sea, una vez me dijo:
—Estoy haciendo que la evolución humana dé un paso de gigante hacia atrás…
Phoebe Truffeau, doctora: Igual que pasó con el serotipo Rant del *Lyssavirus*, la mayoría de las epidemias modernas han «saltado» de los animales a los seres humanos: el SRAS era una forma de *Coronavirus* bovina, o neumonía fibrinosa del ganado; la enfermedad de Creutzfeld-Jakob era la forma humana de la encefalopatía espongiforme bovina, y lo más probable es que el síndrome de inmunodeficiencia adquirida derivara del virus de la inmunodeficiencia de los simios.
De las notas de campo de Green Taylor Simms: Después de muerto, o por lo menos de desaparecer, Rant Casey se convirtió en un hombre del saco muy eficaz para nuestro gobierno. Siempre que el gobierno federal necesitaba desviar la atención pública de su propia incompetencia, el director general de los Servicios de Salud se limitaba a dar noticias de la epidemia de rabia, o de la búsqueda de Rant, o de ambas cosas.
Neddy Nelson: ¿Es que no ve que no existe ninguna epidemia de rabia? ¿Es que no ve que Rant Casey no es más que un chivo expiatorio político? ¿Realmente acepta usted que Lee Harvey Oswald actuó solo? ¿O que James Earl Ray era realmente «un pistolero solitario» cuando asesinó

al doctor Martin Luther King, Jr.? ¿Y qué hay de Sirhan Sirhan? ¿O de John Wilkes Booth?

¿De verdad cree usted que un solo hombre causó un brote de rabia que ha afectado a un país entero?

Gregg Denney: Una guarra con las hormonas a cien y daños cerebrales graves causados por la rabia es algo a lo que yo no me quiero ni acercar. Olvídelo. Yo he oído hablar de gente que puede llevar la saliva contagiada durante años. Puede que ella fuera uno de esos.

Phoebe Truffeau, doctora: Otros términos para referirse a los superpropagadores son «superinfectadores» o «superliberadores». Debido a la niebla invisible y mortal de saliva y gotitas de moco que rodea a esos individuos infecciosos, a veces los epidemiólogos se refieren a ellos como «casos nube».

Neddy Nelson: ¿Es que no le asusta que ahora la Ley de Poderes de Emergencias Sanitarias prevalezca sobre todos los derechos legales de los individuos?

Shot Dunyun: Al hecho de poder encerrar a todos tus enemigos sin acusarlos de ningún delito, ni proporcionarles abogados, a eso lo llaman cuarentena. Los médicos son los nuevos jueces y jurados. La enfermedad es la nueva arma de destrucción masiva.

Neddy Nelson: ¿Por qué cree usted que a todos los radicales políticos les «diagnostican» la rabia y luego los encierran hasta que se anuncia su muerte inevitable? ¿Es que no ve que eso es asesinato legalizado?

Hudson Baker: Cuando ya no lo pude aguantar más, llamé al señor y a la señora Nye y les conté todo lo de Amber y las notas pegadas con chicle y las choquejuergas, y ellos fueron y contrataron a un detective privado.

Pero cuando fueron a donde vivía Gregg Denney, Amber ya se había largado.

Neddy Nelson: ¿Cómo puede decir usted que Rant Casey reaccionó de forma exagerada? ¿Cómo se supone que tiene que reaccionar una persona inteligente cuando descubre que no es más que el producto de un sistema corrupto y perverso? ¿Cómo continúa viviendo uno después de descubrir que con cada vez que respira, con cada dólar de impuestos que paga, con cada bebé que uno concibe y ama, lo único que está haciendo es perpetuar un sistema perverso?

¿Cómo vive usted sabiendo que cada una de sus células y gotas de sangre son parte de esa gran maldad?

40
CONEXIONES FINALES

Wallace Boyer (*Vendedor de coches*): Ahora mismo, si se rascara usted la oreja, yo me rascaría la oreja. Si inclinara usted la cabeza a un lado, yo inclinaría la cabeza —marcándole el ritmo—, vendiéndole mediante la mirada y mostrándole que me importa.

Le diría: «Mire aquí»; otra orden incrustada.

Si dijera usted: «Los viajes en el tiempo son imposibles», yo sortearía su objeción diciendo: «Sí, hay mucha gente que dice que son imposibles, pero ¿no es verdad que la gente decía que los hermanos Wright nunca despegarían del suelo?».

Echo Lawrence (*Choquejuerguista*): La última vez que vi a Green Taylor Simms estábamos participando en una Noche de Colchón. Green estaba atando un colchón al techo de su Daimler rojo. Estábamos en boxes antes de que se abriera la ventana, para llenar el depósito, de pie, apoyados en un costado del coche, aparcados junto a los surtidores. Green llevaba su traje de raya diplomática, aguantaba el pitorro dentro del depósito y mantenía el gatillo pulsado. Olía a gasolina y a pollo rebozado.

Esa noche yo no había llamado a Shot a fin de poder ir sola en el coche con Green. Y mientras estábamos allí de pie, le conté a Green Taylor Simms que el padre de Rant, Chet, había venido a la ciudad.

Mirando cómo los números pasaban en el surtidor de gasolina, cómo aumentaban los litros y el dinero, Green dijo:

—Dime, ¿delira mucho el mayor de los Casey?

A nuestro lado pasaban Torino y Vegas y Toronado, todos con colchones atados al techo. Las caras de quienes iban en aquellos coches se volvían para mirarnos con nuestros colchones. Había gente de pie en todas las esquinas a la vista, enseñando el pulgar para ver si alguien los cogía. Algunos agitaban unos cuantos billetes en concepto de dinero para gasolina.

Y yo le dije a Green Taylor Simms lo que Chester Casey me había dicho.

Green no dijo nada. Se limitó a escuchar. Y a mirar cómo los demás equipos nos miraban.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Acaba de empezar este boletín y parece que hay otro nuevo caso sin importancia de *déjà-vu*. Tres vehículos de policía están en plena persecución a toda velocidad de un vehículo en llamas que se dirige al oeste por la carretera de circunvalación Madison.

Les habla Tina Nosecuántos en su Informe para Mirones…

Wallace Boyer: Resulta útil, me dijo Chet Casey, empezar con poco. Imagine que el tiempo no es tanto un río como un libro. O un disco. Algo acabado. Como una película, con principio, nudo y desenlace, pero ya terminada y completa.

Luego imagínese el viajar en el tiempo como el simple hecho de dejar caer un libro a medio leer y perder la página donde te habías quedado. Uno recoge el libro y abre las páginas para encontrarse con una escena anterior o posterior, pero nunca exactamente la que estaba leyendo antes.

Echo Lawrence: Y sin dejar de escuchar, Green Taylor Simms dejó el pitorro de la gasolina bombeando, rodeó el coche y se inclinó para meter la cabeza por la ventanilla del conductor. Dijo: «Estoy escuchando», y pulsó el encendedor de cigarrillos de la guantera.

Así de viejo era su coche. Ninguno de nosotros fumaba.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*): Una vez Rant dijo que uno *percibe* el tiempo de la forma en que la gente que tiene el poder quiere que lo percibas. Como si fuera un límite de velocidad en una autopista. Santa Claus o el Conejo de Pascua. Como si el tiempo fuera el Hada de los Dientes en la que nos han educado para que creamos. Como un camino o un río que solamente se mueve en una dirección.

Pero los límites de velocidad cambian. Santa Claus no existe.

Rant me contó que el tiempo no es como creemos que es. El tiempo se pliega. Se dobla. Se para

y empieza de nuevo. Y eso no es más que la pequeña parte que él descubrió. La mayoría de la gente, dijo Rant, se mueven por el tiempo como se mueve por el suelo un pájaro que no puede volar. Rant dijo que la visión del tiempo estaba diseñada para que la gente no pudiera vivir por siempre. Que es la obsolescencia planificada que todos hemos acordado.

Todos menos la gente que no muere. Los Historiadores.

—En ninguna parte pone que tengas que tragarte eso —me dijo Rant—. Siempre puedes morirte y ya está.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Aquí les traemos más noticias sobre la persecución policial a toda velocidad. El fuego parece limitarse a un colchón en llamas que hay atado al techo del coche. El conductor sigue rumbo al oeste por la carretera de circunvalación Madison, y ya se acerca al parque industrial CenterPoint. Volveremos en cuanto haya más información; les habla Tina Nosecuántos en su Informe para Mirones…

Echo Lawrence: En la gasolinera, dentro del Daimler de Green, el encendedor de cigarrillos saltó haciendo un ruido que sonó como «¡cinc!».

De las notas de campo de Green Taylor Simms (©*Historiador*): Déjeme que resuma esto de alguna forma. El cerebro humano funciona a cuatro niveles básicos de frecuencia cerebral. Normalmente, cuando uno está despierto y excitado, funciona en el nivel «beta» de ondas cerebrales, que tienen lugar a entre trece y treinta ciclos por segundo. En un estado de reposo, la mente pasa a nivel de ondas cerebrales «alfa», que van de nueve a catorce ciclos por segundo. Cuando uno sueña despierto y empieza a sentirse adormilado, la mente pasa al nivel «zeta», de cinco a ocho ciclos por segundo. Y cuando uno entra en el sueño profundo y sin sueños, sus ondas cerebrales se ralentizan hasta un nivel «delta», de uno a cuatro ciclos por segundo.

Wallace Boyer: En ninguna parte dice que tenga usted que creer esto. En ninguna parte pone que tenga usted que escuchar siquiera, pero tenga en cuenta que en la historia ha habido mucha gente lista, rica y poderosa que se ha ido a la tumba convencida de que el sol giraba alrededor de nosotros. Y tenga en cuenta también que algún día, cuando esté usted muerto y podrido, los niños con dientes de leche estarán sentados en su clase de geografía temporal y se reirán de lo tonto que era *usted*.

Echo Lawrence: El surtidor de gasolina hizo un ruido como un golpe seco y los números dejaron de girar. La manguera dio un respingo y se quedó en silencio. Green Taylor Simms se metió una mano en la chaqueta del traje de raya diplomática y sacó su cartera.

—De acuerdo con Chet Casey —le dije a Green—, conocimos a Rant porque usted lo reconoció en aquella esquina…

Green cogió con los dedos un billete de veinte dólares, otro de veinte, uno de diez y uno de cincuenta. Sacó con los dedos todo aquel dinero de su cartera.

Yo le dije:

—Súbase la manga. —Le dije—: Déjeme ver sus brazos.

Y Green dijo:

—¿Quién cree usted que inventó este jueguecito que tanto les gusta? —Dijo—: ¿Quién cree que decide el terreno de juego y la bandera, y luego hace correr la voz? —Y dijo—: ¿Qué cree que sería de las choquejuergas sin mí?

El olor a gasolina nos rodeaba.

Green Taylor Simms me dio los billetes y dijo:

—¿Sería usted tan amable de comprarme un regaliz Red Vines?

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Resulta de gran interés la idea de que una persona normal y corriente alcanza con facilidad ese estado de meditación mística, las ondas cerebrales «zeta», el estado que más buscan los monjes y los peregrinos, simplemente conduciendo un automóvil. En cualquier trayecto largo en coche, esas veces en que has pasado bastante rato al volante y has recorrido cierta distancia y no tienes ningún recuerdo del proceso, has estado sumergido en meditación profunda en el nivel zeta. Has estado abierto a visiones. Abierto a tu inconsciente. Creatividad, intuición e iluminación espiritual.

Echo Lawrence: Lo dejé con el pitorro todavía metido en un costado de su coche. Entré y

compré el Red Vines, pagué la gasolina y salí. Y —anda, qué sorpresa— cuando salí el Daimler rojo ya no estaba.

De las notas de campo de Green Taylor Simms: Resulta de un interés especial el nivel zeta de actividad cerebral. Se encuentra a esa frecuencia en que los místicos declaran que se producen con mayor frecuencia las visiones y la inspiración. En esos momentos de relajación, mientras uno se baña o conduce o se queda dormido, mientras uno se sume en las ondas cerebrales zeta, es cuando se suelen tener los recuerdos profundos y lejanos. Es cuando se hacen las conexiones y se tienen las revelaciones.

A fin de estimular la actividad cerebral de nivel zeta, los cantos budistas tibetanos siguen un ritmo monocorde que se corresponde con la frecuencia más baja de las ondas cerebrales. Entre las culturas que practican la percusión, los chamanes que tocan tambores desencadenan la actividad zeta mediante un ritmo continuo y constante de cuatro golpes por segundo.

Pattie Reynolds (*Camarera*): Yo estaba en el Surtidor Siete. El hombre del que me habla usted estaba en el Surtidor Cinco. Oí un chapoteo y me giré para mirar y vi que ese anciano estaba rociando de gasolina todo el colchón que llevaba atado al techo de su coche rojo. Llevaba un traje de ejecutivo de color azul oscuro. Tenía el pelo canoso. Llevaba mocasines de los buenos. La gasolina empapó el colchón, salvo unas cuantas gotas que bajaron por los costados del coche y las ventanillas.

Me acuerdo de que se subió al asiento del conductor, arrancó y se empezó a alejar. Tuvo que darle al limpiaparabrisas de tanta gasolina que le estaba cayendo por el parabrisas.

Wallace Boyer: Tal como le dije, nunca conocí a Rant Casey hasta que ya estuvo muerto. Durante el resto de aquel vuelo, del tiempo que pasé sentado a su lado, Chester Casey estuvo intentando enseñarme lo imposible. Se bebió mi whisky y me dijo que el tiempo no es una línea recta.

El tiempo no es un río. Ni un reloj ni un reloj de arena. No discurre en un único sentido.

Puede usted contratar a una pandilla de expertos brillantes para analizar cómo es posible que suceda, pero hay gente que todavía mira las pruebas y afirma que el mundo es plano. Que los humanos no evolucionaron a partir de otras especies. Y que Elvis Presley sigue vivo.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: Les habla Tina Nosecuántos con un boletín de emergencia de Tráfico Gráfico. Todos los carriles en dirección oeste de la carretera de circunvalación Madison están cerrados debido a la colisión de un coche en llamas en el lugar de CenterPoint. Los equipos de emergencia están en el lugar de los hechos intentando controlar el fuego. Ya hay retenciones de tráfico que llegan al intercambiador de Market y a la autopista 287. El tráfico en los carriles en dirección este de la Madison también circula muy lento con paradas…

Shot Dunyun: No sé cómo funcionan los flashbacks. No puedo decirle con exactitud cómo funciona una bombilla, mucho menos construirle una. Pero sé usarlas.

Uno se quema el cerebro con la rabia. Luego conduce hasta entrar en trance zeta. Choca con algo y se despierta desnudo en el pasado.

Wallace Boyer: Por si le ayuda, tenga en cuenta que antes la gente creía que el mundo era plano. En dos dimensiones. Solamente creían en la parte que podían ver hasta que la gente inventó los barcos y algún valiente se alejó navegando para encontrar el resto de la tierra. Piense usted en Rant Casey como el Cristóbal Colón de los viajes en el tiempo.

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: El tráfico en el lado oeste sigue parado. Es un aparcamiento. Los equipos de emergencia informan de que el incendio en el intercambiador de CenterPoint está apagado, y de que el coche siniestrado ha sido retirado de la carretera, pero los chicos del furgón de la carne siguen esperando su cargamento.

De acuerdo con los primeros rumores, parece que el DaimlerBenz calcinado está vacío. Trayéndoles los detalles más morbosos, esto es Tráfico Gráfico en la DRVR…

41
RANT REVISITADO

De Radio Tráfico Gráfico en la DRVR: No hace falta que miren ustedes al cielo para darse cuenta de que hoy hay luna llena. Ya tenemos informes de una colisión en la milla 14 de la autopista 217, donde parece que dos comitivas nupciales están lanzándose puñados de tarta de boda entre ellas. Con su Informe para Mirones cada diez minutos, les habla Tina Nosecuántos para Tráfico Gráfico…

Neddy Nelson (©*Choquejuerguista*): ¿Acaso no sabe todo el mundo que la gente sigue yendo de choquejuerga? ¿A fin de obtener ese trance de conducir por carretera donde a uno se le ocurren ideas? ¿O es que tal vez a la gente le excita la persecución? Ya sabe, el conocer a gente y pasar tiempo juntos…

Echo Lawrence (©*Choquejuerguista*): Relájese. Si Shot Dunyun consigue trasplantarse a sí mismo al pasado, el resto de nosotros despertaremos en una nueva realidad en la que él se habrá convertido en el padre de la tecnología de alucinar cúspides. Shot usará por fin su educación para convertirse en el Thomas Edison de las transcripciones neurales. Eso si recuerda lo bastante sobre la base científica. Una cosa es ser un autor, y otra distinta es engendrar toda la puta forma artística.

No, en el mismo instante en que él viaje al pasado y manipule la historia, el resto de nosotros nos despertaremos, mañana, en un mundo sin alucines de transcripciones neurales. Seguiremos viendo películas y leyendo libros. Pero su pequeña doguilla, Sandy, seguirá viva.

Shot Dunyun (©*Choquejuerguista*): Tal vez Rant no fuera tan… lanzado o grande como lo recordamos. Tal vez sea así como se crean todas las figuras religiosas: sus amigos se jactan de él, lo van haciendo más y más enorme, para poder follar con el cuento. Ya se imagina usted a san Pedro en un bar diciéndole a una chica guapa: «Sí, yo era de la pandilla de Jesucristo. Él y yo éramos inseparables…».

Tal vez la gente no viaje hacia atrás en el tiempo. Tal vez sea esa clase de mentiras, cualquier cosa que huela mejor que la idea de la muerte —la muerte negra como el tizón, eterna—, esa clase de mentiras sexy sean las que crean las religiones mundiales. Tal vez Rant esté simplemente muerto.

Echo Lawrence: Piense usted en quién lo dice. Tal vez Shot Dunyun solamente quiera viajar al pasado sin competidores.

Shot Dunyun: Chorradas. Ya sabe usted, si Echo saltara hacia atrás en el tiempo hoy seguiría aquí, pero con dos brazos y piernas normales y corrientes. Y con unos padres vivos y coleando. Se le acabaría el tallar y manchar juguetes sexuales. Echo tendría la misma edad que Rant o Chester, o como sea que se haga llamar hoy día. Serían dos personas de mediana edad vulgares y aburridas.

Echo Lawrence: Si Neddy consigue viajar al pasado, ya no habrá Ley de Uso Efectivo y Eficaz de las Infraestructuras. La gente vivirá igual que vivían los cavernícolas, todo el mundo entrando y saliendo cuando le dé la gana. Sin toques de queda. Un solo atasco de tráfico colosal, tal como era antes el mundo.

Shot Dunyun: Podría decir usted que estamos cambiando continuamente el pasado, viajemos hacia atrás o no. Yo cierro los ojos, y el Rant Casey que me imagino no es la persona de verdad. El Rant del que le hablo a usted está filtrado y coloreado y distorsionado a través de mí. Como cualquier cúspide alucinada.

Y todas estas formas en las que cambio el pasado, de la mayoría de ellas ni siquiera soy consciente. Podría decir usted que estoy todo el tiempo cargándome el pasado, el presente y el futuro.

Echo Lawrence: Si alguna vez Rant se sale con la suya —si alguna vez viaja al pasado para salvar a su madre de… convertirse en su madre—, lo más probable es que a usted ya no le suene de nada el nombre Rant Casey. Es posible que tanto él como Green se conviertan en Historiadores, desprovistos de principio y de fin.

Shot Dunyun: A ver si esto no es raro. En lugar de ser una biografía, esta historia se convertirá en ficción. Un artefacto histórico factual que documentará un pasado que nunca sucedió.
Igual que Santa Claus y el Conejo de Pascua, otra verdad obsoleta.

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*): La cabeza me trabaja a toda pastilla para tragarme este enorme embrollo. La gente dice que Rant ha viajado al pasado, menuda chifladura, y que tal vez va a hacer algo para que nada de esto pase. O tal vez solamente para que él no haya existido.
Se rumorea que un grupo secreto de gente gobierna el mundo. Gente que no puede morir, así que nos mantienen al resto en pie de guerra para reírse de nosotros. Depende de cómo mangoneen con la historia, pero es posible que mañana yo sea tan real como Superman o el Rey Arturo.
No hace falta ser cirujano cerebral para darse cuenta de que esas historias son una sarta de mentiras.

Neddy Nelson: Pregúntese a sí mismo: ¿qué he comido hoy para desayunar? ¿Qué cené anoche?
¿Ve lo deprisa que se desvanece la realidad?

Tina Nosecuántos (*Choquejuerguista*): ¿Qué cambiaría yo? La próxima noche de choquejuerga, en cuanto un maldito Maserati o un Rolls-Royce se pare junto a la acera, voy a subirme.
Y el resto de vosotros, malditos perdedores, disfrutad de la muerte.

42
COLABORADORES

Hudson Baker (*Estudiante*) se dedica actualmente a sacarse su licenciatura en derecho criminal.

Brannan Benworth, doctor (*Dentista*) permanece aislado en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Christopher Bing, doctor (*Antropólogo*) se encuentra fuera del país estudiando la cultura del teatro no en Japón.

Allan Blayne (*Bombero*) permanece aislado en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Wallace Boyer (*Vendedor de coches*) se dedica a dar largas conferencias sobre su breve relación a bordo de un avión con Rant Casey.

Vivica Brawley (*Bailarina*) permanece aislada en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Sheriff Bacon Carlyle (*Enemigo de la infancia*) afronta una acusación por detención ilegal después de haber acosado supuestamente a unos visitantes del Museo de Dientes de Middleton.

Basin Carlyle (*Amiga de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Bodie Carlyle (*Amigo de la infancia*) dirige y hace de comisario del recién inaugurado Museo de Dientes de Middleton.

Chester Casey (*Granjero*) desapareció en el marco de un accidente de un solo vehículo poco después de la desaparición de Green Taylor Simms.

Irene Casey (*Madre de Rant*) ahora es una rica filántropa y la principal mecenas económica y docente del Museo de Dientes de Middleton.

Lynn Coffee (*Periodista*) es autora del libro periodístico *Arrea y huye: historia de las choquejuergas*.

Gregg Denney (*Estudiante*) está muerto. Lo abatió a tiros la policía por sospechar que tenía la rabia.

Shot Dunyun (*Choquejuerguista*), antes conocido como Christopher Dunyun, lleva desaparecido desde que el vehículo que conducía se salió de la carretera y cayó por el borde de un acantilado de unos cien metros de altura.

Cammy Elliot (*Amiga de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Logan Elliot (*Amigo de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Ruby Elliot (*Vecina de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Reverendo Curtis Dean Fields (*Pastor de la HermandadCristiana de Middleton*) alteró la práctica de la comunión después de que se descubrió que el origen de un brote de rabia era un cáliz de zumo de uva que compartían los seiscientos miembros de su congregación.

Denise Gardner (*Agente inmobiliaria*) fue nombrada Vendedora Millonaria Bonificada con Acciones en la categoría de mercado de nivel medio regional de familias individuales.

Sean Gardner (*Contratista*), junto con su mujer, dirige la línea telefónica de emergencias

«Di no al gótico», un programa de intervención y tratamiento para padres de adolescentes atrapados en el estilo de vida gótico.

Ina Gebert, graduada en Humanidades (*Teóloga*) anima cualquier fiesta.

Mary Cane Harvey (*Maestra*) sueña con jubilarse pronto en «cualquier sitio menos Middleton».

Glenda Hendersen (*Vecina de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Silas Hendersen (*Amigo de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Brenda Jordan (*Amiga de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Leif Jordan (*Amigo de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Allfred Lynch (*Exterminador*) permanece aislado en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Canada Mercer (*Ingeniero de software*) ha celebrado recientemente el primer cumpleaños de su setter irlandesa, Lulu.

Sarah Mercer (*Directora de marketing*) espera dar a luz a su primer hijo en septiembre de este año.

Jayne Merris (*Músico*) continúa dando conciertos de punk cuando se lo permite su profesión de contable.

Agente Romie Mills (*Detective de homicidios*) fue ascendido hace poco a director administrativo del Programa Federal de Contención de la Rabia, y ahora supervisa la detención y la puesta en cuarentena de todos los individuos infectados.

Jarrell Moore (*Detective privado*) permanece aislado en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Neddy Nelson (*Choquejuerguista*) fue visto por última vez yendo de pasajero en el coche en que desapareció Chester Casey.

Tina Nosecuántos (*Choquejuerguista*) fue vista por última vez entrando en un Dodge Viper que después chocó contra el lateral de un tren de carga y explotó. Los equipos de emergencia no encontraron a nadie, ni vivo ni muerto, en el lugar de los hechos.

Galton Nye (*Concejal de la ciudad*) consiguió aprobar un programa para mantener a los sospechosos de rabia en cuarentena encerrados hasta que se resuelva la actual amenaza a la salud pública.

Danny Perry (*Amigo de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Edna Perry (*Vecina de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

LouAnn Perry (*Amiga de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Polk Perry (*Vecino de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Jeff Pleat (*Director de recursos humanos*) ahora disfruta de éxito como modelo de bañadores.

Symon Praeger (*Pintor*) continúa pintando retratos cuando se lo permite su profesión de abogado.

Hartley Reed (*Propietario del supermercado Trackside*) se ha declarado inocente de la acusación de imprudencia temeraria después de que varios testigos aseguraron haberlo visto lamiendo manzanas que se ofrecían en venta al público.

Pattie Reynolds (*Camarera*) continúa haciendo de camarera cuando se lo permite su adicción a las drogas.

Lowell Richards (*Maestro*) ha celebrado hace poco los seis meses de abstinencia continuada del alcohol.

Livia Rochelle (*Maestra*) celebró recientemente seis semanas de abstinencia continuada.

Todd Rutz (*Tratante de monedas*) se retiró a una isla privada en el Mediterráneo.

Doctor David Schmidt (*Médico de Middleton*) cerró su consulta médica a fin de aceptar el cargo de encargado regional de cuarentena, bajo la Ley de Poderes de Emergencias Sanitarias.

Erin Shea, doctora (*Teóloga*) permanece aislada en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Green Taylor Simms (*Historiador*) continúa siendo Persona de Interés buscada por la policía en relación con la desaparición de Buster L. Casey.

Edith Steele (*Directora de recursos humanos*) permanece aislada en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Lew Terry (*Encargado de mantenimiento de finca*) está cumpliendo en la actualidad una condena de cárcel de veinticinco años por abusos sexuales a menores.

Carlo Tiengo (*Encargado de discoteca*) permanece aislado en la cuarentena para enfermos infecciosos del gobierno por un período indefinido.

Luella Tommy (*Vecina de la infancia*) continúa llevando una vida activa en su familia, en la iglesia y en la comunidad.

Phoebe Truffeau, doctora (*Epidemióloga*) obtuvo el cargo de zar federal de la rabia, para coordinar las funciones cada vez más amplias de los agentes de la ley bajo la Ley de Poderes de Emergencias Sanitarias.

Victor Turner (*Antropólogo*), autoridad internacional sobre los rituales y los metalenguajes, soñaba con dirigir una escuela de samba en Brasil. Murió en 1983.

Toni Wiedlin (*Choquejuerguista*) sigue participando en choquejuergas pero niega todos los rumores de que haya asumido el rol de organizadora del juego.

Chuck Palahniuk nació en Portland, Oregón, en 1964. Es licenciado en periodismo y ha trabajado en una empresa de fabricación de contenedores, en una cadena de montaje, y como mecánico. Escribió su primera novela, *El club de la lucha*, en tres meses; casi tan rápida fue también su conversión en un best seller que, además, terminó siendo adaptada al cine. Actualmente es autor de gran éxito cuyo nombre aparece en la lista de más vendidos en Estados Unidos muy a menudo. Otros títulos del autor son *Monstruos invisibles*, *Asfixia*, *Nana*, *Diario. Una novela*, *Error humano*, *Fantasmas, Rant. La vida de un asesino,* y *Snuff*, todas ellas publicadas por Mondadori y Debolsillo.